

A romantic couple is shown in a close embrace, nearly kissing. The woman has long brown hair and is wearing a purple earring and a bracelet. The man is wearing a white shirt and a dark vest. They are positioned in front of a city skyline at night, with a bridge and lights visible in the background. The overall mood is intimate and romantic.

TALVEZ
EN OTRA
Vida

Isabel Acuña

TAL VEZ
EN OTRA
Vida

Isabel Acuña

Créditos

©Isabel Acuña.

Registro de la obra: 1-2016-64590

Oficina de Registro de Autor. Ministerio de Justicia. Colombia.

ISBN-13: 978-1537611716

ISBN-10: 1537611712

Editado por: Vivian Stusser.

Diseño de portada: Alex ia Jorques.

Primera Edición: Septiembre del 2016.

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Los lugares y los personajes son ficticios. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Dedicatoria

*A Patricia, mi amiga del alma por su infinita fe,
por su paciencia y fidelidad.*

Bendito sea el año, el punto, el día,
la estación, el lugar, el mes, la hora
y el país, en el cual su encantadora
mirada encadenóse al alma mía.

Bendita la dulcísima porfía
de entregarme a ese amor que en mi alma mora,
y el arco y las saetas, de que ahora
las llagas siento abiertas todavía.

Benditas las palabras con que canto
el nombre de mi amada; y mi tormento,
mis ansias, mis suspiros, y mi llanto.

Y benditos mis versos y mi arte
pues la ensalzan, y, en fin, mi pensamiento,
puesto que ella tan solo lo comparte.

Bendito sea el año

FRANCISCO PETRARCA

Tabla de contenidos

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Bendito sea el año](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la Autora](#)

Prólogo

París, Francia, 16 de diciembre de 2014.

Álvaro Trespalacios emergió del parqueadero de la embajada de Colombia en París, ubicada en la Rue de l'Élysée. Los acordes de *Clocks* de Coldplay estallaron en el BMW mientras conducía rumbo a la galería comercial.

Llevaba seis meses viviendo en la Ciudad de la Luz. Era el encargado de abrir el mercado de productos colombianos y de cerrar contratos con carboneras y petroleras que tenían su sede en la Unión Europea. Su residencia estaba en París, pero viajaba por todo el mundo.

Al principio de ese año había deseado darle un nuevo giro a su vida. Renunció a su trabajo en Colombia como vicepresidente legal y financiero del Conglomerado de Empresas Preciado y no se arrepentía, había sido un buen cambio.

Finalizaba un mes de arduo trabajo, había viajado a Londres y a Roma durante la última semana. Sus pensamientos iban de la letra de la canción a la reciente reunión de negocios que, después de intensas deliberaciones, había resultado en un gran logro para él y su país.

Avanzó por las calles, flanqueado a ambos lados por largas hileras de coches; nada raro para una tarde invernal de mitad de diciembre, en que los diferentes almacenes y centros comerciales viven abarrotados de gente. La temperatura había descendido varios grados y unas gotas de lluvia chocaban con el parabrisas. A lo lejos alcanzaba a ver la Torre Eiffel iluminada.

Tarareó una pequeña estrofa de la melodía que pulsaba en el aparato de sonido. Era mala época para salir de compras, los tumultos lo incomodaban, pero era inevitable, la lista de regalos era larga, en pocos días viajaría a Colombia a pasar las fiestas con su familia.

Entró en el parqueadero del centro comercial Les Quatre Temps, en La Defense. Se bajó del auto y caminó hasta la gruesa puerta de cristal, subió una escalera eléctrica y se perdió entre el barullo de gente que salía de los diversos negocios con paquetes en las manos. La música de Navidad y el olor a chocolate impregnaban el ambiente. Las diferentes estanterías estaban decoradas con todo lujo y los inevitables motivos navideños. Se topó de frente con una de las duendes que acompañaban a Papá Noel, una chica sexy a la que le guiñó el ojo.

Siguió por los locales del lado de la escalera eléctrica que subía al siguiente piso. Su hermana Francisca había descubierto una perfumería un par de meses atrás, cuando estuvo de visita, y le había dado las indicaciones para la compra de una crema y una loción, hechas de productos naturales.

Luego de una pequeña búsqueda, al fin la localizó. En sus vitrinas había ramos de lavanda, jabones decorados, velas perfumadas, lociones y perfumes. El aroma que manaba del local, una mezcla de hierbas con algún cítrico, lo trasladó de inmediato a una de las épocas más felices de su vida, y como si un hilo invisible lo jalara, entró en el lugar.

Una muchacha con sonrisa amable le atendió.

—¿Puedo ayudarlo en algo? —preguntó con una voz suave y modulada.

—¿Qué olor es ese? —preguntó a su vez Álvaro en su perfecto

francés. Era políglota: hablaba inglés, francés e italiano y se defendía en alemán.

—Velas aromáticas de verbena y lima.

—Lo sabía —contestó sonriendo.

La empleada le pasó una vela. Álvaro se la llevó a la nariz y se sumergió en el perfume armónico de la hierba y en la nota chispeante y afrutada de la lima. Y entonces recordó el dolor de la pérdida, las memorias que con tanto ahínco guardara en el armario de su corazón le golpearon la cara como un mazazo, por su alma y su mente pasó el recuerdo de cuando toda su vida cambió.

Vio una vela especial para masajes que le ocasionó un escalofrío. “*Dimmi che sei mio* [\[1\]](#)”, susurró un voz traída del tiempo en su oído. Como un tonto sentimental compró varias velas y el pedido de su hermana. Salió del lugar y entró en la librería que quedaba al frente, deambuló por sus pasillos y al fin compró un libro de pesca para enriquecer el *hobby* de su padre. Cuando pagaba en la caja, un resquemor en la nuca lo hizo volverse.

Y entonces la vio. Surgió del negocio en el que había comprado antes las velas. Quedó paralizado de golpe, como si un rayo lo hubiera atravesado. Las rodillas le temblaron, trató de llamarla, pero una bola de angustia y escepticismo instalada en su garganta le impidió balbucear palabra. Con los ojos desorbitados y el pecho a punto de estallar, recogió el paquete y con paso rápido que asustó a unos cuantos compradores, salió en pos de la aparición sin despedirse.

“Estoy viendo visiones”, caviló, sorprendido y sin pestañear. “¿Quién diablos le pasa? Amí, por supuesto, solo a mí”. La siguió por el largo pasillo mientras la observaba mirar las diferentes vitrinas. La

mujer llevaba el cabello rubio sujeto en un apretado moño que caía sobre su espalda. ¿Por qué creía que era Sofía? Ella tenía el cabello castaño. Pero esa forma de caminar, de moverse... No, no podía ser, Sofía estaba muerta desde hacía nueve años. ¿O no? ¿Y si se habían equivocado? Imposible, ella lo habría buscado.

Respiró profundo, tratando de calmarse. Era un espejismo, un juego de su imaginación inducido por el olor de esas estúpidas velas. Sí, tenía que ser eso.

Sin embargo, le resultaba imposible dejar de mirarla. Tal vez debería asegurarse de algún modo. El color del cabello podría cambiarse, pero la mirada... Rememoró la expresión de los ojos de la chica, un brandi añejo cuando estaba tranquila, y café oscuro cuando alguna emoción turbulenta la perturbaba. Sí, tenía que ver sus ojos, ellos le dirían la verdad. Sonrió en medio de la angustia, con las palmas sudorosas y el cuerpo tembloroso, siguió detrás de ella.

Sintió urgencia por alcanzarla. Por verle el rostro a esta mujer y perderse en su mirada añeja. Sofía era una mujer de una belleza rara, de contrastes, de claros y oscuros. No era una beldad llamativa que se presentara de golpe. Se necesitaba tiempo para saber valorar la dimensión de su hermosura. Acortó la distancia, pero un temor se instaló como una piedra en su estómago y siguió detrás a pocos pasos de ella.

¿Por qué no la encaraba y ya? Cobardía, se contestó, necesitaba ese rayo de esperanza en su vida, así durara unos pocos minutos y luego su mundo volviera a la normalidad cuando la decepción se instalara y él escondiera otra vez su pena tras una máscara indolente.

Detalló su atuendo. La mujer vestía con elegancia, un estilo

ajeno al de Sofía que vestía con mucha sencillez: un suéter de color gris, botas negras caña alta, pantalón oscuro ceñido y abrigo negro. Bajó las escaleras eléctricas y Álvaro la siguió. Tropezó con un par de ancianos, se disculpó con ellos. En el primer piso, supo que se dirigía al parqueadero. El mundo de Álvaro se paró de cabeza al pensar que la podría perder, al invadir el lugar un grupo grande de turistas, seguro de alguna excursión. No la pudo divisar por unos eternos segundos. Al fin la vio entre los autos. Esta vez se acercó más y la alcanzó.

—Disculpe —susurró en voz baja y ronca.

La mujer dio la vuelta y a Álvaro le pareció vislumbrar por una fracción de segundo un brillo de confusión o reconocimiento en su rostro. Los nervios no lo dejaron dilucidar muy bien, además, ella lo enmascaró enseguida en un gesto apático.

—¿Sí?

Él buscó sus ojos. Su mirada era verde, pero su tono de voz era el mismo, esa voz que había extrañado, que se negaba a apagarse en su memoria y que volvía en algunas de esas nostálgicas noches que cada vez eran menos.

Fue incapaz de pronunciar palabra alguna al percibir su aroma... ¿O era el de las estúpidas velas? Al observarla más de cerca, se percató de algunos rasgos que su Sofía no tenía. Con la duda bordeando el filo del desencanto, observó que la nariz era más fina, aunque podría ser por alguna cirugía estética. También los pómulos estaban más definidos, pero eso podría ser un signo de madurez, cuando la conoció, era una chica recién salida de la adolescencia.

El cuerpo era también diferente, más voluptuoso y su mirada, dura, nada que ver con la dulce expresión de su Sofía. Pero él tampoco era el mismo, nueve años de cinismo habían acabado con el

alegre joven que fue en su época.

¿Era ella o no era ella? Desde lo instintivo y lo visceral, algo le decía que no se alejara. Sentía una urgente necesidad de abrazarla, de fundirla a él y eso no le había vuelto a pasar con ninguna otra mujer. Estaba hecho un soberano imbécil.

—¿Sofía? —reaccionó al fin

Ella lo miró, confusa, frunció el ceño y se alejó unos pasos.

—No, señor —contestó en perfecto francés—. Está equivocado, no me llamo Sofía y no lo conozco.

Dio la vuelta y caminó hasta un pequeño auto.

Capítulo 1

Universidad de Columbia, Nueva York

15 de marzo de 2005.

Tan pronto llegó a su apartamento, Álvaro Trespalacios soltó el maletín de estudios en el sofá, se quitó el suéter, lo dejó en una silla, y luego la camiseta, que enrolló y tiró a un lado. Al descubierto quedó un torso delgado y musculado. Se desprendió de los zapatos de un puntapié y comenzó a desabrocharse el *jean*. Tenía la cintura estrecha y un pequeño camino de vello que iba más allá de la cintura de los pantaloncillos.

Un breve vistazo alrededor le indicó que su compañero de piso se había tomado la molestia de recoger el desorden. Sintiendo culpable, retrocedió, rescató las prendas que dejara a su paso, y con ellas en la mano, se encaminó a la habitación.

Antes de entrar, le llegó el aroma a vainilla. No creía que Greg se hubiera tomado tantas molestias. Era un buen chico afroamericano del sur de Jersey y habían congeniado a la perfección, ninguno se inmiscuía en la vida del otro y tenían definidos sus roles respecto al arreglo del lugar.

Al abrir la puerta del cuarto, elevó la comisura de los labios y levantó la ceja en un gesto de sorpresa. Brenda yacía en su cama con un conjunto de lencería negra. No la esperaba.

—¿Cómo entraste?

—Tu amigo Greg me dejó esperarte. —Hizo una pausa, algo nerviosa por su osadía—. Por tu tono, veo que no te gustó la sorpresa.

Álvaro no respondió, se acercó a la cama, y con una mirada lasciva, recorrió el cuerpo de la mujer. Aella se le erizó la piel con el solo contacto de sus ojos y se incorporó hacia él, que se inclinó y la besó: primero detrás de la oreja, luego recorrió el cuello hasta la barbilla y por último la boca. Con voz espesa y ronca, le dijo:

—Tenía planeado salir a correr, pero veo que cambiaré de ejercicio.

La chica sonrió y se extendió en un gesto de invitación.

—Me porté como toda un ama de casa, recogí algo de desorden.

—Ya me parecía a mí que el aroma a vainilla era un gesto algo gay por parte de Greg.

Álvaro dio un paso atrás, mientras se terminaba de desnudar; se acercó y selló sus labios en un gesto brusco. Se tendió junto a ella. En segundos, las prendas de la chica yacían olvidadas en el suelo.

—Muéstrame cuánto deseas que te toque.

La mujer, separó los muslos y se arqueó saliendo al encuentro de sus manos. Álvaro mimó sus pechos y entre las piernas con dedos y boca. Con movimientos estudiados, la hizo gemir de placer. La hostigó cruelmente con la punta de la lengua, pertinaz y despiadado, dispuesto a atravesar todas sus barreras. La sintió tensarse cuando el orgasmo que arrancó de ella se manifestó en gritos de placer. Ella le colocó un condón que él le facilitó. Con movimientos estudiados, la hizo gemir de gozo hasta que la penetró, ansioso. Se retiró un poco, despacio, dándole unos instantes para que se acostumbrara a su intrusión. Empujó hacia adelante y luego hacia atrás a un ritmo constante y pausado, hasta que la mujer se perdió en el placer y vio luces de colores tras sus párpados. Entonces ya no tuvo compasión.

Entró y salió con nuevos ímpetus, gruñó en respuesta a los gemidos de ella. Retiró el rostro y observó su expresión, la chica había disfrutado segundo a segundo.

—Córrete de nuevo —exigió Álvaro.

Volvió a empujar dentro de ella, Brenda gritó y se agarró más a él. Fuera de control, estalló en gemidos de satisfacción, mientras Álvaro se lanzaba al precipicio de su propio placer.

Al relajarse, la mujer se abrazó a él con ganas de mimos, pero él ya estaba pensando en cuánto demoraría ella en salir de su cama para poder ir a correr antes de cumplir con el compromiso que tenía esa noche.

Media hora más tarde y después de una ducha, abrió la puerta del closet y sacaba su pantaloneta, camiseta y tenis.

Todas las tardes corría por el campus universitario, siempre el mismo camino, siempre los mismos pasos. Esos eran sus momentos de relax en la dura jornada de estudios, ni las sesiones de sexo, ni otras actividades, lo relajaban de la manera en que lo hacía el atletismo. Con sus audífonos conectados a un reproductor de música que llevaba adherido al brazo con una banda plástica, se comía con sus pasos el camino.

Era el inicio de la primavera, los árboles se pintaban de verde y las flores asomaban tímidas, como si de golpe alguien las fuera a obligar a encerrarse en sus capullos otro largo tiempo y el polen empezaba a saturar el ambiente. Álvaro inhalaba el olor a vegetación. Consultó la hora y vio que estaba retrasado para su salida nocturna. Sin haber terminado su recorrido habitual decidió volver sobre sus pasos.

Anochece cuando salió de la estación del metro, a tres

cuadras de su lugar de destino. Caminó a paso rápido entre la gente y el ruido de las bocinas de los autos. La pequeña galería quedaba en el centro de Brooklyn, su madre le había pedido el favor de acompañar a una vieja amiga suya que exponía su obra en compañía de varios pintores nuevos. La dama en cuestión, también colombiana, vivía en Nueva York desde hacía diez años. Álvaro la acompañaba a almorzar uno que otro domingo por los alrededores de Central Park.

Al doblar la esquina, ya frente a la galería de arte, tropezó con una mujer.

—*Più attenzione, per favore* [2] —profririó ella en un fluido italiano, que le alteró las pulsaciones al joven.

—Discúlpeme. ¿Le hice daño? —contestó él, observándola. Por lo visto no había sufrido mayor menoscabo.

—Fíjese por dónde anda.

Esto lo dijo en inglés, lo que decepcionó un poco a Álvaro. Quería que le siguiera hablando en italiano y en ese tono que le resbaló por el cuerpo como un buen aceite de oliva y que fue el culpable de que evocara tardes de amantes en La Toscana y paseos interminables por Milán.

La chica —era muy joven— en principio no le produjo mayor impresión. Le pareció corriente y sin embargo, no podía dejar de mirarla. Tenía el cabello suelto sobre la espalda, de un color castaño y brillante, como sus cejas, delicadas y ligeramente arqueadas sobre unos ojos que parecían cafés, pero que al recibir el reflejo de la luz se tornaban del color del brandi añejo. Tenía la piel pálida, pero su blancura era luminosa. La serena expresión en sus ojos contrastaba con lo que parecía un tic nervioso: tocarse un mechón de pelo negro que bailaba en su mejilla y su sien. Su aroma, que flotaba alrededor de

él, le impedía respirar con compostura.

Momentos antes le había parecido poco atractiva, treinta segundos después la consideró guapa y al minuto, dudaba de que no fuera la mujer más hermosa en la que hubiera posado sus ojos. Definitivamente, aquella mujer lo intrigaba.

Y entonces los vio. Una vitrina bien iluminada con tres pinturas en exposición, dos de ellas de la misma artista.

Ella le sonrió.

—Esas dos de la esquina son mías, es mi primera exposición.

Álvaro detalló los cuadros. El primero, una mujer sola que caminaba por una playa desierta en un bello amanecer, transmitía nostalgia y aislamiento. La segunda pintura representaba dos cuerpos entrelazados entre luces y sombras. Las obras eran de trazos sencillos, pero despertaban el deseo de entrar en ellas, como un *voyeur* invadiendo el espacio de alguien.

Ambas pinturas estaban rodeadas de un aura tierna y delicada, o no, etérea era la palabra más adecuada. Lo impresionó la sensación de totalidad que lo invadió y deseó conocer más a la artista que se la provocaba.

—Son muy buenas —dijo Álvaro.

Lo había sorprendido gratamente el raro talento que percibía en la chica. Él entendía de pintura: años en manos de su madre, una galerista consumada, harían experto a cualquiera. Había sido casi una obligación para él y sus hermanos conocer el arte que apasionaba a su progenitora.

—Debo volver, estoy algo nerviosa y salí para calmarme.

—No tiene por qué estarlo, la felicito. ¿Demorará mucho? Me gustaría invitarla a un café.

Ella se sorprendió.

—No lo conozco.

—Eso tiene fácil solución. Permítame presentarme, soy Álvaro Trespalacios.

Le tendió la mano y ella le brindó la suya. Álvaro no iba ser tan cursi como para reconocer que un corrientazo le invadió el brazo hasta llegar al pecho. No. Fue algo peor. Una dulce sensación se extendió por su cuerpo como si fuera licor. Deseó ser parte de la vida de esa mujer. Tuvo que reprimir el impulso loco de abrazarla y ver como se ablandaba entre sus brazos, lo asustó y subyugó al mismo tiempo.

Ella, ajena a lo que él sentía, sonrió de nuevo y su expresión lo confundió. Álvaro no entendía el desconcierto en sus sentimientos. Por Dios, acababa de conocerla y estaba actuando como un chaval y no como el hombre curtido en el trato con mujeres que era. Sonrió, algo nervioso.

—Sofía Marinelli.

—Es un placer, Sofía.

—Aun así, no puedo acompañarlo. Debo entrar y enfrentar el circo.

—¿Por qué esta aquí si no se siente a gusto?

Álvaro la observó, curioso, y demoró sus ojos en los labios gruesos, seductores y besables. ¿Aqué sabrían? Estaba seguro de que sería un néctar dulce, o de pronto especiado. "Lo que haría con esa boca". Movi6 la cabeza, reprendiéndose. Sin embargo, sus pensamientos volvían a su físico, era delgada y menuda, no le llegaba a los hombros, a pesar de calzar unas botas de tac6n. Si no le hubiera dicho que era artista, su pinta bohemia la habría delatado. Tenía una boina en la mano, abrigo de cuadros y bolso de tela.

—Necesito el dinero. —Lo miró de arriba abajo—. No creo que alguien como usted lo entienda.

—No sabes nada de mí —contestó él, cortante.

Se alejó de ella, caminando hacia atrás unos pasos, y al notar que iba a replicar algo, no esperó, se dio la vuelta y entró en el lugar.

Álvaro Trespalacios era hijo de una de las familias más aristocráticas de Colombia. Su padre, un diplomático de carrera, y su madre, mecenas del arte, conformaban una pareja fascinante y de asistencia obligada en los mejores eventos sociales. De sus tres hijos, Álvaro era el que deseaba brillar con luz propia y no a la sombra de su padre. Su hermano mayor ya había sido cónsul en Europa y su hermana era curadora de arte recién egresada. Él había estudiado Derecho y Finanzas en una doble titulación en una universidad colombiana. Aunque amaba las leyes, deseaba completar su preparación con un posgrado en Administración Financiera. No le gustaba que lo asociaran a su familia, por eso se molestó cuando Sofía profirió esas palabras. Amaba a sus padres y dependía de ellos, pero haría su propio camino. Apenas tenía veinticuatro años. En seis meses volvería a Colombia y buscaría un trabajo, como todo el mundo.

Al entrar en la galería, divisó a Clemencia, la amiga de su madre, conversando con una pareja.

—Querido, que alegría verte —saludó la mujer, alta y corpulenta, de ademanes enérgicos, vestida con elegancia y envuelta en un aroma caro—. Espero que tu madre no te haya obligado, tendrás cosas más importantes que hacer que venir a acompañarme.

—No me lo hubiera perdido por nada. Es un placer estar aquí, querida Clemencia.

Se dedicó a observar su obra, una serie de rostros

interpuestos de rasgos fuertes y trazos firmes. La exposición tenía un hilo conductor: las mujeres y el erotismo. Se paseó con Clemencia a su lado por el pequeño salón y observó el resto de las obras expuestas. En medio de *yuppies* y otros artistas, Álvaro percibió el momento exacto en que Sofia entró de nuevo en la galería. Trató de ignorarla, pero el efecto que tenía su figura a pocos metros de él era desconcertante. Aprovechó que Clemencia estaba entretenida con otras personas, buscó al marchante del lugar y compró los dos cuadros de la artista que estaban en la vitrina.

Cuando concluyó la transacción, dos camareros uniformados servían vino espumoso y canapés. Álvaro tomó una copa y entre el murmullo de las charlas, la música suave y el tintineo del vidrio al entrecocar, con pasos lentos se acercó a ella por la espalda y le habló al oído.

—Ahora sí puedes aceptar mi invitación a un café, ya no somos desconocidos.

Sofia Marinelli no pudo obviar la corriente que la recorrió ante el tono de voz empleado por el hombre.

—Yo... La verdad es que debo irme ya. Muchas gracias...

En medio de su azoramiento, la voz se le afinó. Estaba confundida, como si su mundo hubiera dado un ligero giro dejándola abrumada, el efecto que tenía ese hombre sobre ella la desconcertaba. No creyó que después de su grosera respuesta, el ejemplar masculino más guapo que hubiera visto en su vida volviera a dirigirse a ella. Pero así se hubieran presentado, seguía siendo un desconocido y no acostumbraba a irse con extraños.

—Comprendo —contestó él con un gesto de asentimiento, incapaz de dominar su deseo de mirarla.

Sofía se dio cuenta de que no la escuchaba, le miraba el rostro con intensidad, como si estuviera calibrando el tono de piel y el grueso de su cabello. Por primera vez en mucho tiempo se sonrojó, y se reprendió mentalmente por ello.

En ese momento, Jimmy Houghton, el marchante y dueño de la galería, se acercó a ellos.

—¿Qué le parece esta otra obra? —Era un desnudo femenino, obra de un pintor que estaba unos pasos más allá.

—Si tiene más cuadros de la señorita Marinelli, también me los llevo.

Sofía lo miró, sorprendida.

—Lo siento. Sofía, solo nos deleité con dos pinturas, pero su producción es más prolífica.

—¿Tú compraste los cuadros?

—Sí —afirmó el marchante por él, con orgullo, mientras Álvaro se llevaba su bebida a la boca.

No supo cómo calibrar la reacción de la artista. Había imaginado que ella se alegraría de haber vendido su obra. Eran muy baratos y Álvaro pensó que estarían mejor en una galería de arte de más renombre y en exposición individual. Pero Sofía se limitó a mirarlo a los ojos y darle las gracias.

—Tus obras son muy buenas, Sofía. No soy experto, pero crecí entre ellos y puedo decirte que tus dos pinturas son fabulosas y encierran una gran belleza.

Ella levantó las comisuras de los labios, cual mona lisa, y le dijo:

—Vamos por ese café.

Sofía le advirtió a Jimmy que se iba. Álvaro se despidió de Clemencia, que miró con curiosidad a la chica con quien se alejaba el

joven. Pasaron inadvertidos para el resto de invitados y llegaron hasta la calle, asediada por el vapor que emanaba de la acera.

—Es mi hora favorita —dijo ella.

Aquel comentario hizo reír a Álvaro. La acercó a la calle mientras levantaba una mano a un taxi que pasaba. El aire de la noche olía a combustible, desde las calderas subterráneas llegaba el vapor a la superficie colándose por las rejillas, dándole un aspecto nebuloso al cuadro.

—No —dijo ella—. Vamos a pie, allí hay una cafetería.

El taxi pasó de largo.

Álvaro quería llevarla a algún restaurante del centro de Brooklyn, pero Sofía tenía otras ideas, y se dejó guiar por ella. Ya habría otras citas.

La cafetería quedaba a una cuadra de la galería. El lugar estaba lleno de ejecutivos jóvenes. Pasaron por una vitrina repleta de postres y tartas. Álvaro la guio hacia una mesa al fondo del local.

Pidieron dos capuchinos y un pie de manzana. Hablaron de arte. Álvaro le contó de su vagabundeo por Europa el año anterior.

—¿Por qué dijiste en la galería que habías crecido entre expertos en arte?

—Porque así fue, mi madre es dueña de tres grandes galerías en Colombia, era inevitable no crecer impregnado del ambiente artístico que reinó en mi casa.

—¿Pintas? —preguntó ella, mientras tomaba del líquido humeante.

—Las paredes de mi casa y de los colores que quieras.

Ambos soltaron la carcajada. Álvaro continuó:

—Acompañé a mi madre a grandes subastas en París, Londres

y Nueva York. Pero nunca pensé en dedicarme a ese negocio.

—¿Por qué no?

—Me parecía aburrido, quería ser músico de metálica, antropólogo o hasta espía.

—Qué cuadro tan diverso el que me pintas.

Álvaro observó sus manos sobre la mesa. Sus dedos eran finos y bien formados, las uñas cortas y limpias. Deseó que esas manos lo acariciaran.

—¿Has estado en París? Pintor que se respete tiene su buena juerga allí.

—No, pero lo anhelo.

—Tus pinturas tienen una ligera influencia de los desnudos de Degas.

Sofía lo miró, sorprendida, y él no entendió el porqué. Ya le había dicho que sabía de arte.

—Es mi pintor favorito —aclaró la chica—. Sus mujeres son cercanas, amables, como ajenas a la mirada del pintor. ¿Sabes que haría si viviera en París?

—¿Qué?

—Acamparía en el museo D'orsay. Allí se encuentra gran parte de su obra. —Sonrió y tomó un sorbo de su bebida—. Nada me haría más feliz. ¿Qué estudiaste?

Él sonrió. A Sofía la asaltó un cosquilleo en el estómago al observar esa sonrisa tierna y franca que surcaba uno de los rostros más hermosos que había visto en su vida. Este hombre estaba para modelo de calendario o artista de cine. Se imaginó que las mujeres no lo dejarían en paz. Su acento era inusual, atractivo, áspero y debía jugar un papel muy importante en la seducción.

—Derecho y Economía. Ahora hago una especialización en Finanzas. No tiene nada que ver con arte.

Sofía sonrió.

—Pero lo disfrutas.

—Sí. Dime —preguntó abruptamente—. ¿Por qué me hablaste en italiano cuando nos tropezamos?

Álvaro fue consciente del gesto que opacó su mirada. Fue imperceptible, pero no lo pasó por alto. Ahí debía haber una historia triste.

—Mi familia es de origen italiano, hablé ese idioma antes que el inglés. A veces se me cuelan algunas frases.

Álvaro notó un matiz de nostalgia en su voz y en tono suave, preguntó:

—¿Dónde viven tus padres?

Allí estaba el dolor, profundo, punzante, como si no hubiera transcurrido el tiempo. Sofía rogó al poder supremo no perder los papeles, como le ocurría cada vez que hablaba de ellos. Bajó la mirada y murmuró algo.

Álvaro se agachó para escucharla, pues no estaba seguro de si ella había hablado, o solo había escuchado el murmullo de una conversación a su derecha.

—Están muertos.

Era una información muy íntima para transmitirla a un desconocido en medio de un café. Se quedó mirándola fijamente. Necesitaba saber.

—Lo siento mucho.

—Yo también. Fue en un accidente de tráfico, en el puente de Manhattan, un conductor ebrio se los llevó por delante.

Quiso acercarse, tocarla, como si una fuerza gravitacional lo llevara, pero no se atrevió. Quiso consolarla de alguna forma por el dolor que aún percibía en ella.

—Lo lamento.

—Vivo con mi abuelo cerca de aquí y eso me recuerda que debo irme ya. Me acompañó en la galería un buen rato, pero se fue temprano a casa.

Se levantó y caminó hasta la salida. Álvaro dejó unos billetes en la mesa y salió detrás de ella. Se mantuvo a distancia con las manos en los bolsillos del pantalón, entregado a cada uno de sus gestos. No notó que la temperatura había bajado varios grados. Sofía se detuvo a mitad de la acera, debajo de una farola.

—Gracias por el café.

Álvaro reparó en que no dejaba de mirarla. “¿Qué diablos te pasa, hombre?”, se reprendió. Sus ojos eran como dos monedas de oro viejo con un brillo entre ingenuo y audaz, su mirada era intensa, como olas estrellándose contra él.

—Te llevo.

Ella le devolvió una sonrisa y él seguía sin quitar su mirada de su rostro, como un tonto que nunca hubiera visto sonreír a alguien.

—Es muy cerca, no es necesario.

Sofía, al sentir esa apreciación ávida sobre su boca, enrojeció de golpe y volteó el rostro para otro lado. Álvaro no se percató del sonrojo debido a que había caminado unos pocos pasos lejos del alumbrado público.

—Iremos a pie.

Caminaron en silencio, sumidos en sus reflexiones, abrigados en los sonidos de la noche: el ruido de la ligera brisa, voces que les

llegaban de lo lejos, los diferentes ruidos de la ciudad... No se sentían incómodos, la sensación que primaba era como la de dos viejos conocidos que se encuentran para ponerse al día.

Sofía lo miraba de lado con disimulo. Era un hombre alto, elegante, sus ojos eran del color del café que tomaba en las mañanas, brillantes e intensos, y su cabello, castaño claro, con algunos mechones rubios, probablemente producto del sol y la vida al aire libre. Su traje mostraba buena posición económica y también buen gusto, y estaba segura de que esa sonrisa que jugaba en las comisuras de su boca causaba estragos entre las féminas. Se fijó en sus labios... Debía ser muy bueno besando. Con una sonrisa nerviosa y la boca seca, le dijo:

—Aquí es...

Se pararon en mitad de la cuadra, frente a una vieja casa de dos plantas y jardín pequeño, rodeada de una verja.

—¿Sofía?

Y ahí estaba su nombre en aquellos seductores labios, como una caricia en medio del aire primaveral, que le atravesó el cuerpo. Álvaro se acercó unos pasos y la invadió su aroma, una mezcla de jabón y colonia varonil. ¿Mentolada? Sofía contuvo la respiración. Ningún hombre la había afectado tanto como este.

—¿Sí? —preguntó por no parecer una idiota, él le anulaba el pensamiento. Parpadeó varias veces ante su apuesta estampa y sintiéndose sin aliento, quiso despedirse a toda prisa y huir como condenada.

Álvaro sonrió, lo que la hizo sentir más tonta aún, pues era evidente su comportamiento. Él la miró fijamente, sus pozos cafés inundaron los suyos.

—Quiero volverte a ver.

—¿Para qué?

La pierna de Álvaro rozó una de las rodillas de Sofía. Ella rompió el contacto rápidamente.

—Quiero conocerte —dijo, en su tono de voz matador, y con la bendita sonrisa en los labios.

Se le notaba el gesto de satisfacción. Sí, ella se había portado como una imbécil, y en este momento era como un libro abierto para él. Estaba consiente de cada reacción que le causaba.

—Gracias por acompañarme.

Se alegró de verlo desconcertado, seguramente no eran muchas las que se le negaban.

—¿Por qué no quieres salir conmigo?

—Estoy ocupada.

Álvaro se quedó callado. Se adelantó, le abrió la verja e hizo una reverencia algo exagerada. Sofía blanqueó los ojos y entró. Ya estaba dispuesta a despedirse, cuando una voz masculina los interrumpió.

—¡Buenas noches!

—¡Dan!

Un hombre algo mayor que Álvaro se acercó y le dio un beso en la mejilla. Le sonrió con cariño y después centró su vista en él.

—¿No nos vas a presentar, preciosa? —preguntó.

Sofía hizo las presentaciones. Álvaro observó al hombre. Tenía el cabello oscuro y vestía con gabardina y corbata. Lucía cansado. “Preciosa”, qué poco original. ¿Sería la razón de que no quisiera salir con él? Disimuló su malestar como pudo y se despidió de ellos de forma cortés. “Adiós, Sofía, que tengas una buena vida”, le dijeron sus

pensamientos. Alo mejor hasta estaba comprometida, aunque no había visto anillo por ningún lado.

Anduvo hacia la estación del metro con las manos en los bolsillos y la cabeza agachada.

Capítulo 2

Sofía entreabrió los ojos y estiró el brazo para apagar el despertador que sonó a las siete de la mañana. Era obsceno levantarse un domingo a esa hora, consideró, mientras se refregaba la vista. Algunos inquietos rayos de luz se deslizaron por entre el espacio de la cortina y se percató de que había dejado la ventana abierta, porque el aroma dulce del aire jugaba a través de las telas, haciéndolas estremecer. Su abuelo Gregorio ya debía estar en la cocina, ante la cafetera y leyendo el periódico.

Se levantó y observó el caballete colocado en una esquina del cuarto. Era apenas un bosquejo del rostro de Álvaro. Sonrió, había pasado casi una semana desde su encuentro, y no olvidaba los detalles de su cara, detalles que cada noche plasmaba en el lienzo.

Se estiró sin dejar de mirar el boceto. Hubiera podido pintarlo en el estudio que su abuelo había destinado para su trabajo en la planta baja, pero quería tener este oscuro secreto solo para ella. Ese rostro se había convertido en su fantasía oculta. Su abuelo no entraba nunca a su habitación, que quedaba en la buhardilla, no por falta de curiosidad, sino porque odiaba las escaleras tan altas.

La habitación era amplia y soleada. Y estaba pintada de blanco, con cuadros de colores vivos en las paredes. Sofía tenía veinte años, y el lugar era acorde a su edad y gustos particulares. En un escritorio reposaban un ordenador y un equipo de música pequeño, al frente, un tablero de corcho. Buscó el par de pantuflas que usaba para pasar al baño y no las encontró, recordó que las había dejado en su

estudio el día anterior.

Ya cambiada, llegó al primer piso y recorrió con la vista la sala y el comedor, que conservaban la decoración de cuando vivían sus padres. Era incapaz de desprenderse de algo que ellos hubieran tocado. Aún no. La casa les había pertenecido desde que llegaron de Italia. Su padre era artesano de la carpintería, un tallador experto, y había tenido un taller a poca distancia de la casa. A su madre le gustaban las flores y la botánica, fabricaba lociones, jabones y velas. Sofía había aprendido mucho junto a ella, recordaba tardes enteras macerando flores o secándolas para ponerlas en saquitos que perfumaban cajones y closets.

Ahora su abuelo trabajaba en el patio, cuando el frío no lo asaltaba y lo obligaba a hacerlo en el interior, en pequeñas obras de madera, más por distracción que por negocio. Vivían de una modesta pensión dejada por los padres de Sofía.

—Hola, abue...

—Ciao, muchacha.

Siempre la había llamado así.

—¿Ya desayunaste?

—Sí, muchacha, gracias.

Sofía se acercó a la nevera, sacó una caja de leche, que sirvió en un cuenco, le adicionó unas cucharadas de granola y le trozó una banana. Mientras comía, observaba a su abuelo con cariño. Era un hombre pequeño, con el cabello blanco y gafas gruesas, de movimientos medidos. Vestía un pantalón oscuro y una camisa de cuadros abrochada hasta el cuello.

Una ligera falla cardíaca y el deber para con los padres de Sofía le habían hecho modificar sus hábitos de ejercicio y alimenticios,

no podía dejar a su nieta sola, todavía no. Había llegado de Fiesole — un pueblo ubicado en La Toscana italiana—, cuando murieron su hijo y su nuera, con la intención de llevarse a su nieta para Italia, pero la obstinación por parte de Sofía de no desprenderse del lugar ni de las cosas de sus padres lo convencieron de iniciar una nueva vida al lado de la única familiar que le quedaba.

Ella sabía que para su abuelo no había sido nada fácil adaptarse a un país extraño y de otras costumbres, más aún con la pena de la pérdida, pero ella no quería abandonar el único lugar donde se sentía cercana a sus papás.

—Ya organicé tu mercancía en el auto —dijo, mientras cerraba el periódico—. *Máximo* sabe que es domingo y ya está desesperado por salir.

Señaló a la mascota de Sofía, un golden retriever color chocolate de tres años de edad, que él mismo le había regalado.

—Gracias, *nonno*. Espero que se porte mejor que hace una semana.

Todos los domingos rentaban un lugar en el mercado de pulgas más famoso de Brooklyn, una calle de más de diez cuadras dedicadas a la gastronomía y la venta de cuanto objeto se pudiera inventar. Allí el abuelo Gregorio exhibía cofres para joyas, pequeños baúles y cajas para té, y cuando tenía una buena semana, hasta recipientes para cubiertos, tallados y pintados, y bases para lámparas.

Sofía, en cambio, había perfeccionado lo aprendido por su madre. Un boticario en Queens, con quien trabajó, la enseñó a preparar una esencia de verbena y lima que utilizaba para fabricar loción de cuerpo, jabones y velas aromatizadas de parafina blanca, que tomaban un ligero color crema con la adición del aceite. Ahora

dedicaba una semana al mes a elaborar sus perfumes y velas, que vendía también en un almacén naturista en Soho, cuya dueña había visitado la feria y quedado encantada con sus productos. Y el resto del tiempo se dedicaba a pintar y a ayudar al abuelo. No había podido conseguir una beca para estudiar Bellas Artes en la universidad, pero había hecho un par de cursos libres en verano. Llevaba ahorrando dos años para viajar a París e instalarse un tiempo allí, y de paso, visitar Italia con su abuelo.

El sol se elevó de manera perezosa, pero no hacía calor, el cielo relucía y la atmósfera era limpia. En ese momento atendían a varias clientas fijas, que adoraban los jabones de verbena y de paso, compraban cualquier objeto de madera de los exhibidos de forma primorosa en el puesto. Era un mediodía alegre. Unos chicos tocaban la guitarra con talento, la gente pasaba y les dejaba dinero en una gorra colocada frente a ellos con ese fin. Los niños correteaban, algunos con helados de conos que goteaban sus manos y camisetas. Máximo reposaba tranquilo al lado de un cuenco de agua.

Sofía colocaba un par de cajas debajo de la mesa cuando un par de sombras se cernieron sobre el puesto. Estaba sola, su abuelo había ido a tomarse un café. Se levantó con la sonrisa en los labios para atender a sus próximos clientes, pero el gesto mudó a una mueca en cuanto quedó frente a la pareja.

¿En serio? ¿Cuándo ocurría algo así en Nueva York? Era Álvaro, más guapo que nunca, con una camiseta oscura ceñida y un pantalón vaquero que se ajustaba a la perfección a su figura. El sol arrancaba destellos dorados a los mechones más claros de su pelo. Lo acompañaba una chica que parecía una reina de belleza.

—Hola, Sofía —la saludó él, jovialmente, con la misma sonrisa

torcida que le regaló en su último encuentro, lo que ocasionó que la reina de belleza levantara una ceja.

—Hola —susurró Sofía.

Hacían una pareja impresionante, ambos se veían bronceados, saludables y libres de toda preocupación. Se sintió poco agraciada y diminuta en comparación con esa mujer de piernas kilométricas y cabello del color del trigo en plena cosecha. Sus ropas de marca y su porte le hicieron ver que estaba ante alguien de clase alta.

Sofía no creía en coincidencias, le parecía imposible que entre los cientos de sitios para pasear por la ciudad, Álvaro se decantara por este. Ano ser que tuviera otro interés, pero si lo tenía... ¿por qué venir acompañado?

—¿Se conocen? —preguntó la reina.

—Sí, conozco a Sofía, es una artista de gran talento. Bonito perro.

Máximo seguía indiferente el intercambio entre ellos.

—Gracias.

—Ya. Los cuadros que tienes en tu habitación —concluyó Brenda, nada impresionada.

Ante la mirada punzante de Sofía, Álvaro quiso desaparecer, pues Brenda no dejaba de manosearlo, marcando territorio. La expresión de los ojos de la chica en cuanto lo vio no tuvo precio, pero luego disimuló al ver que estaba acompañado. Hubiera preferido encontrársela en otras circunstancias. Había sido estúpido aceptar un paseo con Brenda por un lugar tan cercano a la casa de la mujer que le gustaba. Apesar de que se acostaban, no la consideraba su novia, había sido muy claro con ella, cama y compañía, nada más. Aél no le iban los intentos de la chica de formalizar algo, era colombiana como él

e hija de uno de los empresarios más importantes del país e íntimo amigo de sus padres. Ambas familias soñaban con un enlace, y ella lo perseguía desde que era un chiquillo. En un principio pensó que era la indicada, que las cosas entre ellos podrían funcionar, pero el corazón es traicionero, ataca a mansalva y con la persona que menos imaginamos. No amaba a Brenda y nunca la había amado. Se sorprendió cuando ella llegó a Estados Unidos detrás de él, tomaba cursos libres en la universidad sin ningún otro propósito que estar a su alrededor. Él no deseaba lastimarla, además, le gustaba y disfrutaba de su sexualidad desinhibida.

En cuanto a Sofía, no había dejado de pensar en ella, en su presencia que lo ponía nervioso, en el enigmático mundo que vislumbraba en su mirada de oro. ¿Quién sería el tal Dan? Estaba hermosa, los jeans que llevaba le estilizaban las caderas, no era tan menuda como percibiera la otra noche, tenía una cintura muy delgada, los pechos no eran tan evidentes debido a la blusa holgada que la cubría, pero vislumbraba una forma perfecta. El color de su piel, los labios... Lo invadió el deseo de recorrer el rostro y lamérle las pequeñas pecas, producto del sol, que le poblaban la nariz.

Sonrió, incómodo, y en ese momento a sus fosas nasales llegó el olor de una fragancia fresca y suave con un componente cítrico.

—¿Aqué huele?

Ella le devolvió el gesto y su expresión lo confundió. “Es muy hermosa. ¿Desde cuándo un hombre te detiene? Ve tras ella, a lo mejor el tal Dan no es nadie”. No entendía aquel desbarajuste de sensaciones ¿Por qué con ella?

—Es una mezcla de verbena y lima que uso para preparar perfumes, colonias, velas y ambientadores.

Álvaro ya había captado ese sutil aroma la noche en que la acompañó a su casa.

Tomó una vela y se la llevó a la nariz, la respuesta de su cuerpo lo sorprendió.

—Deliciosa...

—Es una vela para masajes —Sofía se sonrojó al ver que él levantaba una ceja—. Las hago con una cera especial y las aromatizo.

—Me la llevo. —Álvaro levantó una comisura de su boca y se acercó a ella—. Soy bueno dando masajes.

—Su novia los aprovechará.

Álvaro frunció el ceño. Sofía se agachó para coger una bolsa y la parte de delante de la camiseta la siguió en el movimiento, dejando al descubierto la sombra del sujetador y el contorno de sus pechos, enseguida su mente lucubró en la manera en que recorrería con boca y dientes esa parte. Una pulsación atacó su entrepierna, al tiempo que trataba de hilvanar la respuesta a su comentario.

—Ella no es....

—Una compañera me recomendó el jabón —interrumpió Brenda, que se había soltado del brazo de Álvaro y sin prestar atención a su intercambio de palabras con Sofía, examinaba las diferentes fragancias y productos, que alzaba y se llevaba a la nariz.

Al final escogió un jabón y una loción, y eso fue lo único que Sofía le cobró a Álvaro.

—¿Y la vela?

—Es un regalo —dijo, en el mismo tono en que él le había dicho que era bueno dando masajes.

Álvaro volvió a fruncir el ceño, al percibir el tinte de burla en su expresión.

—No puedo aceptarlo, tú te lucras con ello.

—Es para que sorprenda a su novia.

—¿Así sorprendes tú al tuyo?

Ella le devolvió una mirada confusa. No tenía novio, pero no iba a ser tan imbécil de hacérselo saber y decidió darle un golpe bajo:

—Sí, es... muy estimulante.

Él, ya furioso, insistía en el pago, ante la mirada curiosa de Brenda, pero ella se mantuvo en sus trece. Le entregó el paquete y el solo roce de sus dedos lo llevó por el camino del deseo. “Esto es una estupidez”.

Se alejaron un par de puestos más allá. Álvaro se llevó la vela a la nariz mientras Brenda escogía un pañuelo pintado a mano. Dirigió sus ojos de nuevo al puesto de Sofía y la sorprendió mirándolo. Sonrió y le guiñó un ojo.

“No es decepción”, pensó Sofía, al ver alejarse la pareja. ¿O sí lo era? Le había molestado la sensación de celos que la asaltó al ver cómo la reina trataba de aferrarse a él. Aunque él no dejó de observarla, los labios, la nariz y por último los ojos, como si quisiera aprendérsela. Había una especie de energía entre los dos, pero seguro estaba confundiendo todo, otra vez sus deseos se daban de bruces con la realidad. Además, tenía novia. Espantó los pensamientos y se dispuso a atender a un par de mujeres que se acercaron al lugar.

La tarde se vistió de oro viejo y en breve dio paso a la noche. Gregorio y Sofía guardaron la mercancía que no se había vendido, que quedó en las mismas cajas en que la habían traído.

—¿Qué pasa, muchacha?

—Nada, nonno.

—Has estado pensativa toda la tarde.

—Son bobadas, nonno.

El abuelo iba a replicar algo, cuando Dan Porter hizo su aparición.

Ese día vestía informal, un jean, camiseta blanca y zapatillas de deporte. Era agente del FBI desde hacía un par de años y había sido vecino de los Marinelli por más de una década, además del mejor amigo de Sofía. Estuvo presente el día que, cuatro años atrás, ella recibió la noticia de la muerte de sus padres por parte de la policía, y la acompañó durante todo el proceso. Tenía veintiséis años, pero a pesar de la diferencia de edad, compartían muchos intereses: el arte, el buen cine y la música.

Les ayudó a acomodar todo en el auto y luego, con la venia del abuelo, la invitó a comer a un par de manzanas. Se fueron caminando, mientras charlaban de los sucesos de la semana.

—¡No, otra vez no!

—Debo tener genes mexicanos, Sofi, amo una buena tortilla o una enchilada. Por favor, por favor... —Se adelantó a ella y juntó las manos en un ruego.

Sofía sonrió.

—Está bien, está bien.

Llegaron al lugar y se sentaron a la mesa. Ordenaron enchiladas y tacos con un par de cervezas.

—¿Y qué, mocosa? ¿Algún pretendiente en el horizonte?

Se acercó la mesera con una canasta de nachos y un par de salsas picantes como entrante.

—No, ninguno. —Pensó en Álvaro y en lo que haría con la pintura al llegar a casa.

—¿Quién era el tipo de la otra noche?

—Alguien que compró mis pinturas en la exposición a la que olvidaste ir y a la que te había invitado con mucha antelación. ¿Te había dicho de la exposición, verdad?

—Varias veces —confirmó Dan, con tono de resignación—. Reprimenda número treinta. Y por treintava vez te lo repito, lo siento, mocosa, pero juré hacer cumplir la ley y el orden sin horario fijo.

—Te disculpo, sí. ¿Y tú como has estado?

—¿Qué quieres que te diga? La vida continúa.

Sofía no insistió. El joven aún sufría por un reciente desengaño amoroso. Unos meses atrás, era el hombre más feliz del mundo. Estaba tan enamorado que parecía tonto. Pero la chica, que era extranjera, volvió a su país y hasta allí llegó todo. Y Dan aún no se reponía del golpe sufrido.

Por no ahondar más en la herida, prefirió cambiar de tema. Hablaron del próximo concierto de Coldplay en la ciudad, al que ambos deseaban asistir.

En cuanto volvió a su casa, Sofía se percató de que su abuelo ya dormía. Al llegar a la habitación se acostó atravesada en la cama sin dejar de observar la pintura.

“¿Qué voy a hacer contigo, Álvaro Trespalacios?”. Le gustaba su apellido, le sonaba a medievo, castillos y fortalezas, caballeros de brillante armadura y ojos como pozos oscuros, tentadores e intensos. Se levantó de golpe y observó la expresión de los ojos del cuadro, esa expresión que tenía para ella, había estado ausente cuando miraba a la reina. Cuando la miraba, sus ojos brillaban con un tono intenso, oscuro y profundo. Era imposible equivocarse, su ojo de artista lo había captado, tal vez para otras personas carecería de importancia, pero para ella no. Era su don. No supo si burlarse de sí misma o

reprenderse por ser tan soñadora. Cubrió el lienzo con una tela y se acostó a dormir.

Álvaro estuvo distraído todo el rato que estuvo con Brenda en la feria. De vez en cuando atisbaba el puesto de Sofía, fijándose en la manera en que atendía a la gente, el cariño que mostraba por el anciano que conversaba a su lado y las caricias que le prodigaba a su mascota. Lo obsesionaba el color de su piel y sobre todo, su olor, del que por lo menos se llevaba una fracción para su casa. Apesar de que su acompañante quería avanzar en el recorrido, él visitó con toda parsimonia los puestos alrededor del de Sofía, y solo cuando ya fue demasiado evidente, siguió a otra cuadra de mala gana.

Brenda evitó hacer algún comentario, caminaba sobre hielo quebradizo y no quería tentar su suerte. Sabía que Álvaro deseaba terminar la relación y todo lo que podía hacer era retrasar lo más posible ese momento. Almorzaron en uno de los restaurantes del centro y al anochecer fueron a su casa.

—¿Por qué compraste esas pinturas? —inquirió ella mientras se descalzaba y tomaba del paquete una loción de las compradas en el puesto de Sofía.

—Me gustan.

—Son corrientes.

—No, no lo son —contestó, molesto.

—¿No me dirás que te gusta esa chica? —preguntó ella, segura de sus encantos. Se bajó el short con movimientos sinuosos y se quitó la camiseta.

Álvaro no contestó. Brenda se había invitado, y él pensó aprovechar para terminar de una vez la relación, pero ella escogió

justo ese momento para abrir el frasco de loción y cuando el aroma de Sofía invadió la estancia, lo nubló una bruma de deseo.

La mirada que vio en los ojos del hombre hizo sonreír a la joven.

—Eso contesta mi pregunta —dijo, satisfecha, sin imaginar que era precisamente el olor el que lo había encendido.

Álvaro se acercó a ella.

—¿Quieres jugar?

—Siempre.

Se acercó a la mesa de noche, tomó una faja de seda y le amarró las muñecas al cabecero de la cama. La chica estaba ansiosa.

Álvaro se desvistió, se puso un condón con celeridad y con el olor de Sofía en las fosas nasales, derramó la loción en el vientre de Brenda, entre los pechos y empezó a masajearla mientras las formas de otra mujer tomaban sus pensamientos. Toda Sofía era deliciosa, estaba seguro, los pezones coronados de deliciosa loción... ¿Serían oscuros o claros? Imaginaba toda una gama de tonos mientras mordisqueaba unos pezones claros y erectos, y unos gemidos atacaban sus oídos. ¿Gritaría en medio de la pasión? ¿Gemiría con destemplanza? ¿O sería callada?

Trató de volver a la realidad cuando una voz, en nada parecida a la de Sofía, empezó a gemir su nombre. Menos mal que no lo tocaba, solo quería las manos de la chica del puesto de perfumes sobre su piel, sus uñas arañándolo, sus gemidos enardeciéndolo. Embistió el cuerpo de Brenda con dureza, alzó la vista y vio la vela en la mesa de noche. No, esa vela solo la usaría con ella. “Sofía, Sofía, Sofía”, rezaban sus pensamientos, y tuvo que morderse la lengua para evitar proferir una exclamación con su nombre. Derretiría la cera de la

vela sobre su ombligo y le masajearía el vientre, el culo y los fantásticos pechos que intuía, y por último, su monte de Venus. ¿Se depilaría? Imaginó un canal ardiente y estrecho que lo llevó por el camino del orgasmo.

Que tenía mucho dinero era lo único que la gente conocía de Sergei Novikov. Había llegado a Estados Unidos después de consolidar una fortuna en Europa, y nadie sabía de qué parte del país euroasiático era, ni la procedencia de su capital, aunque muchos especulaban que podía deberse al tráfico de armas, de personas y de drogas.

Los gemidos de un hombre llegaron a sus oídos. Los escuchó, impasible, desde las sombras. El tipo no podía verlo mientras sus hombres hacían el trabajo de sacarle información. No era necesaria su presencia en el lugar, pero años de velar personalmente por cada uno de los negocios que emprendía le impedían delegar funciones.

El pobre diablo, colgado de cadenas al techo, apenas se rebullía ya en su intento por soltarse. Su agonía sería más o menos dolorosa dependiendo de lo rápido que diera su respuesta. Novikov estaba furioso por la filtración de información. Todas las fuerzas de seguridad del estado estaban a sus talones, y todo por el imbécil que había dejado caer el cargamento de surasiáticos tres días atrás. Tenía un soplón en sus filas.

—Calma, muchacho —dijo uno de los verdugos al otro—. Dale tiempo para pensar.

El prisionero escupió, en un intento de que llegara a la cara del hombre que lo golpeaba, pero casi no tenía aliento, y la saliva resbaló por su propio rostro. Gritó con todas sus fuerzas.

—Grita todo lo que quieras. Aquí nadie te escuchará.

Otro golpe y otro, un baldado de agua fría y vuelta a empezar.

El hombre no hablaría, era una pérdida de tiempo. Novikov salió de las sombras y con un movimiento de cabeza selló el destino de aquel infeliz.

Capítulo 3

Cuando su abuelo la llamó a comer, Sofia trabajaba en su estudio. Era una habitación apartada en el patio de la casa, un lugar claro y brillante, con las paredes pintadas en un tono beige y gran cantidad de pinturas, algunas sin terminar, unas colgadas, otras recostadas en las paredes, que le daban un aspecto alegre al lugar. Había, además, un sofá grande y mullido de color claro, algunas flores, el lienzo en el caballete y un banco en el que se sentaba para pintar. En una de las esquinas había una mesa con trazas de escritorio, manchada por los oleos, el vinilo o el disolvente, donde descansaban recipientes con pinceles, frascos de oleos, acuarelas y vinilos.

Dejó la paleta de colores y observó lo trabajado en la jornada. Era un encino pequeño que había fotografiado cuando caminaba por el parque, le enternecía el aspecto de matorral que tenía, con su tono de verde espectacular y sin una sola flor. Se alejaba un poco de las figuras humanas que solía pintar, pero a veces se inspiraba con alguna flor o planta que llamara su atención. Normalmente no eran las más hermosas, le gustaba reflejar la naturaleza mustia.

Dejó los pinceles en un recipiente, se cambió la camiseta manchada de pintura por otra limpia, se lavó las manos, se ajustó el moño del cabello y salió al patio, rumbo al comedor.

Con Gregorio se turnaba el trabajo de la cocina. Él prefería las noches para cocinar porque se remontaba a su querida Italia y daba rienda suelta a su imaginación. Siempre tenía preparado un apetitoso y elaborado plato a la hora de la cena. El ajo, el aceite de oliva y el olor

a albaca fresca colmaban el lugar. De entrada, había preparado una ensalada *caprese*, uno de los platos favoritos de Sofía y era noche de carne y canelones en salsa fresca de tomate con un toque de orégano.

Se sentaron a comer. Sofía sirvió ensalada a su abuelo y luego en su propio plato.

Hablaron de nimiedades, del pago de los recibos de servicios públicos, de la próxima cita de Gregorio con el cardiólogo.

—Me consientes —dijo Sofía, sirviéndose otra ración de ensalada.

—Claro, muchacha ¿a quién más voy a consentir? ¿Qué más hiciste con tu día?

Sofía sonrió y partió un pedazo de pan.

—¡Nonno! —exclamó, desconcertada— No hay nada que contar. He estado aquí todo el día. Lo sabes, porque tú tampoco has salido hoy.

—¡Exactamente! Ahí es a donde quería llegar.

Sofía lo miró, confundida.

—No entiendo.

—Me preocupa que no haya nada nuevo en tu vida. Tienes veinte años, Sofía, y pareces una anciana. Hace tres años que terminaste la escuela, no tienes amigos, ni siquiera alguien que comparta tus aficiones a excepción de Dan, que es muy poco el tiempo que puede dedicarte, no vas a fiestas... ¿Cuándo fue la última vez que saliste con un chico? Hace más de un año.

—Muchos padres y abuelos estarían felices por eso —contestó ella, por decir algo.

—Pues yo no —replicó el anciano, al tiempo que tomaba el recipiente de los canelones y le servía a su nieta. Al dejar el plato, tomó

su mano—. Sé que la muerte de tus padres te robó parte del gozo de la juventud. Pero ellos no querían esto para ti, estoy seguro. Cada corazón tiene su propio dolor, Sofia, pero la vida sigue y no podemos dejarla pasar por nuestro lado sin intervenir en ella. Es como si la melancolía se hubiera instalado en ti.

Sofia dejó el cubierto con el que jugueteaba con la comida en el plato. Levantó la mirada con los ojos agudados.

—No me molesta mi melancolía, nonno. Tengo mi arte.

El abuelo soltó los cubiertos también y aferró una copa de vino, única licencia que se permitía con respecto al alcohol.

—Un hermoso don que Dios te dio. Pero ni siquiera has hecho el esfuerzo de estudiar Bellas Artes.

—No podemos permitirnoslo, además estoy ahorrando para irme, ¿lo recuerdas?

—Ese viaje lo veo lejos, cada dos por tres inventas excusas. Hace mucho rato que hay suficiente dinero ahorrado para que vayas a París. Hasta has estudiado francés, no lo hablas a la perfección, pero te falta poco.

Gregorio no había permitido que tocaran ese dinero cuando el seguro no cubrió parte del costo de su última intervención quirúrgica a corazón abierto.

Sofia tomó otro pedazo de pan, partió un trozo y le contestó antes de llevárselo a la boca.

—¿Y tú qué? No voy a dejarte solo.

Su abuelo se echó hacia atrás en su asiento y cruzó los brazos.

—No me digas que estás esperando a que amanezca tieso como un pollo congelado para hacer lo que debes hacer, jovencita.

—¡No hables así! Has estado enfermo...

—Si tanto te preocupa mi enfermedad, pues vámonos los dos para Europa, yo volveré a Fiesole y tú estarás en París o donde sea que quieras estar, y vendrás a visitarme.

Sofía clavó el tenedor en un canelón y prácticamente lo desbarató sin probar bocado.

—Esperemos un tiempo más, abuelo.

—Debes dejarlos ir, Sofía.

—No es tan fácil.

Se levantó de la mesa y llevó su plato a la cocina, apoyó ambas manos en el mesón y se dedicó a mirar por la ventana. Percibió los pasos de su abuelo, que recogía la mesa. No se dijeron nada más. Gregorio fue a la sala y encendió el televisor. Sofía quedó perdida en sus pensamientos.

“Vamos, preciosa, cómete las verduras”, decía su padre en ese tono que nunca más volvió a escuchar. “No habrá postre” decía su madre. “Ni juego después de cenar”, volvía a la carga el padre.

Aún le dolía, como si el accidente hubiera ocurrido el día anterior, a veces sentía que se ahogaba.

Novikov vivía en uno de los rascacielos de Manhattan, un reducto donde los muy ricos tenían sus viviendas, una especie de fortaleza con todas las medidas de seguridad. Un hombre como él tenía enemigos en todas partes, contar con protección era algo primordial para su existencia.

La cama estaba desecha y entre las sábanas, Sergei podía observar como sobresalía una pierna larga y estilizada. Se sorprendía aún de la facilidad con que era capaz de conseguir mujeres perfectas. ¿Quién dijo que la felicidad no se podía comprar?

Solía observar el paisaje todas las mañanas mientras tomaba una taza de café, se sentía poderoso con la vista puesta en Central Park. Esa mañana de lunes el día estaba despejado y se podía divisar hasta el río Hudson.

Ivanova Golubev abrió los ojos. Era la amante perfecta, hermosa y cara. Nadie que la viera podría adivinar de dónde la había sacado. Había sido la única mujer capaz de despertarle sentimientos de posesión y lujuria tan pronto había posado sus ojos en ella. Su arreglo ya duraba un año y todavía no tenía suficiente. La seguía deseando como el primer día.

La chica se agitó y se estiró en la cama en una pose tal, que a Sergei le dieron ganas de reunirse con ella de nuevo, pero el deber llamaba. Tenía una reunión en los muelles en cuarenta minutos.

Sofía salía del supermercado con el carro repleto de bolsas de comestibles y renegando entre dientes por haber tenido que hacer la compra, cuando Álvaro apareció ante ella. Se hallaba recostado contra una pared, con la mirada en el móvil, revisándolo. Vestía como un típico estudiante de universidad cara: un jean oscuro y un suéter sin cuello color azul con dos botones adelante, las mangas remangadas y el cabello... El dichoso cabello rubio, que Sofía no sabía si se peinaba así a propósito o era que se pasaba las manos cada minuto por él.

Levantó la mirada cuando escuchó el ruido del carrito y aquella bendita sonrisa se adueñó de sus labios.

—¡Hola!

—Vaya, qué coincidencia —contestó ella, sin dejar de caminar e ignorando el vaivén de sensaciones que iban desde el golpeteo en el pecho, el aleteo en el estómago y la pesadez en las piernas. Cubrió

su rostro con una máscara impasible.

Lo que Sofía no sabía era que no había sido coincidencia. Álvaro la había seguido hasta el supermercado. No quería parecer un acosador, pero llevaba dos días tratando de hablar con ella y parecía que no salía de su casa. Ese día se había acercado con la intención de tocar el timbre, cuando la vio salir de la casa y decidió seguirla. Dios era testigo de que había tratado de mantenerse alejado, distrayéndose con Brenda, sus estudios, las prácticas bursátiles en las que tenía que concentrarse... No era momento para entablar una relación con una mujer que parecía no estar interesada en él. Pero solo dos encuentros, y la chica se había convertido en su obsesión.

Al impacto de volverla a ver, tan hermosa como siempre —con un jean entubado, una camisa rosada, un suéter rojo amarrado en el pecho y zapatos de cuero color miel—, se le sumó el fastidio por su indiferencia. A él el corazón le batía como a un tambor y ella tan tranquila. Le molestó, pero trató de disimularlo.

—Vienes renegando ¿No te gusta hacer la compra? — preguntó con sorna al tiempo que acompasaba su paso al de ella.

—No, pero me imagino que es más divertido que esperar frente a un supermercado sin hacer nada.

Álvaro le lanzó una mirada furtiva.

—Pero cuando esa espera tiene su recompensa en forma de unos ojos del color del brandi, créeme, puede llegar a ser muy entretenido.

—No estoy para entretener a nadie.

—Era un cumplido.

—Pues el cumplido no le salió muy bien.

Le sonrió con tinte burlón.

—Mi disculpas, estoy perdiendo facultades. En nuestro primer encuentro me tuteabas, y ahora has dejado de hacerlo.

Sofía ni le contestó ni le dio importancia al comentario. Giró en dirección a la casa. Álvaro trató de tomar el carrito con los paquetes, pero ella se negó. Él siguió caminando a su lado.

—Asu novia no le hará mucha gracia su pasatiempo.

Álvaro se detuvo y la detuvo a ella.

—Brenda no es mi novia —dijo—, es una vieja amiga, también colombiana.

—¿Ella lo sabe? —resopló Sofía, incrédula, y siguió su camino.

A Álvaro le molestó la pobre opinión que tenía la chica de él, pero lo que más le afectó fue el hecho de que eso le importara tanto.

—¿No me crees, verdad?

“Mírate” quiso decirle ella. “Eres tan hermoso... ¿Qué haces aquí conmigo? Vete para donde su alteza”. Pero guardó silencio unos segundos y soltó un suspiro.

—No es cuestión de que le crea o no. No creo que tengamos mucho en común.

Aceleró el paso, un tanto nerviosa.

—No podrás saberlo si no me conoces.

—Debo apurarme, o los congelados harán un reguero por todo el camino.

—Claro.

—*Addio* —susurró, tensa.

—Adiós —se despidió él y silbando una tonada, se alejó unos pasos, satisfecho. Al menos había logrado ponerla nerviosa.

Tan pronto reanudó el paso, Sofía sintió ganas de golpearse la cabeza contra las vitrinas que atravesaba para espabilarse. El corazón

lo sentía en la boca. Ahí estaba de nuevo esa mirada que la perseguía a todas partes. Iba por ella. Quería conquistarla. Si supiera todo lo que ella pensaba, aquella sería la conquista más fácil de la historia.

“Aguanta un poco, Sofía, no le hagas las cosas tan fáciles”.

Con la mente en automático llegó a su casa, sin percatarse de que Álvaro la seguía. Dejó el carrito de los comestibles en la entrada y se dispuso a abrir la puerta, cuándo percibió una presencia detrás de ella, se volteó y al verlo, resopló, molesta:

—Esto es acoso. ¿Por qué me sigue?

Él le sonrió, entrecerrando los ojos.

—Pura seguridad. —dijo en broma—. Podría abordarte algún desconocido. Algún pobre diablo, rogándote porque le dejes cargar los paquetes o para quién sabe qué más.

Ella sonrió a su pesar.

—No es muy gracioso.

—No “eres” muy gracioso —repitió él haciendo énfasis en el tuteo. No entendía por qué insistía en guardar las distancias.

En ese momento, el abuelo de Sofía apareció y lo miró con expresión atenta. Sofía lo ignoró y se negó a hacer las presentaciones. Entonces Gregorio se presentó.

—Mucho gusto, joven, soy el abuelo de Sofía. ¿Y usted es?...

—Álvaro Trespalacios. Mucho gusto, señor, soy amigo de su nieta.

Ella puso los ojos en blanco y entró a la casa con un par de paquetes.

—No sabía que Sofía tuviera un nuevo amigo —dijo el abuelo, mientras tomaba otro par de bolsas.

—Permítame ayudarle —dijo Álvaro, solícito, pero Gregorio más

bien le indicó que tomara otro par del carrito.

Álvaro caminó detrás de él hasta que llegó a una cocina amplia y bien iluminada, donde Sofía estaba guardando unas cajas y enlatados en un mueble superior. No dejó de mirarla, hasta que sus ojos tropezaron con los suyos. “Si quieres correr, hazlo ahora. Yo soy un hombre que convierte derrotas en victorias, Sofía”, sentenció con la mirada.

“No será fácil, prepárate”, le respondió ella de un vistazo.

El anciano interrumpió el duelo y Álvaro volvió a la entrada por el último par de bolsas. Cuando regresó a la cocina, Gregorio, sin más, lo invitó a cenar y los echó a ambos de allí.

—Sofía, muéstrale a tu amigo el estudio. Ya, váyanse, váyanse.

Al atravesar el patio, un perro color chocolate, el mismo que viera en el puesto del mercado de artesanos, saltó a saludar a Sofía. Chilló, batió la cola y cuando reparó en él, se acercó desconfiado y con un resoplido, se alejó.

“Vaya con la mascotica, igual a la dueña”, sonrió Álvaro, que encontró una pelota y la lanzó a un extremo del patio. El animal, ni corto ni perezoso, corrió a alcanzarla y de mejor ánimo se acercó y la tiró a sus pies. Álvaro repitió el movimiento varias veces.

—No debiste haberme seguido, en serio —Sofía lo miraba, algo consternada—. Me molesta verme en una situación incómoda.

—Es incómoda porque tú quieres que lo sea. Solo quiero ser tu amigo. Si te molesta que tu abuelo me haya invitado a conocer tu sitio de trabajo, pues me voy, tampoco es mi intención ser una molestia para ti.

—No acepta una negativa.

—Es cierto, no me doy por vencido muy fácilmente.

—No necesita mentirme respecto a su novia, no voy a tener nada con usted.

—No puedes decir de esta agua no beberé, porque terminarás tirándote de cabeza y te lo repito: Brenda no es mi novia.

Asintió, satisfecho, al ver el sonrojo en la mirada de ella. Se acercó más. Sofía parecía no tener intención de dejarlo entrar en el estudio y decidió forzar un poco la mano.

—¿Y si estoy interesado en otra de tus pinturas?

Aella le molestó que utilizara el dinero para obligarla a mostrar su trabajo.

—No lo creo —dijo, en tono molesto—. Como puede ver, no me estoy muriendo de hambre.

—Discúlpame, Sofía, no era mi intención ofenderte.

Cada minuto a Sofía le era más difícil luchar con la profunda atracción que aquel hombre ejercía sobre ella, con su presencia de “todo me importa una mierda”. Su seguridad y arrogancia deberían haberla fastidiado, pero no era así.

—Solo quiero acercarme a ti, me muero por conocerte, ¿es eso tan malo?

—No —capituló ella—. Claro que no.

—Sé que ustedes los artistas tienen sus manías. Picasso nunca madrugó en su vida, algunos cayeron en las garras del alcohol, o de las malas compañías.

Ella ya sonreía abiertamente, lo que le daba a su rostro un aura incomparable de belleza. Ahora fue el turno de él de sonreír por su ocurrencia y entonces recordó:

—Thomas Wolfe se inspiraba tocándose los...

—Lo sé, lo sé, cállate ya, por favor —dijo ella, volviendo al

tuteo, en medio de las carcajadas.

Ya se la veía más cómoda en su compañía. Álvaro percibió el cambio, pero prefirió no hacerlo notar.

—No necesitas mostrarme nada si no estás preparada

—Gracias.

Se sentaron en una de las sillas del patio y pasaron el tiempo charlando de arte, mientras el perro jugaba con la bola una y otra vez.

El abuelo los llamó a comer. Álvaro le aferró el brazo levemente al levantarse ella de la silla, a Sofia esa ligera caricia la desconcertó, y cuando él la rozó con su cuerpo, un calor y una pesadez la invadieron. Conocía el deseo, la intimidad, pero lo ocurrido dos años atrás con aquel chico no tenía nada que ver con esto que empezaba a inquietarla. Era como una llamarada que estaba segura de que el hombre a su lado avivaría cada vez más, tenía esa convicción.

La cena fue un rato maravilloso bañado de charlas, bromas y el inconfundible aroma del aceite de oliva mezclado con el orégano, la albahaca y el laurel. Macarrones en mantequilla con queso parmesano, estofado al vino y una selección de aceitunas marinadas en finas hierbas hicieron las delicias y alabanzas de Álvaro.

Sofia apenas podía apartar la mirada de su rostro y de sus manos, unas manos grandes, de movimientos firmes y líneas elegantes. Quiso pintarlas, las imaginó en su rostro, en sus pechos, en medio de sus piernas... ¿Cómo sería pintar su cuerpo desnudo? Exhaló un profundo suspiro. Álvaro la miró de forma muy curiosa cuando su abuelo la reprendió porque no estaba comiendo. Se concentró en desparramar la comida en el plato, mientras que él no dejaba de comer con buen apetito y hablaba con Gregorio de un partido de fútbol de la liga Italiana.

Después de comer, Sofia se levantó y preparó café, que llevó a los dos hombres que estaban en la sala, frente al televisor. Álvaro, en una pose relajada, acariciaba a Máximo. El muy traidor se había dejado comprar con juegos y comida debajo de la mesa, y ahora yacía con el hocico reclinado en las piernas de él, que le sobaba la oreja y la cabeza. Se enderezó cuando ella llegó con la bandeja y le sirvió el café, al que le echó dos cucharadas de azúcar.

Minutos después de terminar la bebida, Álvaro se despidió de Gregorio, y Sofia lo acompañó hasta la puerta.

—El viernes hay un concierto de mi compañero de apartamento en un bar cerca de la universidad, toca el saxo, o por lo menos lo intenta... ¿Por qué no me acompañas?

Sofia se mordió el labio y Álvaro tuvo el impulso loco de arrinconarla contra la pared más cercana y devorarle los labios, saborearlos, morderlos hasta dejarlos hinchados y rojos. "No me hagas rogar", pensó él en silencio. No, no le rogaría, si lo rechazaba, no volvería a verla.

—Me encantaría.

Y la deslumbró de nuevo con una de sus patentadas sonrisas sin percatarse de cuánto estaba conteniendo la respiración.

—Hasta el viernes, "muchacha".

Tomó su mano y la besó. Sofia se sorprendió por el tono de voz empleado, muy diferente al de su abuelo, pero no le disgustó, todo lo contrario. Él hizo una reverencia y se fue silbando la misma tonada que le escuchó a las afueras del supermercado.

Capítulo 4

Álvaro caminaba por el campus universitario, rumbo a su próxima clase. Atravesó las puertas y anduvo por el corredor principal de la facultad de estudios financieros, camino al aula.

Greg se acercó por un lado y se saludaron con un roce de puños.

—Esta noche, no lo olvides. ¿Vas a ir con Brenda?

—No.

El joven lo miró, sorprendido.

—¿Y entonces?

—No la conoces.

Greg silbó por lo bajo y antes de que pudiera replicar algo, Álvaro se adelantó:

—Sin comentarios.

Le dio un puñetazo en el brazo. Greg le devolvió el gesto con un empujón.

—Estás hecho un soberano marica, dejar ir a ese bombón.

Álvaro no le contestó y con un gesto del dedo del medio se despidió de Greg y entró al salón de Finanzas.

En la clase, sus pensamientos volvían a Sofia una y otra vez. El rato pasado con ella había sido exquisito, aunque una sensación extraña los circundaba. En medio de una fórmula financiera, pudo vislumbrar lo que era. Ni su físico ni su alcurnia ni sus apellidos, ni siquiera el dinero podrían atravesar las barreras que percibía en ella. Era una mujer con muchos recovecos. Una parte de aquella chica vivía

muy lejos, y ese lugar inalcanzable que vislumbraba en sus ojos era el que deseaba conquistar. Las mujeres que solía frecuentar eran mucho más obvias, no tenía necesidad de escarbar para conocerlas y tampoco le interesaba, pero esta... ¿Y si no valía la pena? ¿Y si era un espejismo?

Pensó en alejarse, por su bendita paz mental, a la que ya se había acostumbrado, pero entonces se interponía el deseo, al recordar el ángulo de su boca, su figura o la línea de su cintura. La mirada de evidente interés que le destinaba cuando creía que no se daba cuenta y el modo en que bajaba la vista en cuanto él se volteaba a mirarla. Se sentía muy atraído. Tenía que volverla a ver para confirmar que no se había vuelto loco o caído en medio de un hechizo.

También estaba Brenda, le había pedido algo de tiempo, argumentando que tenía que estar concentrado en los finales del semestre. No se lo había tomado muy bien, y él se arrepintió de haberle dado alas a la relación cuando sus perspectivas eran tan diferentes: ella quería un compromiso; él, un buen polvo. Y con Sofia... ¿qué carajos quería con ella?

Sofia miraba el montón de vestidos encima de la cama sin poder decidir qué ponerse.

No era una salida formal, podría decantarse por unos jeans, pero las dos últimas veces que había visto a Álvaro llevaba esa prenda. Tomó un vestido negro y lo soltó al momento, demasiado formal. Lo mismo hizo con otro.

La había llamado al móvil en un par de ocasiones. Su voz, Dios santo, su voz... Tenía el mismo impacto en ella que si lo tuviera enfrente y cuando pronunciaba su nombre, era como la cera de verbena y lima

para masaje que contenían las velas que hacía y que rodaba por su cuerpo en una pecaminosa y placentera caricia que despertaba todos sus sentidos.

Al final, y por falta de tiempo, escogió un vestido palabra de honor en seda fría de fondo beige y diminutas flores rojas, rosadas y amarillas. Un chal de hilo y flecos color beige sobre los hombros y estaba lista. Se había peinado el cabello en ondas y maquillado un poco. Esparció unas gotas de su perfume detrás de las orejas, en las muñecas y bajó a esperar a Álvaro.

Gregorio y Dan estaban sentados en la sala viendo un partido de béisbol.

—Vaya, vaya, estás preciosa, Sofía.

—Gracias, Dan.

—Si ese tipo se sobrepasa contigo, le haré las pelotas moño y lo deportaré de una patada a su país.

—¡Dan! Es un amigo.

Sonó el timbre y enseguida Dan se levantó a abrir.

Álvaro entró con el ceño fruncido y ella supo que no le había gustado que Dan le abriera la puerta. Lo escaneó en pocos segundos. Su ropa era de calidad: una chaqueta color manteca de algún modisto de alta costura —estaba segura, por la manera en que realzaba su físico y sus hombros—, un jean azul y una camiseta oscura. Era un hombre cómodo consigo mismo y con su entorno, y eso se manifestaba en su pose y movimientos. El familiar cosquilleo en el estómago y la sequedad en la garganta que le impedía tragar con tranquilidad la llevaron a pensar que estaba hecha una soberana tonta. Cuando él la vio en medio de la sala, el conocido brillo en sus ojos amenazó con convertirle las piernas en gelatina. La había acariciado con la mirada.

—Buenas noches.

El abuelo y ella respondieron al saludo. Álvaro se acercó y la saludó con un beso en la mejilla.

—¿Nos vamos? —dijo con la mirada puesta en Dan.

—Sí, claro.

Su abuelo se levantó, la tomó de la mano y añadió:

—*Sei bella mia principessa*^[3].

Ella le devolvió un gesto complacido y lo besó en la frente.

—*Grazie, nonno...*

Escucharla despedirse en italiano de su abuelo tomó a Álvaro desprevenido, y un barullo de sensaciones lo asaltó: alegría, de ver que se había arreglado tan bella para él; deseo, por culpa de ese tono de voz y sus palabras en italiano. Y también celos, porque Dan estaba en la sala, se notaba el afecto y la camaradería entre ellos.

Cuando se acercó a despedirse de él, Álvaro la apremió, no toleraría que el tipejo la tocara. No, señor, colocó la mano en su espalda, marcando territorio, ya casi en la puerta, frunció de nuevo el ceño y la tomó de la mano, tal vez con firmeza exagerada.

Había decidido utilizar su auto esa noche, un Toyota Camry del año anterior que poco usaba en la ciudad. La dificultad para encontrar parqueaderos y los embotellamientos hacían que se transportara en metro o en bicicleta. Al llegar a la puerta del pasajero y mientras la abría, él le preguntó:

—¿Estoy interrumpiendo algo entre tú y ese Dan? Por qué si es así, me gustaría saberlo.

Sofía, que lo miraba desconcertada —no había hecho comentario alguno sobre su aspecto—, se sulfuró, se soltó y dio media vuelta para devolverse.

—¿Tú crees que saldría contigo si tuviera algo con otro hombre? Deberíamos dejar la salida aquí. No me impresionas con tus actitudes trogloditas.

Se sintió un tonto. La tomó de nuevo con suavidad del brazo y la llevó a la puerta del auto.

—Disculpa, es que...

Le pasó los brazos por la cintura, sujetándola, y su atrayente perfume, que apenas había percibido cuando la besó en la mejilla, la inundó de pronto. ¡Por el amor de Dios! Cómo la afectaba ese hombre. Disimulando, lo miró con reprobación.

—Si eres así con todas, no debes salir mucho.

Una sonrisa se formó en el rostro de Álvaro. No quería soltarla. Sentía su respiración y no podía dejar de mirarle la boca. Cruzó de nuevo su mirada con ella.

—No tengo problemas en ese campo, créeme, y te pido disculpas por mi comportamiento.

Sofía lo sabía, solo quería pincharlo. Era un hombre seguro de sus encantos, estaba acostumbrado a que las mujeres se le lanzaran. Pues bien, con ella otra sería la historia.

Álvaro, sin decir palabra, la hizo subir al auto, en cuanto dio la vuelta, la ayudó a ajustarse el cinturón de seguridad y al acercarse, inhaló nuevamente su aroma, que lo llevó por otros caminos. Se sosegó de golpe, empujó un disco compacto y la música de Bruce Springsteen irrumpió en el silencio.

La noche no había empezado bien. Tendría que mejorar.

—Estas hermosísima, Sofía

Ella distendió los labios y lo miró.

—Gracias.

“Con ese cabello suelto y esas facciones, Sofía, me dejé pasmado”. No podía decirse, las palabras se le atragantaban, por primera vez se sentía torpe con una mujer. La sensación de celos que lo asaltó al ver a Dan en la puerta lo había confundido. No la quería cerca de ese tipo. No sabía por qué. Nunca había sido territorial en sus relaciones, pero con ella todas las premisas que habían regido su vida volaban por los aires. Cada sonrisa suya le provocaba sensaciones cálidas en el pecho.

En pocos minutos llegaron al bar restaurante, ubicado en la avenida Ámsterdam. Bajaron del auto. Álvaro se dirigió a la puerta del lugar y la mantuvo abierta hasta que Sofía pasó junto a él. Entró tras ella y dio su nombre al mesero. Había hecho una reserva. El hombre miró una lista y los llevó a una mesa al fondo del local.

Había una tarima donde se presentaría la banda. Al lado, una barra con taburetes altos y en la pared una colección de botellas de toda clase de licores. Cuadros con fotografías de los diferentes parques de la ciudad adornaban las paredes. Álvaro le abrió la silla a Sofía y esperó hasta que estuvo acomodada, pidieron un par de cervezas y mientras tanto, el mesero les pasó la carta. Sofía escogió ese momento para quitarse el chal, dejando al descubierto sus blancos hombros. Él quedó de nuevo pasmado, eran delicados y tuvo el apremio de tocarlos, un centenar de pensamientos obscenos cruzaron por su mente.

—Te aconsejo las costillitas de carne y las alas de pollo en salsa Barbecue — carraspeó Álvaro sin dejar de mirarla.

—Las costillitas están bien, gracias.

Pidieron un par de ensaladas. Sofía observaba el lugar con curiosidad. Un pianista interpretaba una suave melodía.

—¿Hace cuánto estás en Columbia?

Álvaro le relató que llevaba año y medio viviendo en los Estados Unidos, que en tres meses terminaría el posgrado y volvería a su país. Tenía muchos planes. Sofía percibió en él que era y sería un hombre de éxito. Le habló de sus padres y hermanos, hasta que una sombra se posó en los ojos de Sofía.

Llegaron los platos, y mientras pinchaban los diferentes alimentos, charlaron de trivialidades. Álvaro, sin pena, tomó una de las costillas de su plato y a su vez le brindó parte de su comida. A Sofía le encantó ese gesto. Cuando iban por el postre, él cambió de tema de conversación.

—¿Hace cuánto que ocurrió la muerte de tus padres? — preguntó y al tiempo tomó su mano.

Ella no lo rechazó y él le acarició el dorso con el pulgar. Sofía soltó la cuchara del postre y se limpió con una servilleta.

—Hace cuatro años. —Bebió un trago de su bebida—. Yo tenía dieciséis.

—Debió ser algo terrible, no lo puedo imaginar —dijo él cuándo el silencio flotó en la mesa.

Sofía le dio un nuevo giro a la conversación. Aún no confiaba en él lo suficiente como para relatarle el hecho que le había cambiado la vida.

—La vez que me invitaste a tomar café, el día de la exposición, me hablaste de Italia, cuéntame.

Álvaro demoró unos segundos en contestar, en vez de molestarle el gesto de desconfianza, aguijoneó su deseo de conocerla más y estar al tanto de cada uno de sus secretos.

—¿Nunca has salido de Estados Unidos?

—No, desde que llegué con mis padres a los cuatro años.

—Me imagino que te hablaban mucho de Italia. ¿No recuerdas nada?

—No.

Álvaro tornó su expresión a una soñadora.

—Es un país hermoso y con una historia privilegiada. Fui por primera vez cuando tenía dieciséis años con mi familia. Hubiera sido el viaje ideal para ti: arte, galerías y museos. Volví el año pasado. Fue un viaje algo diferente. Es un país que te cambia la percepción que tienes de la vida. Te invita a que tomes todo con calma, bueno, es mi apreciación desde el punto de vista de viajero, si vives allí, estoy seguro de que otra será la historia.

Tomó un sorbo de la bebida y se perdió en los ojos de Sofía.

Y ese fue el preámbulo para que ella se abriera a una catarata de recuerdos. Su madre en la cocina, tan hermosa, tan joven, con esa piel tan luminosa que le había heredado, su olor y los blusones que usaba, se afanaba entre sartenes y cuencos para agasajar a su padre con platos que los transportaban por instantes al pequeño pueblo de La Toscana del que habían salido, tan jóvenes y enamorados.

Con la voz entrecortada, dijo:

—Mi madre era buena cocinera.

Álvaro aferró de nuevo su mano y dejó que siguiera hablando.

—Hablaban de cómo se habían enamorado. El pueblo es pequeño y se conocían desde niños.

—Sofía...

—Ey, hermano... ¿Cómo estás? —Los interrumpió Greg, que no dejaba de mirar a Sofía con curiosidad—. ¡Epa! Es hermosa. Mucho gusto. Soy Greg Anderson y mucho mejor partido que este coñazo, te lo

aseguro.

—No después de que termine contigo —sentenció Álvaro—. Vuelve a tu saxo, cabrón, que bastante ruido has hecho las últimas semanas para que ahora vayas a salir con un chorro de babas.

Ambos lo miraron, confusos.

—Dichos colombianos que solo entiende él —aclaró Greg a Sofía—. Aunque deduzco que quiere decir que no vaya a salir mal la interpretación. Es su manera de desearme suerte.

Se despidió de Sofía con un beso en la mejilla que le hizo rechinar los dientes a Álvaro. El muy cabrón, ya vería. Álvaro quería recuperar el halo intimista que tenían antes de la llegada del chico, pero fue imposible, Sofía se había cerrado otra vez. Charlaron de música y se dedicaron a escuchar la interpretación de Greg. Era una selección de jazz latino que invadió con su ritmo y energía el lugar. Tenía talento, Álvaro admiraba enormemente el universo creativo a pesar de ser un hombre que se regía por el pragmatismo en todas las facetas de su vida. Él pensaba que se lo debía al entorno en el que había crecido, aunque no tenía talentos especiales para descollar en el mundo del arte, se quitaba el sombrero ante el espíritu de creación, quizás por eso le atraía tanto Sofía. Además de por su belleza y por el aura de misterio que la rodeaba, claro.

Después de la presentación de Greg, un grupo de pop rock tomó la tarima. Álvaro se levantó para ir al baño. Al salir, se tropezó con Greg en el pasillo.

—¿Estás enganchado? —preguntó el músico.

—No es tu problema.

—Oye, si tiene una hermana o una prima, me apunto.

—De malas, es hija única.

—Llegué tarde, entonces. —Le dio el consabido puño en el brazo—. No es como Brenda. No la has llevado a casa todavía...

—Ya basta.

—Tengo razón.

Álvaro agachó la mirada, se metió las manos en el bolsillo y dijo:

—No sé.

Greg silbó.

—Estás hecho un marica. No me digas más y ve corriendo, porque Brenda acaba de entrar, ya escaneó el lugar y viene hacia acá.

Brenda, enfundada en un diminuto vestido negro y con tacones interminables, caminó con decisión hasta él.

—¡Hola, querido! —Se abalanzó y le dio un beso en la boca que Álvaro no devolvió.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, mientras no dejaba de mirar a Sofía, que parecía atónita. Trató de soltarse, pero el agarre de la mujer era fuerte.

—Greg también es mi amigo.

El aludido blanqueó los ojos, ni siquiera lo había saludado. Álvaro no entendía el poco amor propio de Brenda. Su padre lo había llamado, y de manera velada había preguntado por su relación con ella, Álvaro estaba seguro de que la chica ya había comentado sobre el fin de la relación a su familia, y papi seguro había hecho alguna observación. Sus padres no irían más allá, lo conocían y sabían que Álvaro no permitiría intrusiones en su vida privada, pero era jodidamente incómodo.

—Estoy acompañado, Brenda —repuso en tono frío.

La chica palideció.

—Así que por eso deseabas tiempo, eres un jodido hijo de puta.

—Brenda, no quiero un espectáculo.

Sofía se puso el chal y se levantó. Álvaro, horrorizado, se soltó de la rubia y corrió hacia ella. La joven no se quedó atrás y caminó detrás de él. Álvaro aferró el brazo de Sofía.

—Ey, vienes conmigo —dijo, mientras sacaba un dinero y lo dejaba en la mesa.

—Ya tienes compañía —contestó Sofía, con los ojos como chispas y los dientes apretados.

Brenda se las arregló para llegar al lado de Álvaro. Arqueó una ceja y la miró de arriba abajo.

—¿Y tú eres...? Ah, pero si es la chica de la feria —dijo en tono poco amistoso.

La miró con odio de arriba abajo.

—Sofía —contestó ella, incómoda por la situación, y con la puñalada de los celos hiriéndola en lo más vivo de sus sentimientos ¡Era una situación tan ridícula!

—Buenas noches, Brenda —se despidió Álvaro, sin soltar del brazo a Sofía. Le notaba las ganas que tenía de propinarle un codazo en las costillas.

—¿Ya la llevaste a tu casa? —dijo a Álvaro sin quitarle la mirada a su rival y a la mano que la aferraba, luego sonrió con burla—. Es exigente en la cama, querida, no creo que des la talla.

Álvaro frenó en seco, dio la vuelta y le lanzó una mirada asesina.

Sofía lo jaló del brazo para sacarlo del lugar, él se dejó llevar. Tan pronto atravesaron la puerta, ella dijo:

—Me voy en un taxi.

—¿Sola? No lo creo, viniste conmigo, te vas conmigo.

—Tú novia te espera —dijo, furiosa, y negándose a mirarlo.

—¡Sabes que no es mi maldita novia!

Ella levantó la mirada en un gesto que le decía que no se lo creía.

—Lo que vi allá dentro me dice otra cosa. ¡Te besó!

—Tienes que confiar en mí.

—¡Confianza! —Sofía levantó el tono de voz y empujó su pecho con la mano, dispuesta a parar el primer taxi que pasara—. No te conozco de nada. —Fijó la mirada en él y alzó la mano con cuatro dedos levantados—. Te he visto cuatro jodidas veces, Álvaro, ¡cuatro!

—Tú crees que para mí es fácil hacerme cargo de esto que siento aquí. —Se golpeó el pecho y exhaló una risa carente de humor—. No, claro que no, ¿qué vas tú a saber?

—¡No me conoces!

—Pero quiero hacerlo, maldita sea, lo necesito, esto que siento por ti me tiene jodido, te pienso todo el maldito día.

Sofía quedó muda ante su explicación y su mente voló a las palabras de Brenda. ¿De qué diablos hablaba esa mujer? ¿Cómo así que no daría la talla? ¿En la cama?

Álvaro no dejó de mirarla después de su declaración, pensando en su mala suerte en cuanto a esta mujer se refería. Respiró profundo y antes de hablar, Sofía le soltó:

—No me vuelvas a llamar, ni a aparecer por mi casa.

—No.

—Sí.

—Sofía, por favor. —Cerró los ojos, tratando de tranquilizarse

—. Esto no se trata de Brenda, sé que no te soy indiferente.

—Eres un engreído.

—Pero no lo niegas.

Sofía enrojeció de repente.

—Estás jugando conmigo.

—¡Nunca!

Se alejó unos pasos de ella y puso ambas manos detrás de la cabeza. ¿Qué mierdas hacía? Estaba perdiendo los papeles por una mujer a la que ni siquiera había besado. Pues tendría que ponerle remedio a eso, se moría por besarla, por tocarla, si después no lo quería volver a ver, por lo menos se llevaría el sabor de sus labios con él.

Sofía se alejó, y sacó el móvil, dispuesta a llamar a un taxi.

—No seas niña, te vas conmigo.

La tomó por la cintura y la llevó con firmeza por la acera. Ella se soltó y en ese preciso instante, Álvaro la arrinconó contra una pared, apoyó las manos a ambos lados de ella y la inmovilizó.

—No le devolví el beso, porque los únicos labios que quiero tocar son los tuyos.

Y se apoderó de su boca.

Capítulo 5

Sofía notó que la boca de Álvaro era muy suave, en claro contraste con la tensión que reverberaba por su cuerpo. No podía negarlo, entre ellos había algo y no solo por el hecho de no querer separarlo de un empujón. El hombre le tomó el rostro con las manos y le saboreó los labios en detalle, aprendiéndose sus contornos. Ella metió las manos entre la chaqueta, le acarició los hombros y enredó los brazos en su cuello. Fue como si él hubiera estado esperando su aquiescencia para profundizar el gesto. La lengua de Álvaro recorrió la boca ofrecida y la invitó a abrirla. Cuando los labios de la mujer se separaron, se sumergió de lleno en su interior y ahí empezó el verdadero beso.

La boca de Álvaro se cerró sobre la de Sofía, como un hambriento al que de pronto le brindan un festín. El chal se le escurrió a ella por los brazos. Álvaro le acariciaba el cuello y no pudo resistir la urgencia de acariciarle los hombros con los que había fantaseado durante toda la cena. Se sentía tan bien. La piel era suave como la seda, pero caliente como una manta en una habitación caldeada. Esa imagen, la de una habitación, hizo que la aferrara más a él y sus caricias se intensificaron, le acarició la espalda y el trasero, pegándole la pelvis a su voluminosa erección. No quería soltarla, pero la bocina de un auto los sacó del ensueño.

Al levantar la cara, Sofía estaba segura de que se encontraría con un gesto de victoria, pero se equivocó. Los ojos de Álvaro mostraban una pasión cruda y algo de confusión. Reacio a soltarla, le

acarició con la boca el cuello y los hombros, cuando la sintió erizarse, llevó sus labios al oído de ella.

—¿Te das cuenta? Así estoy desde que te conocí.

Luego la condujo hasta el auto, le abrió la puerta y la ayudó a subir.

Dentro del espacio del vehículo, la tensión entre ellos tenía cuerpo y ocupaba un buen espacio. Después de probarla, su esencia a verbena y lima revoloteaba por el pequeño recinto y se imbuía en sus sentidos. Cuando Álvaro se acercó para revisar que el cinturón estuviera bien puesto, percibió la ansiedad de ella y notó que le miraba la boca. Le acarició el contorno de los labios con el pulgar, los tenía rojos, hinchados, succulentos. Podía escuchar su respiración más rápida y cargada, la miró a los ojos, percibió su gesto pesado; lo deseaba, no se pudo aguantar, soltó su cinturón y le sujetó la nuca para volverse a apoderar de ella.

Sofía se preguntaba cada segundo: ¿qué diablos hacía? Dejándose besar por un hombre que lo más seguro era que lastimara sus sentimientos a la primera de cambio. Gimió en su boca, mientras la lengua de Álvaro jugaba con sus labios. Besaba tan delicioso, había pasado mucho tiempo y sus adormecidas hormonas deseaban ese festín que no era de todos los días. La besó durante un largo rato. Movié una palanca y la silla se reclinó más, la cubrió con su peso y le hurgó la boca con la lengua, hasta casi ahogarla. Se separó un momento de ella.

—¿Estás bien?

—Sí.

Entonces fue Sofía la que se pegó de nuevo a él, la que le introdujo la lengua y se adueñó de su boca, incitándolo, jugueteando,

sabiendo muy bien que con un hombre como él, el juego terminaría con ella en horizontal. Tal vez esa imagen hizo que recuperara un poco de control y buscara separarse de él. Álvaro la soltó, un poco reacio, y volvió a su posición. Sofía percibió sus labios rojos, que evidenciaban lo vivido minutos atrás y sintió un vacío en el estómago y una profunda desazón entre las piernas. Álvaro, con una lenta sonrisa, puso en marcha el auto.

Hicieron el regreso en silencio. Él la observaba de reojo, era una mujer exquisita, su piel, su cabello, todo en ella lo llamaba como canto de sirena. Quería que le hablara, que le contara cosas, pero ella parecía que se había olvidado de él, estaba sentada a su lado, perdida en sus pensamientos. Quería que se centrara en él, que dejara de mirar la noche y lo mirara. Se sintió como un niño antes de una pataleta. Cualquiera otra mujer estaría acurrucada a su lado y ansiosa porque la llevara a la cama. Quería que Sofía lo buscara, lo anhelara, pero por lo visto podría esperar sentado hasta hacerse viejo.

La sentía cercana y lejana al mismo tiempo, no sabía si era un juego de su imaginación, como si dar el siguiente paso fuera impensable y eso la hacía desearla más. Ella le sería inaccesible hasta que confiara plenamente en él, hasta que lo conociera. ¿Pero qué tanto permitiría Álvaro que alguien atravesara sus barreras? Se conocía, era hombre de afectos y apetitos intensos, se sentía perdido en sus sentimientos, con ella no valdrían las dotes de cazador que esgrimía con otras.

Esa mujer lo había cautivado y no sabía por qué, o sí lo sabía: una belleza incomparable, y una ternura y un fuego que eran como su hermosura, visibles solo para el que tuviera el privilegio de conocerla. No era una mujer fácil, tenía la certeza de que estaba ante una

persona que no daba su corazón ni su cuerpo sin sentimientos profundos de por medio.

Por primera vez, desde que la conoció, sintió temor. Era una mujer que a su corta edad llevaba una pérdida grande a cuestas. Había percibido el dolor por la muerte de sus padres y afloró en él el deseo de llenar su vida de gozo. En ese momento, supo que quería entretener su mundo con el de esta mujer, era de locos, pero era lo que sentía, y desde lo visceral y lo profundo, sabía que lo haría. Recordó las palabras que su padre le dijera tiempo atrás: “En cuanto la encuentres, lo sabrás, es como si una parte tuya que no hubieras percibido reconociera a tu alma gemela. Será desconcertante y no será fácil, pero ocurrirá de golpe y sabrás que estarás atrapado ante uno solo de sus gestos”.

Llegaron a la casa. La luz del porche estaba encendida, el abuelo seguro todavía estaba despierto.

—Si separamos el encuentro con Brenda ¿te divertiste? — preguntó Álvaro, ansioso como nunca en su vida, antes de salir del auto.

—Sí, muchas gracias —Sofía se soltó el cinturón, se inclinó y le dio un beso suave.

Minutos después, Sofía rememoraba en su cuarto lo ocurrido, cuando un tono de su móvil le dijo que tenía un mensaje de texto:

“Aún llevo el sabor de tus labios”. Sofía tecleó en el móvil: “No debí disfrutar tanto”. Otro mensaje de vuelta: “Pero lo hiciste, cada bendito segundo”. “¿De qué hablaba tu amiga?”. El móvil enmudeció.

A la semana del beso, Sofía decidió invitarlo a su taller. El olor de pintura y disolventes le dio la bienvenida. Había botes esparcidos en una mesa, pinceles y espátulas. El piso era una mezcla de colores, a

pesar del desorden, rezumaba femineidad, había flores y macetas regadas en desorden por la estancia.

—¿Puedo? —preguntó él, al acercarse a un montón de pinturas apiladas en la pared.

Sofía frunció los hombros y lo dejó hacer. Se mordió la uña del pulgar mientras Álvaro examinaba las diferentes telas. A medida que la mirada del hombre se posaba en los lienzos y expresaba su opinión, y a pesar de la incomodidad inicial, se sintió bien al compartir con él el espacio vital de su vida. Solo Dan, su abuelo y el marchante de la galería conocían su celo a la hora de mostrar su obra. Era la quinta vez que lo veía y ya estaba desnudando una parte importante de ella. Se asustó, las sensaciones que él le producía la incomodaban, una mirada de sus ojos color chocolate la ponía en jaque, si las cosas iban así de rápido, pronto estaría desnuda en todo sentido y vulnerable, como cuando ocurrió su pérdida.

—¿Te das cuenta de todo el talento que rezuma este lugar? —señaló Álvaro, mientras recorría el pequeño espacio, tomaba las pinturas que se amontonaban en las paredes y las alejaba de sí para tener una mejor perspectiva—. Pero no importa lo que yo piense. Tú sabes que pintas bien. Nada de lo que yo vea cambiará la perspectiva de tu trabajo. Eso es algo intocable.

Sofía asintió en silencio. Él la vio acercarse a un espacio donde había tres pinturas tapadas con una sábana y quedó a la expectativa, pero ella pasó de largo, como si las evitara a propósito. Eso despertó su curiosidad, pero no le dijo nada y se concentró de nuevo en las telas que estaban a la vista.

—¿Tienes idea de lo que despierta cada una de tus pinturas? ¿Sabes lo que significa no querer dejar de miraras? Es un hermoso

trabajo.

Sofía se sintió halagada por sus palabras. Sonrió, la sensación era muy diferente a la que experimentó cuando el marchante de la galería vino a observar su trabajo, y eso que solo le mostró cinco pinturas. Los lienzos tapados eran trabajos de cuando era adolescente y sus padres aún estaban vivos. Ni siquiera Dan los conocía. Nunca los vendería. Por primera vez alguien lejano a ella comprendía su trabajo, tuvo unas ganas inmensas de mostrarle esos lienzos especiales, pero decidió no hacerlo aún.

Las semanas siguientes fueron confusas para los dos. Para Álvaro fue un tiempo extrañamente largo sin relaciones sexuales; para Sofía, que había visto la avidez con que la besó esa noche, era ambigua la manera en que él se contenía. A dura penas le rozaba los labios y se despedía con un casto beso en la frente. Ella llevaba la cuenta de los besos.

Álvaro llevaba otro tipo de cuenta. ¿Cuánto faltaría para que ella confiara en él y así poder, por fin, meterse entre sus bragas? La continencia era un hecho ajeno a su naturaleza, cuando quería algo, lo tomaba y después a otra cosa. Era un hombre impetuoso y rápido para entrar en acción, en menos de nada establecía una relación. Le gustaba el sexo duro y fantaseaba con Sofía todo el tiempo, pero algo lo detenía. Le gustaba demasiado, era más importante que el montón de fantasías que despertaba en su cabeza, y allí estaba, como el ejemplo del amigo modélico, haciendo acopio de toda su entereza para no saltar sobre ella.

Sabía que la muchacha estaba desconcertada, pues había notado su avidez hacía pocas semanas, pero decidió ir más lento, y

esperar a que algo le indicara el camino a seguir. Era condenadamente difícil, se sentía muy atraído hacia ella, la cortejaba y la halagaba con una paciencia que no había empleado antes con ninguna otra mujer. Si alguien le hubiera comentado a sus antiguas parejas que Álvaro Trespalacios llevaba tres semanas saliendo con una chica sin llevársela a la cama, no lo hubieran creído.

Lo único que hacía era visitarla, llegaba con ramos de flores, por supuesto, y la acompañaba en el taller de pintura; otras veces ayudaba al abuelo con algunas reparaciones, o sacaba a pasear a Max, hasta una tarde lo bañaron juntos. Aún recordaba su expresión cuando se quitó la camiseta y su torso musculado hizo aparición. Se miraron fijamente durante unos segundos, hasta que el abuelo y los ladridos del perro los sacaron de su abstracción.

Le había tomado cariño al anciano y hasta lo había acompañado a una partida de dominó en el centro comunitario y social para la tercera edad. Fue una tarde de sábado fantástica y valió la pena, porque Sofía esa noche se despidió con un profundo y apasionado beso. La deseaba, cómo la deseaba, no hallaba la hora de recorrer su cuerpo con manos y boca, saborear su piel, aprenderse cada depresión, cada curva, dormir a su lado y que su olor lo envolviera. A veces, cuando observaba su boca, se obligaba a cerrar los ojos por segundos para dar rienda suelta a su fantasía favorita: sus deliciosos labios alrededor de su miembro, dándole un placer inimaginable, mientras sus ojos de brandi se posaban en su cara.

En la mente de Sofía aún revoloteaban las insinuaciones de Brenda, y a veces trataba de tocar el tema con él, pero siempre se iba por la tangente. No quería asustarla a destiempo hablándole de sus “juegos”. No eran nada del otro mundo y dependía de los límites que

la mujer interpusiera, con Brenda, lo reconocía, había llevado las cosas un poco lejos.

Un martes, Sofia madrugó para hacer su viaje quincenal a Soho. En días anteriores había trabajado haciendo velas para masajes con aroma a lima, sándalo y verbena. Aprovecharía el desplazamiento para comprar los insumos, que ya se le iban acabando.

En un carrito de metal llevaba dos cajas con el pedido que le había hecho Sally Davis, su clienta de la boutique de productos naturales y orgánicos, una atractiva pelirroja en la cincuentena, fiel sobreviviente de aquella época hippie que había marcado a una generación. Álvaro insistió en acompañarla, pero Sofia declinó, escudándose en su propósito de no permitir que faltara a clase para estar con ella. Lo cierto era que deseaba hacer ese recorrido en solitario y alejarse del entorno Trespacios por unas cuantas horas para pensar. Tomó el subterráneo, que en poco tiempo la dejó a un par de cuadras de la tienda.

A poca distancia del local pasó por Starbucks y compró un capuchino, que degustó mientras caminaba por las calles de Soho repletas de boutiques y galerías de arte. Eran pocos los negocios como el de Sally, reducto de una generación de bohemios y artistas que se negaban a abandonar ese espacio de Manhattan en el que ahora convivían con yuppies y otras especies.

Entró a la Tienda Naturista y Cosmética Beautiful y de inmediato la invadió el aroma a menta y a canela. Por un equipo de sonido se escuchaban los acordes de una guitarra, era una melodía de Santana. El lugar era primoroso y muy bien arreglado, con estanterías en madera color caoba donde se exhibían, en una conjugación de

colores, velas aromáticas, cremas y lociones. En otra repisa colgaban ramos de flores secas, lavanda, margaritas y rosas, y en una vitrina al frente, cajas de té naturales y dulces de granola en compañía de otras confituras y productos naturistas.

—Sally —llamó— ¿Sally?

—Aquí —contestó una voz atenuada.

Una mano se apoyó en una vitrina y emergió una cabellera roja y rizada.

—¡Sofía! ¡Qué alegría verte!

Ella dominó una momentánea sonrisa cuando la mujer salió de un escondite. Era alta y delgada, vestía una túnica blanca y al salir a saludarla, vio que unas sandalias doradas vestían sus pies. Era alguien que iba por la vida persiguiendo emociones nuevas para el espíritu. Sofía apreciaba esa manera de ver la vida, y se sentía muy a gusto en su compañía.

—Menos mal que llegaste, la provisión de jabones se me acabó.

—Bueno, aquí están.

La mujer la observó atentamente. Se llevó una mano a la mejilla.

—Estás diferente, tienes tu aura rosa, pero hay una energía en ti que antes no captaba. —Se acercó a ella, dio la vuelta a su alrededor —. Ven, vamos atrás, te echaré las cartas.

—¡No!

—¿Qué temes?

—No creo en eso.

—Si no crees, mejor no lo hagamos ¿Hay algún hombre?
Sofía sonrió y empezó a sacar los diferentes frascos y

productos, que puso encima de una vitrina.

—Sí, eso creo.

La mujer detuvo el movimiento de sus manos y con una ceja enarcada, le preguntó:

—¿Cómo así que eso crees?

Sofía, que se moría por hablar con alguien del barullo de sentimientos que la asaltaban, procedió a contarle todo. Sally la escuchó mientras organizaba la mercancía en las vitrinas.

—Te está dando tiempo, te está envolviendo, se toma muchas molestias para querer una simple amistad. Vamos, me muerde la curiosidad.

La tomó del brazo y la llevó a un cuarto trasero donde tenía un equipo de video con la imagen de las cámaras de la tienda. Allí podrían estar tranquilas, y verían si alguien llegaba.

Sofía accedió por no parecer descortés. Se sentaron una frente a la otra. Sally sacó un mazo de cartas de un cajón y las barajó durante varios minutos. Le señaló el mazo y le pidió que cortara las cartas en dos grupos. Luego las extendió sobre la mesa.

—Concéntrate en lo que quieres discernir de esta lectura —le pidió la mujer a la joven.

Las inquietudes de Sofía eran variadas y no solo tenían que ver con Álvaro. Le intrigaba su futuro, no pensaba quedarse toda la vida haciendo velas y jabones, deseaba poder vivir de la pintura. Y le preocupaba su abuelo.

Cuando Sally dio vuelta a la carta del centro, exclamó, jubilosa:

—Lo sabía, mira, el mago, lo más probable es que sea Aries, pero regido por Mercurio. ¿Sabes su signo zodiacal?

Sofía negó con la cabeza.

—Es una persona de fuerte temperamento y que tiene las cosas muy claras en la vida, es o será alguien importante, aunque un poco controlador. Es terco y siempre consigue lo que quiere. Razón y pasión rigen su vida. Es su propia ley y de naturaleza sensual.

La mujer dio vuelta a otra carta: los enamorados. Le habló de la profunda atracción que había entre ellos y que podría desembocar en un gran amor, no sin ciertos sinsabores y problemas.

La tercera carta que abrió le hizo fruncir el ceño. El diablo, una persona o fuerza oscura se entrelazaría en sus vidas, aunque también podrían ser energías negativas de ellos mismos que tendrían que manejar y superar. La torre: cambios repentinos, renacer, y la última carta: la muerte, un final sin aviso, algo que termina para siempre y que puede ser doloroso, porque todavía no se ve lo nuevo que comienza.

La mujer se quedó en silencio unos segundos. Sofia, que al comienzo la escuchaba con indiferencia, ahora estaba un poco asustada y a la expectativa de cómo iba a concluir la sesión. Sally señaló la carta de la torre y de la muerte. Indicaban que renacería a una vida lejos de allí.

Recogió las cartas y le hizo repetir el procedimiento. La segunda tirada mostró pocas variaciones. Sofia notó a la mujer nerviosa, dándole explicaciones que ella no le había pedido. Al final, concluyó que todo cambio podía ser positivo. Si el joven era colombiano y las cosas entre ellos funcionaban, ella terminaría viviendo en Colombia.

Sofia no supo qué decir después de la sesión y Sally se levantó para atender a una pareja de asiáticos que habían entrado a la tienda. Las palabras de su amiga la impresionaban, porque, aunque no creyera en esas artes, las respetaba. Lo más impactante, aparte de la

manera en que dibujó a Álvaro, fue la carta de la muerte. La interpretación fue algo confusa en las dos ocasiones en que había aparecido. “Renacería a una nueva vida lejos de allí”, eso le pareció raro, y no le prestó más atención al escuchar el sonido de su celular. Jimmy, el marchante de arte, le dijo que había una mujer interesada en su trabajo.

Salió del negocio de Sally a eso del mediodía, dejó el carrito al cuidado de su amiga y caminó hasta la estación del subterráneo.

Ivanova Golubev caminaba a zancadas por el pequeño perímetro de la galería; tenía unas piernas tan largas que parecía danzar por el recinto. Jimmy Houghton observaba embobado sus movimientos: era una mujer segura de sus encantos y cómoda con su silueta como muy pocas mujeres lo estaban.

—Señor Houghton... ¿a qué hora llegará la artista?

—Ya viene en camino, en unos minutos estará aquí.

Una empleada se acercó con una bandeja de metal y una vajilla para té. Ella pidió té Twinings y Jimmy se felicitó por contar con un abanico de opciones. La mujer destilaba dinero; sus ropas de diseñador, su bolso de tres mil dólares y su perfume delataban el estrato social al que pertenecía. Además, ya le había hecho el día: se había llevado un cuadro de Sofía de reciente producción. Le intrigaba qué querría tratar directamente con la pintora. Si era un trabajo aparte, de todas formas, la galería se llevaría su comisión.

Sofía entró como una tromba. Se paró en seco e inhaló el aroma a té y a perfume caro combinado con el olor de la resina y los disolventes. Se pasó la mano por el cabello y lamentó no haberse vestido mejor al saludar a la mujer que Jimmy le presentó.

Hablaron de trivialidades, del clima y del tráfico, mientras Sofia, con ojos de artista, observaba las bellas facciones de Ivanova. Los ojos color azul aguamarina desprendían ese aire de las personas que han visto demasiado y a las que pocas cosas sorprenden; la piel dorada parecía producto de una lámpara, demasiado perfecto el bronceado; el cabello hasta la espalda era entre rojizo y rubio.

—Sofia, compré una de tus obras: *El baile* —dijo en un tono mesurado, pero con un ligero acento que Sofia no supo discernir—. Es un magnífico trabajo.

El baile era una pintura conmovedora: un par de ancianos bailaban en un parque en medio de un paisaje de otoño. La imagen era tan real que parecía que la pareja se iba a salir del cuadro.

—Gracias —contestó en voz baja e inclinó la cabeza ante el cumplido.

—Quiero hacerle un regalo a mi novio por su próximo cumpleaños, deseo que me pintes. Puedo posar para ti y como lo que tengo en mente es algo atrevido, me viene de perlas que seas mujer. Mi novio es algo celoso.

Sofia sonrió y asintió, entusiasmada. El marchante también.

—Aparte de posar, también puedo hacerlo con una fotografía. La respuesta fue contundente.

—Nada de fotografías. Quiero que sea en vivo.

—Tengo mi estudio...

—No puedo ausentarme demasiado tiempo. Sergei sospecharía y quiero la sorpresa. Tengo un pequeño apartamento que mi novio me dejó conservar, para cuando viene mi familia de visita.

—Nunca he pintado fuera de casa...

Ivanova dirigió su mirada a Jimmy.

—Señor Houghton, ¿podría hablar a solas con Sofia?

El hombre se levantó, incómodo, y se dirigió a la oficina.

—Mi novio es una persona obsesiva de la seguridad. La única manera en que podríamos hacer las sesiones sin que él se dé cuenta sería en ese apartamento, que da la casualidad que está cerca de aquí. Lo haríamos dos veces por semana y aprovecharía cuando él esté de viaje. ¿Crees que podría hacerse?

Sofia frunció los hombros.

—Por mí no hay problema.

—¿Tienes inconveniente con que te investiguemos? —Ante la mirada de confusión de la artista, Ivanova la tranquilizó—. No será nada del otro mundo, averiguar si tienes antecedentes y que tan peligrosa puedes ser para mí.

Esto último a Sofia le sonó a chanza pero no estaba segura.

—No... ningún problema.

Ultimaron detalles del pago e intercambiaron tarjetas.

Quedaron de reunirse la semana siguiente.

Capítulo 6

—¿Cuándo me mostrarás el tesoro escondido? —dijo Álvaro, refiriéndose a las pinturas que permanecían tapadas por gruesas lonas en un rincón.

Estaba sentado en el sofá. Iba todos los días y estudiaba en su compañía mientras ella pintaba.

Sofía le regaló un gesto de pánico.

—¿Qué? Sabes que no importa lo que opine, lo que importa es el valor que le des tú a tu obra.

Sofía quitó las gruesas telas que cubrían las pinturas y se las mostró. Una de ellas era una mujer arreglando el jardín; por el parecido, Álvaro supo que era su madre, el cabello del mismo color que el de Sofía y una expresión satisfecha. El otro cuadro era un hombre tallando un pedazo de madera, lucía algo cansado.

Sofía se estremeció cuando la pena apuntó a su pecho y se extendió por todo su ser. Con ojos vidriosos, acarició el cabello de su madre.

—Era fanática de Kurt Cobain, enloquecía a mi padre.

Soltó un sollozo y Álvaro, al darse cuenta de su reacción, apoyó las pinturas en la pared y la abrazó.

El aliento de Álvaro le acarició el oído.

—Háblame, *mi amor* —las dos últimas palabras las pronunció en español—, puedes contarme lo que quieras.

Sofía soltó un sollozo más fuerte. La angustia la invadió en oleadas, arrebatándole el escaso control que le quedaba.

—Peleé con ella antes de que salieran. Me castigó, no dejándome ir a una fiesta, había reprobado matemáticas. Todas mis amigas iban a ir. —Lo miró—. Le dije que ojalá no volviera, que ojalá yo viviera sola.

Ella echó la cabeza hacia atrás, y Álvaro vio en sus ojos todo el remordimiento y la culpa que llevaba como lápida.

—Todos decimos cosas cuando estamos de mal genio, no era lo que en realidad pensabas, y no puedes culparte por ello.

—Pero alguien arriba me escuchó y mira lo que pasó, no volví a verlos.

Álvaro la consoló como se consuela a una niña pequeña, el llanto de ella cambió, más agobiado, más profundo.

—No eres culpable —repitió, mientras la aferraba más a él, y a su nariz llegaba el aroma de su cabello—. Ellos estarán siempre contigo.

—Los extraño.

Se atrevió a mirarlo, él le acarició el rostro, barriendo con sus dedos las lágrimas. La apartó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Lo sé.

Álvaro volvió a dirigir la mirada en las pinturas y le enterneció la confianza que Sofía le había brindado al mostrárselas, siendo tan evidente el dolor que aún le causaban aquellos recuerdos. La abrazó por detrás y le dijo:

—Es un bello trabajo, cuando las miro, te veo reflejada en ellas.

A Álvaro se le doblaron las rodillas ante la luminosa sonrisa, bañada aún por las lágrimas, con que ella respondió a sus palabras.

Minutos después, más calmada, las tapó de nuevo con cuidado. Aún no estaba lista para mostrarlas al mundo, pero eran piezas

perfectas, y Álvaro tuvo la certeza de que cuando al fin salieran a la luz, tendrían un éxito arrollador.

Días más tarde, Álvaro la estaba enloqueciendo con sus señales contradictorias, la observaba más de lo que estudiaba.

—¿Qué estudias?

—Economía del Tercer Mundo.

—No creo.

Él levantó una ceja y la miró, atento.

—Estás estudiando la anatomía de mis piernas, no has dejado de mirarlas desde hace un buen rato.

Álvaro rio de buena gana, movió la cabeza de un lado a otro y volvió a su tema, aún distraído e imaginando el contorno de su cuerpo debajo de la raída camiseta sin mangas y los viejos shorts que la vestían.

Ese día, Sofía llevaba el cabello recogido en un moño alto como los que se hacen las bailarinas de ballet, y estaba descalza. Se notaba la avidez con que él la miraba, pero a la vez, se contenía de tocarla, y ella ya estaba cansada. Quería acostarse con él, nunca había deseado tanto a un hombre como deseaba a Álvaro, de solo observarlo se humedecía sin remedio. Su pintura de ese momento estaba gobernada por el deseo. Un deseo de colores vivos y vibrantes, como la energía que bañaba la habitación. Rojo y púrpura, negro y violeta, y el color de la miel, mucha miel. Él la deseaba, eso era evidente y ella ya estaba impaciente por llegar a otro nivel.

Decidió tomar la iniciativa. Dejó el trabajo a un lado, se limpió las manos con un trapo y luego se las lavó en el lavabo ubicado en la esquina. Se aplicó una crema olorosa mientras Álvaro la observaba. Se

acercó a él sin dejar de mirarlo. Estaba acomodado en el sofá, más hermoso que nunca, con un jean que había visto tiempos mejores, pero que en su figura parecía como de modelo; llevaba una camiseta blanca con el escudo de la universidad y unas zapatillas blancas. Le quitó el libro que tan poco había aprovechado y acomodó sus piernas a lado y lado de las de él, levantó los brazos y se soltó el cabello, que cayó como manto oscuro por su espalda, pudo ver el brillo codicioso y posesivo tras la sorpresa en los ojos del hombre. Le alzó la cabeza y lo besó, mientras le acariciaba el cabello, esos mechones rubios que tanto adoraba. Le acarició los pectorales, llevó las manos por debajo de la camiseta, le agasajó la línea de vello que iba desde el ombligo hasta la parte inferior del abdomen.

Sofía notó que sus músculos se pusieron tensos ante su toque. Tenso y cachondo, sonrió, satisfecha. Álvaro le acarició la espalda, la tomó de las nalgas, le dio la vuelta y la atrapó debajo de él en el sofá. Le miró los ojos, la boca y otra vez los ojos. La sujetó por la nuca, la atrajo hacia él, e imprimió su boca en la de ella. Le dijo que era hermosa, deseable y que su piel era la más suave que había tocado. Sus pezones erectos le rozaron el pecho.

—Vaya, vaya, qué conmoción, poner a *mi amor* caliente solo con palabras.

La dejó un momento sola y tomó un pincel sin usar con el que empezó a acariciar su vientre. Ella intentó acariciarlo. Él negó con la cabeza, le rozó el cuello con los labios y le dio un ligero mordisco. Asu vez llevó la mano al abdomen que acarició en pequeños círculos, desabrochó el botón del short con rapidez. La miró a los ojos.

—Voy a tocar lo que es mío —dijo, con mirada caliente, posesiva y tono de voz ronco.

Se percató de lo agitada que estaba cuando llevó el pincel a su sexo, que en segundos quedó húmedo. La acarició como si estuviera pintándola, repasaba sus pliegues y cavidades, aprendiéndose de memoria sus recovecos. Ella gemía, agitada.

—No soy pintor, pero algún día quiero verte cubierta de colores.

—Lo haremos.

Reemplazó el pincel por sus dedos. Un suspiro extasiado llegó hasta los oídos de Sofía en cuanto Álvaro introdujo un dedo en su interior.

Sofía quería tocarlo, llevó la mano al botón del pantalón. En cuanto Álvaro le subió la camiseta, ella sonrió y escondió el rostro en su cuello.

—Tócame —pidió él con esa voz que, por sí sola, la podría llevar al orgasmo. Sofía nunca le había preguntado la edad. Le quitó la camiseta y no supo por qué le preguntó en ese momento.

—¿Cuántos años tienes?

Álvaro no podía apartar los ojos de la piel expuesta, con la boca entreabierta, le soltó el sujetador. Sofía suspiró.

Al quedar libres sus pechos, ella supo que lo había sorprendido. La miraba embobado. Tragó saliva y le contestó:

—¿Por qué? Soy mayor de edad, puedo mirar lo que quiera y tú puedes hacer conmigo lo que te plazca.

Su mirada era caliente y su erección golpeó el abdomen de ella.

—¿De veras?

—Tengo veinticuatro años y tus tetas son una belleza.

Le acarició los pechos, tomó uno de ellos, lo acercó a su boca y

lo saboreó con gusto. Sofía emitió un sonido de satisfacción. “ ¡Ya era hora!”, pensó, mientras se deleitaba en sensaciones.

—Tienes la piel suave y eres... deliciosa.

Ella se apretó más a él y bajó las manos a su bragueta, mientras Álvaro se daba un festín con sus pechos y se refregaba en ella. Se quedó quieto en cuanto ella metió la mano en el jean y la ayudó, desabrochando la prenda. Él gimió en cuanto ella rozó con los dedos la punta de su pene erecto.

—Tócame, por favor —dijo, con voz estrangulada.

Álvaro tomó su mano y la envolvió alrededor de su miembro. Se mecieron al unísono, al tiempo que él emitía un jadeo prolongado. Ella empezó a deslizar la mano arriba y abajo. Lo sintió tensarse por la dureza que alcanzó.

—*Ti desidero cosi tanto...*[\[4\]](#)

Álvaro enloqueció, nunca unas simples palabras lo habían calentado tanto.

—No tienes idea...

Le devoró de nuevo la boca sin dejar de tocar su sexo. Estaba húmeda y Álvaro deslizó el dedo por su centro resbaladizo en un masaje de ida y vuelta, hasta que ella empujó las caderas a su mano y a la vez aumentó la presión de la suya en torno al miembro de él. Sofía empezó a gemir y se corrió en segundos, sus muslos temblaban y una ligera capa de sudor le cubría el rostro, tenía los cachetes rojos y los ojos brillantes. Era una mujer adorable en la culminación y él se moría por estar en su interior, con solo imaginarse su sexo, húmedo y apretado, empezó a convulsionar en su mano.

—Estás tan mojada y esos gemidos, joder, yo creo que... — y con una brusca sacudida de caderas se corrió de manera súbita y

deliciosa en la mano de Sofia.

Álvaro siguió frotando los dedos en su sexo, que notaba aún húmedo y muy caliente. Cerró los ojos y gimió con voz rasposa, sin dejar de correrse.

—Quiero follarte. No sabes cuánto, quiero que seas mía, vamos a mi casa. —Profería las palabras con tono de voz áspero.

Sofia reaccionó a las palabras de Álvaro, su abuelo estaba unas puertas más allá, rogó porque no hubieran gritado mucho.

—¿Atu casa? —preguntó ella, todavía con el corazón a mil y el sonrojo en las mejillas.

—¡Chicos! —se escuchó la voz el abuelo, cuyos pasos se escuchaban cada vez más cerca—. ¡La cena está lista!

Se levantaron como un resorte, antes de que al anciano le diera por entrar.

—Ya vamos, nonno —se apresuró a contestar Sofia con un ligero temblor en la voz, ajustándose el sujetador.

Álvaro, sin dejar de mirarla, se acomodaba la ropa. No estaba ni de lejos satisfecho con el momento vivido. Deseaba más y si ese fuego había sido el preludio, no quería esperar para hacerla suya. Era muy consciente de su conducta troglodita, de su anhelo de poseer y de marcar, no quería que salieran de allí, la ambicionaba toda para él, no solo la capitulación de su cuerpo, también quería su mente y su corazón. Cuando Sofia se dirigió a la puerta, él le aferró la muñeca.

—¿Cuándo? —preguntó, apremiante.

Los pasos del abuelo se alejaron.

—Pronto —contestó ella.

La jaló hacia él antes de que abriera la puerta, la aprisionó contra la pared y la besó como si lo vivido anteriormente fuera a

empezar de nuevo. La besó con hambre, con delirio, como si nunca fuera a encontrar la saciedad que buscaba, y ella le devolvía el beso con el mismo ímpetu.

El ladrido de Max se atravesó con el sonido de las respiraciones agitadas y el choque de sus labios húmedos. Sofía sonrió en medio del gesto y se separó sin quererlo. Le acarició el cabello y la oreja.

—Me vuelves loca.

La mirada de Sofía era ansiosa. Álvaro le regaló una de crudo deseo. Si ella supiera que cuando estaba a su lado desaparecía todo lo que lo rodeaba.

—No quiero tener a tu abuelo rondándonos cuando por fin te quite la ropa. Tengo que hacer una práctica universitaria en una oficina financiera en Washington, me voy mañana, estaré de vuelta en dos semanas.

Sofía se entristeció, aunque dos semanas no era mucho tiempo, no quería perder la conexión hallada.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—Lo supe hoy en la mañana, es una buena oportunidad —dijo él, como disculpándose.

—Te voy a extrañar.

Él le regaló una sonrisa luminosa.

—El tiempo se pasará rápido, yo también te voy a extrañar, *mi amor*.

Salieron al encuentro del abuelo.

Álvaro estaba sorprendido por el cúmulo de sensaciones que lo abrumaron al tocar a Sofía, su suavidad, su olor que aun llevaba en los dedos. Joder, no quería desprenderse de él, pero no deseaba que

lo sucedido fuera evidente en la cena. De mala gana se lavó las manos, no sin antes llevar los dedos a la nariz. Era exquisita y la haría suya de todas las formas posibles.

Capítulo 7

Sofía recibió una llamada de Ivanova a principios de la semana siguiente, empaqué sus útiles de pintura en un maletín de cuero y caminé cinco cuadras hasta la dirección que la mujer le indicó. Comparado con lo que conocía de ella, el edificio donde tenía el apartamento era sencillo, al lado de un restaurante italiano que frecuentaba su abuelo y frente a una escuela primaria. Ala entrada había una limusina y dos fornidos hombres con gafas oscuras a lado y lado de la puerta, y otro en el pasillo. La mujer le abrió con ropa de estar en casa, y la hizo pasar a un apartamento decorado con profusión de colores. Sofás con cojines de tonos vivos, un juego de comedor en madera sencillo, espejos y cuadros de motivos alegres le daban vida al lugar.

Este era el verdadero yo de la chica que vestía ropa y accesorios de más de cinco mil dólares. Se dio cuenta de que ese estilo era su arma de trabajo, y más cuando un hombre joven, de figura alta y poderosa, cabello oscuro cortado al ras y profundos ojos negros salió de la cocina con un par de tazas de té. Sofía se preguntó, dudosa, si sería el tal Sergei, pero la mujer se lo presentó como Alexander Petrov, su chofer y guardaespaldas. Dejó las tazas en una mesa de la sala y se despidió de forma cálida de ella.

—Nos vemos más tarde, *milaya*.

Sofía pensó que el hombre se tomaba demasiada confianza para ser un simple empleado, y por primera vez se preguntó si había hecho bien en aceptar un trabajo en circunstancias tan extrañas.

Ivanova la miró, esperando preguntas, pero ella nada comentó.

El apartamento era dúplex y la joven había destinado una habitación para el trabajo. Era más o menos amplia, con un sofá, cojines y cortinas de algodón, la luz del sol entraba a raudales y Sofia se dijo que quería captar ese ambiente, así que sacó la cámara y tomó una fotografía al lugar. Luego le explicó a Ivanova el procedimiento a seguir.

—No te lo dije en la galería, pero quiero que hablemos sobre algo.

Sofia, que instalaba el caballete, interrumpió la labor y miró el evidente desconcierto de la mujer.

—Quiero dos pinturas.

Ahora la confusa era Sofia.

—No entiendo.

—Quiero que esta pintura que vas a hacer sea muy especial, quiero un desnudo artístico, es una sorpresa, no quiero que ni Alexander lo sepa, y quiero otra pintura. —La mujer se levantó y abrió el cajón de una gaveta—. De esta fotografía.

Recibió la fotografía, era Ivanova en traje de noche sentada en una silla imponente. Y allí Sofia supo que estaba tras una historia.

—Entiendo.

—Espero que no —contestó ella con una sonrisa que Sofia quiso plasmar en el lienzo—. Si deseas, el desnudo te lo pagaré aparte, ni tu galerista se enterará y tendrás su comisión.

—No lo sabrá él, pero lo sabré yo. Dale la comisión por ese trabajo también.

La chica carraspeó.

—Prefiero que no lo sepa.

La siguiente semana, Sofia se encontró en varias oportunidades con Ivanova, en horas de la mañana. Entre trazos de pinturas comenzó a forjarse una amistad, salían a la cafetería del frente y tomaban algo como un par de amigas, la nota discordante eran los guardaespaldas, que no las dejaban a sol ni a sombra. Un día se aventuraron por Central Park después de la sesión y dieron un largo paseo. Sofia pudo observar muchas cosas de la mujer que antes no había captado. Una tristeza infinita en sus ojos cuando estaba distraída, no eran frecuentes los momentos, pero allí estaba. La manera en que se le iluminaban los ojos cuando Alexander golpeaba a la puerta y le preguntaba si ya estaba lista para abandonar el lugar. La mirada del hombre, entre cálida y ávida, le recordaba el modo en que la miraba Álvaro a ella. Sofia pensaba que su trabajo era una tapadera para propiciar los encuentros del par de amantes. No le gustaba la sensación que se paseaba por su cuerpo, estaba propiciando un engaño.

Sofia quitaba el exceso de óleo de los pinceles con un trapo. Ya Alexander había entrado para decirle a Ivanova que en media hora tendrían que irse, pues Sergei aterrizaría en una hora. No habría café ni paseo ese día.

—Sé lo que piensas, tus gestos te delatan.

Sofia levantó la vista, sorprendida ante el comentario de la mujer. Puso los pinceles en remojo en un frasco con aguarrás que dejó en el mueble del baño. Cuando volvió, le contestó:

—No puedes saber lo que pienso, no me gusta emitir juicios hasta escuchar toda la historia.

Ivanova le regaló una sonrisa triste.

—No conoces la maldad, Sofía, y ojalá así sea siempre, no quiero abrumarte con la historia de mi vida. Algunos escritores se quejan o no les gusta cuando la gente se les acerca y les dice: “Harías una novela con la historia de mi vida”. Esa gente no sabe nada, son historias del común, valiosas, pero del común. Mi vida no se parece a nada que hayas escuchado, estoy segura.

—No soy escritora, pero sé escuchar.

—Ya me di cuenta, tienes algo especial, me dan ganas de contarte mis cosas y créeme, no me pasa con casi nadie. A excepción de Alexander —concluyó, en un susurro.

Sofía ardía en curiosidad por conocer los detalles la vida de Ivanova. Cualquiera querría saber sobre la clase de existencia que llevaría la enigmática mujer de lujosas ropas, joyas y mirada nublada.

—Cuando quieras, estoy para escucharte.

—Tengo una hija que vive en Moscú, con mi madre —dijo ella, atenazada por la nostalgia.

—¿Qué edad tiene?

—Cinco años, cuando salí de mi país tenía tres y medio.

Ivanova se acercó a su bolso y de la billetera sacó una fotografía que le pasó a Sofía. Era una hermosa niña con el cabello más rubio que el de Ivanova y los mismos ojos de la madre.

Ivanova había salido de Rusia por amor. Vivía en Moscú, su familia era pobre y ella trabajaba de mesera en un restaurante. Su hija, Natasha, era producto de una relación adolescente que no había terminado bien. Ese nombre era el único capaz de dulcificarle la expresión.

Oleg entró a la cafetería y tan pronto Ivanova lo vio, se

enamorado de él. Sonaba a novela barata, pero así fue. El hombre la esperó hasta que terminó el turno y como todo un caballero, la acompañó hasta su casa, a pesar de que no era un trecho corto. Le dijo su nombre y que era ingeniero de carreteras, que viajaba por Europa y Canadá. Solo había que mirar su ropa y su reloj, estaba a años luz de la vida de ella.

Empezaron a salir, hubo flores, cenas románticas a la luz de las velas, paseos por el parque y pequeños regalos. Ivanova le presentó a su hija y a su madre. Soñaba que por fin Natasha podría contar con un padre y ella con un hombre que la hiciera feliz. En la cama, Oleg era fabuloso y la joven enloqueció por él. Era como una drogadicta esperando su dosis. Al mes se comprometieron y él le dijo que tenía que sacar su pasaporte para acompañarlo a un viaje a Alemania, que sería su regalo de cumpleaños, estarían recorriendo el país durante una semana.

Ella se apresuró a hacer los papeles. Él se adelantó dos días. Se despidió de la niña y de su madre. En el aeropuerto estaba nerviosa, nunca había salido del país. Llegó a Berlín con una sensación rara en el estómago, Oleg la esperaba con un ramo de flores, le dijo que la llevaría al hotel. Al rato, ella vio que se alejaban de la ciudad y llegaron a una mansión.

En cuanto entraron, Oleg se transformó de repente, como un actor que concluye su obra de teatro. "Vamos", le dijo de manera brusca y casi la empujó al subir las escaleras. Le gritó que era una estúpida. Ivanova estaba pasmada, entraron a una habitación donde había dos mujeres más, una lloraba y la otra tenía la mirada perdida. Un hombre grande se les acercó. "Vaya, vaya, Oleg, esta es el premio gordo de la lotería", dijo, mientras daba una vuelta alrededor de ella y

le pellizcaba el trasero. “Un mes de trabajo”, contestó él.

El hombre grande la tiró en un colchón y la violó frente a Oleg, que la miraba burlón. Las mujeres lloraban, suplicaban, y solo se ganaron gritos y bofetones.

Para Ivanova y las demás había empezado el infierno, acababan de entrar en una de las mayores redes de trata de mujeres de todo el mundo. “Si no haces lo que te decimos, haremos desaparecer a Natasha”. Esa fue la amenaza y les funcionó muy bien.

Cuando desembarcó en Nueva York, empezó a trabajar enseguida, al mes ya era una prostituta consumada. Hacía lo que le dijeran con tal de que su hija estuviera bien. Eso sí, les pedía que la dejaran hablar con ella. El club en el que trabajaba era elegante, pero allí supo que la mafia rusa tenía todo tipo de lugares, que los restantes negocios estaban enmascarados en casas de familias donde las condiciones eran terribles, como pequeñas cárceles en medio de la ciudad.

Al comienzo traían chicas huérfanas, de los hospicios, era lo más seguro, nadie preguntaba por ellas ni había lazos que las ataran a sus países de origen. Pero el índice de suicidios era alto y entonces empezaron a reclutar a mujeres que tuvieran a alguien por quien vivir.

Ivanova era mercancía fina, la vendían a políticos y hombres de negocios. El día que entró Sergei al lugar, alguien le dijo que era el dueño y señor de los establecimientos. Él era el culpable de que estuviera abriendo las piernas noche tras noche ante una caterva de extraños. El hombre se encaprichó con ella, la retiró del negocio y la llevó a vivir con él. Le tenía miedo, pero el odio era más fuerte.

—Si te contara mis cosas, tendría que matarte.

La mujer lo dijo en un tono que asustó a Sofía, quien le

obsequió un gesto de profundo estupor. Sabía que nada bueno saldría de esa extraña amistad. La mujer soltó una carcajada de pronto y ella se preguntó si no se habría vuelto loca.

Ivanova se sentó frente a ella y en silencio, se limpió el rostro. Sacó un espejo y cosméticos.

—No tienes nada de qué preocuparte —le dijo, mientras se aplicaba una capa generosa de base—. Si hubieras visto tu cara. No te va a pasar nada malo mientras yo siga las reglas.

Sofía cerró los ojos por unos instantes.

—Discúlpame, estoy algo confundida.

—Discúlpame tú a mí —dijo Ivanova—. Te entiendo perfectamente, debes preguntarte a qué hora irrumpirán los malos.

—No es gracioso —contestó Sofía.

Prefería no saber nada más de la extraña mujer y de los hombres con mirada de muerto que la acompañaban. Necesitaba trabajar con celeridad, no quería que Álvaro llegara y se diera cuenta de todo.

La mujer extendió su melena, se puso un minúsculo vestido de diseñador y unos zapatos que le hacían ver las piernas más kilométricas aún. Se dio una última retocada de labial y entró en su papel: una mujer trofeo cuya única preocupación era salir de compras.

—¿Cuántos años tienes? —inquirió Sofía.

—Veinticuatro.

—Eres tan joven.

Ivanova levantó una ceja y se quedó en silencio mientras tomaba su bolso.

—¿Cómo te trata? —insistió Sofía.

—Como a un juguete. Es lo que soy y voy a aprovecharlo el

tiempo que pueda.

—¿Cuándo te dejará ir?

Una extraña expresión brilló en los ojos de Ivanova.

—Pronto, muy pronto seré libre.

Alexander abrió la puerta.

—¿Ya estás lista? Su avión aterrizará en media hora y te quiere en el auto —dijo con tono de voz tenso y gesto furioso.

Ivanova se acercó a él y le acarició el mentón, pero ese gesto no sirvió de nada para mejorar el genio del ruso. Le susurró unas frases en su idioma, que Sofía no entendió. El joven se desasió con brusquedad e Ivanova agachó la mirada y salió en pos de él. La dejaron cerca a su casa.

Alexander, furioso, viraba el timón de la limusina al entrar en un hangar privado del aeropuerto, donde acababa de aterrizar el jet propiedad de Sergei.

—Tienes que tranquilizarte, no me haces las cosas fáciles —dijo la mujer, que cruzó una de sus esbeltas piernas y se roció perfume, al ver la mirada tormentosa que le dirigió el hombre por el espejo retrovisor.

—Me enferma que te toque. Lo odio, a veces quisiera pegarle un tiro.

—Me muero si te llega a pasar algo —le dijo ella en ruso—. Es un trabajo que también odio, pero pronto estaremos libres, piensa en ello, mi amor. Seremos Natasha, tú y yo.

El automóvil frenó al tiempo que la escalerilla del avión se abría. Alexander se calzó sus lentes oscuros y salió a recibir a su patrón.

Sergei bajó del avión a paso acelerado con dos guardaespaldas tras él. Otros cuatro hombres vigilaban con celo el hangar.

Saludó a Alexander con un gesto de cabeza y los ojos le brillaron de complacencia ante la pierna desnuda que pudo vislumbrar por la puerta abierta del auto.

—*Milaya moya* [5] —saludó Sergei y aprisionó el rostro de ella con los dedos, mirándola fijamente antes de morderle con brusquedad los labios.

El auto echó a andar.

—Espero que hayas tenido buen viaje —dijo Ivanova, controlando el deseo de limpiarse la boca.

—La próxima vez vendrás conmigo, fue una negociación dura, tu presencia habría ayudado mucho.

Ivanova dio gracias al cielo por no haber ido en ese viaje. Supo que era una reunión con los serbios y Sergei tenía la mala costumbre de compartirla con sus socios de negocios, que a veces podían ser brutales.

—¿En qué ocupaste tu tiempo libre?

Ella le regaló una sonrisa tan falsa como la de una modelo de anuncio de crema dental.

—Estoy segura de que tus hombres te dieron mi itinerario, para qué molestarte con pequeñeces.

—Volviste a ese antro de Brooklyn.

—No es un antro. —Le acarició el rostro y sonrió ante su mirada carente de sentimientos. Solo percibía un brillo especial cuando la miraba desnuda o cuando la exhibía a sus amigos—. Te estoy preparando una sorpresa de cumpleaños, te encantará.

Sergei llevó una mano a uno de sus pechos. Ella se tensó, no habían subido el vidrio tintado y se angustió por la reacción de Alexander.

—¿Por qué te tensas? —Le pellizco el pezón—. ¿No quieres estar conmigo?

—No es eso, Sergei, sube el vidrio.

—¿Desde cuándo te importa que alguien te vea?

El hombre se sacó el miembro del pantalón.

—Cómeme la polla mientras llegamos a la casa y démosle ese espectáculo al bueno de Alexander, creo que no se molestará.

Ivanova no quiso mirar el rostro de piedra de su amor, solo sus nudillos blancos afirmaron la tensión que lo agobiaba.

Las dos semanas pasaron demasiado lentas para el par de jóvenes ansiosos por intimar. Hablaban todas las noches por teléfono. Sofía le ocultó a Álvaro el nuevo trabajo, estaba asustada, se le hacía un nudo en el estómago cada vez que tenía que cumplirle una cita a la mujer. Los guardaespaldas le parecían terroríficos, ni siquiera la amabilidad de Alexander la calmaba. Aunque el dinero por las pinturas era más de lo que había ganado hasta ahora y había sido un alivio para el pago de la cuenta de la última hospitalización de su abuelo, ese detalle no le daba un ápice de tranquilidad. Quería volver a su vida de antes, despreocupada, sencilla y valiosa.

El sábado en la tarde, Álvaro llegó a la casa de Sofía cuando el abuelo salía para su tarde de dominó.

—Pasa, hijo, pasa, Sofía está en la cocina, no te esperaba tan temprano, se pondrá contenta.

En cuanto la divisó, el deseo lo asaltó, apremiante e intenso. El

nudo en el estómago y el peso en el corazón se multiplicaron y lo recorrieron entero, como si en vez de sangre fuera fuego lo que corriera por sus venas. Se dedicó a observarla sin que ella se percatara de su presencia, mirarla era un tormento y una bendición. Cómo la había extrañado. Estaba trepada en una butaca alta, organizando unos enlatados en uno de los muebles de la cocina, y escuchaba música con audífonos, por eso no lo había sentido llegar.

Vestía unos shorts de cuadros, sin cinturón y una camiseta que dejaba al descubierto parte de la piel del vientre, le pareció desaliñada y hermosa, como una adolescente que lo aturdió y lo incitaba. Recorrió sus piernas con la mirada, eran preciosas, no eran musculosas ni tampoco muy delgadas, con curvas en los lugares precisos, se las imaginó detrás de su cuello o cabalgándole la cintura. Siguió fantaseando con que besaba la línea de su cintura, mordisqueándole el ombligo, dándole placer, y de pronto el aire de la habitación le pareció pesado. Un montón de locos pensamientos lo invadieron. Imágenes de ella en todas las posiciones, él penetrándola por detrás, besándola, devorándola hasta que le quedara grabado a fuego que solo a él pertenecía.

En cortos pasos ya estaba frente a ella, le rodeó la cintura con un brazo, y la sintió tensarse al ver que le bajaba el cierre del pantalón.

Sofía quedó petrificada, respiró hondo, sus mejillas enrojecieron al ver la necesidad oscura que circundaba a Álvaro. Se humedeció los labios, preparándose para ser besada. Él refregó el rostro contra su vientre al tiempo que le bajaba el short. Ella levantó un pie y la prenda terminó en el piso. Lo miró a los ojos y lo mantuvo cautivo. Él le rodeó el rostro con las manos. Ninguno de los dos habló y

Sofía cerró los ojos cuando sus labios se unieron, Álvaro se apoderó de su boca y deslizó la lengua hasta el fondo saboreándola con intensidad. Se aferró a su cabello, que tiró con fuerza, el beso se hizo húmedo y hambriento. En un segundo y sin dejar de besarla, sus manos le abarcaron las nalgas, le bajó la ropa interior y cuando sus dedos calientes y temblorosos siguieron el camino abajo de su vientre, ella se aferró a sus hombros, y cuando al fin su boca caliente y sedienta se hundió en su sexo, un gemido por parte de Sofía reverberó por toda la casa.

Álvaro la besó y chupó por largos minutos. Embriagado de pasión, la repasaba entera, con labios sedientos y boca penetrante, invadía pliegues y cavidades. La pegaba más a él, le apretaba las caderas, como si se le fuera a escurrir entre los dedos. Sabía que al día siguiente tendría marcas de lo ocurrido, marcas de su posesión y eso arreció sus ganas.

Así pasaron un par de minutos y entonces la sintió tensarse y clavarle las uñas en el cuero cabelludo, gimió con destemplanza y sus espasmos y temblores le dijeron que había alcanzado la liberación. En medio de la excitación, Álvaro pensaba que nunca había deseado a una mujer como la deseaba a ella, le había dado tiempo porque sabía que las cosas iban a ser diferentes de allí en adelante, nunca había ansiado poseer a una mujer y a la vez entregar todo de sí, poseer y ser poseído. No tenía protección alguna contra el feroz deseo que lo asaltaba, nunca había experimentado algo parecido, no era fácil, ni cómodo, no era como sus relaciones anteriores, no estaba seguro de si lo disfrutaba o no. Había sido un jodido egoísta, siempre buscando su propio placer, pero con ella deseaba ser diferente, dar más que recibir. Necesitaba intentarlo.

—Dime que estás conmigo —exigió, mirándola con ojos como brasas—, dime que me acompañas en esta locura y que te mueres por sentirme, así como estoy yo.

—Te necesito y me muero por sentirte —le dijo ella, sin aliento. Exhaló un suspiro, aferrado todavía a su cintura.

—Te extrañé.

—Yo también.

Álvaro la levantó, subió las escaleras con ella en brazos y siguiendo sus indicaciones, atravesaron la puerta del cuarto de Sofía. La dejó con suavidad en la cama, se quitó la camiseta y se desabrochó el jean. Mientras la observaba desnudarse del todo, la miró con reverencia y sintió como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el pecho. Cuántas veces la había soñado despierto así, toda piel luminosa y mirada cálida, dándole la bienvenida, cuántas otras la había deseado en sueños de la misma manera.

Se puso un condón. Le susurró al oído todo, mientras se tumbaba sobre ella. La inmovilizó y la contempló sin pestañear, al tiempo que entraba en su interior, con torpeza y ferocidad al principio, hasta que hizo el ejercicio mental de calmarse e ir despacio, a duras penas podía contenerse, ella no se quejaba y supo que estaba en el jodido cielo cuando se sintió encerrado por completo en su interior. Se metió un pezón a la boca mientras se balanceaba con fuerza sobre ella, extasiado, y luego el otro pezón recibió la misma atención. Los gemidos de ella y los jadeos de él inundaron la estancia.

—Sofía —la llamó, con voz oscura y áspera, ya moviéndose sin contenciones.

Sofía nunca había sido amada así, con tanta vehemencia, su poca experiencia anterior palidecía con la cruda pasión que Álvaro le

mostraba. Extasiada, se daba en toda su inmensidad. Al principio sintió temor al notar la magnitud de su erección, luego estaba tan excitada que tuvo que morderse los labios para evitar suplicarle que la tomara, que la follara como quisiera.

En ese festín de los sentidos, y en las caricias y la mirada de su amante, Sofia descubrió por primera vez el amor. Cerró los ojos para concentrarse en lo que sucedía dentro de ella, el miembro de Álvaro resbalaba dentro de su sexo húmedo y caliente. En un ritual más viejo que el tiempo, ambos se encontraron al borde del precipicio.

—*Sei meraviglioso e non sai quanto ti desidero*^[6]—susurró Sofia y estas palabras terminaron de enloquecer a Álvaro.

Jadeó, desesperado por fundirse en ella. Sus caderas se movieron por reflejo, no fue suave ni contenido durante el explosivo orgasmo que experimentó a tono con las contracciones de Sofia, que vibraba sin que pareciera tener fin. El clímax de ella fue demoledor, no se cansaba de mirar sus cuerpos unidos, con su sexo aún sensible experimentando pequeños espasmos.

Sofia descansó la cabeza en el pecho de Álvaro, que todavía estaba recuperando la respiración. Cuando él trató de separarse, ella se lo impidió.

—Aún no.

Álvaro soltó una exhalación profunda para regularizar la respiración antes de contestar.

—Hola, *mi amor*.

—Ciao —dijo ella, mirándolo embobada.

Capítulo 8

Sergei esperó en la barra de su restaurante favorito Le Cirque, ubicado entre Lexington y la tercera avenida. El sitio le gustaba, y no precisamente por la comida, pues en la ciudad había mejores restaurantes. Era la elegancia del lugar, que lo trasladaba a viejos tiempos, y le hacía evocar antiguas y rancias fortunas. Él podía sentarse en una de sus mesas, degustar el más caro de los vinos y pedir el plato más costoso de la carta al lado de poderosos y políticos. Los pobres diablos no sabían que estaban ante un hombre que había hurgado en las canecas de basura para llevarse un trozo de comida a la boca. El estilo del lugar era una mezcla entre moderno y relajado; sus paredes color topo, pinturas vanguardistas y muebles lujosos armonizaban con la parte de su vida que más disfrutaba, el lujo, el dinero, el poder.

Sergei tenía ante sí un vaso con agua. Sam Pearce, una de las promesas financieras de la costa este, atravesó el lujoso lugar y llegó hasta él. Se reciprocaron un seco saludo y un maître los llevó a la mesa reservada para Sergei cada vez que visitaba el lugar para cenar.

Hablaron de deportes, de viajes y mujeres. El diálogo se interrumpió cuando un mesero les entregó los menús. La exclusiva cocina, con influencia francesa y mediterránea, era un viaje hacia el placer. Ordenaron langostas, ensaladas, y vino acorde con el plato y la ocasión.

Mientras el hombre estudiaba la carta de vinos, Sergei aprovechó para observarlo. El nombre de Sam Pearce era una

tapadera, y él sabía que estaba ante uno de esos hombres que siempre estaban dispuestos a hacerle daño al país de las oportunidades de cualquier forma posible. Hoy necesitaba algo de Sergei y no se levantaría de la mesa hasta conseguirlo.

Aunque su tapadera era genuina, con formación occidental en Oxford y un posgrado en económicas en Stanford, y su apariencia de occidental, tez y ojos claros, lo había ayudado a pasar desapercibido, Sergei sabía que era uno de los más fanáticos soldados del Hámás, y un hombre con dinero por derecho propio, de naturaleza dura y desconfiada. Lo poco que había vislumbrado en sus escasos encuentros era su profundo odio a todo el lujo de la sociedad occidental, a la prepotencia y ambición de los hombres y a la promiscuidad de sus mujeres, si bien eso no le impedía disfrutar de todo aquello que odiaba. Vivía hacia unos años en Sodoma, como llamaba a Nueva York.

Sergei decidió ir al grano.

—Hablemos de lo que nos trae aquí esta tarde, señor Pearce.

Samsonrió, dejó la copa del excelente vino que acababa de probar y se dispuso a poner al tanto a su invitado.

—Señor Novikov, mis socios...

—¿Socios? —Sergei levantó una ceja en un ademán suspicaz—. Creí que trabajaba solo.

—Sé a lo que se dedica, Novikov, y necesito de sus servicios —contestó, ignorando el comentario del ruso—. Hay una carga valiosa que estará en los puertos de Lisboa la segunda mitad de mayo, la necesito en Estados Unidos para la segunda semana de julio.

Guardaron silencio y Novikov se alejó de la mesa en cuanto el mesero desplegó los platos sobre el mantel. Esperaron que se retirara

para volver al tema.

—¿Y qué es esa carga tan valiosa que debe estar en el país en junio? No me diga que me va a dañar el cuatro de julio. Me encantan los juegos pirotécnicos y los *hot dogs*. —Degustó la langosta y después de una pausa, prosiguió—. Ano ser que sea un jueguito pirotécnico de alto alcance.

Sergei masticó un trozo de langosta en silencio, estaba seguro de que el cabrón quería entrar material radioactivo al país. Nunca había transportado ese tipo de carga, tendría que asesorarse con los mejores. Él no le hacía ascos a nada, eso sí, le sacaría sus buenos millones.

—Uranio, Novikov, es un cargamento de uranio. Le daré cinco millones de dólares o ese mismo monto en armas o drogas.

Bien, bien, no le sorprendía, cada loco con su tema.

—Cuando me ofrezca veinte millones y el lugar donde lo piensa usar, empezaremos a hablar.

—Si le digo el lugar tendría que matarlo.

—Le costará trabajo —señaló a sus escoltas, que fungían como hombres de negocios en un par de mesas más allá—. No creerá que accederé a su demanda sin saber dónde piensa hacerlo. Mire, Pearson, a mí me importa un bledo en qué lugar utilice su juguete con tal de que no ponga en riesgo mis inversiones. Puedo irme en cualquier momento para cualquier parte del mundo. La información será un seguro.

Después de media hora de negociaciones, se decantaron por la suma de quince millones de dólares, diez en efectivo y cinco en heroína puesta en New Jersey el día que el uranio pisara suelo americano. Pearce pagó la cuenta, se levantó de la silla, se abotonó la

chaqueta y salió del restaurante. Sergei envió un mensaje de texto a su chofer e hizo un par de señas a los guardaespaldas que estaban con él en el lugar.

Se levantó y miró la hora, Ivanova todavía estaba en el apartamento que insistía en visitar, dedicada quién sabe a qué proyecto. Alexander Petrof, su hombre encargado de protegerla, algo le había comentado, pero lo había desechado, como todo lo que llegaba a su mente y no tenía que ver con acrecentar su poder o fortuna. El joven se había ganado su confianza y por ello le había destinado el cuidado de la mujer. También lo acompañaba junto con Viktor a varias de las reuniones, lo que había ocasionado la rivalidad entre ellos.

Ya en la limusina, soltó un suspiro y se concentró en unos papeles que estaban listos para su firma. Hacer dinero era muy agradable.

—Hey —una sonrisa algo contenida apareció en las comisuras de la boca de Sofía.

La intensidad con que la miró Álvaro le impidió modular algo más. Era lunes en la tarde. El día anterior no se habían visto, pues él se lo había pasado estudiando. Era su primer encuentro después de lo vivido el sábado anterior.

—Hey —contestó él, se acercó, y tomándole el rostro con la mano, absorbió la fragancia de su piel, de su aliento, y le dio un profundo beso.

Había ido a recogerla a la salida del departamento de Ivanova cuando terminó la sesión. Tuvo que insistirle mucho, ya que Sofía prefería que se vieran en la casa más tarde. Caminaron por la acera

cogidos de la mano. No le había hablado de la mujer, algo superior a ella le impedía comentarle la confusa situación en la que se encontraba.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él con sonrisa ladina y pasándole la mano por la mejilla—. ¿Ya puedes caminar?

Se ganó un codazo de Sofía que no se quedó atrás y le respondió con las mejillas ruborizadas y los ojos chispeantes de risa.

—Perfectamente. Tendrás que esforzarte más si quieres dejarme en cama un par de días.

—No te preocupes, lo haré. —Le retiró un mechón de pelo que le caía en la mejilla y se lo puso detrás de la oreja—. Me encanta cuando te sonrojas.

—Estás hecho un engreído.

La encantadora sonrisa que surcó el rostro de Álvaro le quitó el aliento a Sofía.

—*Mi amor*, en serio ¿cómo te sientes? —insistió él.

—¡Feliz! —exclamó ella y él le palmeó rápidamente el trasero.

Álvaro le pasó el brazo por los hombros y entraron en una cafetería pequeña, que estaba llena de gente. Un ritmo de jazz se escuchaba por un parlante y amortiguaba el sonido de las conversaciones. Escogieron una mesa del fondo. De pronto Álvaro frunció el ceño.

—No me gustan esos tipos que rondan el lugar donde trabajas —señaló—. Parecen escoltas de algún mafioso. ¿Quién te asegura que no es algún expendedor de drogas el que vive en ese lugar?

Sofía lo tomó de la mano por encima de la mesa del café.

—No pasará nada, *amore mio*.

Él levantó una comisura de sus labios. ¡Por Dios! Sofía lo

miraba embobada.

—No me hables en italiano en público, sabes los efectos que ejercen en mí tu voz y tus palabras.

—*Bene* —contestó ella con voz dulce y cristalina, y se echó a reír.

—Condenada —contestó él, devolviéndole el gesto. Disfrutaba cada momento pasado con ella, le encantaba verla tan informal, libre, complaciente.

El corazón de Sofía apenas le cabía en el pecho, estaba enamorada hasta la médula. El apetito se le cerraba en su presencia, miraba el plato con el sándwich que había pedido y apenas podía probar bocado. Cambió de lugar, lo quería más cerca, pasó la mano por su cabello, que percibió suave y miró sus ojos marrones que ese día le recordaron al chocolate fundido.

—Estás muy guapo. —Soltó una carcajada y se tapó la cara con las manos—. Y yo estoy muy ñoña, qué horror.

—Nada de ñoña, me gusta y tú estás preciosa. —Su voz sonaba como una caricia del aire primaveral—. ¿A quién estás pintando?

—No es de tu incumbencia —contestó ella a la defensiva, y al darse cuenta de lo brusca que había sido, recapituló—. Discúlpame.

—Pretendo que todo lo tuyo sea de mi incumbencia —retrucó Álvaro sin dejarse afectar por el comentario—. ¿Por qué tanto misterio? No me digas que estás haciendo un desnudo masculino.

—¿Qué pasaría si así fuera?

La mirada de Álvaro se ensombreció.

—No me gustaría que mi mujer anduviera pintando test...

ASofía se le secó la boca al escucharlo decir mi mujer.

—Álvaro, no seas ordinario. El arte es arte.

—No quiero que estés sola en una habitación con un tipo en cueros que no sea yo.

Recordó el desnudo de la galería, y una molestia nacida de los celos amenazó con dañar el rato.

—Troglodita, además.

—En serio, Sofía, ¿por qué tanto misterio? —insistió él en tono tenso y con el ceño fruncido.

—Estoy pintando a una mujer, puedes estar tranquilo.

Agradece que genes italianos corren por mis venas y te permito estos numeritos de macho alfa.

—Cuido lo que es mío.

—Yo también. —Se acercó y le dio un profundo beso—. Solo besaría así a mi novio.

Álvaro sonrió.

—¿Es una declaración de intenciones? Mi respuesta es sí. Seré tu novio.

Ella soltó la carcajada.

—Pues bien, ahora soy formalmente tu novio y estos labios —dijo, mientras le recorría el contorno de la boca con el pulgar— me pertenecen.

Sofía, hábilmente, cambió de tema. El ambiente se distendió y disfrutaron la merienda. Hablaron de naderías y bromearon un buen rato. Salieron de la cafetería y tomaron el metro rumbo a Central Park. Se respiraba el inicio del verano, estaban a principios de junio, el día estaba cálido. Caminaron hasta la famosa alameda de olmos, que formaban un precioso dosel, por el que se atravesaban los rayos del sol y le daban un hermoso colorido a la escena. Allí se sentaron a

disfrutar un helado, mientras observaban pasar los transeúntes.

Más tarde emprendieron la marcha y al llegar a una pequeña plaza vieron el espectáculo de unos gimnastas haciendo cabriolas, después se acercó un chico recogiendo dinero. Sofía se aproximó a un puesto de pinturas.

—Tu trabajo es mucho mejor —le susurró Álvaro al oído, mientras la abrazaba por detrás.

—Cada artista deja un pedazo de sí en cada una de sus obras, así no sean la octava maravilla.

—Lo sé, pero eso no me impide decir que tu trabajo es superior. Si vinieras a Colombia conmigo, haría una exposición de tus pinturas en una de nuestras galerías.

—No estoy preparada aún.

—Claro que lo estás. No deberías perder el tiempo pintando por encargo cuando puedes dedicarte a enriquecer tu obra.

—Necesito el dinero.

Álvaro quiso decirle que él le daría lo que le hiciera falta, que cuidaría de ella y de su abuelo, que la protegería de allí en adelante. Quería amarla, mimarla, darle lo que ella quisiera, hacer lo que ella quisiera, recorrer el mundo y acampar con ella en el museo D'Orsay, en París, pero sabía que su propuesta no sería bien recibida, todavía. Con Sofía había despuntado una veta protectora y dominante que apenas había vislumbrado en sus parejas anteriores, algo en ella hacía que sus instintos más primitivos salieran a la superficie, solo quería gruñir, golpearse el pecho y arrastrarla hasta su cueva. Preocuparse por una mujer no era una emoción con la que estuviera muy familiarizado, solo sabía que estaba ido por Sofía, no podía apartar la mirada de su rostro y tendría que serenarse, o ella saldría corriendo, por más sangre

italiana que corriera por sus venas.

La arrinconó al primer árbol que encontró y le acarició las mejillas con ternura. El ruido de la gente, el de una patineta, el ladrido de los perros, el sonido de una ardilla peleando con el ramaje y el olor a dulce se evaporaron de repente. Le recorrió los labios con el dedo, ella lo miraba con ojos brillantes. Le recitó: “En mis labios te sé, te reconozco, y giras y eres y miras incansable y toda tú me sueñas dentro del corazón como mi sangre”.

—Qué poema tan hermoso.

—Es un poema de Jaime Sabines que se llama *He aquí que tú estás sola...* Ese fragmento me vino a la mente al mirar y tocar tus labios.

—¿Y el resto del poema?

Álvaro negó con la cabeza.

—Es muy triste, es de una pareja que está separada, pero unida por su amor.

Le aferró la parte baja de la espalda y se apoderó de sus labios como si de una golosina se tratara. Le saboreó los recovecos y rincones de la boca, queriéndose aprender de una vez por todas las formas, absorber su sabor hasta llevarlo fundido al de él. Lo que sentía por ella era una sed que le atravesaba la garganta y lo quemaba. Sus ojos oscuros se vistieron de necesidad cuando se separó de ella y la miró.

—Vamos a mi casa —dijo él en ese tono de voz áspero y lento que excitaba tanto a Sofía.

Habían transcurrido dos semanas desde lo ocurrido en la parte trasera de la limusina de Sergei. Como cada día, Alexander salió

ataviado con pantalón de sudadera, suéter grueso con capucha y tenis. Tomó el metro hasta Brighton Beach, el reducto de la comunidad rusa que se afincaba en Nueva York.

La tibia brisa marina lo recibió, pero eso no opacó la rabia que lo consumía. ¿Cómo podía superar lo sucedido si noche tras noche se le repetía en los sueños aquella imagen fatídica? Podría haberlos matado a los dos. Mil veces se los había imaginado muertos y cubiertos de sangre. Solo de volver a recordarlo, la rabia lo volvió a consumir y golpeó una pared con el puño. La mujer que adoraba le hacía una mamada al hombre que más odiaba.

—Mía, maldita sea, es mía —murmuró, y soltó un gruñido que espantó a un par de ancianos que pasaban por su lado.

Atravesó el frente de un restaurante ruso, una tintorería y llegó a su lugar de destino, un gimnasio de entrenamiento para boxeadores. Hizo un gesto con la cabeza al hombre que estaba en recepción y por un largo corredor llegó hasta una habitación con varios sacos de boxeo. Saludó a Mikhail, el viejo entrenador. El lugar estaba solo, lo que le molestó, quería pelear con alguien.

En segundos se cambió y empezó a golpear el saco al fondo del gimnasio. El entrenador apenas lo observaba. Últimamente eran más frecuentes esos raptos de rabia por parte de Alexander, y el viejo ruso lo dejaba desahogarse con el saco. Sudaba golpeando y soltando toda clase de groserías en ruso.

—Putá, puta, es una gran puta, se ha comido miles de pollas, ¿por qué mierdas me sorprende? —gruñía.

Luego se reprendía, ella no tenía la culpa, ella no deseaba aquello, su Ivanova sometida a ese animal, ¿hasta cuándo? La recordó en Brooklyn, sin maquillaje, era lo primero que él hacía cuando ella

llegaba, le limpiaba el labial y la sombra de los ojos, allí era su Ivana, la chica joven que le brindaba momentos de alegría.

Una figura emergió de las sombras. El viejo Mikhail salió del lugar como espantado.

—Se acaba el tiempo, nos enteramos de que tu jefe cocina algo grande.

Alexander se acercó a un banco, se quitó los guantes, se limpió el sudor con una toalla y encaró a la sombra.

—Todo lo que tiene que ver con ese hijo de puta está relacionado con algo grande.

El hombre salió a la luz, vestía traje oscuro, estaba en la cincuentena, grande y de rostro colorado, con manos pequeñas que volaron a uno de sus bolsillos, de dónde sacó una fotografía.

—¿Sabes de qué hablaron el par joyas?

La foto era una instantánea del almuerzo que Sergei había compartido dos días atrás con Sam Pearce.

—Negocios, embarques de mercancía, pero no sé si son drogas o putas. —Lo último lo dijo con desprecio—. Te he dado pruebas suficientes para que pase varios años en chirona, no entiendo qué más quieren lograr.

—Era cuestión de tiempo que esa reunión sucediera, Alexander, estábamos esperando esto y necesitamos saber más.

Alexander emitió un resoplido.

—Pondré a Ivanova en ello, pero va a querer algún estímulo.

—¿Tú no eres estímulo suficiente? —dijo el hombre, riendo entre dientes.

Alexander se levantó furioso y lo agarró por las solapas.

—¡No me toques los cojones! Estoy hasta el maldito cuello de

esta misión de mierda. No más.

Soltó al hombre, que se alisó la chaqueta sin perder el control.

Dexter Cotton llevaba casi treinta años en el FBI, era competente en su trabajo y estaba acostumbrado a lidiar con todo tipo de agentes encubiertos, sabía el tipo de presión que manejaban. Le gustaba trabajar con Alexander, no era lameculos, era decente y a veces gilipollas, pero nadie era perfecto.

—Eres nuestro mejor agente, no quiero verte en peligro por culpa de un coño.

Alexander levantó el índice hacia el rostro del hombre y con tono amenazante, soltó:

—¡Cuidado! No sigas.

—Se está cociendo algo grande y si logramos agarrar a Novikov y a Pearce en un solo paquete haremos el año en la agencia. Tenemos informes de Pearce, pero sin pruebas es como si nada y quiero a esos malnacidos en Guantánamo hasta el final de los tiempos.

—¿De qué hablas?

—Hubo un robo de uranio en un laboratorio de física en Lyon.

Alexander levantó el ceño, sorprendido y confuso. No veía relación con el uranio robado y Sergei.

—Sergei nunca ha transportado uranio.

—Pearce sí, y para Novikov sería el negocio de su vida.

—¿Van a fabricar una jodida bomba? Pensé que era en Medio Oriente donde estaban las cocinas de uranio.

—Sí, tienes razón, pero un pajarito muy bien informado quiere que los juegos pirotécnicos estallen aquí en el país.

—Eso sería un jodido infierno.

Esta era la oportunidad, se dijo Alexander, era ahora o nunca.

—Pondré a Ivanova en ello, pero necesito un favor.

—¿Dime? Si está en mis manos, cuenta con ello.

—Necesito que arregles la salida de la hija y la madre de Ivanova de Rusia y que a ella le den inmunidad aquí en el país.

—Tráeme algo que sirva y hablamos.

Alexander había evitado a Ivanova las últimas semanas, necesitaba aplacar la furia que lo consumía ante lo ocurrido en el auto. La mirada de angustia y resentimiento que le lanzó la mujer el día que él le dijo que en los próximos días sería Sasha su chofer y guardaespaldas, no lo abandonaba. Pero igual la perspectiva de pedirle ayuda con lo de Sergei no lo convencía, la expondría a un grave peligro. Él tenía que lograrlo solo.

Se pegó a Sergei como una sombra. Hasta decidió pasar las noches en el área de servicio del *penthouse*. No había logrado nada, hasta una mañana que Sergei recibió una llamada. Iban en el auto, el embotellamiento cerca de la Quinta Avenida parecía no acabar. Lo poco que pudo escuchar y observar fue algo referente al puerto de Lisboa, el interlocutor le dictaba y Sergei copiaba a gran velocidad en su computador personal. Cuando se percató de que toda la información la había pasado a una memoria USB, Sergei le ordenó subir el vidrio.

Tendría que acceder a la dichosa memoria, pero por lo que él sabía, el hombre no se desprendía de ella en ningún momento. Los pasillos del departamento estaban plagados de cámaras, la sala y el estudio también, sus movimientos quedarían grabados, solo la recámara principal no tenía ningún artefacto.

De mala gana, se convenció de que Ivanova tendría que

hacerlo. Sergei la tenía por una mujer poco inteligente, estaba seguro de que con ella relajaría en algo la seguridad.

Al día siguiente, Alexander llegó al departamento de Brooklyn. Ivanova y Sofía charlaban ante sendas tazas de té. El trabajo de la pintora, por lo que había oído, estaba casi terminado, lo que lo tranquilizó. No quería a la chica cerca cuando la mierda explotara. Entre menos inocentes involucrados, mucho mejor. Como siempre, el corazón se le estrujó ante el sonido de la risa franca y el gesto distendido de la rusa, tan diferente a cuando estaba al lado de Sergei.

Ella levantó la vista, sorprendida al ver a Alexander, y una sonrisa nerviosa surcó su semblante. Sofía se apresuró a despedirse. En cuanto se quedaron solos, Ivanova se acercó a él, y apoyó la cabeza en su pecho. Aél se le doblaron las rodillas, pero ni siquiera levantó los brazos.

—Alexander.

—Tenemos que hablar.

La apartó sin miramientos.

—No quise hacerlo. ¿Cómo crees que me sentí? No pensaste en mí ni un momento. ¿O acaso crees que lo disfruté? —preguntó con voz quebrada.

La ira y los celos eran los que hablaban por Alexander. Una cosa era imaginar lo que hacían ellos a puerta cerrada y otra muy diferente verlo con tus propios ojos.

—No lo sé, dímelo tú. —Su mirada era furiosa y amarga.

El tono empleado por el hombre le rompió el corazón a Ivanova.

—Eres un imbécil.

Alexander se acercó a la ventana y se aferró a la repisa.

—En eso estoy de acuerdo.

Ella se acercó por detrás y le puso las manos en la espalda. La tensión en el cuerpo del hombre era evidente.

—Sabes lo que siento por ti. ¿Qué crees que hubiera sucedido de haberme negado? Hubiera sido peor, hubiera sospechado enseguida, a lo mejor algo ya sospecha.

Él volteó el rostro enseguida y le dirigió una mirada punzante. Se dio la vuelta, la aferró con fuerza de los brazos y la sacudió.

—¿Te ha dicho algo?

—¡No!

—¿Por qué lo dices, entonces?

—Se encierra cuando recibe llamadas o me despacha enseguida para quedarse solo.

—Eso no quiere decir que ya no confíe en ti, solo que lo que está cocinando es más sucio y más grande. Necesitamos pruebas.

El corazón, la mente y el instinto de Alexander estaban en pugna. No quería exponerla, pero si no lo hacía, no habría progresos y podría olvidarse de traer a la familia de Ivanova a Estados Unidos. Se debatió unos minutos y se alejó unos pasos de ella, su olor lo idiotizaba. Sacó una memoria de igual modelo que la que Sergei manejaba.

—Necesito que cambies su memoria por esta. —Le puso el artefacto en la mano.

Ella lo miró, aterrada.

—Me matará.

—No dejaré que te pase nada. Asu retorcida manera, confía más en ti que en cualquiera, has durado con él más que las demás. Tan

pronto tengas la memoria, debes desaparecer.

La preocupación opacó en algo la furia que embargaba el corazón de Alexander. No podría soportar perderla, mataría a ese hijo de puta con sus propias manos si algo le llegara a pasar a ella. Le entregó un teléfono.

—Escóndelo. Tan pronto tengas la memoria en tus manos, te desapareces, no puedes esperar, ¿está claro? Llamas enseguida, ahora repasaremos el plan que vas a memorizar enseguida.

Alexander le dio datos de lugares y días, y diferentes alternativas, dependiendo de la hora en que ocurriera todo. Sergei era sádico, si se enteraba de la traición antes de que la chica escapara, no tendría la menor posibilidad y su muerte sería terrible, no podía permitir que algo le ocurriera. Él debía desaparecer también a la abuela y a Natasha en ese mismo instante.

La necesitaba, se percató Ivanova, y no solo para su misión, la necesitaba a ella, su mirada hambrienta se paseaba por su cuerpo, pero no daría su brazo a torcer. Su hombre era orgulloso y ella también lo necesitaba. Solo él con sus caricias y su amor limpiaba las huellas que otros hombres habían dejado en su cuerpo y su alma. El amor de Alexander era como un bálsamo, se sentía limpia y renovada cuando estaba con él. No lo merecía, pero si la vida lo había puesto en su camino como regalo a tanta tristeza, lo aceptaba.

—Lo haré, tendré cuidado y lo haré —apretó la memoria en la mano y se acercó de nuevo a él—. Por favor. —No podía apartar la vista—. Alexander —agregó, temblorosa.

Él volvió el rostro.

—No —dijo ella, fijando su mirada—. No dejes de mirarme. Se acercó y lo besó en la mejilla.

—Ivanova...

La estrechó con fuerza contra su cuerpo, debatiéndose entre pegarla a él o separarla de un empujón.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó con los dientes apretados, sus manos le lastimaban la cintura.

—Todo —respondió ella.

—Quise matarlos a los dos, Ivanova, no querrás... No quiero lastimarte.

—No me importa. Castígame. —Ante la mirada estupefacta de él, lo abrazó—. Hazlo.

La tumbó en el sofá, le arrancó la ropa y la besó como si nunca más fuera a probar sus labios. La penetró en segundos, ni siquiera se tomó la molestia de quitarse la ropa.

—Estoy en un puto infierno por tu culpa. —Agarró con firmeza sus caderas, con ganas de marcarla, pero sabía que esa sería su sentencia. Al ver los ojos de Ivanova cerrados y su cuerpo como para un sacrificio, se enfureció más. No quería aquello, no así—. ¿No te importa lo que haga contigo? ¿Quieres tratarme como a uno de tus clientes?

La mujer abrió los ojos de golpe y lo separó de un empujón. Un sollozo se escuchó por la habitación. Alexander quiso darse cabezazos contra las paredes de arrepentimiento, estaba hiriendo al ser que más amaba en la vida.

—Perdóname...

Ella lo miró con furia.

—¡Vete! Hemos terminado. Tendrás lo que quieres, me las arreglaré, pero no vuelvas a estar en frente mío. Nunca más.

Capítulo 9

El verano pisaba fuerte, a inicios de julio la humedad y el calor habían desplazado de mala manera a los meses de incesante frío, la gente ya salía en ropas veraniegas, y la horda de turistas atacaba la ciudad sin descanso.

Pero justo esta época del año no resultaba tan cálida para Sofía, por estas fechas, hacía cuatro años, habían perecido sus padres y en cada aniversario ella se encerraba en sí misma y ni siquiera Gregorio o Dan podían sacarla del lugar de pena y amargura en el que se recluía. Álvaro, que ya lo sabía por el abuelo, tenía pensado llevársela ese fin de semana fuera de la ciudad. Saldrían el viernes en la tarde antes de la hora punta, con rumbo a una cabaña que había alquilado en Los Hamptons, y estaba dispuesto a crear nuevos recuerdos de esa fecha para ella.

La mayoría de los estudiantes ya estaban de vacaciones, pero él hacía un curso libre de Economía mientras preparaba el trabajo final de grado de la especialización. No se habían visto en tres días, pues le quitaba varias horas a las noches, necesitaba sacar la máxima nota para aspirar a los pocos cupos para el doctorado y poder quedarse dos años más en Nueva York. De lo contrario, después del verano tendría que volver a casa y aunque en Colombia tenía planes, no deseaba irse sin Sofía.

No se cuestionaba sus sentimientos, ni la obsesión que lo embargaba en todo lo que tenía que ver con ella; se había enamorado por primera vez en la vida y un mundo de emociones que no conocía

habían despertado en él. Había sido rápido, fulminante, la conocía desde hacía apenas tres meses y ya sabía que no podría vivir sin ella. Deseaba llevarla a Colombia, que conociera a su familia, y venderle la idea de un futuro juntos en su país. Ella parecía abierta a la posibilidad, de hecho ya había mostrado interés en estudiar español.

Su madre adoraría tener una nuera pintora, lo que ninguno de sus hijos había sido, y alguien en la familia que amara el arte a la par de ella. Se estaba precipitando, lo sabía, era mejor aterrizar y de un buen golpe, pero soñar era gratis ¿o no?

El maldito trabajo que Sofia estaba haciendo en ese departamento no le traía buena espina. Había ido en un par de ocasiones sin que ella lo supiera, había hablado con una vecina mientras la acompañaba en el parque: Ivanova no iba mucho y siempre en compañía de escoltas, ellos creían que era la amante de un mafioso ruso. Álvaro sabía que con esa gente las cosas no eran un juego, hablarían de ello otra vez el fin de semana, aunque ya habían discutido días anteriores por lo mismo. Sabía que no tenía derecho a coartar su libertad, pero su instinto le decía que algo no estaba bien y él le hacía mucho caso a su instinto.

La había citado en la pista de atletismo de la universidad, donde se realizaría una carrera para reunir fondos destinados a un programa universitario de ayuda a extranjeros; después se irían a disfrutar de su fin de semana. En cuanto Álvaro vio a Brenda, que era una de las organizadoras, tuvo un mal presentimiento. La mujer no dejaba de enviarle miradas lánguidas y de tratar de provocarlo de cualquier forma.

Pero en cuanto Sofia llegó, se olvidó de ella y de todos, y corrió a besarla y abrazarla. Estaba hermosa con una minifalda de jean,

sandalias que dejaban ver sus uñas pintadas de rojo, una blusa blanca de hombro caído, su precioso cabello suelto y un morral de varios colores. Destilaba juventud y sensualidad. La llevó a la primera fila y luego él se marchó a la pista a hacer su calentamiento. El lugar bullía de actividad. Había animadoras, estudiantes y familiares. Los entrenadores daban las últimas recomendaciones a los competidores.

Sofía se dedicó a verlo calentar antes de la carrera, ya sin la sudadera con que la recibió. Embobada, contemplaba su figura alta, fibrosa y delgada, no era acuerpado como los jugadores de fútbol o los pesistas, pero tenía definido cada músculo y cada tendón, y sus manos... Vivía enamorada de las manos de Álvaro, sus ojos de artista calibraban el tamaño y la forma de sus dedos. Estaba perdida, loca por él, y tan abstraída, que no se percató de quién se había sentado a su lado.

—Eres solo una distracción para él, no lo olvides.

Sofía giró la cabeza para encontrarse con Brenda, que la observaba con mal disimulado odio.

—Es mi problema —contestó ella con un nudo en la garganta.

Sabía que estaba lejos del tipo de mujeres, agresivas e imponentes, que frecuentaban la universidad. Decidió volver la vista a la pista, donde Álvaro ya estaba concentrado.

—Por si no lo sabes, los padres de Álvaro, son personas muy importantes en Colombia, son muy amigos de mis padres, que a su vez son dueños de empresas —insistió Brenda—. No verán con buenos ojos la relación que has entablado con él, mírate, eres una *hippie*. Nuestros padres esperan el compromiso en cuanto volvamos a Colombia. Eres nadie, no aguantarás la presión de ser su esposa.

—Usted no me conoce.

Sofía pensó en irse, pero no le iba a dar el gusto a la princesa. No era un buen día para meterse con ella, estaba vulnerable por el aniversario de la muerte de sus padres, y si tenía que cazar una pelea, lo haría.

—El puesto de esposa para Álvaro te quedará grande. No eres la primera y tampoco serás la última que intentará separarnos. Él siempre vuelve a mí, pues yo le doy lo que necesita y que mosquitas muertas como tú están lejos de brindarle. —La mujer miró la pista donde los corredores ya estaban a punto de salir—. Termina con este asuntillo antes de que salgas lastimada.

—*Sei una stupida*[\[7\]](#).

La mujer la miró de arriba abajo con desprecio, sin entender la frase que le acababa de lanzar Sofía y se alejó.

Sofía quedó pasmada, un frío que no supo si venía del clima o del alma la asaltó. Sus manos temblaron, las puso debajo de las piernas para que nadie se percatara. Él tenía muchas más vivencias con esa mujer que las que tenía con ella: cumpleaños, Navidades y esa sexualidad sin límites de la que la mujer se jactaba. Le enfurecía que conociera una faceta de Álvaro que ella ni siquiera había vislumbrado, porque él a su lado se contenía, era apasionado pero se contenía. Sintió la tentación de irse, pero decidió esperar a que terminara la carrera y para ponerle los puntos sobre las íes a Álvaro.

Cuando ganó la carrera, seguido a los pocos segundos de un joven de ascendencia china, lo único que quería Álvaro era marcharse para reunirse con Sofía, y le daba vistazos al lugar donde la había dejado. La expresión neutra que no tenía cuando llegó, lo preocuparon. Se puso la sudadera con el logo del ente universitario y

se dispuso para la premiación. Brenda hizo entrega del premio y lo sorprendió con un acalorado beso en la boca, que el joven no vio venir a tiempo para separarla. El público los ovacionó. Álvaro vio que Sofía se levantaba con talante furioso, Brenda lo miró, burlona. Él se soltó de mala gana y la alcanzó a los pocos segundos.

—*Mi amor*, ¿a dónde vas? —preguntó, al tiempo que la agarraba del brazo.

—Acasa.

Sus labios se fruncieron en un gesto entre molesto y confundido.

—¿Cómo? ¿Y la cabaña?

—La cabaña me importa una mierda —dijo ella con los dientes apretados y los ojos que echaban chispas.

—*Mi amor*, si es por ese beso, no significa nada. Brenda fue la que se me lanzó. No respondí al beso.

—*Sei uno imbecille* [8] —respondió, furiosa, ya caminando a través del campus.

—Sofía, detente, hablemos, por favor, sé que hoy estás sensible por...

Ella paró en seco y se volteó hecha un basilisco. La imagen que Álvaro tenía de su temperamento tranquilo voló por los aires al ver sus gestos furiosos.

—¡Tú no tienes idea! No los nombres, no te atrevas. Y puedes volver con tu querida Brenda, que es lo que en el fondo quieres.

—¿De qué mierda estás hablando? —Se fulminaron con la mirada.

—Tú novia, la escogida por la familia, te espera para seguir el beso donde lo dejaron.

—No hables estupideces.

Sofía lo miró con gesto de amargura.

—¡Te di mi confianza! ¡Mi confianza! Mira como me pagas. No quiero verte más.

—¿Te enloqueciste, Sofía? —preguntó, todavía confundido—. ¡No tengo nada con Brenda!

—Siempre que terminas una aventura vuelves a ella, ¿no? Pues ya puedes ir a buscarla, esta aventura termina aquí.

Álvaro se llevó los pulgares a los ojos y luego cruzó las manos detrás de la cabeza. Apesar de la hora, el sol brillaba y ellos seguían en medio del campus, la gente que pasaba por allí les destinaba miradas curiosas.

—No soy hombre de aventuras, Sofía, a estas alturas ya deberías saberlo. Con Brenda he estado solo aquí, me pareció bien darle una oportunidad ya que llevaba mucho tiempo queriendo algo conmigo, pero no la amo y nunca la voy a amar. Terminé con ella al poco tiempo de conocerte, pero ni siquiera fue por ti, ya pensaba en darle un final a esa relación antes de que tú aparecieras.

Sofía lo miraba, deseando creer en sus palabras, pero el nudo en su pecho persistía.

—¿Y tus padres?

—No los conoces, no puedes juzgarlos —dijo él, en tono tenso—. Para ellos es más importante nuestra felicidad, nunca verían con buenos ojos el que me casara con una mujer sin amarla.

—¡Quiero dejarlo aquí!

Ya no tenía argumentos, pero se negaba a darse por vencida. Álvaro, sin prestarle atención, la tomó bruscamente de la mano y la condujo por donde habían venido.

—¿Adónde me llevas? Suéltame, me estás lastimando la muñeca.

—No te estoy lastimando nada —contestó de mala gana.

En la pista todavía quedaban algunas personas. Brenda estaba reunida con unas amigas, que le hicieron señas en cuanto vieron que Álvaro se acercaba. Sin soltar a Sofía, la separó del grupo.

—Brenda, quiero que quede claro aquí, delante de Sofía, que yo no tengo nada contigo, ni lo voy a tener. Olvídate de mí. No te quiero y nunca te quise, déjanos en paz, a mí y a la mujer que amo.

Sofía vio como la joven palidecía ante las palabras de Álvaro, quiso sentir lastima por ella, pero no llegó a tanto.

Álvaro se dio la vuelta. Brenda dio un paso en su dirección.

—Álvaro... No digas de esta agua no beberé.

—Déjame en paz, Brenda, por tu maldito bien, déjame en paz.

Se devolvió por el mismo camino.

—Álvaro...

—No hables, Sofía, ahora no...

La llevó hasta el auto, tomó su morral y lo tiró de mala manera en el asiento de atrás. La acomodó en la silla, por más furioso que estuviera, no perdía sus modales. En minutos llegaron al bloque de departamentos. Al entrar y encender la luz, se percató de que Greg no estaba. Álvaro fue a la cocina, abrió la nevera y tomó un botellín de agua que se bebió de golpe. Se volvió a Sofía, que lo miraba en silencio, confusa.

—¿Quieres dejarlo? —le preguntó, desafiante.

—Brenda...

—Esto no se trata de Brenda, no confías en mí. —Álvaro dejó el botellín en el mesón y puso ambas manos en la superficie. Negó con la

cabeza varias veces, mientras una sonrisa irónica surcaba sus labios —. ¡Tienes mi jodido corazón en tus manos y me sales con esto!

—¡Estoy celosa! Y furiosa, porque cada vez que esa mujer abre la boca, me habla de cosas que has vivido con ella. ¿Qué es lo que me ocultas?

—¿De qué estás hablando?

—En la cama, ¿qué te da esa mujer que yo no? Me lo echó en cara y no es la primera vez que hace un comentario de ese tipo.

—Yo no vivo hurgando en tu pasado. Nunca te he preguntado nada —dijo él con talante nervioso.

—No me hagas reír, Álvaro Trespalacios, pues sabes perfectamente que solo estuve con una persona antes de ti, y fueron pocos encuentros, eso tenlo por seguro.

—Brenda está loca —dijo, poco convencido.

—No me creas imbécil. Me voy.

Agarró el morral y antes de llegar a la puerta, Álvaro la alcanzó y la aprisionó con su cuerpo.

—¿Quieres la jodida verdad?

—Sí.

Le quitó el morral, le dio la vuelta y puso ambas manos al lado de la cabeza de ella. Una chispa salvaje brillaba en sus ojos.

—Está bien, *mi amor*, voy a complacerte, ¿qué quieres? — Álvaro estaba tenso y su piel expedía calor.

—Lo quiero todo —lo miró a los ojos, retadora.

Una sonrisa lenta curvó los labios del hombre.

—Si es lo que quieres, está bien, lidiarás con el paquete completo. Soy tuyo. Te daré el mundo, te lo daré todo, pero también reclamaré más de ti.

—¿Más?

Sofía lo observaba hipnotizada y sus palabras la atravesaban de arriba abajo.

—Absolutamente todo, tú en mi vida, en mi espacio, en mi cama. Estoy muy enamorado de ti y para mí no habrá otra mujer. No te dejaré en paz. Soy dominante, soy celoso y tendrás que lidiar con ello. No sé qué fantasías idiotas te puso Brenda en la cabeza, pero es cierto que me gusta jugar y espero que estés dispuesta.

—Lo estaré —dijo ella, excitada como nunca en su vida. Su declaración de intenciones, lejos de alejarla, la acercaba como polilla a la luz y si se quemaba, bienvenida sería la quemadura. Lo amaba—. Te amo, Álvaro Trespalacios y sé que seremos complicados y peharemos mucho, porque yo soy igual de intensa que tú. *Sei l'uomo della mia vita*^[9].

Álvaro le devoró los labios, con un ansia loca al escucharla. ¡Dios, cómo se excitaba! Lo asustaba y lo enardecía al mismo tiempo. Era ella, ya no tendría que buscar más. La besó como si después de desnudar sus sentimientos, probara su boca por primera vez. La levantó y ella enroscó sus piernas en torno a su cintura. Sin despegar los labios la llevó a su habitación y la depositó en la cama, de donde no la dejaría salir en mucho tiempo. ¡Al diablo la cabaña! No necesitaba estar en Los Hamptons para crearle recuerdos inolvidables en esa fecha.

La cubrió por completo, la besó de nuevo, transmitiéndole la urgencia y la necesidad, de su boca, de su cuerpo, de su alma. Se desnudaron en segundos y gimieron de nuevo cuando sintieron sus pieles sin la barrera de la ropa. Álvaro se separó de ella haciendo un esfuerzo, con los ojos brillándole de excitación.

—¿Estás conmigo, *mi amor*? —preguntó—. Dímelo.

Le fijó la expresión con los dedos.

—Estoy contigo —contestó ella, con el corazón en la boca y el amor en la mirada.

Álvaro empezó a buscar en el cajón de la mesa de noche y sacó la vela de masajes que le había comprado el día que la vio por segunda vez. La encendió y la vela se deshizo en un aceite perfumado. Dejó un pañuelo de seda y unos condones encima de la mesa.

—La guardé para usarla contigo.

—Estabas muy seguro.

—No tenía dudas de que te tendría en mi cama, *mi amor* —le dijo, con una sonrisa socarrona.

Tomó el pañuelo de la mesa de noche y le amarró las muñecas al cabecero de la cama. Le jaló las piernas y las abrió, acercó el aceite a su nariz y se embriagó de su aroma. Lo regó por sus pechos y su abdomen. Le empezó a sobar los pezones.

—Quise hacer esto desde el día en que lo compré y te vi los pechos mientras hacías el paquete.

Ella soltó una risa nerviosa.

—Estaba furiosa ese día.

Las manos de Álvaro se deslizaron por su abdomen y fijó la mirada en su sexo.

—No tenías por qué estarlo, ya ese día me tenías en tus manos.

Sofía lo miró, confusa.

—¿Te tengo en mis manos?

—No tienes idea.

Ella lo observó mientras sus ojos la devoraban, se estremeció

ante la intensidad de su gesto, la miraba con indudable posesividad. Sus manos, su cuerpo y sus ojos gritaban: “ ¡Mía!”

—Abre más las piernas —dijo en tono de voz grave, mientras masajeaba el aceite en su sexo. Ella obedeció enseguida—. Quiero chupar tu sexo mezclado con el aceite.

Sofía quería acariciarlo, pero las manos atadas se lo impedían, era sumamente excitante ver la cabeza de mechones rubios hundida en medio de sus piernas.

Álvaro inhaló su aroma, refregó su cara y su barbilla en su sexo, que lo llamaba como canto de sirena.

—¡Álvaro!

Su nombre salió como una estampida por su boca. Cómo amaba la manera en que lo decía, le encantaba volverla loca con sus caricias.

—Córrete en mi boca.

Succionó su clítoris hasta que percibió los espasmos en su abdomen y en sus piernas. Deslizó la lengua en su interior a un ritmo lento y candente. Un gemido salió de la garganta de Sofía, levantó la cadera y empezó a estremecerse alrededor de la boca de Álvaro. En cuanto se desvaneció la sensación, él dejó de acariciarla, se levantó sin dejar de mirarla, y se puso el condón.

—Necesito que hagamos algo con la protección, quiero sentirte sin esta barrera.

—Lo haremos —dijo ella, lánguida, y después de un profundo suspiro.

Álvaro estaba derretido, algo caliente y viscoso corría por sus venas. El deseo lo gobernaba como una marejada, apenas podía respirar y el corazón lo sentía a galope de caballo. Sudaba de pensar

en lo que sentiría en segundos. Le soltó las manos y le dio la vuelta.

—Ponte de rodillas.

Sofía no creía aguantar, las piernas le temblaban. Álvaro le apoyó la mano en el cuello y la mantuvo así con firmeza.

—Quédate quieta.

Ella se apoyó sobre sus codos y rodillas. Él le agarró las muñecas, las pegó y las amarró un poco más firmes que el agarre anterior a la altura de la parte superior de las nalgas.

—Relájate. ¿Confías en mí?

—Siempre —susurró ella, nerviosa y excitada como nunca en su vida.

Le acarició las nalgas y se las estrujó mientras gruñía excitado, puso la mano en su abdomen y la levantó más, atajó sus movimientos y la penetró de golpe. Ambos gimieron, emocionados.

—Sofía, *mi amor*, no sabes lo que se siente verte así, en mi cama, de rodillas y amarrada.

Le acarició la espalda y llevó la mano al cuello, donde la inmovilizó. Agarró su cabello en un puño mientras se impulsaba dentro de ella. Le acarició las manos atadas. Cada empuje lo llenaba de un exquisito placer que no había experimentado con anterioridad con otra mujer. La acarició de arriba abajo adorando cada gemido y cada escalofrío y el aroma que emanaba de su sexo mezclado con el aceite, sabía que llevaría ese olor con él hasta la muerte. La notaba desesperada. Le dio un cachete en la nalga.

—Ten paciencia, *mi amor*, hagamos que dure.

La sintió tensarse. Le regaló una caricia, allí donde le había dado la palmada.

Quería prolongar ese instante hasta el fin de sus días, ese

torbellino en sus sentidos. Arreció los movimientos, el fin estaba cerca, lo percibió en los dos. “*Vida mía, amor mío, mía*”, le susurró en español al oído con el corazón en la mano. El cuerpo se le tensó, fue un orgasmo tenso y abrumador que estuvo seguro nació desde el fondo del alma, para poder fundirse en su calor. Susurró su nombre sin piedad en medio de sacudidas y temblores. Sofía acogió esa pasión y entrega con deleite, tomando posesión de él al tiempo que se entregaba. La invadieron las contracciones íntimas, que la hicieron ver estrellas tras de sus ojos, lo sentía detrás de ella, no había parte de su cuerpo que no la tocara, sus músculos aferrándola, la manera en que su pecho le rozaba la espalda, sus quijada rasposa encajada en la nuca que había mordisqueado momentos atrás. Su miembro aún erecto dentro de ella. Segundos después, ya más calmados, él se separó de ella. Le soltó la cinta y le masajeó las muñecas con el aceite.

—¿Estás bien? —le susurró con la cabeza enterrada en su cabello y abrazado a ella por la cintura.

—Muy bien, ha sido...

—Lo sé.

—*Ti adoro.*

Y todo volvió a empezar.

Tan pronto ella abrió la puerta de la casa, Álvaro se acercó, le rodeó el rostro con las manos y la besó. Habían pasado pocos días desde su último encuentro.

—Te invito a desayunar, *mi amor.*

Ella agarró una mochila multicolor y se la puso al hombro.

—No puedo, Ivanova me espera en media hora.

Toda la amabilidad se fue, dejando paso a un tono de voz de

acero.

—No quiero que vuelvas a ese jodido edificio, Sofía. Esa gente es peligrosa, he hecho algunas averiguaciones.

Salieron de la casa. Sofía apretó el paso. Álvaro había faltado a clase para evitar que ella fuera al encuentro de esa mujer. Lo había hecho adrede, quería llevarla de vuelta a su casa, amarrarla a su cama y a punta de orgasmos hacer que se olvidara de ese maldito trabajo.

—¿Con qué derecho lo has hecho? —preguntó ella, mirándolo con ojos como dardos—. No tenías por qué molestarme, puedo cuidarme sola.

Álvaro cerró los ojos como si de pronto lo acometiera el cansancio.

—¡No quiero que vuelvas allá! —dijo, con tono de voz explosivo—. Llámala, dile que tienes otro trabajo, termina el trabajo en tu casa con los trazos que tienes y una jodida foto, no sé, pero no quiero que vuelvas a verla. Envíale las pinturas con un servicio de mensajería, yo que sé.

—¿Te volviste loco? ¿Qué te pasa? —preguntó ella de mal genio y soltándose de su agarre—. No puedes prohibirme nada, Álvaro.

Ella no quería volver a ese departamento, quiso hacerlo partícipe de sus dudas y temores, pero su veta rebelde se puso por encima de la aquiescencia, le molestaba la actitud de Álvaro.

—Es trabajo y no puedes prohibirme nada.

—Eres mi mujer, Sofía, no creas que me voy a quedar tan tranquilo mientras te metes en la boca del lobo.

Caminaron un par de cuadras en silencio, alejados. El tono en el que Álvaro pronunció las palabras, aunque la ablandó, no la hizo

desistir. Sus ojos brillaron llenos de determinación y su actitud era inflexible, no iba a ceder.

Doblaron la esquina, ya estaban a dos edificios del departamento de Ivanova. Álvaro estaba que echaba humo, la furia oscurecía sus ojos.

—Mira esos gorilas y dime que nada malo se cuece con esa gente.

Llegaron frente al edificio de la mujer. Los guardaespaldas los miraban con curiosidad y él les devolvió un gesto nada amigable.

—Por favor, no los mires así.

—Entonces ven conmigo.

—No seas niño.

—No estoy siendo niño, que hoy sea el último día que tienes tratos con ella.

Ella abrió los ojos furiosa y todavía revolcándose en su rebeldía.

—¡No! Me importa una mierda lo que pienses. Es mi decisión.

Álvaro la acercó a él y le devoró la boca, le mordió el labio, fue un beso castigador como respuesta a su arrogante reclamo. Se separó de ella, que lo miraba pasmada.

—Deshazte de ese trabajo, no creas que no he visto tu expresión, quieres dejarlo por más de que me hagas fieros, te conozco y no estás más feliz que yo.

Capítulo 10

Algo preocupaba a Sergei, caviló Ivanova frente a un plato de fruta. Había estudiado cada uno de sus estados de ánimo y cada uno de sus hábitos para poder anteponerse a sus deseos. Había transcurrido un año largo de su vida haciendo eso y era desgastante, como si viviera en una jodida obra de teatro y el telón bajara cuando se dormía o iba a Brooklyn. Cuando le sugirió que le gustaría una pintura de ella, se había apresurado a complacerlo, en parte porque era su trabajo y en parte porque le daba la oportunidad de unas horas robadas con Alexander.

Se miró las uñas, cambiaría hoy el esmalte por un color rosa, el rojo que las adornaba era muy fuerte para su gusto. Llevaba la dichosa memoria en el bolsillo de su bata, camuflada en un estuche de labial.

—¿Qué tienes, milaya? —preguntó Sergei—, hace días te noto tensa.

Desparramó unas fresas en el plato antes de contestar.

—Nada me pasa, solo que hoy se exhibe la colección de Zac Posen y no conseguí entradas.

Fue lo primero que se le ocurrió. Le importaba un bledo el desfile, pero tenía que guardar las apariencias.

Ivanova había creado una imagen de mujer insulsa y hueca que veía *realities* y era fanática de las compras, le costó meses ganarse la confianza de Sergei y bajar sus defensas. Apunta de comentarios tontos, disponibilidad total, entusiasmo en la cama y compras

estrafalarias, lo había logrado.

Sergei chasqueó los dedos y unos de sus hombres, Viktor, se acercó.

—Consigue entradas para el desfile de Zac Posen —dijo al hombre, que miró a la rubia con algo de desaprobación, asintió con la cabeza y se retiró en silencio.

Ella sabía que no le simpatizaba a Viktor, o a lo mejor sospechaba de ella y su idilio con Alexander, por más que no se habían vuelto a dirigir la palabra y cuando él quiso volver a ser su escolta y chofer, ella no lo permitió. Recordó la conversación sobre ese tema, sostenida con Sergei días atrás.

—No quiero que Alexander vuelva a ser mi escolta —había dicho mientras se limaba las uñas recostada, en una pose que le permitía a Sergei observar sus largas piernas.

—Es quien mejor te protege, milaya. AFedor lo necesito para una labor especial.

—Alexander no me gusta.

—¿Pasó algo que deba saber?

—No, simplemente que es una pesadilla, pegado a mí como lapa, los demás no son tan evidentes y por lo menos me dejan respirar.

—Es uno de mis mejores hombres, pero puedo ponerte a Viktor.

Ella negó con la cabeza. Detestaba a Viktor, su mirada sin pestañear, como la de un pescado, le causaba escalofríos. Era el arma más punzante del equipo de Sergei, lo conocía por su brutalidad de su época en el burdel.

—¡No! Dame al viejo Nikitin.

—Por Dios, milaya, voy a enviar a Nikitin a retiro, está viejo.

—Nada me va a pasar.

Se levantó, caminó hasta él, le desabrochó el pantalón y empezó su trabajo.

—Está bien —contestó él, minutos después, mientras se arreglaba la correa del pantalón.

Su mente volvió al presente. Sergei leía la prensa, inocente de las elucubraciones de Ivanova. Ella se levantó para retirarse, pero antes de hacerlo, le dijo:

—Esta semana tendrás tu regalo de cumpleaños. Lástima que no quisiste la fiesta.

—No estoy para fiestas. —Apenas levantó la mirada del papel —. Te lo agradezco de todas formas, milaya.

Eso era nuevo, caviló ella, nerviosa, y para disimular le envió un beso con los dedos y salió de la estancia.

En el corredor se cruzó con Alexander, que venía en sentido contrario, una corriente electrizó el aire y la expresión de los dos cambió enseguida, pero la disfrazaron tras un gesto de fastidio que ocasionó una sonrisa maquiavélica en el rostro de Viktor.

—¿Perdiste los favores de la princesa? —soltó, burlón, antes de que el hombre entrara en el comedor.

Alexander le regaló un gesto furioso, pero se obligó a calmarse y con estudiada indiferencia, le dijo:

—Cuidado, Viktor, no estoy para juegos y creo que al jefe no le gustaría ni un poco tu comentario. Cállate la puta boca.

El otro lo miró con profundo odio.

Álvaro se abrió paso entre los diferentes controles de seguridad del edificio federal. Recibió una escarapela de visitante y un escolta lo acompañó a una pequeña oficina donde un Dan algo

confundido lo recibió.

—¿Le pasó algo a Sofía? —preguntó, al tiempo que le señalaba una silla algo ajada.

El lugar apenas mostraba señas de que alguien trabajara allí, las paredes estaban desnudas a excepción de un diploma de la agencia, había un escritorio sencillo, con un ordenador, y un par de sillas como único mobiliario. El hombre lucía algo agotado, lo recibió en mangas de camisa y con la corbata un poco floja. Álvaro estaba vestido informal, jeans, camisa, suéter anudado a la espalda y mocasines finos. Dan se percató de que el valor de los zapatos sería medio sueldo de su salario del mes por lo menos, el joven parecía recién salido de una portada de revista.

—No, ella está bien hasta el momento.

Dan permaneció en silencio esperando que Álvaro continuara. Aún le sorprendía que Sofía se hubiera enamorado de alguien tan distinto a ella y colombiano, además. El hombre la cuidaba con celo, vivía celoso de él y Dan quería partirse de la risa cada vez que torcía el gesto cuando ellos reían de alguna broma juntos. Le parecía un niño petulante, engreído, nada que ver con lo que era Sofía.

—Te preguntarás que hago aquí —dijo Álvaro, que se había sentado derecho y con las manos entrelazadas.

—Entre otras cosas —respondió Dan, en apariencia indiferente.

—Esta conversación quiero que quede entre los dos.

Dan lo interrumpió, queriéndole ahorrar algún reclamo o advertencia.

—No me interesa Sofía sentimentalmente hablando, la veo como una hermana nada más.

—No es eso por lo que vine, aunque gracias por la aclaración. Dan se movió inquieto en la silla y empezó a jugar con un lapicero. Levantó una ceja.

—¿Entonces?

—Estoy preocupado por ella, no sé si sabes que está trabajando en un departamento en Brooklyn para la noviecita de un mafioso ruso.

—¿Cómo?

El hombre se enderezó de la silla y lo miró, confundido.

—Está pintando un cuadro para ella, el problema es que me da mala espina, Sofía podría verse en una situación delicada donde alguien quiera atentar contra la vida de esa mujer o haya algún tipo de pelea. Cada vez que voy a recogerla hay un séquito de hombres rondando el lugar, ya los vecinos están incómodos y eso que no es el mejor sector.

Álvaro vio la sorpresa reflejada en la cara de Dan, que se levantó y con las manos en los bolsillos, caminó unos pasos. Luego se paró frente a él.

—No tenía idea, gracias por decirme, averiguaré quién es enseguida.

—He tenido varios disgustos con ella por eso, necesito tu apoyo, no quiero que nada malo le pase.

—Sofía es una mujer que sabe cuidarse.

Álvaro se levantó de la silla.

—No me queda la menor duda, sé de lo que es capaz, la conozco muy bien. Pero eso no impide que algún cabrón intente atacarla. Viajo en dos días para Colombia, asuntos familiares y legales me mantendrán lejos de ella una semana.

“Lejos de ella”, caviló Dan. No lejos de Nueva York, el hombre estaba tocado por Sofía. No supo si sentir lástima, sabía muy bien lo que era estar loco por una mujer, ojalá las cosas entre este par salieran bien. No quería a su amiga presa de un desengaño parecido al que él había sufrido.

Álvaro se despidió minutos después y Dan se dispuso a hacer unas llamadas.

Dan le reclamaba furioso y entre dientes a Sofía mientras esta hacía la ensalada. No quería que su abuelo escuchara de lo que hablaban y le había pedido a hombre que bajara la voz.

—Esa mujer es peligrosa.

Sofía resopló, incrédula.

—No es que ella vaya a querer hacerte daño, pero el hijo de puta con el que se relaciona es de lo peor.

—¿Quién te fue con el chisme?

Un parpadeo en los ojos de Dan fue respuesta suficiente.

—¡Álvaro! Fue él.

—Tengo manera de enterarme de cosas y esa gente está siendo vigilada por la agencia, están en graves problemas y no debes volver allá.

—No me ha pasado nada.

—Sofía...

—Necesito el dinero, Dan, tendré un encuentro más con ella para entregarle el trabajo. Álvaro no tiene ningún derecho de ir hasta ti a contarte mis cosas.

—No me parece que haya actuado mal, viendo él en lo que puedes quedar metida. Se preocupa y eso gana puntos a su favor.

Respecto a esa gente, déjame contarte algo que seguro no sabes, comercian con mujeres como tú jóvenes y hermosas, las desaparecen de un país y aparecen en otro, si llegan a reparar en ti, en un santiamén estarás en uno de sus barcos rumbo quién sabe a qué puto lugar, vendida como mercancía a un tipo sádico. Esos hombres son brutales, no sabes las historias que hay respecto a la trata. No le vayas a reclamar a tu novio por el hecho de que se preocupe, hizo bien. No deberías molestarte. Apesar de su petulancia, el hombre está enamorado, tienes que entenderlo.

Sofía lo entendía a la perfección, Álvaro era... demasiado todo: demasiado hombre, demasiado amante, demasiado protector, la invadía totalmente y no solo su cuerpo, cada resquicio de su vida y de su alma estaba asaltada por él. Pero no lo percibía como algo negativo, ella era igual de intensa, llevaban tres meses saliendo y la envolvía un halo de alegría, de amor y ternura por ese hermoso hombre que le había regalado la vida y que se preocupaba por ella. El amor de Álvaro había logrado lo que no hicieron su abuelo o la pintura, vestir el espacio del corazón roto por la pérdida de sus padres con un jardín de flores coloridas, ya podía recordar los momentos de alegría vividos con ellos sin que un puñal le atravesara el alma.

En dos días, Álvaro saldría de viaje y le había propuesto para la noche siguiente una salida muy especial. El trabajo con Ivanova estaba terminado. Luego la preocupación de Dan era inofensiva, aunque sus palabras la inquietaron, no podía imaginar un destino más horrible, pobres mujeres. No volvería a verla. Le daba pena la tristeza de la mujer, a la que le sumaban la tensión y los nervios que percibía en ella desde hacía unos días y que parecían no abandonarla ni siquiera cuando posaba para los últimos retoques. En dos días le haría

entrega formal del trabajo y le devolvería las llaves que ella, en un voto de confianza, le había dejado para cuando quisiera estar sola. No se había acercado al lugar. No le gustaba.

Un mensajero había traído en horas de la mañana una caja con el logotipo de un importante diseñador. Tan pronto llegó de la galería —había enviado a enmarcar las pinturas de sus padres, pues quería ponerlas en un lugar especial de la casa—, Sofía recibió el paquete, emocionada y lo abrió. Al ver su contenido, el abuelo enarcó una ceja.

—En mis tiempos se regalaban flores o pañuelos, el que se atreviera a dar un regalo así a una mujer que no era su esposa era recibido con un escopetazo por los hombres de la familia.

—¡Nonno! Menos mal que todo ha cambiado.

El modelo era exquisito, de seda fría negra, sin mangas y escote corazón, a Álvaro le encantaban sus hombros desnudos. La prenda era ceñida a la cintura y larga hasta la rodilla. Tenía la lencería apropiada, los dos meses que llevaba acostándose con él la hacían esmerarse un poco en ese tema, encontraría las medias adecuadas, los zapatos ya los tenía.

Cuando llegó Álvaro a recogerla a las ocho, le abrió el abuelo, que le hizo un breve gesto de saludo con la mano y fue a plantarse frente al televisor encendido.

Sofía bajó las escaleras con elegancia. El rostro de Álvaro se transformó al verla en lo alto como una reina. El vestido le quedaba perfecto, los hombros al descubierto, que no dejaría de tocar en toda la noche, el cabello peinado en ondas suaves, de un modo que le recordó a las actrices de los años cincuenta, y la boca pintada de un rojo matador... Poco se percató del maquillaje de los ojos, la boca lo

llevó por el sendero del recuerdo, recordó todo lo que hacían esos labios y lo atacó una punzada en medio de las piernas.

Se acercó a ella, comiéndosela con los ojos.

—Estás bellísima, *mi amor*. Espero hacer muy bien mi labor esta noche y tener el privilegio de ver esta prenda a tus pies —le dijo al oído.

Ella le sonrió, luminosa.

—Será un placer.

—Para ambos.

Sofía se giró, coqueta, y él la atrapó en medio de un abrazo. Le dio un beso en el hombro y luego aspiró su aroma en el nacimiento del cuello.

—No puedo besarte los labios o le daremos un espectáculo a tu abuelo. —Le dirigió una mirada al anciano, que seguía sin despegar los ojos del televisor—. Por cierto, está raro hoy, apenas me saludó.
¿Le pasa algo?

Sofía sonrió, se acercó a Gregorio, le susurró unas palabras al oído y le dio un sonoro beso.

—Espero que se diviertan —dijo él, secamente

En cuanto Sofía se volteó, Álvaro quedó sorprendido, ella llevaba medias transparentes negras con vena atrás. Dios, era su fantasía más oscura y ni una sola de las mujeres de su pasado las había usado nunca. Empezó a sudar frío, estaría empalmado toda la noche. Sofía tomó un chal de seda negra con arabescos rojos y una minúscula cartera. Salieron de la casa.

Álvaro había planeado la noche de manera meticulosa. Estaría varios días en Colombia y quería que esa ocasión fuera especial para

los dos.

—Ami abuelo no le gustó tu regalo —dijo Sofía, al montarse al auto.

—¿Por qué?

—Si hubiera tenido una escopeta, no estarías aquí.

—Lo siento, no creí que lo ofendiera, pero pagaré con gusto el castigo, porque estás espectacular.

Sonrió y a ella el corazón le empezó a bailar en el pecho.

Estaba hermoso, con un traje oscuro, camisa y corbata, era la primera vez que lo veía tan formal y lucía espectacular, con su barbilla rasurada que brillaba y el cabello peinado en desorden. El aroma de su loción hacía estragos en ella, quiso decirle que no salieran, que fueran a su casa, que deseaba devorarlo de la cabeza a los pies.

Llegaron a un restaurante de comida contemporánea, ubicado en una de las torres del Times Warner Center. Era una cálida noche, algo húmeda, el lugar era elegante y acogedor con una de las mejores vistas a la ciudad. Sofía se veía tan sexy, tan terriblemente sexy... Cada hombre en el restaurante la miraba y la deseaba. Sin embargo, ella era suya. Solo suya.

Después de ordenar la cena y ante una copa de vino, ella no dejaba de observarlo. Charlaron un rato de lo que harían en cuanto él volviera de Colombia. Quería llevársela un fin de semana a los Hamptons o a las cataratas.

Álvaro le sirvió más vino.

—Cuéntame cosas —dijo Sofía.

Él se acercó, inclinó su cuerpo sobre ella y le susurró al oído, mientras le acariciaba el hombro con el pulgar.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Háblame de tu viaje a Colombia. ¿Alguna novia por la que tenga que preocuparme? Porque con Brenda ya tengo bastante.

—Brenda no me importa y ya volvió a Colombia. —Ante la expresión de Sofía, aclaró—: No me voy a ver con ella.

—Lo sé.

—Me gusta que me celes, me hace ver que ambos estamos igual de enamorados.

Mojó un pan en aceite de oliva.

—Abre la boca, *mi amor*.

Había algo sensual y decadente en alimentar a la otra persona. Álvaro lo hizo sin dejar de mirar cada uno de sus gestos, los ojos de él le recordaban el color del café como ella lo tomaba, una mezcla de oscuridad y dulzura.

—Voy a Colombia a solucionar unos asuntos de la herencia de mi abuelo, que falleció hace seis meses.

—Lo siento —se apresuró a contestar Sofía.

Deslizó su mano por encima del mantel y le acarició los nudillos con el pulgar.

—Gracias, yo lo quería mucho, y tu abuelo me lo recuerda.

—Háblame de él.

En ese momento, el mesero interrumpió la conversación con los platos y otra botella de vino, de la que le dio a probar a Álvaro, él hizo su gesto de aprobación y se dispusieron a disfrutar de la cena. Mientras degustaban los diferentes menús, empezó su relato.

—Era mi abuelo materno y nació en el interior del país, en lo que nosotros denominamos la zona cafetera. Se radicó en la costa atlántica muy joven, pero nunca dejó del todo su tierra. Éramos muy unidos, un tiempo de mis vacaciones siempre lo pasaba con él. Me

heredó su finca cafetera, que es hermosa. Mis padres quieren que la venda, pero no quiero hacerlo, es un patrimonio que debe quedar en la familia y además, yo adoro el lugar.

—Me parece maravilloso que desees conservarlo.

Siguieron comiendo unos minutos en silencio. Sofía lo notó algo nervioso. Al momento de los postres, volvió al tema.

—Sofía —le dijo, serio—, mi vida está en Colombia, quiero que lo sepas.

El rostro de Sofía palideció. Aquello era una despedida, ella sería la novia extranjera, la chica con la que había vivido una historia en Nueva York, pero se buscaría una buena mujer colombiana y la olvidaría. Un nudo en la garganta le hizo retirar el plato de postre, y por entre la nube de sus ojos aguados, bajó la mirada, no podría disimular.

—Cuando te lleve a conocer mi familia, nos escaparemos unos días. El lugar rinde buenos dividendos, quiero remodelar la casa. Eh, ¿qué pasa?

Álvaro le levantó el rostro con delicadeza y le limpió las traicioneras lágrimas. Ella, que ya había captado el sentido de sus últimas palabras, hizo un gesto de restarle importancia.

—Nada, solo me emocioné al oírte. Continúa.

—Adorarás la casa. Sobre todo una habitación del segundo piso, porque al estar en una colina, la vista es espectacular. He pensado que podría ser un magnífico estudio para ti.

En medio de su terror a perderlo, a Sofía las palabras de Álvaro le habían atravesado los miedos y llegado al corazón. Entonces, como entre una bruma, lo vio levantarse, poner un pie en el suelo, y extenderle un pequeño estuche. En el restaurante todas las voces se

apagaron. No se escuchaba ni el ruido de un cubierto.

—Te he dicho que te amo de todas las maneras posibles. Hoy quiero hacer honor a este amor, pidiéndote que seas mi esposa. Sí, Sofía, voy en serio contigo, te quiero en mi vida y nuestra vida transcurrirá en Colombia, amo mi país y quiero que mis hijos sean colombianos, nos llevaremos al abuelo. Este viaje que voy a emprender mañana, es más que todo para hablarles a mis padres de ti.

Sofía sintió el rubor aparecer en sus mejillas.

—¿Vendrás a mi país? ¿Te casarás conmigo? —preguntó en tono de voz suave y con gesto vulnerable.

—Dile que sí —se escuchó una voz de mujer al fondo.

—Si ella no te acepta, yo estoy disponible, guapo —dijo otra.

—*Sì, amore mio, sarò la tua sposa*[\[10\]](#).

Álvaro, en su precario conocimiento de la lengua, entendió su respuesta afirmativa. Se lanzó a sus brazos y le besó los labios en un romántico gesto. Todos los comensales del lugar rompieron en aplausos.

—*Questo uomo è mio*[\[11\]](#).

—¿Qué dijo? —preguntaron unos.

Álvaro se levantó y dijo a todos los presentes.

—¡Sí! Ella dijo que sí.

Sofía lo interrumpió.

—¡Este hombre es mío!

—Soy un cabrón con suerte.

Álvaro le puso el anillo, una sencilla joya en oro blanco con un diamante de dos kilates y dos topacios a lado y lado.

—Del color de tus ojos, *mi amor*.

Ella besó la joya y de nuevo a él.

—Gracias.

El resto de la cena transcurrió entre risas y planes. Álvaro siguió hablando de Colombia. Sofía no volvió a probar el postre, la felicidad la embargaba. ¡Él deseaba compartir su vida con ella!

Le enterneció el brillo en su mirada, se sintió amada. Sin conocer Colombia, ya se sentía enamorada por todo lo que le contaba.

Al concluir la cena y salir del restaurante, la invitó a un sitio famoso en la colonia colombiana, localizado a pocas cuadras de Times Square. Un son latino los recibió en cuanto entraron al local. Se ubicaron en una de las mesas, mientras observaban a una pareja bailando salsa con maestría.

—¿Sabes bailar?

—Claro que sí —dijo ella—, me encantan la salsa y la cumbia.

—Quien lo diría, Sofía Marinelli, experta en salsa, no te creo.

—Pruébame —dijo ella mientras, bebía de su vaso de licor.

Él levantó una comisura de sus labios y con ojos como dagas, le acarició los hombros.

—Lo haré y de todas las formas posibles.

Un rubor se extendió por el rostro de Sofía. Él se levantó y la tomó de la mano. Un tema de Eddie Santiago vibraba por el lugar. El ritmo lo llevaba Álvaro, que la pegó a su cuerpo y con soltura se deslizaron por la pista. El movimiento de Sofía estaba enfocado en las caderas, de no haberla conocido, hubiera jurado que era latinoamericana.

—Lo haces muy bien.

—Clases de baile.

Ambos estaban en las nubes después de la pedida de mano de Álvaro. Sofía no era mujer de discotecas, no le gustaba el ruido, ni el humo de cigarrillo y los olores envejecidos, pero con Álvaro fue una experiencia distinta. No quería separarse, Álvaro bajó las manos y las posó en la curvatura de sus nalgas.

—¡Vaya, vaya, señor Trespalacios! Estamos muy osados hoy.

—No digas nada, mi amor, estoy en los preliminares.

Sofía cerró los ojos mientras se balanceaba al ritmo de la música, él le acariciaba la espalda y luego descendía de nuevo con la mano. Era como hacer el amor, pero no de la manera voraz y tórrida que los asaltaba cada que compartían la cama. Era algo dulce, íntimo, que disfrutaban con cada acorde.

Álvaro se deleitaba en la expresión cambiante de sus ojos y su sonrisa, que le atravesaban el alma. Una delicada y hermosa pintora de ancestros italianos le había robado el corazón y la cordura. Nunca había sido tan feliz como desde que estaba con Sofía.

—Me encantan los preliminares —repitió ella, mientras le besaba la garganta.

Lo miró fijamente, le gustaba ver la expresión de la felicidad en su semblante, deseaba ese gesto todos los días de su vida. Él pareció adivinar algo de sus pensamientos.

—Lo lograremos —dijo solemne—. Nada ni nadie nos lo va a impedir.

—Lo sé.

—Esto que tenemos es real y absoluto, es inevitable, es el destino.

AÁlvaro se le entrecortó la respiración y la atmósfera se volvió pesada mientras miraba sus labios de manera ardiente.

—No sabes cuánto te deseo.

Ella dejó de bailar, pero se negó a separarse de él, lo abrazó con mucha más fuerza, percibió el cuerpo de Álvaro rígido contra el suyo.

—Vámonos de aquí —dijo, tomándolo de la mano, atraída a un nivel primitivo e insondable.

Capítulo 11

Álvaro soltó una carcajada y la siguió. En el auto no lo dejó en paz, lo tocaba, lo besaba, lo volvía loco. Lo acarició por encima del pantalón.

—Sofía, mi amor...

En cuanto llegaron al parqueadero de los dormitorios, la besó con destemplanza. Un beso apasionado, enamorado, desesperado, con sabor a dulce, a vino, a amor. Ella arqueó la espalda cuando él empezó a acariciar sus pechos.

—Vamos o tendremos problemas con la policía —dijo él en un susurro ronco, después de un suspiro.

Tomados de la mano y casi corriendo llegaron hasta el departamento. La besó de nuevo antes de entrar. Ni siquiera se molestaron en encender la luz.

—¿Y Greg? —preguntó Sofía. Tampoco se trataba de dar un espectáculo ante el joven.

—Estará fuera esta noche y mañana.

—Vaya, vaya, lo tenías todo fríamente calculado.

Álvaro le regaló una de sus matadoras sonrisas.

—Sí.

La ayudó a desvestirse, solo le dejó el tanga y las medias, jadeaba y respiraba rápido, mientras se quitaba la chaqueta, la camisa y la corbata.

—Quiero follarte duro, mi amor.

Sacó su miembro, ya erecto, del pantalón.

—He estado así toda la jodida noche por culpa de esas medias.

Contempló largamente las piernas envueltas en las medias de seda. Tocó la vena delgada. Sofia soltó la carcajada, pero se puso seria de repente cuando Álvaro llevó los dedos a su sexo por entre la tanga y empezó a acariciarla fuerte.

—¿Te gusta?

—Sí.

Dejó de acariciarla.

—No te escucho.

—Álvaro, por favor...

El hombre volvió a acariciarla con fuerza y ritmo. Sofia estaba derretida de deseo y amor.

—Lo que mi mujer quiera yo se lo daré.

Le bajó la ropa interior dejando su sexo expuesto.

—*Joder* —dijo en español—. *Eres lo más hermoso que he visto en mi vida.*

Le buscó los labios con desesperación, enredó su lengua en la de ella como si nunca más la fuera a saborear y se fundió en su aliento para sentirla suya, solo suya. La jaló hasta ponerla en la orilla de la cama donde le dobló las piernas, la aferró de las nalgas y la penetró.

Sofia respondió con un gemido de satisfacción. Él empezó a embestir con violencia dentro de ella. El cuarto se llenó de gemidos, palabras sucias y respiraciones aceleradas. Sus cuerpos cubiertos de sudor resbalaban uno sobre otro. Cada movimiento lo empujaba más profundo.

—No voy a tener bastante de esto nunca.

Estaba cerca y necesitaba aguantar. Iba a estar lejos de ella más de una semana y la iba a extrañar, Sofía lo había marcado a fuego y sin ningún remordimiento. Los gritos y suspiros de la mujer subieron de intensidad, estaba muy caliente y húmeda, lo aferró con las piernas, la sintió tensarse.

Sofía se arqueó contra el pecho de él. Empezó a respirar de forma entrecortada mientras la piel se le ruborizaba, signos de que en segundos llegaría la culminación. Tras sus párpados cerrados, una luz multicolor iba y venía al vaivén de sus movimientos. Álvaro movió las caderas con golpes largos hasta que ella se corrió.

—*Te quiero así todos los días de mi vida, mi amor. Así, en el suelo, en la mesa, quiero que me la chupes*—recitó en español, con tono de voz ronco y afilado.

—Me excita que me hables así. Me gusta, aunque no entendí mucho.

Bajó sobre ella otra vez, riéndose contra su cuello .

—Quiero saber qué dijiste —insistió ella.

Los empujes disminuyeron, Álvaro le aferró el rostro con las manos, el cabello parecía una manta oscura sobre la almohada. Le repitió las palabras en inglés para que las entendiera.

—Quiero complacerte —dijo ella, resuelta.

—Ya lo haces, mi amor.

—Quiero chuparte, así como tú haces conmigo.

Salió de debajo de él al ver la acogida por parte de Álvaro a su propuesta. Se besaron con exceso, luego él se puso de pie, ella se arrodilló y sin dejar de admirarlo, lo tomó en su boca, sabía a sexo, a colonia y a su aroma inconfundible. Él cerró los ojos y gimió mientras agarraba su cabello y empujaba más dentro de sus labios. Escuchó sus

gemidos, levantó la mirada, él estudiaba su expresión con gesto ardiente.

La experiencia de Sofía en esas lides era poca, pero su amor, entusiasmo y la respuesta de Álvaro le dieron la confianza necesaria para brindarle un momento memorable. Después de tragarse su orgasmo, en medio de gruñidos bruscos y palabras en español que Sofía no entendió, se acomodaron en la cama.

—Fue bestial —dijo él, mientras la aferraba por la cintura y se acomodaba contra su espalda. Le acarició los pechos—. Estos pechos alimentarán mis hijos.

Había acabado de tener uno de los orgasmos más intensos de su vida y aún seguía listo para continuar. Nada ni nadie lo había hecho sentirse tan bien, nadie le había hecho perder el control, o volverse loco posesivo como ella, su Sofía.

—¿Cuántos hijos quieres?

—No sé, no le he pensado, pero dos o tres estaría bien.

—Buenos números —dijo ella, acariciándole el brazo, soñolienta.

—Te amo, Sofía, quiero todo contigo, caminar, reírnos, ir de compras. —Ella sonrió, era alérgica a las compras—. Y abrazados, siempre abrazados, poderte mirar mientras pintas.

Lo sintió tenso y excitado otra vez, se dio la vuelta para besarlo, le acarició el contorno de la barbilla, el anillo brilló en medio de la oscuridad.

—Yo solo quiero que estemos juntos siempre, *amore mio*.

—Lo que necesites, me avisas a estos teléfonos —dijo Álvaro al bajarse del taxi que los llevó al aeropuerto—. Quiero que hablemos

todos los días.

Sus miradas se encontraron. Ella asintió con la cabeza.

—Estaré bien, pero voy a echarte mucho de menos.

Apenas habían dormido, a Sofía le dolía el cuerpo, él la había tomado tres veces más, y antes de salir del departamento, en la pared de la entrada, se había venido fuera de ella y le había masajead el semen por el sexo y el abdomen, un acto sucio de posesión que le encantó al ver el brillo satisfecho en su mirada. La había marcado, como si lo necesitara. Ella también lo había marcado, llevaba un chupetón arriba del pecho, hecho con toda intención.

—El tiempo pasará volando, *mi amor*.

Él la tomó de la mano y caminó con ella por la terminal.

—Cuando vuelvas podremos ir a algún lado.

—Lo haremos, claro que lo haremos —dijo él, mirándola largamente.

La atrajo hacia sí y le acarició el cabello. Apenas había amanecido y ella había insistido en acompañarlo, todavía llevaba su vestido de fiesta y sus medias negras, el chal lo había reemplazado por un suéter de él que le quedaba algo grande. No quería despedirse, era una sensación muy extraña, volvería en pocos días, pero al ver su rostro pálido y con ligeras ojeras culpa de los desmanes de la noche anterior, sintió como si un puño le apretara el corazón.

—Ojalá no tuviera que marcharme —dijo, antes de entrar al área internacional.

—Sí —contestó Sofía con voz que quería ser animosa, pero dejaba traslucir la nostalgia por la despedida—. *Ritorna da me, amore mio*[\[12\]](#).

—Siempre.

Se dieron un largo beso. Álvaro caminó hasta la fila, Sofía se negaba a moverse, lo último que vio de él fue su caminar pausado mientras atravesaba los controles.

Álvaro volteó el rostro una vez más y la saludó con la mano, Sofía le devolvió el saludo, rígida, como una estatua cubierta de sombría tristeza, parecía un cachorro abandonado en medio de una multitud. Tuvo el impulso de devolverse, de no separarse de ella y de nuevo una extraña sensación lo asaltó, como si su mente le pidiera que no dejara de mirarla, se reprendió por imbécil y no sin esfuerzo, se concentró en seguir su camino.

Manuel García, un administrativo de la oficina de puertos de Newark, conocía muy bien al dueño de la empresa Sonostía Maritime Transport, era el mismo hombre que por medio de testaferros poseía media docena de empresas más, un par de ellas en la mira del FBI. El hombre con rostro de granito le inspiraba miedo. Había hablado en un par de ocasiones con él y sabía que estaba ante una persona a la que no le temblaría la mano al descerrajarle un tiro si algo salía mal con este cargamento mixto en particular. Aunque su cuenta había aumentado varios miles de dólares en ese tiempo, la adrenalina le había ocasionado una úlcera estomacal del tamaño de un cráter. Pero tenía que hacerlo, al fin y al cabo sostener a un hijo en la universidad y a una amante mucho más joven no resultaba barato.

El Augustine tocaría puerto esa misma noche, ya el barco estaba fondeado, y esperaba su turno para la inspección y la emisión de los permisos para entrar al país, por la suma de dinero que había recibido sabía que estaba ante un cargamento de los grandes, armas, y hasta el maldito polvo blanco que tanto había jodido a ese país. Ya había

untado las manos que tenía que untar, solo restaba esperar.

Lo que no iba con él era lo que había visto la última vez y que lo tuvo vomitando un buen rato. Personas hacinadas como ratones en una caja. Entes transfigurados, pálidos y ojerosos, que hacían parte de la trata mundial de personas. Sabía que por más que se confesara estaba condenado.

Ivanova se levantó antes de que amaneciera, no había pasado la noche con Sergei, esperaba que el hombre la llamara para desayunar juntos. Necesitaba hacer el cambio hoy, caviló, mordiéndose la uña del pulgar, mientras caminaba de lado a lado de la habitación. Era ahora o nunca, no podría seguir viviendo con la zozobra un día más.

Se acercó al vestidor: cientos de trajes, vestidos, faldas, zapatos, carteras. Le había hecho creer a Sergei que esos trapos eran su vida. No, su vida habitaba en el corazón de su pequeña hija y en el alma del hombre que hoy la despreciaba. Ahogó un gemido angustiado, se reprendió, furiosa, no era el momento de ponerse sensible.

Se dio una ducha rápida y se puso un vestido veraniego de flores por arriba de la rodilla con sandalias de tacón bajo. Se cepilló el cabello y con las manos entrelazadas, esperó la llamada de Sergei.

El hombre llegó al comedor y dejó la chaqueta acomodada en el espaldar de una silla. Ya la memoria debía estar allí, en el bolsillo donde siempre la colocaba. Una ágil empleada le sirvió lo mismo que desayunaba todos los días, frutas, huevos con beicon y café. Ivanova rogó porque un ataque al corazón se lo llevara ese día por las altas dosis de colesterol que consumía.

—No estás comiendo, milaya —dijo, mirándola con algo parecido a la preocupación.

—Ayer comí unos pastelillos en la cena, hoy voy a hacer dieta. ¿No querrás que engorde?

—No —contestó con la boca llena—, por supuesto que no. Cerdo y mil veces cerdo. Se obligó a bajar la vista, no quería que se le notara el odio en la mirada. Dio dos sorbos a su té.

Pasaron los minutos e Ivanova empezó a sudar frío, necesitaba calmarse. Pensar en Natasha y en que pronto estaría con ella le alivió la angustia. Sergei terminó de desayunar, se le acababa el tiempo. Se levantó y se acomodó detrás de él. Le acarició el pecho con una mano, y segundos después con la otra.

—Te voy a extrañar hoy, deberíamos irnos de viaje. Tomar unas vacaciones.

Sergei soltó una risotada.

—No nos vamos a ir a ningún lado, milaya, tengo mucho trabajo estos días.

Ella nunca se quejaba, era parte de su arreglo, su idea había sido una osadía, lo sabía. No tenía derecho a vacaciones y si él las tomaba lo haría solo o con una mujer más joven que ella.

—Pensé que podríamos hacerlo.

—Sal de compras, diviértete.

Sergei se levantó de la mesa y se puso la chaqueta. Ivanova puso las manos debajo de la mesa para disimular el temblor que le ocasionaba tener el futuro en sus manos.

Le regaló una falsa sonrisa y cuando Sergei salió, ella salió detrás como si el tiempo se le escurriera de las manos, pero se obligó a ralentizar sus pasos, para no alertar a los hombres que pululaban por

allí.

Ya en la habitación, tomó su bolso y antes de abrir la puerta, echó una mirada a lo que estaba dejando atrás. Estaba segura de que no había nada comprometedor, ropa tirada en el piso, una toalla en una silla. No había ni una sola cosa que quisiese llevar con ella. No extrañaría nada de aquello. No tenía acceso a las joyas, Sergei las guardaba en una caja de seguridad, en cambio, sí tenía dinero ahorrado. Eso y la USB, eran sus pasaportes a la libertad.

En el departamento de Brooklyn tenía escondido un celular desechable que le había dado Alexander. Tan pronto marcara el número que estaba guardado en la memoria del aparato, sería libre. Ojalá hubiera podido guardar esas cosas en su cuarto, pero los empleados de Sergei lo revisaban cada pocos días y era mejor no arriesgarse.

Llamó y pidió la limusina, no podía salir por sus propios medios, eso sería alertarlos. El viejo Nikitin la esperaba en el lugar de siempre. Supo que había sido buena su idea de hacerlo hoy, porque solo el chofer la acompañaría y eso solo ocurría cuando había un negocio importante: una carga de mujeres, niños, drogas o lo que fuera que alimentara la codicia de Sergei en ese momento.

Miró por la ventanilla. La ciudad, los autos y la gente se perdían a medida que avanzaba a la meta. En un intento de calmarse, empezó a susurrar una melodía que le cantaba a Natasha antes de dormir, el rostro de su niña se apareció ante sus ojos. Tan pronto hiciera la llamada, un equipo sacaría a su madre y a su hija de la casa donde vivían. No le había pedido a Nikitin que cerrara el vidrio por si recibía una llamada de Sergei.

Llegó a los pocos minutos a Brooklyn, y subió la escalera con

celeridad. Entró al apartamento con algo de temor, saldría en menos de dos minutos por la escalera de incendios.

Se acercó a una esquina del cuarto, y trepada en una silla, movió una tableta del techo y sacó un maletín que contenía una sudadera y el teléfono desechable. Marcó el número que había memorizado. Sacó otro bolso pequeño donde guardaba el dinero ahorrado.

—Ya la tengo —susurró a la voz que le contestó al otro lado de la línea.

—Vaya a la avenida quinta con tercera, aprenda el número de la placa del auto. Monovolumen negro. —Ella lo hizo—. Nos vemos allí en el término de la distancia. No hablé con nadie.

Bajó la escalera con celeridad, cuando vio a la pintora en medio de la sala.

—¡Sofía!

Maldita la hora en que se le había ocurrido darle llaves.

Capítulo 12

Barranquilla, Colombia.

—¿Estás seguro, hijo? —preguntó Oscar Trespalacios, mientras revisaban los papeles de La Milagrosa, la hacienda que el abuelo le había heredado a Álvaro.

—Sí, papá, no me parece justo que la tierra más querida del abuelo acabe en manos de extraños. Además, tengo planes.

El hombre maduro en la cincuentena levantó las cejas y esperó a que su hijo continuara.

—Conocí a alguien —dijo, con mirada soñadora, como siempre que pensaba en Sofía, en sus sentimientos, en esa inolvidable noche.

—Ah, caramba —dijo el padre, se quitó las gafas y desarrugó el ceño—. Espera, que esto lo tiene que escuchar tu madre.

La mandó a llamar con una de las empleadas.

Mónica Trespalacios entró al estudio. Era una mujer elegante, alta y delgada, de fuerte temperamento.

—Tu hijo nos tiene noticias.

La mujer se apresuró a sentarse en una silla aleadaña a la de Álvaro.

—¿Te comprometiste con Brenda? —preguntó, al tiempo que cruzaba las piernas.

—No, mamá, con Brenda no ocurrirá nada.

La mujer vistió su rostro con una mirada de decepción.

—Parecían estar muy bien la última vez que fui a Nueva York.

—En esa época estábamos empezando y no, las cosas no

funcionaron. Conocí a Sofía, es una joven pintora con un talento increíble, la adorarás. Es hija de italianos. La amo y queremos casarnos.

Los padres lo miraron, sorprendidos.

—¿Estás seguro, hijo? —preguntó Óscar con tono apacible, y recostándose en la silla, se calzó de nuevo las gafas.

—Nunca he estado tan seguro de algo en mi vida.

—Tenías muchos planes antes de irte —intervino Mónica—.

¿Qué pasará con eso?

—Mis planes continuarán mamá, solo que haré mi camino acompañado de Sofía. La amo —pronunció las palabras en voz alta y supo que eran verdaderas y definitivas.

Se quedaron callados unos momentos.

—¿Cuándo la conoceremos? —preguntó Mónica.

—Pronto, muy pronto. Sé que esta noticia los toma por sorpresa, ni yo mismo me lo creo. La adorarás, mamá.

Mónica se levantó de la silla y se acercó a su hijo, le retuvo la cara con las manos para mirarlo a los ojos y como si hubiera pasado un examen, sonrió y lo soltó.

—Me alegra mucho y sé qué tiene que ser una mujer muy especial para que estés pensando en serio. Mi único comentario es que no olvides tus planes. Eres muy joven y con muchas metas por cumplir.

—Sí, mamá.

Mónica se levantó y sirvió tres cafés de una bandeja que estaba sobre una mesa de madera labrada. El lugar rezumaba buen gusto, era un amplio estudio, con una biblioteca bien surtida y varias obras de arte en las paredes. El aire acondicionado refrescaba la

estancia, un olor a canela aromatizaba el ambiente.

—Nunca me había sentido así, estoy seguro de que ella es la mujer con la quiero compartir mi vida. Lo siento si no es Brenda, mamá, pero en el corazón no manda sino el amor.

—Claro que te entiendo, nunca hubiera presionado un enlace con Brenda si no estuvieras loco por ella como veo que lo estás por esa joven.

El padre de Álvaro, que había estado en silencio, sabía de lo que hablaba su hijo. Tantos años de matrimonio y Mónica aún le quitaba la respiración solo por entrar en una habitación. Él sabía que Álvaro nunca había estado enamorado de Brenda, la manera en la que hablaba de la pintora nada tenía que ver con sus conquistas anteriores, había un brillo de orgullo, posesión y ternura, que le dio a entender que su hijo estaba atrapado. Era tan joven, ojalá todo le saliera bien, de sus tres hijos era el más independiente, siempre queriendo seguir su propio camino, sin interferencias de nadie.

—Esperaremos ansiosos para conocerla —dijo.

Hacia tres días que había llegado, había hablado con Sofía en la mañana, temprano. Ese día iría, por fin, a entregar las dichas pinturas y le sacó el juramento de que no volvería a ver a esa mujer nunca más. No la quería cerca de esa gente, le había dado recomendaciones por teléfono, recordó su risa y las palabras en italiano con las que había adornado toda la conversación y que lo habían excitado. Le dijo que cuando regresara pagaría cada una de sus provocaciones, que la amaba con un fervor que no conocía y que deseaba que la semana pasara rápido para volver a verla. La sensación que tuvo en el aeropuerto cuando se despedían volvió a él en ese instante con fuerza y se dijo que estaba siendo muy sentimental.

Una empleada entró en ese momento.

—Señor Álvaro, lo necesita el joven Gabriel Preciado.

—Dile que siga a la piscina, ya voy.

—Vino con varios jóvenes.

—Acomódalos y atiéndelos, Socorro, el joven estará con ellos en unos minutos —le indicó Oscar y le pasó a su hijo una estilográfica con los papeles de La Milagrosa.

Álvaro firmó los documentos.

—Bien —dijo el padre—, ya es toda tuya, espero que la cuides y aumentes sus ganancias.

Cuando Álvaro salió al área de la piscina, del grupo de jóvenes y muchachas, ya algunos estaban en el agua y otros acostados en las tumbonas recibiendo el sol.

—¡Hermano! —dijo Gabriel, que se levantó de una tumbona donde una jovencita le aplicaba bronceador.

Era un joven muy guapo de profundos ojos verdes y cabello oscuro, de la misma edad que Álvaro. Habían sido compañeros en el colegio y el siguiente semestre Gabriel haría una especialización en Columbia.

—Hola, mi amigo. —Se abrazaron y se dieron la mano—. Estabas muy encerrado, me tocó traer la fiesta, ya que me has dejado plantado desde que llegaste.

Álvaro sonrió y se acostó en otra tumbona al lado del joven.

La músicaailable empezó a sonar por los bafles que rodeaban un quiosco de madera. Una de las empleadas repartía botellas de cerveza y otra armaba una mesa con pasabocas típicos de la región.

—He estado ocupado, vine a arreglar los papeles de la hacienda del abuelo.

Recibió una botella de cerveza helada de manos de la empleada.

—Te vas a convertir en hacendado. ¿Quién lo diría? —Gabriel tomó un largo sorbo de la bebida que acababan de poner en su mano.

—Entre otras cosas. Felicítame, soy un hombre comprometido.

Gabriel se levantó de un salto.

—No, no me digas que Brenda se salió con la suya, pero hombre...

—No, no es Brenda, es una pintora que conocí en una exposición en Nueva York.

Gabriel se sentó de nuevo, un par de jovencitas se acercaron, pero el hombre, con una sonrisa letal, les dijo que en un rato las acompañaría en la piscina. Álvaro le contó a su amigo del alma los pormenores de la relación y las cosas que había callado a sus padres.

—Es hermosa y de un fuerte temperamento.

—No creí ver llegar el día de ver a mi amigo Álvaro Trespalacios cogido de las pelotas.

—El día que te llegue a ti, ni cuenta te darás, porque será un buen golpe del que no te recuperarás. Mira lo que te digo.

—Tengo curiosidad por conocerla, en unos días viajo a Nueva York, tengo que formalizar la matrícula de la especialización.

—La conocerás entonces.

—Bien, por ahora déjame disfrutar de estas bellas mujeres, porque por lo visto, tú no harás nada.

Gabriel se tiró a la piscina donde un grupo de jovencitas lo recibió.

Álvaro viajó a Bogotá a acompañar a su madre a una exposición. En una joyería del norte de la ciudad le compró a Sofía un pendiente de esmeraldas con una delgada cadena.

Volvió a Barranquilla, en unos días volaría de nuevo a su encuentro. Hacía dos días que no hablaban, le extrañaba que nadie contestara el teléfono en su casa y el móvil lo llevaba a buzón enseguida, como si estuviera apagado.

Se alegró la mañana en que Sofía lo llamó. La empleada le acercó el aparato.

—La señorita Sofía lo necesita al teléfono, señor Álvaro. —La mujer sonreía—. Tiene un acento raro.

Álvaro no le prestó atención y agarró el teléfono, ansioso por escucharla.

—¡Sofía, mi amor! —saludó, entusiasmado.

Hubo un silencio largo al otro lado de la línea, Álvaro pensó que había alguna interferencia, hasta que una voz que se escuchaba resfriada lo saludó. Imaginó su rostro, su cabello y su sonrisa.

—¿Sofía?

Silencio.

—¿Mi amor, pasa algo? —repitió el joven.

—Hola, mi amor —por fin contestó ella—. Estoy bien, un poco resfriada.

La notaba decaída y tuvo el impulso loco de estar allí con ella.

—Tienes que cuidarte, *mi amor*, me alegra mucho escucharte, ya estaba preocupado, no contestas en tu casa, ni el móvil.

—El teléfono de casa se dañó y el móvil se me ha desaparecido, tengo la sospecha de que Max lo enterró en el patio.

Cuéntame cómo has estado. ¿Cómo está tu familia?

Álvaro caminó con el teléfono en la mano hasta la habitación, donde se encerró para poder hablar tranquilo.

—Todo bien, ya les hablé a mis padres de ti, desean conocerte.

—Yo también quiero conocerlos.

Notaba su tono de voz tenso, extraño, como si no fuera ella.

—Te extraño, te amo —dijo con voz inundada por la emoción.

Quiso decirle que no dejaba de pensarla un minuto, que necesitaba su dulce y dispuesto cuerpo, que cuando volviera tomaría posesión del mismo marcándola por todas partes, y que si eso lo convertía en un troglodita, que no le importaba. Le era imposible dominar sus ansias por ella y la fiera urgencia de poseerla por completo. Estaba asustado de sus propios sentimientos.

—¿Cuándo vuelves? —preguntó.

Su tono de voz le preocupaba, percibía temor, angustia.

—Sofía, mi amor ¿qué ocurre?

—Nada, nada, me duele la garganta.

—Ve al médico, por favor.

—Lo haré.

—En cinco días estaré en casa. —Bajó el tono de voz—. No dejo de pensar en la última noche. Te necesito, prepárate para cuando vuelva, no saldrás de mi cama en un buen tiempo, podemos pasar el fin de semana juntos, ir a los Hamptons.

—Me parece perfecto, yo también te extraño.

Escuchó, después de una pausa y un sonido que no supo identificar si fue un carraspeo o el inicio de un sollozo.

—Llevé las pinturas de mis padres y otra pintura sorpresa para ti a la galería, les mandé poner marcos adecuados, quiero que siempre

estén con nosotros.

—Me alegro mucho.

—*Dimmi che sei mio*.

—Soy tuyo, *mi amor* y me encantaría demostrártelo ahora. Dios, me vas a matar, Sofía.

—Mi amor, tengo que salir y llevar a mi nonno al médico.

—Está bien, ya quiero que pase el tiempo rápido. ¿Vas a esperarme en el aeropuerto?

—Sí, claro, dime la hora exacta de tu llegada.

Álvaro le dio todas las indicaciones y se despidieron enviándose besos. Algo la preocupaba, quería que el tiempo se pasara rápido. No había quedado más tranquilo después de charlar con ella.

Al siguiente día viajó a Armenia, en el departamento del Quindío, en la zona llamada Eje Cafetero. Manuel, que era el administrador, pero también ejercía de chofer en vida de su abuelo, lo esperaba a la salida del aeropuerto.

Se saludaron con cariño, el hombre de alrededor cincuenta y tantos años lo felicitó por quedarse con la hacienda y no buscar la salida fácil. Llegaron a La Milagrosa hora y media después. La casa, ubicada en un colina baja, era la típica casa colonial española, de dos pisos con tejas de barro, paredes blancas y todo el trabajo de carpintería de color rojo. Los pasamanos de los corredores, las puertas y las columnas de las ventanas eran en madera tallada. Helechos colgaban de las vigas del techo y mecedoras en cuero trabajado estaban ubicadas a lo largo del corredor. Zoila, la esposa de Manuel, Mateo y las muchachas lo esperaban a la entrada del lugar.

—Bienvenido.

Conocía a casi todos los empleados y los saludó con cariño. Zoila lo agasajó con un plato de *pandebonos* y un vaso de jugo de lulo. Habló con Manuel a puerta cerrada, y este le comentó que la cosecha ese año había estado escasa debido a la falta de dinero para invertir en los cafetales, por la precaria salud del abuelo. El ciclo de la mata del café podía sacar hasta ocho cosechas en el año, ellos tuvieron solo seis.

Álvaro le comentó que tenía un plan de trabajo e inversión, también le dijo que se quedaría dos años en la región, que se casaría y que traería a su esposa a vivir a la hacienda. Después se radicaría en Bogotá y vendrían con frecuencia, él sabía que dos años era el tiempo que necesitaba para poner a funcionar su plan de negocios.

—Me alegra, Álvaro, se nos convirtió en todo un hombre.

Luego subió al segundo piso y sin perder un segundo, entró en la habitación de la esquina de la casa. Llamó a Zoila y le dijo que sacara todas las cajas y trastos viejos que allí había. Abrió la ventana que daba a un balcón grande y a un paisaje donde se veían las lomas, las palmas de cera con sus tallos largos y sus ramas como manos abiertas hacia el cielo. Era el paraíso en verde multicolor con árboles que a lo lejos tenían un color violeta y de cerca eran verde claro. Álvaro sonrió, satisfecho, era el lugar ideal para el estudio de Sofía.

Esa noche, mientras degustaba una copa de aguardiente, por medio de un catálogo pidió en el mejor almacén de artículos de arte de la capital todo lo que podía necesitar para que cuando ella llegara, viera el estudio listo. Mandó a pintar la habitación y a confeccionar unas cortinas. Encendió el ordenador, donde pasó casi toda la noche revisando la contabilidad y el inventario de la hacienda.

Al día siguiente, al amanecer, salió a caballo con un par de peones a recorrer los linderos, a media mañana tuvo una entrevista con el gerente del banco, al que presentó su proyecto de negocios para poder acceder a los préstamos. Se presentó con algunos dirigentes de cooperativas de caficultores como nuevo dueño de la hacienda.

Volvió a Bogotá para tomar el vuelo que lo llevaría a Nueva York, después de dejar instrucciones precisas y un rosario de órdenes que tenían que cumplir en su ausencia. Dio gracias a su abuelo, allá donde estuviera, por haberle enseñado el manejo del lugar.

Con una impaciencia propia de su deseo de ver a Sofía, Álvaro esperó mientras la cinta corría con las maletas del vuelo. En cuanto atisbó la suya, la jaló enseguida y feliz, porque en pocos minutos vería a su mujer, caminó presuroso a la puerta de salida.

Se extrañó al salir y no encontrarla esperándolo. Miró a lado y lado, y nada, no estaba por ninguna parte. Confuso, esperó un rato en el andén, intentando marcarle al celular, que continuaba cayendo en buzón.

Luego de media hora, paró un taxi y dio la dirección de Sofía. El atardecer era caliente y húmedo, más propio de agosto que de finales de julio. Algún motivo muy serio tuvo que tener ella para no esperarlo, caviló, mientras el auto devoraba a su paso el paisaje de edificios y vehículos. Su mente volvió a la última vez que habían hablado, ¿seguiría enferma? Lo que fuera, lo solucionaría.

Se apeó del taxi y pagó la carrera con celeridad. Tocó el timbre varias veces, un vecino pasó por el frente y negó con la cabeza varias veces, con expresión apenada. Nadie respondía. Se sentó en la

escalera a esperar, ni siquiera se escuchaban los ladridos de Max. ¿Y si el abuelo había enfermado? ¿Y si estaba hospitalizado?

Vio llegar a Dan media hora más tarde, el hombre parqueó el auto cerca de la casa, algo en su mirada al verlo en la puerta le dijo a Álvaro que no le gustaba ni poquito encontrárselo. Bien, la antipatía era mutua. Los rayos del sol del atardecer iluminaban el andén y la calle, en el aire se agitaban las motas de polvo y el humo de los autos que pasaban por allí. Dan se acercó como una sombra, tapando por segundos la claridad.

—Hola, Álvaro —dijo, tan pronto llegó hasta él. Llevaba un traje oscuro y la corbata gris estaba suelta.

—¿Tú sabes dónde están Sofía o el abuelo? Llevo más de media hora aquí sentado, el móvil de ella por lo visto sigue desaparecido.

—Vamos a mi casa —contestó el agente y tomó la maleta del joven.

—Ni siquiera escucho a Max.

—Max está conmigo.

—¿Qué pasa, Dan?

El hombre se negó a hablar hasta que estuvieron dentro de su casa. Max entró a la sala y enseguida batió la cola al ver a Álvaro, se puso en dos y le llegó hasta los hombros, mientras lloraba como un niño angustiado. Álvaro no entendía nada. ¿Qué hacía el perro de Sofía en casa de Dan?

Notaba al hombre incómodo, como si no supiera por dónde empezar. Caminaba con gesto compungido por la sala. Se paró frente a él, y le costaba mirarlo a los ojos.

—Escucha, Álvaro —dijo al fin, con expresión preocupada, y lo

tomó del brazo—. Lo siento mucho, ha ocurrido algo terrible.

Álvaro lo miró, confuso y se soltó de su agarre.

—¿Qué pasó?

—Sofía y su abuelo murieron en un accidente de coche, hace tres días.

El rostro de Álvaro palideció y los ojos se le aguaron enseguida. La garganta se le secó.

—¿Qué mierda me estás diciendo? —preguntó con voz quebrada.

Lo miró por unos instantes y se alejó de él. Miró por detrás, como si la respuesta a su pregunta estuviera en la cocina.

—Lo siento mucho.

—¿Cómo pasó? —Álvaro tenía la sensación de que le hubieran tirado un dardo para adormecerlo.

—Cómo ocurren muchos accidentes en la ciudad, el auto se quedó sin frenos y al tomar una curva de velocidad, se estrelló contra un poste. Era de noche, el abuelo estaba indispuesto y lo tuvieron hasta tarde en el hospital. No hubo más víctimas.

—¿Dónde está el cuerpo de Sofía? ¡Quiero verla!

—Lo siento, el entierro fue hoy.

Álvaro se dio la vuelta, se dobló en un lamento ahogado y cayó de rodillas, sujetándose el estómago. La frecuencia cardiaca y respiratoria se le aceleró, empezó a sudar frío, sentía el corazón comprimido como si alguien lo estuviera presionando. Empezó a llorar como un niño, balbuceando, negándose a creer que hubiera ocurrido aquello.

—Lo siento mucho, Álvaro.

Él se quedó quieto un momento, luego se levantó como un

energúmeno y le aferró de las solapas.

—¿Por qué diablos no me avisó? —Los ojos le brillaban del llanto.

—No tenía sus datos.

—Eso es mierda. Usted es del FBI, si se le hubiera dado la gana me hubiera encontrado.

—Lo siento, Álvaro, no creí que lo de ustedes fuera tan serio.

Álvaro lo soltó de una forma tan brusca que Dan trastrabilló y casi se cae para atrás. Estaba seguro de que el corazón se le había partido, era una horrible sensación, pero estaba seguro de que tenía el corazón roto y de manera literal.

—Le pedí matrimonio —gritó, furioso—. ¿Eso no es suficientemente serio para usted? Tenía derecho a estar con ella en su entierro.

—Yo...

—No, Sofía...

Soltó un lamento desgarrador que le paró los pelos de la nuca a Dan. Álvaro no podía creerlo, ella lo había despedido en el aeropuerto, hermosa y llena de vida, le parecía imposible que estuviera encerrada en un ataúd, a metros bajo tierra.

—Es mejor que se calme, Álvaro, lo llevaré a su casa.

Álvaro no le respondió. Pensó que era un juego macabro de su cerebro o una pesadilla espantosa, que se despertaría y estaría en la escalera, percibiría el toque de Sofía, la risa del abuelo y los ladridos de Max y todo estaría bien. No podía imaginar a su Sofía muerta, era espantoso.

—Lléveme a ver su tumba.

—Ahora el cementerio está cerrado, mañana a primera hora lo

haré.

—Necesito entrar a su casa —rogó él.

Dan lo acompañó sin mirarlo a la cara. Entraron en la vivienda.

Álvaro soltó la maleta en el hall de la entrada, y percibió el olor peculiar de las cosas cuando se quedan sin dueño. Subió la escalera con paso tambaleante hasta el cuarto de Sofía. Dan le dio algo de privacidad. En la habitación había ropa tirada por todas partes, no era muy ordenada, el olor a verbena y lima flotó en el ambiente, se acostó en la cama donde el olor era más fuerte, aferró un cojín a su rostro y los sollozos parecían no acabar. Trató de recordar la última vez que se había escabullido en aquel cuarto y la había amado hasta la madrugada, pero no pudo, las imágenes se negaban a aparecer en su mente. ¿Cómo lo conseguiré sin ella? ¿Cómo viviré sin *mi amor*? ¿Qué haré ahora?

—No puedo —sentenció con voz gutural a la noche—, no puedo soportarlo.

Se levantó de un salto y salió al hall, donde Dan, cabizbajo y recostado a la pared, lo esperaba.

—Dígame que es mentira, dígame, por favor. Dígame que Sofía no me quiere volver a ver, pero necesito saber que todavía está en el mundo, por favor. ¡Se lo suplico!

Dan negó con la cabeza varias veces, la pena y algo más atravesaba su mirada.

Bajó las escaleras y salió de la casa sin molestarse en alzar la maleta y empezó a correr. El viento le secaba las lágrimas, pero otras nuevas las reemplazaban de pronto. Sus pasos resonaban en el pavimento, tragándose metros y después kilómetros de concreto. La gente, al ver su expresión, le abría paso enseguida.

Era ya de noche cuando llegó a la puerta norte de Central Park. Siguió de largo y entró en un edificio a pocas cuadras de la Quinta Avenida. Dio el nombre en recepción. Subió en el ascensor ante la mirada desconfiada del portero.

—Hijo —dijo Clemencia en cuanto le abrió la puerta.

De los labios de Álvaro escapó un sollozo desgarrador, se acercó a ella, que lo envolvió en sus brazos.

—Me quiero morir —dijo, tan pronto la mujer lo acomodó en un amplio sofá—. Sofía está muerta.

La mujer quedó pasmada ante la noticia.

—Pero qué me cuentas, hijo...

—Un accidente, su abuelo y ella están muertos. ¿Por qué? Clemencia lo tomó de la mano.

—No lo sé, hijo. Lo siento mucho —manifestó amablemente.

Media botella de brandi después y una visita del médico, al manifestar un fuerte dolor en el pecho, se pudo confirmar el diagnóstico: Álvaro Trespalacios tenía el síndrome del corazón roto y debía ir a un hospital por tratamiento. El médico dejó un frasco de pastillas.

Clemencia lo acomodó en el sofá, le trajo una manta delgada y se dirigió al estudio, donde hizo varias llamadas. Al pasar cerca del sofá para ir a su cuarto, escuchó los sollozos de Álvaro que le llegaron al alma. El sufrimiento en el mundo era de nunca acabar, caviló la mujer, y se sentó a pocos metros de él. No podría dejarlo solo esa noche.

Más calmado, pero con el corazón abierto en canal, Álvaro, pálido y con profundas ojeras, se presentó temprano en la casa de Dan, acompañado de Greg y Clemencia. Se había cambiado por un

traje oscuro y corbata negra, parecía más agente que él. Se desplazaron hasta el cementerio GreenWood. Álvaro llevaba un ramo de flores con él.

—Es verdad —dijo Álvaro para sí mismo, al llegar por un camino hasta un par de tumbas con el nombre de Sofía y del abuelo.

Se sentía en un purgatorio, como si estuviera frente a un profundo desfiladero y solo tuviera que dar el salto. Temblaba con la triste soledad y la amarga frustración del que es despojado de una parte importante de su vida.

No lloró más, se quedó en silencio y puso las flores en el jarrón al lado de la tumba. Asu mente llegaron unas palabras de Sofía:

“Te amo, Álvaro Trespacios, y sé que seremos complicados y peharemos mucho, porque yo soy igual de intensa que tú. *Sei l'uomo della mia vita*”.

Acarició las letras de su nombre en la lápida, se dio la vuelta y caminó sin mirar atrás.

—Álvaro, espere un momento, por favor —lo llamó Dan—. Hay unas pinturas de Sofía en mi casa. Me imagino que querrá conservarlas. Ella lo hubiese querido.

—Eso usted no puede saberlo —contestó, punzante.

Greg y Clemencia lo seguían a pocos pasos.

—Enviemelas, no quiero verlo a usted más. Hay algo, no sé qué es, pero no quiero verlo más. Ah, y envíeme el informe del accidente.

Dan asintió, sorprendido de su franqueza.

—Hay algo más.

—¿Sí? —contestó Álvaro fastidiado.

—Se trata de Max, no puedo tener al perro, si usted quiere tenerlo...

—Lo tendré, Greg pasará por él en la tarde a su casa, tenga todo listo, por favor.

—Siento mucho que todo haya salido así de mal.

—Guárdese sus “lo siento”, me importan un bledo.

No se despidió ni le agradeció que se hubiera ocupado del entierro. Algo dentro de él le decía que la situación no estaba bien, pero en esos momentos, anestesiado por la pena, no pudo dilucidarlo.

Ese mismo día, en la tarde, Mónica Trespalacios y Gabriel Preciado, que había adelantado su viaje, llegaron al apartamento de Álvaro en la comunidad universitaria.

Tan pronto vio a su madre y su gesto angustiado, el joven se tragó las lágrimas y la abrazó. La mujer le sostuvo la mirada y cuando el agachó la suya, lo obligó a enfrentarla.

—Estarás bien.

—No, mamá.

El abrazo hizo que otra catarata de llanto aflorara, nunca había llorado tanto en su vida.

—La amo tanto mamá, así ya no esté conmigo, siento esa opresión en el corazón.

—Mi dulce hijo —dijo Mónica, tratando de contener su propio llanto—. Sé que es injusto decirlo, pero el tiempo te dará la fuerza para superarlo.

Mónica lo soltó y se vio envuelto en los brazos de su amigo.

—Ya mi hermano, pasará, yo te ayudaré —dijo el joven Preciado, y por primera vez desde la noticia pudo respirar.

Clemencia los puso en antecedentes y Mónica lo obligó a ir al hospital, donde se hizo toda clase de chequeos. El tratamiento fue

descanso y una medicación para una semana, tiempo que estuvo su madre con él, después volvió a Colombia. Gabriel se quedó, ya le faltaba un mes para iniciar clases.

—Volveré a Colombia —dijo Álvaro, semanas después.

—¿Estás seguro?

Álvaro soltó un suspiro. Su amigo preparaba la cena, Greg ya había vuelto a Jersey y Gabriel se iba a quedar en el departamento. Asaba unas hamburguesas en el asador, el olor de la carne le abrió el apetito a Álvaro. Habían pasado tres semanas y la sensación de pérdida no menguaba.

—No soporto Nueva York, me parece que me la voy a topar en cualquier esquina.

—Debe ser muy duro.

Gabriel recordó la noche en que se levantó, asustado. Max había ido hasta su habitación y con un lambetazo lo había despertado, con un gimoteo lo sacó de la cama y encontró a Álvaro sentado en el piso de la cocina, se golpeaba la cabeza contra la pared, tenía los ojos cerrados. El informe del accidente estaba en el piso.

—Ven a dormir, hermano —dijo Gabriel, acercándose—. La vida sigue.

—Sin ella ya no.

—Lo superarás, es un maldito mal momento el que estás pasando, pero seguirás vivo, nadie se ha muerto de amor.

—Yo no estaría tan seguro.

—Me prometiste visita al MoMa mañana.

—Me importa una mierda el jodido MoMa.

Max se acercó a Álvaro, se notaba que el perro quería

empujarlo fuera de la cocina. Él le acarició las orejas y se metió en su cuarto.

Gabriel no pegó el ojo en toda la noche, como cancerbero veló la vigilia de su amigo, que se sentaba frente a las tres pinturas que estaban en el suelo, recostadas contra la pared. Le contaba cómo Sofía lo había pintado, mientras él estudiaba en el sofá de su estudio, ella había trazado las líneas y curvas, las luces y sombras que componían su trabajo, tocaba los trazos para sentirse más cerca de ella.

Otro día lo asaltó tal ataque de furia, que rompió todos los platos y pocillos de la cocina, mientras juraba como camionero. Greg aún estaba con ellos y entre los dos lograron controlarlo.

Volvió a su presente, al ver que las hamburguesas se le estaban secando mucho.

—¿Qué vas a hacer en Colombia? Podrías trabajar con mi padre, y luego trabajaremos juntos.

—Dios, trabajar con Rafael Preciado será un incordio, pero aprenderé mucho de él, estoy seguro.

—No lo dudo.

Gabriel pasó las hamburguesas a la mesa.

—Tengo el presentimiento de que me están mintiendo.

—¿Quiénes?

—El FBI, la policía, este informe.

—¿Por qué?

—Necesito estar seguro de que me dicen la verdad.

—¿En qué quieres que te ayude?

—Iré a hablar con los vecinos, no puedo volver a Colombia hasta estar seguro.

—Te acompañaré.

—En cuanto vuelva me iré para la hacienda, estaré allí hasta fin de año, después miraré opciones.

—Me parece bien.

Álvaro y Gabriel, hablaron con varios vecinos de la casa de Sofía, nadie había visto nada extraño, solo que no los volvieron a ver, como si se los hubiera tragado la tierra. En el apartamento de la rusa ocurrió otro tanto, la mujer no volvió a aparecer. Los escoltas, los autos y las armas desaparecieron tal como habían llegado.

Habló con las autoridades de tránsito respecto al accidente y todo estaba como debía ser. Fue al hospital donde les hicieron la autopsia, pero al no ser familiar directo y sin una orden de la policía, no pudo acceder a ningún documento. Estaba en un país extranjero, sin contactos ni relaciones. Se sentía como en un laberinto, cuando creía encontrar algo, la puerta se le cerraba con presteza.

Álvaro se encontró por última vez con Dan Porter en el parque Bryant Park. Se sentó en una de las sillas ubicadas en la orilla del camino asfaltado del parque. Las hojas de los árboles yacían descansando en el prado, extenuadas de tanto sol, la vida continuaba, era mediados de octubre y los árboles se despedían de sus hojas de mil colores.

Había llegado al lugar casi sin darse cuenta, con un caos en la cabeza, inquieto y frustrado. Paseó su mirada por el parque, unos chicos jugaban a la pelota, había varios ejecutivos trabajando en sus ordenadores y uno que otro artista pintando. Un puño estrujó su corazón.

—Trespalacios —saludó Dan.

No lo había visto llegar. El hombre lucía cansado, parecía que el traje oscuro y la gabardina le pesaban. Álvaro reciprocó el saludo.

—Me había prometido no verle más la cara, Porter.

El hombre soltó un suspiro y se acomodó en el puesto de al lado de la silla.

—¿Qué desea?

—La verdad.

—¿Qué verdad quiere escuchar?

—¿Es una casualidad el que Ivanova haya desaparecido el mismo día que Sofía?

—Todos los días desaparecen cientos de personas en este país.

—No me crea tan imbécil. ¿Quién era el amante de esa mujer?

—Usted no es imbécil y no tengo información para aportarle.

No juegue más al detective, Trespalacios, se le da muy mal.

—¿Él mató a Sofía o la desapareció? —Esto último lo dijo con una creciente angustia—. Nadie me dice nada, es como un jodido galimatías, por más que lo intento, no encuentro la salida.

—Álvaro, cometí un error al no haberlo esperado para que hubiera visto con sus propios ojos lo ocurrido a Sofía. Vuelva a su país, cásese con una buena chica colombiana y olvídense de ella. -

—Júreme que está muerta.

El hombre levantó la mano derecha.

—Se lo juro, olvídela. Viva su vida.

Volvió la última semana de octubre a Colombia.

Capítulo 13

París, Francia, 16 de diciembre de 2014.

Álvaro Trespalacios quedó sembrado en el lugar todavía un tiempo después de que la mujer parecida a Sofía se hubiera marchado en su coche. Tuvo por lo menos el buen tino de anotar la placa del auto antes de que desapareciera como por encanto. Anduvo hacia su propio auto con los paquetes y la cabeza agachada. Puso en marcha el motor, sin creer aún en lo ocurrido y con el pulso todavía acelerado.

Sofía Marinelli, cómo había tratado de ahogar sus recuerdos, los primeros años no superaba su ausencia, ella era lo que más ansiaba. Cometió muchas locuras y ahora, cuando parecía tener su vida en equilibrio, esta extraña aparición de otro tiempo se llevaba al traste sus intenciones. ¡Maldita sea! Tenía que averiguar, tenía que saber.

Tecléo el teléfono de la única persona que lo podía sacar de dudas sobre la identidad de la mujer. Era imperativo saberlo, se conocía, no tendría vida hasta que no lo supiera.

—Armand, necesito que me averigües todo sobre una mujer cuya placa de auto te enviaré por correo enseguida. Ocúpate de seguirla, quiero toda la información.

Cortó la llamada, tecléo los datos de la matrícula del auto y salió del lugar rumbo a su departamento. Vivía entre la famosa y elegante Avenida Foch y la avenida Henri Martin, en un edificio remodelado de principios del siglo XX. El apartamento, que quedaba en el segundo piso, era refinado y de techos altos, con una sala amplia

de muebles neutros, una mesa de centro con libros y una escultura de bronce comprada en un mercadillo de pulgas, cuadros enviados por su madre y un comedor de madera lisa oscura. Por una puerta blanca y vidriada se llegaba a una amplia cocina y por un hall al fondo se llegaba al estudio y a las habitaciones, que eran grandes y ventiladas. La ventana del estudio daba a un balcón que a su vez daba a un parque, era una delicia sentarse allí en primavera o en otoño y admirar los árboles multicolores.

Soltó los paquetes en la consola de la entrada, se aflojó el nudo de la corbata y se dirigió a un mueble del que sacó una botella de whisky, se sirvió un trago y lo bebió de golpe. El alcohol le atravesó la garganta como fuego, la sensación de calor, al llegar a su estómago, le ayudó a calmarse. Ella estaba muerta, había pasado mucho tiempo sin volver a pronunciar su nombre, no podía, una coraza de hielo lo asaltaba cuando su mente lo llevaba por el sendero del recuerdo, dejándolo hecho trizas.

Canceló la cita de esa noche para entrenar krav magá, que había comenzado a practicar cinco años atrás y que le ayudó a canalizar su malgenio, algo que el atletismo no lograba. Se interesó en esa disciplina debido a la inseguridad y la ola de secuestros que se desataron en Colombia, había aprendido a luchar haciendo uso de todo su cuerpo o empleando armas simples (blancas y contundentes), y asimilado técnicas de desarme y defensa contra portadores de armas de fuego. Su entrenador en París era un antiguo agente de la ley, cuyos métodos no eran los más ortodoxos, pero sí muy efectivos.

Con la botella de licor en la mano se sentó en la oscuridad del estudio. De pronto sus recuerdos le jugaban una mala pasada, esa mujer no podía ser su Sofía, ella estaba muerta y enterrada en un

cementerio de Nueva York. Nueve años atrás, cuando le volvió la cordura, examinó con lupa el informe del FBI, habló con quien tenía que hablar, nada parecía fuera de su puesto, demasiado perfecto, hasta había un par de recortes de periódico que mostraban el accidente. Nunca creyó que Dan Porter fuera tan cínico como para hacerle una trastada así cuando lo sabía tan enamorado de ella. Aunque la verdad era que ellos podían hacer lo que les viniera en gana y con quien les viniera en gana.

El licor no era buen consejero, a medida que pasaron las horas decayó su ánimo de nuevo, y más cuando encendió una de las velas aromáticas y el olor de sus recuerdos inundó el espacio. Fue un tiempo muy breve el compartido con Sofía, pero lo había marcado a fuego para toda la vida, sus relaciones hasta hoy día seguían estando signadas por lo ocurrido ese verano en Nueva York. Ni siquiera había vuelto a poner un pie en esa ciudad, se había perdido varias reuniones importantes, o las convocaba en Washington o en Chicago, si era absolutamente necesario.

Se escuchó el timbre del teléfono, no contestó. La única llamada que deseaba recibir era la de Armand, pero él se comunicaría por el móvil. Dejó que el aparato saltara a contestador.

—Hermano, ¿cómo estás? Hablé con tu padre y me dijo que en unos días vienes a Colombia, queremos que seas el padrino de bautizo de Sebastián.

Sonrió. En medio de su situación, su amigo había estado a su lado en todo momento y sin embargo, él no había respondido de la misma forma cuando Gabriel Preciado fue víctima de un secuestro en manos de la guerrilla y Melisa... Aún se angustiaba al pensar en todo lo que ese par tuvo que pasar. Gabriel casi la pierde por los

malentendidos, pero el amor, la perseverancia y el alma de la chica habían logrado al fin que su amigo superara el trauma de sus casi dos años retenido en la selva.

—Aver si por fin nos presentas a una buena chica o tendré que hacer de casamentera otra vez —señaló Melisa al aparato. Alo lejos escuchó el llanto de un bebé—. ¿Escuchas? —insistió—. No aceptará a nadie más de padrino.

La emoción que sintió el día que nació Valentina como regalo a la pareja de amigos que más quería en el mundo, le devolvió en algo su fe en la vida, y ahora había llegado este hermoso bebé a aumentar la familia. Melisa de casamentera era cosa seria, ya le había tendido varias emboscadas, pero él era experto en escabullirse como liebre, después de su única experiencia en ese campo. Si fuera una mujer como ella, se sentiría tentado, pero no, ejemplares así ya estaban casadas, enterradas bajo tierra o —sonrió irónico—, perdidas en ciudades desconocidas.

—Mucho ojo, cabrón, estoy depositando uno de mis tesoros más preciados en tus manos. Así que ajuiciate y por lo menos ve a misa antes de la entrevista con el sacerdote. Un abrazo y nos vemos pronto —se despidieron sus amigos al unísono.

No se movería de París hasta saber algo de la mujer. Lo sentía por su familia, hablaría con Gabriel y le pediría un pequeño aplazamiento, pues sabía que andaría con el alma en vilo allá en Colombia si se iba sin tener alguna información.

Al día siguiente en la tarde volvió al centro comercial, se sentó en la pequeña sala de lectura de la librería que quedaba frente al negocio de las velas y con la paciencia de un francotirador, se dispuso

a esperar. No la vio ese día, ni tampoco el siguiente. Un viaje de trabajo le impidió continuar su vigilancia.

La información tardó cuatro días en llegar. Álvaro había llegado de Bruselas a última hora de la tarde, tras un viaje de dos días, en que asistió a una convención de tecnología donde varias empresas colombianas, entre ellas una del conglomerado Preciado, tenían una importante representación. Le era difícil concentrarse, por su mente pasaban las imágenes del dichoso encuentro como si de una cámara se tratara, volvía a cada uno de los gestos de la mujer, sin saber qué dilucidar. A veces se reprendía y se decía que la expresión que duró nanosegundos en su rostro, donde se sintió reconocido, había sido una alucinación.

Citó al detective privado Armand Leblanc en la noche en su apartamento. Se había duchado y cambiado con un chándal y una camiseta gruesa, hacía frío, faltaban tres días para Navidad. Soraya, la empleada colombiana que se encargaba de su apartamento tres veces a la semana, había ido ese día y le había dejado un estofado en el horno y una ensalada en la nevera, comió de pie en el mesón de la isla de la cocina mientras leía la prensa del país. En cuanto escuchó el timbre, dejó los platos en el mesón y se apresuró a abrir.

Un hombre joven y delgado, un poco más bajo que él, de gafas y con mirada de sabueso entró al lugar.

—*Bonne nuit, monsieur*[\[13\]](#).

Álvaro le correspondió el saludo y lo hizo pasar directo al estudio.

Armand Leblanc ejercía como detective privado e industrial, su relación con Trespacios databa de tiempo atrás. En el trabajo que Álvaro desempeñaba la información era más valiosa que el oro, porque

implicaba poder. Álvaro mandaba a investigar a personas y empresas, el futuro de miles de personas y de millones de dólares estaba en sus manos y no iba a dejar que su país invirtiera dinero en empresas que estuvieran mal catalogadas, ya fuera por cuestiones de índole personal de sus accionistas y dirigentes, o por algún problema en la parte industrial y empresarial. Armand era una persona recomendada por su padre y hermano, leal y discreto, pero también poco escrupuloso, lo que por cierto, es una ventaja en ese tipo de profesión.

Álvaro se sentó en el sofá e invitó al detective a ocupar una silla delante de él.

—¿Qué noticias me trae?

El hombre sacó su tableta y se la pasó a Álvaro, que pudo ver que había recopilado gran cantidad de información.

—Me hubiera enviado la información a mi mail.

—No sabía si lo deseaba o era seguro en el correo.

—No se lo dije, es cierto.

El hombre enfocó una serie de fotografías mientras le iba contando a grandes rasgos lo encontrado en su investigación. A Álvaro se le detuvo el corazón al ver las fotografías con detalle. Aquí estaba ella en un supermercado, con el cabello suelto, se veía algo pálida; en otra fotografía salía de su casa y en otra caminaba y entraba al almacén donde él la había visto días atrás.

Sofía había vuelto de la muerte, su cabello rubio podría ser producto de algún tinte y el color de los ojos por el uso de lentillas. Sin embargo, no podría asegurarlo, algo le impedía reconocerla e ir a encararla, tendría que dilucidarlo de una u otra forma.

El hombre empezó a recitar todos los datos recopilados desde otro dispositivo igual al que le pasó a Álvaro.

—Chantal Duras, nacida en París el 20 de mayo de 1985, de padre francés, profesión docente, y madre americana, vivieron varios años en el extranjero, quedó huérfana de padre a los catorce años y luego a los veinte un cáncer de mama se llevó a su madre en pocos meses. Vivió tres años en Argenteuil donde trabajó, estudió unos semestres de Química que le sirvieron para estudiar seis meses perfumería en la escuela Givaudan, allí conoció a Edith Barrau, su mejor amiga, y juntas aplicaron para un trabajo como auxiliares en la perfumería Fragonard, vivieron en Grasse año y medio y luego se trasladaron a París. Trabaja en La Maison du Parfum como ayudante del célebre Bernard Leduc. Edith Barrau es hija de uno de los perfumistas de la empresa y el oficio se hereda, la madre de Chantal era perfumista, pero ejerció muy pocos años la profesión. Los sábados en la tarde visita a su amiga Silvia Ferreira y a su hija Paula, vecina y divorciada, les enseña a hacer jabones, velas y ambientadores, ella los lleva a estas dos tiendas. —Le señaló con el dedo la dirección—. Una en Les Quatre Temps, en La Defense, y la otra en Montmartre, y el dinero recaudado va a un fondo de ayuda para lucha contra el cáncer de mama. Vive en el distrito XIV en el barrio de Montparnasse, en un apartamento que comparte con mademoiselle Barrau.

—¿Algún hombre?

—Ha tenido varias relaciones sentimentales, pero nada serio, ve a un hombre tres o cuatro veces al año en Cap d'antibes desde hace dos años. No ha vuelto a salir con nadie más, solo esos encuentros que duran de cuatro o cinco días.

—¿Quién es?

—Ivan Rabcun, ucraniano, es fotógrafo *freelance* de lugares en conflicto, trabaja como independiente para varias publicaciones

extranjeras. En el lugar donde se hospedan me dijeron que es generoso con las propinas.

El detective le mostró una fotografía. Era un hombre alto, trigueño, de mirada oscura, tenía cara de agente y no de fotógrafo. Dejó la tableta a un lado.

Nada le decía a Álvaro que Chantal fuera Sofía, nunca le había comentado temas referentes al estudio, solo la pintura y el oficio artesanal de la perfumería. La mujer que había investigado había hecho estudios de Química, no, no era la imagen que tenía de ella.

—Necesito una última investigación en Estados Unidos.

—Saldrá costoso.

—No me importa.

—Bien.

En cuanto el detective se fue con las indicaciones de lo que debía hacer y una buena suma en el bolsillo, Álvaro tuvo el impulso loco de ir a donde vivía la mujer, encararla, y si era Sofía, recriminarle el engaño; pero sin tener la absoluta seguridad de que era ella, podría meterse en muchos problemas, hasta podrían considerarlo un loco. La atraería, solo tenía que pensar en la mejor forma de hacerlo, mientras tanto iría a Colombia, cumpliría con sus compromisos familiares y en enero, pondría en marcha su plan.

La cena de Nochebuena reunió a toda la familia Trespalacios en el hogar. Tenían casa en Bogotá, pero habían decidido estar unos días en Barranquilla y el año nuevo pasarlo en Cartagena. La entrada de la mansión ubicada al norte de la ciudad estaba decorada con una amplia malla de luces que subían hasta las palmeras que circundaban

el camino hasta la puerta, la brisa del Caribe en esa época del año aliviaba la temperatura. En el interior, en una esquina de la amplia sala, un árbol gigante, tapizado de adornos y luces, y rodeado de regalos en el suelo, daba la bienvenida a los visitantes. La familia se encargaba de todo, Mónica Trespacios le daba descanso al servicio en esa fecha especial. Guillermo, el hermano mayor, y su esposa Judy habían encargado un delicioso perrito; sus gemelos de cinco años jugaban con el tren que rodeaba el árbol y los regalos; Francisca, la hermana menor, cuidaba de que los chicos no se metieran en problemas. En la cocina, Álvaro y Oscar freían las últimas hojuelas de trigo, que antes estiraban con los dedos.

Álvaro observaba la masa crecer al contacto con el aceite.

—En la próxima te superaré —lo desafió Oscar, mientras bebía un trago de whisky.

Álvaro sonrió.

—Eso espero.

—Bueno ya... —interrumpió Mónica, que alistaba la natilla en pequeños platos.

La cocina era grande y con mesones amplios. El aire estaba inundado de diversas aromas que se paseaban por el espacio de electrodomésticos de última generación y potes con toda clase de salsas y condimentos. El lugar estaba desordenado. Refractarias con tortas de papa, pechugas de pollo rellenas y ensaladas variadas tapizaban uno de los mesones.

—Necesito esta cocina impecable después de la medianoche —dijo la mujer, que se quitó el delantal y salió a la sala—. No demoren, que ya vamos a rezar la novena.

—Alguna de las empleadas debió haberse quedado, papá.

—¡Qué va! ¿Crees que tu madre se va a perder el espectáculo de vernos lavar platos?

Álvaro sonrió en silencio y empezó a recoger cuencos y a limpiar el mesón, mientras su padre se sentaba frente a él.

—¿Todo bien, hijo?

Álvaro levantó el rostro, sorprendido. Quiso sincerarse con él, pedirle consejo, pero no deseaba preocuparlo.

—Sí, todo bien. ¿Por qué?

—Tienes la misma mirada de cuando ocurrió aquello...

Álvaro volvió a hablar antes de que su padre terminara.

—No papá, no tienes nada de qué preocuparte.

—Me preocupo, porque esa situación hizo que tomaras decisiones poco acertadas que te trajeron muchos problemas. Debes seguir con tu vida, enamorarte de nuevo, quiero verte pleno y feliz, cambia de actitud, hijo.

Siguieron hablando de negocios y de los viajes que tendría que hacer en enero, se notaba que Oscar deseaba sacarle todo tipo de información. Se quedaron unos segundos en silencio.

—¿Cómo está Brenda? —preguntó Álvaro, con expresión cautelosa.

El padre dejó el vaso en la mesa y se levantó.

—Bien, muy bien, ella siguió con su vida tras el divorcio, lo mismo que debes hacer tú.

Uno de los gemelos entró a la cocina, se trepó en una silla y agarró una hojuela con azúcar. Se bajó e iba a salir corriendo, Álvaro lo alzó, se lo puso debajo del brazo y empezó a darle vueltas.

—No, bájame, ya vamos a rezar la novena.

Salieron a la sala, donde el acorde de los villancicos se

elevaba por encima de las voces. Mónica le dispensó una mirada significativa a su esposo. Él la calmó con un gesto. Álvaro se acercó a ella, la abrazó, la besó en la frente y le dijo al oído que todo estaba bien. Eso no calmó a la mujer, que todos los días oraba por ese hijo que andaba por la vida con el corazón partido en pedazos.

El ambiente hogareño, el olor a cera de algún cítrico de los muebles y las caras expectantes de sus sobrinos dispuestos a recibir sus regalos fueron un bálsamo para el alma atormentada de Álvaro. Había hecho bien en venir, su familia era lo único bueno y sagrado con lo que contaba, debía hacer el deber de no olvidarlo.

Las fiestas pasaron en un ambiente tranquilo. Álvaro celebró el cambio de año con una serie de sentimientos encontrados, una brizna de esperanza mezclada con confusión lo asolaba. Disimuló como pudo ante su familia, se negaba a preocuparlos. Francisca, que trabajaba en el Museo Nacional, en la restauración de pinturas del siglo XIX, volvió a Bogotá, para reincorporarse al trabajo. Guillermo, perteneciente al cuerpo diplomático, esperaba su nuevo nombramiento. Él volvería a París después de la ceremonia de bautizo del hijo de Gabriel Preciado.

Álvaro llegó a Bogotá los primeros días de enero, el sol brillaba en el cielo más despejado que hubiera visto en mucho tiempo. Era una época sin lluvias y como casi todo el mundo salía a veranear, la ciudad era una delicia, libre de gente y del caótico tráfico que la caracterizaba.

El hogar de los esposos Preciado estaba ubicado en las afueras de la ciudad, en un conjunto residencial con todas las medidas de seguridad. Su amigo, desde su secuestro, se había vuelto obseso de esas medidas y más tras la llegada de los hijos. A Álvaro le parecía que a veces exageraba, pero tampoco lo culpaba por ello.

Después de pasar los controles, a su juicio excesivos, llegó hasta una casa rodeada de un enorme jardín. Al fondo se veía un pequeño parque con columpios y deslizaderos. Valentina, de dos años y medio, salió corriendo a su encuentro con su padre detrás. A la niña le había crecido el cabello, en el que llevaba un adorno en forma de mariposa de varios colores, vestía jeans, suéter claro y los zapatos más psicodélicos que Álvaro había visto en su vida.

—¡Tío Álvaro, tío Álvaro! —La chiquilla se lanzó a sus brazos, él la recibió y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Mi princesa favorita en todo el mundo. ¿Cómo estás? ¡Qué zapatos tan pintorescos!

—Ahora soy reina. ¿Te gustan?

Álvaro levantó una comisura de la boca, al ver que su amigo fruncía los hombros.

—Sí —soltó la risa ante el gesto serio de Gabriel.

—Desde que nació Sebastián, soy reina, mi mamá me dijo.

La niña se miró los zapatos. La pequeña estaba celosa, caviló Álvaro, mientras la dejaba en el suelo y le daba un abrazo a su amigo.

—Los escogí yo —le informó, estirando la o.

—Tienes buen gusto, alteza.

Entraron en una sala que mostraba los mismos muebles que tenían en la anterior vivienda, había un amplio ventanal que daba al mismo jardín de la entrada, a lo lejos se observaba una montaña cubierta de árboles de pino.

—Vaya, vaya, París parece sentarte muy bien —dijo Gabriel, después de los saludos—, yo me siento ya como un venerable patriarca, hasta se me ha empezado a caer el cabello.

Melisa, que entró a la sala en ese momento, los interrumpió.

—Eso es mentira, sigues siendo el hombre más guapo que he conocido.

—Si lo dices tú, mi amor, entonces lo creo.

—Felicitaciones a ambos por el nuevo miembro de la familia.

Melisa se acercó a Álvaro y le dio un abrazo. Estaba hermosa y plena en su maternidad. Gabriel no dejaba de mirarla con gesto codicioso y posesivo, así llevaran tres años casados. Llevaba el cabello un poco más corto, debajo de los hombros, y el rostro sin maquillaje, sus increíbles ojos azules expresaban felicidad. Vestía de manera sencilla, blusa de manga sisa de color pastel, jean pegado y zapatos mocasines cerrados. Se veía voluptuosa, apenas hacía mes y medio que había nacido Sebastián.

La chiquilla miraba los regalos empacados que Álvaro había traído con viva curiosidad.

—Majestad. —Le hizo una reverencia a la niña—. Aquí está mi presente.

Le entregó un paquete largo y delgado. Valentina se apresuró a abrir su regalo, Melisa lo invitó a sentarse. Al destapar el regalo, quedó a la vista un cilindro de colores vivos.

—Oh, por Dios, Valentina —celebró Melisa—, es un poster gigante para colorear, lo pondremos en el cuarto de juegos, será tu pared para pintar de ahora en adelante. Es un regalo maravilloso, Álvaro, mil gracias. Cómo verás en un rato, hay ciertas obras de arte en las paredes del comedor, del hall y la habitación de Sebastián, que mi querido esposo no ha querido que limpie.

—Para la reina, lo mejor. —La niña se acercó y se subió en las rodillas de Álvaro.

Melisa tomó el regalo de Sebastián y lo abrió, era un móvil de

delfines de colores, que ella de nuevo agradeció.

—¿Y cuándo conoceré al rey?

—Príncipe —interrumpió Valentina—. Mi papá es el rey.

—Acabo de dormirlo, pero en un rato ya estará despierto. Mi reina, vamos a poner el papel en el cuarto de juegos, le diremos a Inés que nos ayude, ¿te parece? Les enviaré dos cafés en un momento.

—¡Sí! —exclamó la chiquilla entusiasmada.

—¿Te quedarás a almorzar, me imagino?

—Sí, claro que sí.

Su esposo le besó la mano y Melisa salió con la niña.

En cuanto se quedaron solos, Gabriel inquirió por la reunión en Bruselas y luego charlaron de las fiestas, de lo que cada uno había hecho y de hasta cuándo iba a estar en el país.

—Te envidio —dijo de pronto Álvaro, que se había levantado de la silla y tomaba el café mirando el paisaje sabanero por la ventana.

—¿Por qué?

Álvaro soltó una carcajada irónica.

—Tienes a la mujer perfecta a tu lado, dos hijos y un bello hogar, hermano.

—Gracias, Melisa no es perfecta, pero es perfecta para mí. ¿A qué viene ese comentario?

—Creo que Sofía no está muerta.

Gabriel se levantó en el momento en que Álvaro se dio la vuelta y se sentó de nuevo.

—¿Pero qué mierda estás diciendo?

—Lo que oyes.

—¿Te volviste loco?

—No.

Le contó todo lo ocurrido, hasta la investigación que el detective llevaba a cabo en ese momento. Cuando terminó de contar la historia, Gabriel lucía preocupado, soltó un largo silbido y se quedó unos momentos callado.

—Sí es ella, tuvo que tener una razón muy poderosa para haberlo hecho.

—Eso no es ningún consuelo para mí, estoy que voy a su casa y le saco la verdad a la fuerza. Créeme, si me hubiera quedado, te juro que lo habría hecho.

—Demos gracias entonces a la Navidad, a los padrinzgos y a la familia que han evitado que cometas un error tan garrafal.

—Me voy a volver loco.

—No llegarás a tanto.

—¿Qué hago?

—Pregunta difícil, mi hermano —señaló Gabriel, volviendo a tomar asiento—. Decirte ahora que la olvides, que conozcas una buena chica y te enamores, no servirá de nada. Ve hasta el fondo del asunto, pero... —Lo miró, dudoso—. ¿Qué tan conveniente será el que tengas algo con ella? Porque no te vas a aguantar, te conozco, meterás a esa mujer en tu cama a la primera oportunidad. Si no es Sofía, tarde o temprano algo te lo mostrará y tendrás otro fracaso a costa. Piensa muy bien lo que vas a hacer.

—Necesito saber. Tengo que buscar un buen pretexto para acercarme.

—¿Qué pretexto? —preguntó Gabriel, dubitativo.

—Algo se me ocurrirá.

—Ten cuidado, Álvaro, si desapareció por algo grave, no es bueno ni para ella ni para ti que reanuden lo de ustedes. Ahora te

sostiene una tenue esperanza, pero...

—No creo en la esperanza —interrumpió él enseguida—. La dejé morir hace nueve años frente a su tumba.

—Claro que crees, la esperanza está en todo lo que hacemos, hasta cuando planeamos las cosas de último minuto. Fíjate en lo que me acabas de decir, vas a propiciar un encuentro con ella. ¿Hay o no hay esperanza en eso, hermano? Simplemente te digo que seas cauteloso, no te precipites.

Álvaro suspiró y dejó la taza de café en un plato en una mesa esquinera.

—¿Algo te hubiera detenido si hubiera sido Melisa?

Gabriel frunció el ceño ante la incómoda pregunta.

—No la hubiera dejado en paz. —Se retrepó en la silla y juntó las manos—. No quiero verte lastimado otra vez. Prométeme que te cuidarás.

—Lo tendré, ya no soy ese jovencito, ha pasado mucha agua bajo el puente.

—Ojalá, mi amigo, ojalá.

Gabriel no olvidaba los días en Nueva York, después de la desaparición de Sofía, cuando la herida de Álvaro estaba en carne viva: sus sollozos antes de dormirse, su intento de averiguar la verdad de lo sucedido. Volver a pasar por ello lo mataría.

Después del almuerzo, pasaron a la habitación de Sebastián. Melisa lo levantó de la cuna y lo puso en brazos de Álvaro, tenía unas facciones hermosas. Valentina era la viva estampa de Gabriel, en cambio, el pequeñín tenía más parecido a Melisa, tocaría esperar a que creciera. Su pecho experimentó gozo al tenerlo en los brazos y un brote de añoranza.

—Es precioso.

—Sí —afirmó Melisa, orgullosa—, la primera semana casi no me despego de la cuna, con mi adorada Valentina me ocurrió lo mismo.

—Dios los proteja siempre —susurró, mientras el bebé le aferraba el pulgar.

—La ceremonia será en tres días —señaló Gabriel—, en la iglesia de una hacienda a pocos minutos de aquí. Allí mismo haremos la celebración, tienes cita con el sacerdote mañana en la tarde, te enviaré todos los datos por correo.

Los días siguientes transcurrieron con celeridad y el día del bautizo llegó. Álvaro se alegró de ver a toda la familia reunida en tan feliz circunstancia, el momento en que el sacerdote regó de agua bendita la cabeza de Sebastián fue interrumpido por el grito del pequeño, que al parecer encontró el agua demasiado fría. La madrina fue la hermana de Gabriel, Amparo.

En la reunión, que transcurrió en un salón de eventos y en los jardines de la hacienda, Álvaro pudo hablar con Rafael Preciado, que lo instó a que volviera a trabajar con ellos. Sorteó con éxito la presentación de una amiga de Melisa, abogada en Derecho Familiar, una atractiva joven de no más de veintiocho años. De no haber tenido tanto en mente, se hubiera sentido tentado de cortejar a la chica, porque era preciosa y con una sonrisa muy dulce. Se retiró de la reunión temprano. Tendría vuelo al día siguiente.

Capítulo 14

Álvaro tecleó el número de Armand tan pronto traspuso los controles de seguridad del aeropuerto. Lo citó en su casa en una hora y media.

La baja temperatura lo recibió tan pronto traspuso el umbral del terminal. Ya en el automóvil, que había dejado en el parqueadero, encendió la calefacción y se dirigió a su departamento. Alcanzó a cambiarse y a abrir las maletas, que dejó en una esquina del cuarto, Soraya las arreglaría al día siguiente. Abrió la puerta en cuanto Armand se anunció.

Lo hizo pasar, esta vez al estudio, después de los saludos de rigor.

—Le escucho.

—Monsieur, Dan Porter ya no trabaja en Nueva York, fue ascendido hace unos años y está en las oficinas de Washington. Soltero, heterosexual, practica *squash* y visita a una periodista dos o tres veces por semana desde hace tres meses. Viaja a Europa una vez al año, pero es imposible seguirle el rastro. Lo que investigué no sé si le será de utilidad. Me remití a los datos que usted me dio.

—Siga.

—Me remonté a la fecha en que ocurrió el suceso, pero no fue fácil, nueve años son nueve años.

Álvaro se levantó y le ofreció una copa de coñac, que el hombre aceptó. Volvió a tomar asiento.

—Estuve en el vecindario donde vivía Sofia Marinelli. Unos

vecinos me contaron que lo último que supieron de esa familia fue que unos hombres sacaban de la casa al abuelo de la joven, y que luego de eso no habían vuelto a ver a ninguno de los dos, como si se los hubiera tragado la tierra, hasta que supieron del accidente de auto, días después. Y también dijeron que la noche del día en que se llevaron al anciano, el perro ladraba y lloraba, y llegó el mismo agente que usted me envió a investigar, lo sacó y lo llevó para su casa con sus cuencos y una manta, como si supiera que sus dueños no iban a volver.

—¿Qué día ocurrió aquello?

—El día 19 de julio.

—El accidente fue el día 23 —confirmó Álvaro—. Cuatro días después.

“¿Dónde diablos estuvieron todos esos días?”, se preguntó. Miró al detective, disimulando la opresión en el pecho.

—¿Qué vecinos le contaron eso? —No entendía por qué a él nadie se lo había dicho cuando estuvo indagando.

—Fue una pareja de inmigrantes que aún vive en la casa contigua. Extrañados por la desaparición, hablaron con Dan Porter, que se negó a darles explicaciones y cuando ellos insistieron en dar aviso a las autoridades, fue que apareció la noticia del accidente. A los pocos días les hizo una visita donde les prohibió hablar de aquel asunto a nadie, bajo amenaza de deportarlos. Ni siquiera pudieron asistir a las exequias.

“Maldito hijo de puta”, caviló Álvaro. Esa gente había recibido el mismo tratamiento que él.

El detective interrumpió sus pensamientos.

—Ese mismo día —continuó—, en la segunda dirección que usted me dio, donde Sofía realizaba un trabajo, entró Ivanova Golubev

en horas de la mañana y a los pocos minutos, entró la propia Sofía, y luego varios hombres.

—¿Eso cómo lo supo? —preguntó Álvaro, articulando despacio las palabras para no revelar su ansiedad.

—La vecina, una anciana con su mente aún lúcida, lo recordaba todo, pues desde ese día no volvió a ver a la joven rusa ni a sus guardaespaldas. Por la misma época, algunos vecinos comentaron que habían visto a varios hombres sacar algo envuelto en una alfombra, pero la gente les temía porque hicieron amenazas veladas y nadie le dijo nada a la policía cuando fueron a investigar. El departamento lo ocuparon otras personas.

—¡Lo sabía! Sabía que esos cabrones solo traerían problemas.

—¿Los conocía?

—No, pero Sofía sí.

Álvaro se levantó de la silla y caminó por la estancia. Se había dejado meter los dedos en la boca. Estaba seguro. Dan Porter lo había manejado como a un niño de pañal. Se detuvo frente a la ventana, y mientras digería lo que acababa de escuchar, se concentró en el paisaje invernal, los árboles desprovistos de hojas, la ciudad congelada, la soledad en los andenes. Se maldijo por no insistir, por no haberle sacado la verdad al agente.

—Al tiempo de la noticia del accidente, hubo una detención, por un caso de trata de blancas, el informe que tengo hace alusión a un arresto en un puerto de una embarcación que traía mujeres de otros países y drogas, así como la detención de un Pakhan de la mafia rusa. Todo esto fue ajeno a la prensa, se manejó con la máxima discreción.

—¿Qué tiene eso que ver con Sofía? —preguntó Álvaro, con la

curiosidad pintada en su rostro.

—Algunas fotografías de los hombres investigados coinciden con los guardaespaldas del ruso.

Álvaro lo miró, sorprendido. Él detective sonrió.

—Alguien me debía un favor.

Tuvo que ser un favor muy gordo, pensó Álvaro, porque con él ni siquiera la anciana vecina del departamento de Ivanova quiso hablar. La cabeza le tronaba. Había demasiados indicios como para no considerar la posibilidad de que la mujer que vio en el centro comercial pudiera ser realmente Sofía. Él siempre supo que algo no estaba bien en aquella historia que Porter le contó, pero se había encerrado en su pena sin siquiera molestarse en corroborar la versión. Claro que era joven e inexperto, y la pérdida lo inmovilizó. No era una excusa, pero era cierto. Se había centrado en su sufrimiento sin ir más allá, aquel dolor inmenso le opacó el sentido común y lo hizo desistir demasiado pronto.

Hasta el encuentro con la mujer, el recuerdo de Sofía se limitaba a unas pocas veces al día, después del encuentro, su rostro volvía a él en cualquier momento, risueño, furioso, apasionado, o ensimismado, como cuando pintaba. Aún hoy, años después, seguía viéndola como la había visto la primera vez, esa en que ella le extendió aquel hilo invisible al que él se aferró y del que no había podido soltarse nunca más.

Los primeros meses tras el fallecimiento casi se muere de melancolía, solo la llegada a su hacienda La milagrosa lo había devuelto un poco a la vida. Llegó con mirada sombría, con la pena en carne viva. Sus empleados en principio debieron aguantar sus raptos de depresión y malgenio, pero las cabalgatas por las colinas, el verde

pasto, el aire limpio, el olor a café en las mañanas y hasta el cariño con el que le soportaban sus malos ratos lograron la resignación de su alma. Se dedicó de lleno al trabajo, era el primero que se levantaba y el último que se acostaba, un día era demasiado largo, horas, minutos y segundos que debía llenar de actividades para no pensar. El cansancio era el único que mantenía a raya las pesadillas y los malos sueños.

En el día, los recuerdos lo asaltaban en tropel, cuando le acariciaba su oscuro cabello y se deslizaba en su pecho al abrazarse después de hacer el amor, cuando le besaba los hombros y aspiraba su aroma embriagador. La sensación cuando la besaba y su expresión en el momento del orgasmo, como si le regalaran la luna. Su tono de voz jurándole que lo adoraba en esa lengua especial que lo volvía loco.

Volvió a respirar cuando un atardecer de finales de noviembre, mientras bebía un whisky sentado en la galería y pensaba en abonos y plaguicidas, una brisa tibia le trajo una frase que Sofia que le había repetido en el momento de la despedida “*Ritorna da mi, amore mio, tu sei l’amore della mia vita*”[\[14\]](#)”.

También eres el amor de mi vida, siempre —le había respondido al viento, volviendo a sentir algo parecido a la esperanza. Sabía que no se radicaría en la hacienda, pero siempre sería un lugar al que podría volver para encontrar la paz.

Volvió a su presente, el investigador se había quedado sentado degustando su licor, sin imaginar la tormenta que se agitaba bajo su indolente fachada. Se sentó de nuevo.

—Y entonces usted cree que esos hechos pueden estar relacionados.

—Mi investigación llega hasta ahí, mi contacto no pudo ahondar más, en Estados Unidos no tengo las mismas conexiones que aquí en Europa.

—Hizo un buen trabajo, Armand. Los norteamericanos son muy celosos de su seguridad —afirmó Álvaro—. No le será fácil recabar más información. ¿Qué informe tiene de las actividades de Chantal Duras estos días?

—Ya está en su correo, puede verlo.

Álvaro se acercó a su tableta, que estaba en la mesa de centro. Esperó con impaciencia a que entrara la señal, tamborileó los dedos en la rodilla, abrió el correo y lo primero que descargó fueron las fotografías, que la mostraban reunida con dos mujeres en un mercado artesanal, oliendo y escogiendo esencias. Estas eran las mujeres de las que le había hablado Armand. Después abrió un video donde pudo escucharla mientras impartía algunas enseñanzas. Su tono de voz en perfecto francés lo excitaba, de haber soltado alguna frase en italiano, se habría muerto allí mismo.

Observaba con atención cada secuencia. El pulso se le aceleró al ver la paciencia y la calma con la que impartía sus conocimientos mientras ellas se llevaban las hierbas a la nariz y tocaban texturas. Un brillo ambicioso asaltó su mirada al verla tocar diferentes frascos, recordó las caricias de sus manos, sus dedos en torno a... Deseo carnal, puro y básico, junto a un sentimiento de soledad lo invadió y le aguó la mirada, tuvo que dejar la tableta en la mesa antes de hacer un espectáculo frente al hombre.

Armand le contó que Chantal había pasado la Navidad en casa de su mejor amiga en compañía de la familia.

—El año nuevo viajó al sur con el fotógrafo. —Levantó la

mirada ante la exhalación que profirió Álvaro—. Ese hombre es un enigma, sabe de seguridad, fue muy difícil tomar las tres fotografías que hay de ellos. No he podido profundizar en sus antecedentes, me topo con una pared enseguida.

Los celos llegaron para instalársele en la boca del estómago. Furioso, pero sin querer perder el control ante el investigador, lo despachó rápidamente y le dijo que esperara instrucciones suyas. El pago por sus servicios estaría en su cuenta a primera hora de la mañana.

En cuanto se supo solo, tomó la tableta otra vez y volvió a donde lo había dejado. Los rasgos se endurecieron y una bilis de odio se paseó por su cuerpo. La primera fotografía los mostraba tomados de la mano, la segunda sentados a la mesa de un café, él le acariciaba el brazo, ella lucía distraída. Ese hijo de puta la tocaba, ¡la tocaba! La tercera foto era en el balcón del hotel, se veía que discutían.

Sofrenó un gesto amargo. ¡Dios mío! Se iba a volver loco. ¿Y si no era ella? Sus celos eran ridículos. ¿Cómo iba sentirse traicionado por culpa de una mujer que a lo mejor no era su Sofía?

Dejó la tableta e hizo una llamada. Al rato, escuchó llamar al timbre. Abrió la puerta y una mujer de cabello negro como la noche y ojos oscuros entró a la sala. Un aroma a perfume caro invadió el lugar.

—Quédate ahí —le dijo Álvaro.

La mujer, con un brillo lujurioso en la mirada, le hizo caso y se quedó quieta, de pie en la mitad del salón.

—Desvístete despacio, quiero verte —ordenó él.

Álvaro había pasado la mañana en una reunión con ejecutivos de los ministerios de Relaciones Exteriores y de Minas de Colombia.

Una firma sudafricana encargada de la explotación de oro en el mundo, y que llevaba años en el país, deseaba abandonar sus inversiones. Influían en el problema la baja del precio internacional del metal, las legislaciones poco claras respecto a la explotación, el rechazo de la comunidad a los grandes proyectos y la proliferación de la minería ilegal por parte de grupos al margen de la ley. Álvaro tuvo que recurrir a sus dotes de negociante para lograr dos años más de permanencia de la empresa en el territorio colombiano. Tendría que recurrir al poder legislativo para presentar, junto a varios asesores, un nuevo proyecto de ley que beneficiara más al país y a las comunidades teniendo en cuenta las condiciones ambientales.

No lograba sacarse de la cabeza a la tal Chantal, maldita fuera la hora en que entró a ese centro comercial y la paz abandonó su vida. Tanta incertidumbre lo agobiaba, a veces se sentía tentado a abandonar aquella historia de una vez por todas, otras sentía que tenía que hacer algo más al respecto, tal vez confrontar de una vez por todas a aquella mujer, pero no se decidía.

El detective le marcó a su móvil una semana después. Como entre un túnel escuchó su voz cuando dijo algo sobre Chantal.

—¿Qué dijo?

—Visita dos veces a la semana el museo D' Orsay.

Un gesto oscuro opacó la mirada de Álvaro y palideció de pronto. Le importaba una mierda que fuera una profesional de éxito, que tuviera un romance con un puto fotógrafo y se tiñera el cabello de rubio, era ella, era Sofía. Ya no cabía ninguna duda.

Se paró de la silla en tensión y caminó por la sala como fiera enjaulada. ¿Cómo confrontarla? ¿Qué decirle? No podía olvidar que ella tuvo que ser partícipe de la pantomima que montaron para

engañarlo. ¿Por qué? Una cosa era superar un duelo y otra muy diferente perdonar un engaño nueve años después.

—¿Qué días visita el museo?

—Martes y viernes al mediodía.

El martes siguiente salió de la embajada antes del mediodía. El Musée d'Orsay, ubicado en el VII distrito, en la antigua estación ferroviaria de Orsay, con su majestuosa fachada que daba al Sena, albergaba la mayor colección de pintores impresionistas del mundo. Al ser invierno, no había tanta gente como en otra época del año, cosa que Álvaro agradeció.

Al llegar al lugar buscó con celeridad las salas donde estaban alojadas las obras de Degas. No vio a la mujer por ningún lado, pero al consultar la hora, comprendió que aún era temprano. Se escudó detrás de una columna a esperar. Revisaba sus mensajes del móvil y entre pausa y pausa, observaba quién entraba a los salones. Vestía un traje entero gris, camisa blanca y corbata de colores sobrios, las mujeres que pasaban le destinaban miradas de admiración. Él solo estaba pendiente de las puertas de acceso con el aroma a expectación circundándolo.

Ella apareció detrás de un grupo de turistas orientales. Estaba sola y dio gracias a Dios por ello. El aire se espesó a su alrededor y escuchó las voces a lo lejos, la sangre le zumbaba en los oídos. A pesar de estar furioso, tuvo que reconocer que Chantal, o Sofía, estaba hermosa, lucía un conjunto azul marino de pantalón y chaqueta, y zapatos cerrados de tacón delgado. Volvió la mirada a su rostro y cabello, se había hecho un recogido sencillo a la altura de la nuca y el maquillaje era suave, resaltando los labios, después de detallarlos le fue imposible mirar más allá, si cerraba los ojos la volvía a ver con el

cabello castaño.

La vio encaminarse a una de las salas donde había esculturas y los famosos desnudos de Degas. Deambuló hasta quedar frente a una pintura llamada *La bañera*, que mostraba una mujer agachada sujetándose el cabello. Respiró profundo y con pasos de pantera se acercó a ella.

—Prefiero los desnudos a las bailarinas.

—¡Usted! —exclamó ella, con ojos acerados.

Trató de recomponerse enseguida, pero no le salió tan bien como la vez anterior. Álvaro notó la fuerza con que aferraba el bolso hasta tener los nudillos blancos, pudo ver el temor, la incertidumbre y algo indescifrable pasearse por su rostro.

—Sí, soy yo, y permítame presentarme, ese día no pude hacerlo. Soy Álvaro Trespalacios.

Le dio la mano y disfrutó por unos instantes de la textura y el frío de su piel: sudaba. El pulso se le aceleró. La mujer se soltó rápidamente.

—Mucho gusto, monsieur.

—Álvaro.

La notó tensa, nerviosa.

—¿Encontró a la mujer con la que me confundió?

Él levantó la comisura de su boca, sin dejar de observarle los labios. Ella se sonrojó.

—No me ha dicho su nombre —dijo, ignorando su pregunta de manera deliberada.

—Chantal Duras.

—Chantal, bello nombre.

—Gracias.

—¿Es admiradora de Degas? —preguntó, llevando su mirada a la pintura.

—Sí, me gusta mucho.

—¿Pinta?

Un velo de nostalgias, de sueños sin esperanzas cubrió el rostro de Chantal. Era otra prueba, Álvaro fijó los ojos en ella. Estaba cansado de las especulaciones, de la cantidad de preguntas sin respuesta que lo tenían a punto de enloquecer. Tendría que tranquilizarse. Con fingida calma, la escuchó sin dejar de mirarla.

—No, no pinto.

Quedó abismado de la desfachatez con la que negó su trabajo.

—Entonces es como yo, solo una admiradora del arte. —
contestó él con cierto dejo de ironía.

Ella lo miró con sus botones de oro viejo vestidos de rebeldía.

—Soy soñadora de arte.

—Sueña con...

—Sueño que soy creadora de arte.

“¿Cómo puedes hacerme esto, Sofia?, ¿cómo puedes?” pensó él furioso y recurriendo a su cara de jugador de Poker.

—¿Hay alguna razón por lo que no puede hacer su sueño realidad? —No se atrevía a tutearla.

—No es de su incumbencia.

“Claro que es de mi incumbencia, desde que estás montando esta obra de teatro, no me creas imbécil”, quiso decirle. Quería presionarla, que lo admitiera, ya no tenía dudas. Al llegar al lugar, lo único en lo que pensaba era en sacarle la verdad de alguna forma, después de unos minutos solo deseaba abrazarla, luego se reprendía a sí mismo, estaba en un círculo vicioso del que no podía salir.

Caminaron por la sala sin decirse una sola palabra. Había decidido no hablar hasta que ella lo hiciera. No dejaba de mirarla, vislumbraba en sus ojos un dejo de ausencia y melancolía. Su Sofia, como buena artista, no era una persona fácil, tenía sus momentos melancólicos, pero no era una presencia constante en su vida a pesar de la pérdida de sus padres a tan temprana edad. Álvaro se imaginaba que la obra de esta mujer, porque le mentía estaba seguro, sería profunda y oscura, que mostraría su indefensión y aislamiento. Otra vez daba cosas por sentado. Se distrajo en su perfil, deseaba preguntarle por el uso de las lentillas, pero no tenía la confianza suficiente para hacerlo, tenía que contenerse, ya no era un muchachito, era un hombre en control de sus emociones.

—¿De dónde es, Álvaro? —Su voz sonó como un chasquido en un cuarto silencioso.

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre y tuvo el insensato deseo de arrinconarla contra la pared y susurrarle sobre sus labios que dijera su nombre una y otra vez.

—Soy colombiano.

—“Ser colombiano es un acto de fe”. —Álvaro la miró, sorprendido, ella soltó una risa—. No lo digo yo, lo dijo Borges.

A Álvaro se le aflojaron las rodillas como a un colegial, su risa lo llevó por el sendero del recuerdo. “Habla conmigo, cuéntame que pasó. ¿Estás enamorada de ese hombre?”.

—Es cierto, fue la única historia de amor que escribió —dijo él, refiriéndose al relato que contenía la cita—. Un profesor colombiano y una joven noruega. ¿Habla español?

—Tendrá que adivinarlo. Con permiso —dijo, apartándose.

Álvaro recordó el número de países en el que ella había vivido,

ninguno era de habla hispana.

Caminó por el lugar, lejos de él. Álvaro la dejó deambular, no quería parecer más desesperado de lo que se sentía, el tiempo transcurría demasiado rápido para él, que deseaba eternizar la presencia de Chantal en el salón. La vio mirar el reloj en dos ocasiones, el tiempo se agotaba y era incapaz de dilucidar nada. Se acercó de nuevo.

—¿Sofía? —No se pudo aguantar, ella tensó los hombros, pero se negó a devolverle la mirada.

—Debo irme —susurró, sin mirarlo.

—Tenía que intentarlo —se disculpó él.

Ella observó un cuadro con un gesto desolado que él estaba seguro de que no era por la dichosa pintura. Recordó la alegría y la pasión con la que hablaba del museo y del pintor.

—Pierde su tiempo —dijo ella, al fin.

Se dirigió a la salida con paso apresurado. Él, con semblante decepcionado, la siguió.

—La acompaño a la salida.

—No es necesario.

—Ya lo creo que sí.

En el vestíbulo, Sofía reclamó su abrigo.

—Permítame que la ayude —se apresuró Álvaro a sujetar la prenda, y la puso en sus hombros.

Su olor lo envolvió, no era verbena, sino una esencia más sensual, que iba y venía, como jugando al escondite con sus sentidos sin poder oponerse. Quiso acariciarle la nuca, acercarse y olfatearla. La había percibido en el salón y quiso fijarla en su nariz, pero se desvanecía con sutileza exquisita. Deseó verle los hombros y entonces

recordó cómo le gustaba acariciarlos. Percibió un ligero escalofrío en su piel. Necesitaba a Sofía, la dulce pintora que lo había hechizado, a lo mejor se había vuelto loco y estaba peleando contra molinos de viento. Deseaba conquistar a esta mujer, envolverla, llevarla a la cama. Allí lo sabría. Apesar del frío, de solo imaginarla desnuda y pegada a su piel, se prendió como una yesca.

Salieron del museo. Un paisaje gris junto a una baja temperatura los recibió. Caminaron el uno al lado del otro y llegaron hasta el parqueadero.

—Vaya a cenar conmigo mañana —dijo Álvaro, antes de que ella entrara a su vehículo.

—No puedo.

—No está casada, ni comprometida, no tiene anillos.

Ella soltó una deliciosa carcajada.

—Eso no tiene ninguna importancia y no sería la única razón para no salir con usted. Es un engreído, señor Trespalacios.

—¿Entonces?

Necesitaba ponerse por encima de la situación, no mostrar la ansiedad que lo consumía porque ella aceptara salir con él.

—¿Qué pasa? Por lo visto no lo rechazan con frecuencia.

—Salga conmigo, a pasear o a tomar un café por la ribera del Sena —insistió, sin prestarle atención a su comentario.

Álvaro pudo percatarse de la lucha que se libraba en su interior. Agachó el rostro y cuando lo levantó, estaba ruborizada.

—No soy mal partido —insistió, riendo—, tengo modales en la mesa, no me emborracho frente a una dama y pago la cuenta.

—Lástima, siempre que querido sentarme a la mesa del restaurante más fino con un hombre sin modales. —Se puso seria de

repente—. Es usted muy insistente.

Después de un silencio que para Álvaro fue como esperar una maldita sentencia, ella encendió el auto. Copos de nieve empezaron a caer.

—Está bien, saldré con usted.

Ella le dio el número del móvil.

—La llamaré mañana para darle los detalles.

—Esperaré ansiosa —dijo, con algo de ironía.

—Descanse, Chantal.

—Gracias, igual usted.

Álvaro se quedó parado en el parqueadero, viendo los copos caer sobre el pavimento. En pocos minutos el piso estaría tapizado de blanco. Entró a su coche y se marchó, sin percatarse de la presencia de un hombre que, en ese mismo momento, guardaba en su maletín una cámara fotográfica profesional y abordaba su propio auto.

Debido a su aparición en días pasados en una de las bodas más sonadas de la alta sociedad parisina —a la que había asistido a petición de su padre, que era muy amigo del de la novia— un famoso periódico francés había reparado en Álvaro y decidido incluirlo en un reportaje titulado “Extranjeros de éxito en París”, que saldría en los próximos días. Su atractivo y su enigma lo habían puesto en la palestra de soltero codiciado para el año que empezaba. No le interesaba, pero a los medios poco les importaba su opinión.

Un fotógrafo empleado del periódico en cuestión le había tomado un par de fotografías solo, y cuando le pidió una con su actual pareja, Álvaro le dijo que en ese momento estaba solo. El hombre había decidido seguirlo, pues quería conseguir una foto más natural

que las que ya tenía.

Ya ante su ordenador, fue pasando una por una las que logró sacarle en el parqueadero del Museo D'orsay. La manera en que el joven empresario colombiano miraba a aquella mujer indicaba que se sentía atraído por ella. Sonrió, satisfecho. Ya tenía una idea de cuál sería la que el redactor escogería.

Capítulo 15

Chantal Duras condujo unos minutos con el volante aferrado entre sus manos temblorosas y la mirada fija en la carretera, hasta que un lamento salió de su boca y tuvo que parar el auto para no terminar estrellada contra un árbol o un poste. Hacía muchos años que no lloraba —las lágrimas le habían demostrado no servir de nada—, pero desde la aparición de Álvaro en el centro comercial, no conseguía dejar de hacerlo.

Recordó con exactitud su reacción al verlo en la galería antes de Navidad, cuando la llamó Sofia, con ese tono de voz con el que soñaba tantas veces, con esa inflexión áspera que nueve años atrás le susurraba palabras de amor y promesas, rompiendo los débiles hilos de la cicatriz que llevaba en el alma. Su mirada la bañó como una cascada radiante.

Siempre pensó en un reencuentro, e imaginó lo que haría, lo que diría, pero nada la preparó para lo que experimentó cuando lo volvió a ver. Fue aterrador. Se sintió mareada, como si el suelo hubiera oscilado. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para mantenerse en pie, recurrir a todo su entrenamiento con el FBI para no delatarse, recordó que renunciar a su nombre fue lo que más trabajo le costó, y cuando le contestó que ella no era la mujer que buscaba, su alma se lamentó enseguida.

Había cambiado. Era todo un hombre, hermoso y elegante, como siempre soñó que sería, el cabello ya no lucía esos mechones rubios de la juventud y tenía un rictus en la boca, un gesto que

denotaba firmeza de carácter. Tan pronto salió del lugar como alma que se lleva el diablo, se dio cuenta de que contenía la respiración. Soltó un lamento, como si hubiera sido herida de muerte y quiso regresar. ¿Cuándo ocurría una coincidencia como esa? La gente muy pocas veces se reencontraba con el amor de su vida. El corazón pareció salirse del pecho, pero se dijo que dejaría las cosas así. Ni siquiera se lo comentó a Alexander cuando la llamó del otro lado del mundo.

El ruso trabajaba desde hacía unos años como agente de la CIA, con una nueva identidad y la tapadera de fotógrafo freelance. En su encuentro para despedir el año, no pudo evitar que él la encontrara distante y fría. No lo amaba, era un compañero de cama con el que había compartido una dura experiencia, ambos eran seres heridos que solo anhelaban no sentirse solos en el mundo, pero sus corazones estaban congelados. Llevaban dos años juntos y sabía que algún día terminaría.

Tampoco fue capaz de decirle nada a Dan, al que llamaba una vez al mes. Una piedra golpeó la ventana del auto, los copos de nieve caían a un ritmo constante. Edith la mataría en cuanto supiera que había aceptado la invitación.

Fue incapaz de ir a trabajar esa tarde. Sin noción clara de tiempo y espacio, llegó sin mayores tropiezos a su casa. Vivía en un edificio de tres pisos de principios del siglo XX. Subió las escaleras al segundo piso y entró al departamento. Paseó su mirada por la habitación sin ver el sofá tapizado de rojo ni las sillas de colores claros, ni sus propios cuadros que ocupaban las paredes, ni el comedor pequeño, tallado en madera oscura y con líneas sobrias, regalo de la madre de Edith. La mesa estaba cubierta de revistas, papeles y sobres sin abrir.

Se sentó en el sofá y no se levantó de allí en toda la tarde. En la noche, ya había decidido cancelar la invitación a cenar, era una locura haberla aceptado. Intentó llamarlo para comunicárselo, pero no fue capaz. “Dios mío”, susurraba para sí, “déjame verlo una vez más, solo una vez más, por favor. Compartir un breve espacio juntos, respirar en la misma habitación que él”. Si supiera... Recordó el momento en que su vida había dado un giro completo que la expulsó a la existencia prestada que vivía en ese momento.

—¡Sofía! —exclamó Ivanova en tono de voz asustado—.

Necesito que salgas de aquí ahora.

Sofía la miró, sorprendida.

—Solo vine a traerte el trabajo terminado —dijo ella, ajena a todo lo que pasaba por la mente de la mujer—. Discúlpame, es la primera vez que uso las llaves.

Las pinturas estaban en la sala, y si no hubiera tenido que correr por su vida, Ivanova hubiera apreciado el bello trabajo que encerraba cada una.

—Tienes que irte ya.

Sofía la miró pasmada.

—No entiendo...

—Llévate los cuadros, por favor.

—¿Qué pasa, Ivanova?

La mujer estaba a punto de sufrir un ataque de histeria, toda su templanza se desmoronó ante la presencia de Sofía.

—Pasa que Sergei vendrá por mí y si te encuentra te matará, vete, por lo que más quieras, vete.

Sofía quedó impactada al escucharla. Ivanova se desesperó.

Abrió su bolso y con manos temblorosas le entregó una cantidad de billetes que ni siquiera contó.

—Vamos, ya he perdido mucho tiempo.

La condujo hacia los cuadros y la hizo recogerlos. En ese momento, unos pasos resonaron por la escalera. La expresión de Ivanova cambió a un gesto vacío, al escuchar la voz de Sergei dando la orden a uno de sus hombres que revisaran a todo el que saliera del edificio. Sofía la miraba aterrada, sin saber qué hacer.

—Ya es tarde. Lo siento mucho, Sofía, lo siento, entrégale esto al FBI. —Le dio la memoria—. Por lo que más quieras, hazlo, haz que valga la pena, haz que mi hija sea libre. Escóndete en ese armario y roguemos porque no te encuentren. En cuanto te quedes sola, podrás salir por la escalera de incendios. Lo siento.

Sofía, asustada de muerte, soltó los cuadros, guardó la memoria en su bolsillo y entró al armario. No había terminado de echarse una manta encima, cuando escuchó un estrépito. Por entre la ranura del mueble, vio entrar a tres hombres mucho más terroríficos que los que ella se encontraba abajo cada vez que venía a las sesiones. Vio como uno de ellos, con unos brillantes e inhumanos ojos azules, de mirada extraña y fría, le ordenó al otro par que aseguraran a Ivanova.

—¿Qué pasa, Sergei? —preguntó ella, disimulando el terror.

—Milya, ¿tienes algo que es mío?

Un ceño fruncido apareció en el rostro de Ivanova. Sofía, tras la ranura, observó el cambio en la mujer, en medio de su angustia percibió cómo la mentira y la actuación estaba adheridas a su vida como una segunda piel.

—No sé de qué hablas.

Sofía se sintió mareada al ver que Sergei llevaba una mano a su chaqueta y sacaba un cuchillo de una funda. La cara del guardaespaldas, al que escuchó que llamaba Viktor, era de satisfacción.

La expresión de Ivanova delataba que no se iría sin luchar. En su mirada derrotada pudo vislumbrar que la ilusión de la mujer de un futuro con Natasha se había diluido como un sueño de madrugada. Sintió su angustia al saber que moriría sin saber que sería de su hija. El hombre se cernió sobre ella, acaparando su campo de visión por completo. La miró atentamente, con un claro mensaje: eres mi propiedad. Se acercó más, hasta que sus narices se tocaron.

—Yo creo que sí sabes, milaya. Preparaste todo para destruirme —dijo con una voz con marcado acento ruso, sin inflexiones, como si estuviera hablando del clima, lo que pareció asustar aún más a Ivanova.

Sofía quiso gritar, la mirada de odio que le destinaba Sergei a la mujer en ese momento le decía que la mataría sin contemplaciones de ningún tipo y haría una alfombra con su piel. Se mordió la mano para evitar hacer una estupidez.

—Nunca lo haría, mi Sergei —mintió en su tono de voz empalagoso, disfrazando el terror como solo podía hacerlo una mujer que llevaba años rebajada por la lujuria y la frialdad, que veía su vida ir de camino al infierno—. Esas pinturas son mi regalo para ti.

El hombre se levantó, tomó las telas y con deliberada calma, observó el trabajo de Sofía. Soltó una risotada burlona.

—¿Piensas que voy a colgar el cuadro de una puta traicionera en alguna de las habitaciones de mi casa?

Soltó las telas despacio, después se volteó y le dio una

bofetada.

—Zorra mentirosa, te saqué de la mierda en la que estabas y te di todo. —Aumentó en unos puntos la inflexión de la voz—. ¡Puta! ¡Dame la memoria! —Acercó el cuchillo a su cara—. ¡Ahora!

Con la rapidez de un rayo, le atravesó el pómulo con el arma blanca.

Ella gritó. La sangre le escurrió por el cuello hasta manchar el vestido. La herida que le había hecho no podría ser reparada por ningún cirujano plástico. De salir con vida, quedaría con el rostro desfigurado para siempre.

Sofía empezó a temblar de manera incontrolable. El terror se mezclaba con el anhelo de sobrevivir, de salir de alguna forma de esa situación bizarra.

—¡Shhh! —Sergei se acercó y consoló a Ivanova como a una niña. Mantuvo el tono de voz bajo y calmado. No tenía que gritar para hacerse entender. Su intención era clara. Ella estaba atada por sus hombres y él tenía poder sobre su vida y muerte—. Dime dónde está y te perdonaré la vida, trabajarás en uno de los prostíbulos cercanos al puerto y dejaré vivir a tu hija.

El pecho de Ivanova se agitaba, Sergei se alejó unos pasos y le clavó sus pálidos ojos, la maldad que emanaba de su cuerpo parecía extenderse hacia ella, como repugnantes tentáculos, tocándola donde más le dolía. Estaba en el filo de un cuchillo como el que ahora la amenazaba, la expresión de su mirada le dijo a Sofía que en ese momento se aferraba al odio y a la rabia que la mantendrían en vilo unos minutos más antes de abrir sus emociones en canal.

—¡Púdrete, maldito bastardo! La memoria ya la tiene el FBI, estás jodido, te pudrirás en una cárcel, maldito hijo de puta.

—¡Zorra! ¡Puta! —Apenas levantó el tono de voz, mientras el cuchillo le cruzaba el otro pómulo—. No te creo, perra, ya tendría al FBI encima de mí.]

Ya iba sobre ella para infligirle otra herida, cuando su móvil vibró. Lo tomó enseguida.

—Habla.

A medida que escuchaba el mensaje, de quien fuera el que estuviera hablando, el rostro del hombre se desencajó, era evidente que estaba recibiendo malas noticias. En cuanto colgó, su mirada era una sentencia de muerte para el que se cruzara en su camino.

Ivanova vio al hombre acercarse a ella con una rabia que nunca le había conocido en el tiempo que estuvieron juntos. La primera cuchillada la sintió en el abdomen, un dolor lacerante la hizo gemir, la segunda fue en el flanco derecho, la sangre salió a borbotones y le manchó la camisa, la tercera fue directa al pecho. A medida que avanzaba en su ataque, las cuchilladas se iban tornando más rápidas. La sangre manchó a los hombres, que ya al verla inconsciente, la soltaron.

Sergei la pateó.

—¡Me cago en la puta! Vamos, la policía tiene rodeado el barco, es hora de desaparecer.

Salieron y bajaron las escaleras.

Sofía estaba en shock, apenas podía reaccionar. No se atrevía a moverse, su mano parecía sellada a su boca para evitar soltar un alarido al ver la manera en que habían masacrado a Ivanova. La siguiente sería ella, tenía que salir de allí. Abrió la puerta del armario, la cerró de nuevo y sin mirar el cadáver, corrió hasta la ventana que llevaba a la escalera de incendios, el corazón quería salirse por la

garganta y las manos le temblaban de manera incontrolable cuando se aferró al marco para saltar, resbaló al poner los pies en la escalera, se sujetó a tiempo y entonces escuchó de nuevo voces tras la puerta.

—La maldita pintora debe estar adentro.

Casi sin saber cómo bajó la estrecha escalera, con un último salto estuvo en la acera y echó a correr. Atravesó dos calles casi sin resuello, con los ojos vidriosos y aterrorizados. Se obligó a hacer más lentos sus pasos, la gente la estaba mirando raro, estaba llamando la atención.

“No permitan que me encuentren”, susurró a sus padres, a los que ya había pedido protección cuando estaba encerrada en el armario. Se quitó el delgado saco rosa y lo botó a la basura, cambiaría su aspecto como había visto hacer en las películas, fue la segunda decisión que tomó después de salir del infierno de hacía pocos minutos.

Apenas podía respirar, no era asidua al ejercicio y sintió náuseas. Se amarró la camiseta blanca en un nudo a la altura del abdomen y se recogió el cabello que llevaba suelto. Al doblar una esquina, vio una librería de segunda. Entró al lugar. Necesitaba pedir ayuda, llamaría a Dan, él sabría qué hacer.

El olor a libro y a madera la calmó. Marcó el número de Dan, buzón de voz, por entre el cristal vio uno de los autos de los rusos pasar despacio, si no se agachaba, la verían. Simuló ver un libro de viajes en un estante pegado al piso, menos mal que nadie reparó en ella. La maldita memoria le pesaba en el bolsillo a medida que pasaban los minutos y el peligro persistía.

Irían a buscarla a su casa, esa gente sabía quién era ella por culpa de la investigación de antecedentes que le habían hecho al

iniciar el maldito trabajo. —¡Nonno! —soltó, angustiada.

Una pareja la miró con curiosidad. Salió de prisa de aquel lugar y entró en un negocio para turistas. Compró unas enormes gafas, una gorra de los Lakers y una camiseta oscura. Caminó de prisa hasta su casa, sin mirar para ningún lado, le dolía el estómago. Al doblar la esquina, vio cómo los hombres de Sergei sacaban a su abuelo y lo metían en una camioneta. El pánico le oprimió el pecho hasta dificultarle la respiración.

Ya iba a gritar que dejaran a su abuelo en paz, cuando la agarraron por detrás. Una enorme mano le tapó la boca y la arrastró hasta un callejón.

—Tranquila, Sofía, soy Alexander.

Sofía pensó que se iba a morir, había escapado de unos para caer en manos de otro, el cuerpo se le desmadejó, sus pensamientos iban de su abuelo a Álvaro, que tanto le había advertido. Las lágrimas bañaban las manos del escolta y apenas podía respirar.

—Soy agente encubierto, nunca te haré daño, pero no puedo soltarte hasta saber que me vas a escuchar y vas a responder a mis preguntas.

Después de unos segundos, Sofía estuvo de acuerdo, la camioneta ya se había perdido calle abajo.

—Tenemos que irnos, ¿ves ese auto azul? —Le señaló un vehículo apostado a pocos metros de la puerta de la casa—. Son hombres de Sergei. —La soltó para que pudiera darse la vuelta y mirar—. ¿Es cierto lo que dicen? ¿La mataron? —preguntó, con mirada angustiada y tono de voz rasposo y seco.

Sofía se condeció de la mirada y el gesto de Alexander al ella corroborar la noticia. Se alejó unos pasos y golpeó la pared con el

puño varias veces, mientras sollozaba como un niño.

—Yo la amaba, la amaba tanto que ese amor me estaba matando, me enfermaba que ese maldito hijo de puta la tocara. No fui bueno para ella. ¡Yo tengo la culpa! Pero por lo menos su hija estará bien.

—¿Adónde llevan a mi abuelo? —preguntó Sofía, desesperada—. Debemos ir a la policía.

Alexander se secó las lágrimas con las manos.

—¿Tienes la memoria?

—Sí —dijo ella, sacándola del bolsillo.

—Iremos al FBI. Sofía, no quiero angustiarte, pero tu vida y la de tu abuelo, corren peligro, yo voy a rescatarlo antes de que se atrevan a hacerle daño. Tienes que confiar en mí, por Ivanova y su familia, ese tipo estará en la cárcel antes de que termine el día. Lo que hay en esta memoria, aparte de la confiscación del barco, pondrá a ese tipo tras las rejas.

Alexander había logrado información del barco gracias a un comentario de Viktor Kasansky, y después de investigar que no fuera una trampa. Habían logrado la incautación de la embarcación una hora atrás.

—Espero que a mi abuelo no le ocurra nada.

—¿Sufrió mucho? Ella... —insistió el hombre.

Sofía no podía mentirle, pues ellos encontrarían el cuerpo tarde o temprano.

—La apuñaló —señaló Sofía, aterrada—. Todo el cuerpo, nunca había visto algo así.

Los sollozos la atacaron de nuevo.

—¡Por favor, salva a mi abuelo! Es lo único que me queda.

Fueron hasta el auto de Alexander, él al ver que se ponía más nerviosa, puso algo de música.

—Estás a salvo, en serio, Sofia.

—Mi abuelo es lo único que me preocupa.

Entraron al edificio del FBI donde Álvaro había estado en días pasados. Alexander la dejó en una oficina con mesas y sillas. Entró Dan minutos después, con aspecto preocupado.

—¡Sofia!

Ella se acercó y lo abrazó, entre hipidos y sollozos le rogó que fuera a buscar a su abuelo.

—Tranquila, ya mi gente está en eso. Cuéntame qué ocurrió.

Sofia le relató todo, desde el día que había conocido a Ivanova. Se pasó las manos por los brazos intentando entrar en calor. Dan llamó a un compañero, un hombre joven de mirada cansada y andar desgarrado.

—Trae un café. —Se volvió a ella—. ¿Me estás diciendo que presenciaste el asesinato de una joven de manos de Sergei Novikov?

—Sí.

—¡Mierda! Estás metida en algo grande, Sofia, estamos detrás de Sergei hace mucho tiempo.

La dejó sola sin decirle nada y en compañía del café que acababan de traerle. Sofia apoyó la cabeza en la mesa e imaginó que estaba dentro un mal sueño del que podría despertar.

Un oficial entró en la sala donde se encontraba Sofia y extendió ante ella unas fotografías.

—¿Conoces a este hombre? —preguntó, señalando a Sergei.

—Sí, él fue el que apuñaló a Ivanova.

—De acuerdo. —El agente levantó el conjunto de fotos y

extendió otro montón frente a ella—. ¿Reconoces a alguno de los que figuran en las imágenes?

Reconoció a los dos hombres que aferraron a Ivanova para que Sergei cumpliera su cometido. Nuevamente retiraron las fotos y las sustituyeron por otras. Aparecieron los guardaespaldas que cuidaban a la rusa mientras ella la pintaba.

—¿Los arrestarán, verdad? —preguntó Sofía, elevando el tono de voz y temblando. Se levantó de la silla y caminó, angustiada.

—Lo haremos. Descansa un momento —dijo el agente con suavidad, en un tono de sincera preocupación—. Tómate tu tiempo.

Sofía pidió ver a Dan. Estaba desesperada por tener noticias de su abuelo.

—¿Deseas comer algo? —preguntó este al regresar, aún con las manos apoyadas en la puerta.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Sabes algo del nonno?

—Sofía, yo...

Ella tiró la silla hacia atrás y se acercó hasta quedar frente a su amigo.

—¿Qué pasa, Dan? Dime que mi nonno está bien.

El joven negó con la cabeza y con los ojos aguados, la abrazó.

—Lo siento mucho Sofía, lo acaban de encontrar en una bodega de esos malditos, parece que su corazón no resistió.

El rostro de Sofía perdió toda expresión. El miedo y la tristeza estaban a punto de vencerla. El entorno se volvió negro. El cuerpo le temblaba y le castañeteaban los dientes, mientras un sudor frío surcaba su piel. La imagen de su abuelo al despedirse de ella esa mañana la tenía grabada en la retina y no podía creer que no volvería

a verlo. Un alarido que le puso los pelos de punta a Dan irrumpió en la habitación. Se abrazó a él con tal fuerza que ambos terminaron en el suelo. El hombre la consoló como si de una niña se tratara. La abrazaba y la mecía, para tratar de calmarla.

—Mi abuelo, mi nonno, no, por favor —le imploraba a Dan.

—Lo siento, lo siento mucho, Sofía.

Un agente entró en la habitación.

—¡Fuera! —bramó Dan.

“Álvaro, ¿Dónde estás amor de mi vida? Te necesito”.

Capítulo 16

En cuanto llegó Edith a la casa, se asustó de ver a Chantal en el sofá con las luces apagadas. Encendió la lámpara, que les regaló un juego de luces y sombras que hacían acogedor el ambiente. El gesto desolado de su amiga, como siempre que viajaba al pasado, la angustió. Sofía le contó de su encuentro con Álvaro. Ella conocía la historia.

—No creo que sea una coincidencia.

—Yo tampoco, me está siguiendo.

—¿Te crees capaz de enfrentarlo? ¿De engañarlo haciéndole creer que eres Chantal? No se va a tragar el cuento.

Sofía hizo un gesto de impotencia.

—Él ya sabe quién soy. ¿Olvidas que me encontró en el museo? Sabe perfectamente lo que significa Degas para mí.

—¿Entonces?

—Pero yo no puedo confirmárselo. No puedo ponerlo en peligro.

—Perfecto, no hay más que decir. No volverás a verlo.

Edith se levantó, fue a la cocina, sacó dos copas de un aparador y de la nevera una botella de vino que ya estaba empezada.

—Iré a cenar con él mañana.

Las cejas de Edith se arquearon hasta casi llegar al cuero cabelludo.

—¡Lo sabía! Te vas meter en un lío fenomenal.

Le rogó, le suplicó por lo más sagrado que desistiera de esa

peligrosa idea, pero la expresión que desprendió Sofía le señaló que no accedería. Al fin se acercó a ella al ver que se le aguaban los ojos.

—¡Uf, Chantal! Te he visto llorar estos días más que todos los años anteriores.

—Estoy jodida. No puedo evitarlo, necesito saber de su vida, necesito estar cerca de él.

Edith negaba con la cabeza.

—No entiendo cómo sigues enamorada de ese tío. No sé cómo puede ser eso. Yo a las dos semanas estoy que boto al tipo por la escalera, pareces una de esas mujeres que esperaban años a que sus maridos regresaran de la guerra.

—Puede ser el destino que no quiere que estemos separados.

Edith blanqueó los ojos y alzó las manos al techo.

—Lo que faltaba, que te pusieras esotérica. Él solo siente curiosidad, querida amiga.

Sofía estaba segura de que era más que curiosidad. Anheló era la palabra adecuada a lo que percibía cuando él la miraba, y ella tuvo que hacer un esfuerzo muy grande para no lanzarse a sus brazos y pegarse a él de todas las maneras posibles. Había disimulado su deseo y añoranza bajo una máscara indiferente, pero solo ella sabía lo que le había costado no poder tocarlo. Quería adherirse a él, besar sus labios, chuparle la barbilla, meter los dedos en su pelo, colgarse de su cintura, que la besara y la tocara por todas partes.

—No puedo evitarlo, es como si me llamara.

—Si lo vuelves a ver, será peor. —Edith se levantó con expresión dolida—. No puedes arriesgar tu futuro, ya has perdido mucho.

Ya en su cuarto, se desmaquilló, se desnudó, dejó la ropa en

una silla y se miró en el espejo. Había cambiado, ya no era la muchachita de veinte años que él había conocido. Su cuerpo era liso y firme gracias al ejercicio que practicaba con regularidad. Un aroma a violetas saturó el ambiente en cuanto se soltó el cabello. Casi nunca usaba ese perfume, hoy había sentido el arrebató de hacerlo, como si su alma supiera lo que iba a pasar.

Se tendió en la cama. ¿Cómo reaccionaría Álvaro al volver a acariciar su cuerpo? Con la misma mirada ardiente y seductora con que la había agasajado todo el rato. Él veía más allá del cabello rubio y las lentillas verdes. Se tocó los pezones, que estaban erguidos por culpa del recuerdo. Respiró entrecortadamente al imaginar cómo sería tenerlo en su cama de nuevo, exudaba sensualidad en cada uno de sus gestos y movimientos, las mujeres lo codiciaban, se pudo dar cuenta.

Un deseo brutal la asaltó, había estado caliente por él desde el primer encuentro. Esa tarde pudo olfatear su loción, atisbos de un aroma amaderado y algo de sándalo llegaban a ella mezclados con su olor personal, ese que la volvía loca. Su aroma la conectó íntimamente al pasado con más eficacia que sus sueños. Soltó un gemido en cuanto sus dedos se deslizaron por el sendero de calor hasta llegar a su sexo y un líquido caliente bañó pliegues y formas. Empezó a acariciarse de forma suave y después con premura, acorde con su necesidad de liberarse, imaginando que era él el que le brindaba placer, el que deslizaba sus manos por el contorno de su cuerpo y luego la chupaba y le devoraba el sexo hasta hacerla explotar de placer.

El crudo aroma de su deseo llegó hasta ella. Sus jadeos subieron de intensidad hasta alcanzar el orgasmo, que una vez más era por él. Sola o acompañada, su placer solo tenía un nombre, fue la

única manera de retomar su sexualidad, imaginar que era él quien la besaba, la penetraba y la acariciaba.

Luego se levantó, se abrigó y volvió a acostarse acurrucada, rogando como todas las noches poder soñar con él, con lo que hubiera sido y no fue. “Álvaro, *amore mio*, no te vayas de nuevo, no te desvanezcas de mi vida y de mis sueños”.

Permaneció despierta casi toda la noche.

Alexander Petrof —o Iván Rabcun, como se hacía llamar ahora—, estaba en Londres, siguiendo a uno de los objetivos de la agencia: un sirio traficante de armas. El hombre no había asomado la cabeza en dos semanas, los soplones lo tenían informado, ya que tenía varias casas de escondite.

Caminaba por Hyde Park como cualquier turista, al tiempo que tomaba fotografías y esperaba un mensaje del último informante. Hacía mucho frío y los árboles desnudos le daban apariencia mustia al paisaje. Las personas iban y venían abrigadas, y hasta había algún pobre diablo sentado en una de las bancas, degustando una bebida caliente. Pensó que necesitaba un vodka, era lo único que lo hacía entrar en calor.

Quería finiquitar la misión, llevaba tres meses trabajando en ella. Había hablado con Chantal dos noches atrás. La notaba diferente, fría y reservada. Lo de ellos no había sido la gran historia. Le tenía cariño, le gustaba, era sexy como el infierno, el tipo de mujer que podría amarrar a un hombre fácilmente a su cama. Habían pasado buenos momentos juntos, pero ante todo, eran amigos. La vida les había dado sus buenos golpes y para él, ella era lo más cercano a una familia.

Ella y Natasha, la hija de Ivanova, con la que había creado fuertes lazos de afecto. Vivía pendiente de sus estudios y de que no les faltara nada ni a ella ni a su abuela. Se había ganado el afecto y la confianza de la madre de Ivanova.

Caminó alrededor del lago. Chantal quería terminar la relación, lo presentía. Alo mejor había conocido a un tipo de ciudad, un *yuppie* trajeado que no andaba por el mundo con las manos untadas de sangre. Un hombre que se quedara en casa y le diera un par de bebés.

La comprendía. Él también quería algo diferente para su vida, ya estaba bueno de andar como aventurero. Tenía treinta y siete años y quería un lugar al que pudiera llamar hogar, una buena mujer que lo esperara en casa y un par de chiquillos corriendo alrededor de la sala. ¿Por qué no podía ser con Sofia? Hacía dos años estaban juntos. Se reencontraron gracias a que Dan lo había enviado en su lugar, un año en que no pudo viajar a encontrarse con ella, y le pidió el favor de ir a ver por sus propios ojos cómo estaba.

Pearce ya no era motivo de peligro, el hombre estaba muerto y enterrado como la cucaracha que siempre fue. Fue una conmoción verla abrir la puerta en unos jean justos y un suéter rojo, el cabello más corto y ese aire de sofisticación que inevitablemente se adquiere al vivir en París. Tardó unos minutos en reaccionar. No supo si fue por el cambio de imagen —le encantaban las rubias— pero en esta mujer no quedaba nada de aquella muchachita que lloraba por los pabellones del FBI. Se sentía culpable cada vez que recordaba lo ocurrido.

Dan se acercó a Alexander.

—¿Así que Sofia se va a convertir en nuestra testigo?

—Es una lástima, pero sí —contestó él—. El maldito barco está rodeado y yo sé dónde está Sergei, con el testimonio de Sofía lo refundiremos en la cárcel por lo que le queda de vida.

—¿Y ella? —Dan se le acercó y lo agarró de las solapas—. ¿Sabes a lo que se enfrentará? Mi mejor amiga acaba de morir al lado de Ivanova. La conozco desde que era una niña.

Alexander se soltó y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Cómo putas iba a saber que se vería metida en esto hasta el cuello?

—¡Perdió al único familiar vivo que le quedaba! —bramó, furioso.

—Yo también perdí a Ivanova.

Esperaban la llamada del equipo. Los minutos parecían horas, hasta que sonó el móvil de ambos.

Las noticias eran variadas. El FBI y demás agencias gubernamentales acababan de evacuar el puerto, material radioactivo había sido incautado, al lado de un grupo de mujeres y niñas chechenas y una tonelada de heroína. Sergei y su banda ya estaba en manos de la autoridades, a Sam Pearce, el posible socio de Sergei, se lo había tragado la tierra, Alexander estaba seguro de que ya no estaba en el país. Deseaba matar a Sergei con sus propias manos. Enterrarle el puñal de la misma manera en que relataba Sofía que lo había hecho él con Ivanova.

La chica nunca debió verse involucrada en aquello, fue una maldita jugada del destino.

La invitó a cenar esa noche a un restaurante en el Barrio Latino y se dedicó a cortejarla, a halagarla, hasta que en la tercera visita, tres meses después, la invitó a su hotel, preparándose para un

rechazo. Fue toda una sorpresa que ella hubiera dicho que sí.

Estaba cómodo con la relación y no le había sido infiel en el tiempo que llevaban juntos. Le molestaba el cambio en esa faceta de su vida. ¿O eran celos? No era hombre de varias mujeres, ni de ligues de una noche. Lo que tenía con Chantal era lo más cerca de una relación real que había tenido después de lo ocurrido con Ivanova. Aún le dolía recordar su nombre, le había fallado y no había un solo día de su vida que no recordara todo de ella.

Un hombre de baja estatura y tez pálida se acercó a él.

—Está en la casa de la calle Oxford, hay cinco hombres cuidándolo.

El hombre siguió de largo. Alexander tecleó un número en su móvil.

—Está en la casa de la calle Oxford. Hay que hacer labor de inteligencia en el lugar. Envía tres hombres.

—Allí vive su amante más joven. El mejor momento para entrar será en la noche, la mujer sale a visitar a la madre enferma —contestó el otro agente.

—Entonces lo haremos esta noche.

Ala mañana siguiente, Sofía se levantó temprano, eran casi las ocho y aún no había aclarado. Se había dormido ya en la madrugada. Observó su cuarto, la cama era amplia, edredón grueso de flores, un tocador, silla esquinera y desorden de ropa encima de una silla. El baño junto con la cocina, eran los únicos lugares impecables y ordenados de la casa.

El cuadro frente a su cama era casi una copia del que le había regalado a Álvaro, todos los que había en la casa eran de su

colección. Cada vez era menos el tiempo que podía dedicarle a su pasión. Suspiró al ver que tendría que ordenar el closet de ropa, siempre decía que algún día lo haría, pero casi nunca llegaba el momento, solo cuando venía Alexander de visita y eso era raro.

Dan ni siquiera conocía su casa, se encontraban en Alemania, Bélgica, Portugal u Holanda. Nunca en Francia. Sacó un pantalón negro y suéter grueso color hueso, botines cerrados. Prepararía café. Salió por el pasillo en el que había una pequeña biblioteca, no sin mirar el móvil varias veces a la expectativa del siguiente movimiento de Álvaro.

Edith ya estaba cacharreando en la cocina. Se enterneció por su preocupación de la noche anterior, era su hermana del alma. Recordó cómo la conoció cuando decidió estudiar Perfumería en una reputada escuela. El oficio de perfumero se hereda, y en su expediente habían facilitado la información para poder acceder a un cupo. Nerviosa, entró al salón de clases, cuando una atractiva pelirroja de enormes ojos verdes y mirada vivaz y maliciosa se acercó a presentarse y saludarla. Era más baja y menuda que ella.

—Estabas que te cagabas —le dijo cuando fueron a almorzar juntas ese día.

A veces a Sofía la máscara le pesaba, le costaba responder al nombre de Chantal, esconder sus ancestros italianos y que algunas frases en ese idioma salieran a relucir cuando algo la turbaba. Había vivido un año en Londres donde terminó su adaptación, allí tomó clases para perfeccionar su francés. Trabajó como dependienta en una librería, y pernoctaba en un minúsculo departamento, viajaba por Europa, de la que se enamoró, y cuidaba del dinero con rigor. Había hecho uno que otro amigo.

Se le dificultaba adherirse a esa nueva identidad y elaborar el duelo le costó trabajo y terapia. Tenía que contenerse para no llamar Álvaro, muchos días se levantaba con la idea de ir al aeropuerto y emprender viaje a Colombia. El sentido común regresaba después del primer café. Álvaro no le perdonaría el engaño. ¿Para qué volver?

Edith y Chantal se hicieron amigas enseguida, y la joven se la llevaba a pasar los fines de semana con su familia que vivía en Grasse —la capital mundial de la perfumería, inmortalizada en la novela *El perfume*—. El padre de Edith, Gaston Barrau era perfumista y Edith fue la única de sus tres hijos en dedicarse a ese oficio, que se hereda como el buen gusto. La familia Barrau la recibió con los brazos abiertos, siempre había un cubierto y una cama más para la hermosa jovencita de mirada melancólica que Colette, la madre, trataba de sanar con omelettes, crepes variadas y otras delicias. El hermano de Edith, un año menor, se enamoró de ella enseguida, pero fue un amor no correspondido. Emile, la hermana mayor, era abogada recién egresada y vivía en Lyon.

La compañía de Edith y de su familia sanó en algo su pena, ya no se dormía llorando, su tiempo con Álvaro le había parecido tan breve, tan alejado de la vida que llevaba ahora... En cuanto terminaron los estudios, se instalaron en Grasse, a pocas cuadras del hogar Barrau, a donde iban con frecuencia a comer.

—Ya está el café.

Edith lo tomaba de una enorme taza mirando al vacío.

El día en que le había contado todo, marcó un antes y un después en su relación. Fue el día previo a su traslado a Grasse, había cajas por todas partes, y celebraban con vino y pizza. Recordó cual fue el detonante.

—¿Por qué no te acuestas con nadie?

—No me interesa el sexo.

—¿Te gustan las mujeres? —preguntó ella, con sus ojos maliciosos—. Si estás enamorada de mí, siento decepcionarte, no me imagino comiendo coños, me gustan los hombres, pero puedo presentarte a la morena del primero, la he visto besarse con la rubia del cuarto.

Sofía se atragantó con el licor que bebía en ese momento. Tosió en medio de un ataque de risa.

—No tienes remedio. —Soltó otra carcajada—. Puedes estar tranquila, no estoy enamorada de ti, a veces lavo y doblo tu ropa por cuestiones higiénicas y de orden, no por un sentimiento profundo.

—En serio... ¿qué pasa? ¿Te estás guardando para el matrimonio o alguien te lastimó?

—Ninguna de las dos.

De su interior brotó una cruda necesidad de compartir con alguien el secreto que la quemaba. Alrededor de la segunda botella de vino decidió contarle la verdad. Después del relato, Edith soltó la carcajada, negándose a creerlo.

—Es muy truculento, deberías ser escritora. —Continuaba riéndose acostada en el piso—. Estamos perdiendo dinero con tu talento.

Poco a poco, y a medida que meditaba ciertas cosas que había conocido de su amiga, dejó de reír y con temor en la voz, preguntó:

—¿Es cierto?

—Es cierto.

Edith pasó de las carcajadas al llanto. Se acercó a ella, la abrazó y lloró en su regazo varios minutos.

—No te lo dije para que lloraras. Esta semana me voy unos días para Lisboa, mi amigo Dan viene a visitarme y quería que lo supieras. ¿Me odias?

—¿Por qué voy a odiarte? Tú no has hecho nada malo. Me molesta que no me lo hayas dicho antes.

Edith se limpió la cara y se sonó la nariz, que tenía más roja que el cabello.

—No sé cuánto vaya a durar. No sé si esos tipos me encuentren algún día.

—Durará toda la vida —dijo Edith con firmeza, y le aferró las manos—. Haremos que dure, nadie lo sabrá por mí, te lo juro.

La sensación de miedo se había ido diluyendo con el paso de los años, la confianza de que entre más tiempo pasara todo se olvidaría, se instaló en ella para no abandonarla, ahora era la típica chica francesa de clase media que se ganaba la vida. Además, Dan la protegía.

Edith se había ganado el amor y la lealtad de Sofia para toda la vida, por eso entendía que estuviera molesta con ella.

Sofia se acercó a ella, la abrazó.

—No me juzgues, lo amo.

Edith le devolvió el abrazo.

—Tendré ojeras y canas por tu culpa. En serio, Chantal, ¿qué va a pasar con Iván cuando se entere?

—Voy a dejar a Iván, este remedo de relación ha durado mucho, ya él lo notó en año nuevo.

—No me parece justo, lo utilizaste y ahora que aparece el niño bonito le das la patada.

Sofia soltó el pocillo en el mesón y miró el reloj, se le había

hecho tarde, no podría ir a la panadería de la esquina, como hacía todos los días, por croissants calientes y olorosos. Abrió la despensa, sacó de una bolsa una porción de pan tajado y la mermelada de la nevera.

—¿Por qué estás tan indignada por él? —preguntó, extrañada—. Ni siquiera te cae bien.

Edith dejó el pocillo en el lavaplatos.

—No —dijo—, no me cae bien, pero tampoco la situación me parece justa.

Después de desayunar, Sofía se echó encima su grueso abrigo de lana, que parecía de dos capas, envolvió su cuello en una bufanda gruesa, se puso los guantes y se encasquetó un gorro también de lana gruesa. Edith entraba más tarde a trabajar.

El paisaje de París era hermoso incluso en invierno, con esa mezcla entre lo moderno y lo antiguo. Sofía había adorado esa ciudad en cuanto puso sus pies en ella. Emocionada, subió a la Torre Eiffel, visitó durante días el Louvre y caminó alrededor del Sena al atardecer, pocos paisajes eran tan hermosos y conmovedores como ese.

Siendo París la cuna del perfume gracias a las cosechas de flores de Grasse, donde están los fabricantes, era imposible mencionar todas las *parfumeries*[\[15\]](#), ya que están las casas de grandes marcas, los perfumistas privados, y los que hacen las fragancias a gusto de cada cliente.

En su trabajo en La Maison du Parfum, ella era la encargada de mezclar los componentes de las fórmulas que su jefe, Bernard Leduc, escribía durante la noche. Debía hacerse en la mañana, cuando la sensibilidad a los olores es mayor.

Todas las mañanas en el laboratorio eran iguales. Chantal

preparaba las mezclas que dejaba en una mesa para que su jefe las revisara. Había días en que se lograban hallazgos interesantes, había días francamente malos. Aprendía mucho al lado de Bernard, que era amable pero exigente y vivía su carrera con pasión. Tenía clientes exclusivas que visitaban su negocio por su perfume personalizado, grandes marcas le compraban las patentes de algunos de sus inventos.

Sus días de trabajo también incluían jornadas dedicadas a estudiar las marcas y las tendencias del mercado, como una forma de anticiparse al comportamiento de la industria. También ofrecían dos tipos de tour para aprovechar la horda de turistas que invadía la ciudad. Un *nez* —que quiere decir nariz, así se llama a los maestros perfumistas—, los llevaba a un recorrido por el lugar, a una inmersión en el mundo del olfato y las más de tres mil fragancias que ostentaba la firma, y se les daban a probar las esencias de los perfumes más finos. El otro recorrido, que realizaba Sofía dos veces al mes, era un plan muy distinguido: pasear por París para que los turistas descubrieran sus aromas favoritos, los que más los identificaban y representaban. Luego se volvía al laboratorio con ese dato y la conformidad del turista, y el experto preparaba el coctel perfecto para la piel del viajero a un precio cómodo.

Ese fue un día sin pena ni gloria para la perfumería. Sofía recibió un mensaje de Álvaro alrededor del mediodía. Le dijo que se desocuparía de una reunión algo tarde, y le recomendó que no llevara su auto a la cena, las calles estaban peligrosas por tanta nieve derretida. Se disculpaba por no ir por ella personalmente, pero enviaría un auto a recogerla.

Había dejado de nevar alrededor del mediodía, pero las

temperaturas eran bajas. Sofía se arregló para la cena ante el ceño fruncido de Edith.

—De todas tus ideas, esta se lleva la palma, y mira que has tenido tus momentos —señaló, mientras tomaba una copa de vino y la observaba recostada en el marco de la puerta.

—Lo sé —contestó Sofía mientras se ponía los zapatos—. Es una locura y quiero ver hasta dónde llega. He mantenido a raya mi pesar por muchos años, Edith, pero siempre ha estado allí, y lo más doloroso de mi antigua vida, junto con la muerte de mi abuelo, es haber tenido que separarme de él. Álvaro es mi mayor pesar, algunas personas se preguntarán por qué no lo he superado, muchas lo hacen y siguen con su vida. Pienso que fue por la forma en que se desarrolló todo, el rompimiento abrupto de algo deja una cicatriz mucho más profunda. Necesito verlo.

—Recuerda que todavía hay uno de los malos allá afuera.

Dan Porter y Alexander le habían confirmado la muerte Sam Pearce en una incursión en Afganistán hacía dos años.

—¿Qué es lo que tanto te preocupa? ¿Piensas que Viktor Kasanky estuvo detrás de Álvaro casi una década para ver si yo aparecía de nuevo en el panorama?

Edith se mordió una uña.

—Tú misma me dijiste que todo es posible, por eso el programa te hace romper todos los lazos. No puedes volver a tu pasado y mírate, vas derecho al matadero.

La vio forcejear con la cremallera del vestido negro, pegado al cuerpo, de manga larga y hasta la rodilla. Se acercó a ella para ayudarla.

—No me pasará nada.

—No puedes saberlo.

La vio ir al tocador, ya estaba peinada, con el cabello suelto, y maquillada. Hacía cuatro años que se había dejado crecer el cabello otra vez, al contrario de muchas francesas que aún llevaban el cabello como un muchachito. Abrió su perfume favorito y un aroma que tenía como nota intermedia las violetas asaltó la habitación. Edith resopló en cuanto Sofía se aplicó la fragancia, que fue creada por ella misma. La violeta era una de las esencias más costosas del mercado. Se necesitaban muchos kilos de la flor para preparar unos cuantos mililitros de aceite.

—Nunca lo usaste con Iván.

Sofía la miró con algo parecido al remordimiento.

—Edith, por favor, ya es suficiente. Te quiero, amiga, pero soy una mujer adulta.

—Actuando como adolescente enamorada —interrumpió Edith enseñada y alzando las manos le dijo—: Está bien, no te molestaré más con mis inquietudes. Estás hermosa.

—Gracias.

Sacó un grueso abrigo rojo y se puso los guantes negros.

—Hace un frío de muerte allá afuera. Abran paso, señores, caperucita roja está dispuesta a devorarse al lobo.

Sofía sonrió antes de darse una última mirada al espejo.

—¿Chantal? ¿Qué pasa si se quiere acostar contigo? Podría ser el polvo de la despedida, el que necesitas para superarlo.

Sofía abrió los ojos, sorprendida.

—No podría acostarme con él.

—¿Por qué? —Edith frunció los hombros, intentando sonar chistosa—. Iván el Grande —¿o será mejor Iván el Terrible?— nunca lo

sabrás, yo no abriré la boca.

—Pero yo sí lo sabré y además, ese no es el caso. Necesito verlo, solo unos minutos, iré a la cena y no más, luego seguiré con mi vida.

—Como si te creyera. ¿Para qué remover las cosas? Tienes una buena vida, no la que deseaste, pero es buena.

Edith se acercó a ella y la abrazó.

—Sé que me entiendes —susurró Sofía en su hombro—. Es el amor de mi vida, el hombre con el que me iba a casar, tú hablabas de fantasmas del pasado una noche. Él es mi fantasma personal y necesito exorcizarlo.

Edith, ya más tranquila, la ayudó con el abrigo y la acompañó hasta la puerta donde la despidió como una madre a una hija.

—Bueno, ya vete. ¿Chantal?

—¿Sí?

—¿Qué ocurriría si le contarás la verdad? ¿Qué posibilidad habría de que volvieran a estar juntos?

Edith se conmovió por la mirada de cruda desolación que atravesó el maquillado rostro de su amiga y tuvo lástima por ella.

—No creas que no le he meditado, pero recuerdo las fotografías que me mostraron el día que quise salirme del programa, los cadáveres, eso es lo que me detiene, mientras Viktor Kasansky siga respirando, yo debo ser Chantal Duras.

El auto ya estaba parqueado frente del edificio cuando salió. El chofer le abrió la puerta y un calorcillo la inundó. En menos de media hora llegaría a un restaurante ubicado en Los Campos Eliseos.

Capítulo 17

Sofía entró al lugar, dio su nombre y el maître la acompañó hasta la mesa. El restaurante era una mezcla entre lo antiguo y lo moderno, netamente francés. Con sillas de espaldares tallados y patinas doradas, manteles del color del vino y una iluminación especial. El sitio estaba repleto a pesar de la estación.

Álvaro se levantó al verla, no dejó de mirarla hasta que llegó a él. Calor, escalofríos, aumento en las pulsaciones y ganas de salir corriendo la atravesaron ante el imperio de sus ojos. Tomó una respiración profunda y trató de parecer relajada, su voz se escuchó poco natural.

—*Bonne nuit* [\[16\]](#).

Álvaro correspondió al saludo y cuando el espacio entre ellos se cerró, aferró su mano y le besó el dorso. Ese simple gesto, el contacto de los labios en su piel, desató una catarata de emociones que Sofía conocía muy bien y que habían estado encerradas por mucho tiempo.

Lo contempló mientras se sentaba, luego de acomodarla en su silla. Vestía con sobria elegancia, con un traje de tres piezas, camisa clara y corbata de varios colores. Se veía recién rasurado, y su olor a madera fina le asaltó los recuerdos y se hinchó sobre ella como una ola dispuesta a saturar sus sentidos. —Está bellísima —dijo él, cuando una vez sentado, la miró.

Llamó al *sommelier*, que se acercó con la carta de vinos. Hicieron la selección y cuando se quedaron solos, se sonrieron con

timidez.

—Muchas gracias.

—¿Hace cuánto está en París? —preguntó ella, sin saber dónde poner las manos.

—Hace un año, es mi primer trabajo fuera de Colombia — contestó con el indicio de una sonrisa danzando en los labios y con tono de voz grave e íntimo.

—¿Le gusta vivir fuera?

—Los colombianos tenemos la facilidad de adaptarnos a cualquier país, lo que no pasa con ustedes; tengo entendido que un gran porcentaje de los franceses que viven fuera de Francia lo hacen por obligación.

—Es cierto.

El *sommelier* se acercó y abrió la botella, sirvió un poco en una copa, que le ofreció a Álvaro, él dejó asentar el aroma y luego llevó la copa a la nariz y lo probó enseguida. Dio su aprobación y procedieron a servirles.

—Yo nací en París, pero viví en varias partes de Europa, mi padre era francés y mi madre norteamericana.

“Lo sé”, quiso decirle él. No dejaba de mirarle los labios, la línea de la mandíbula, la blancura de su piel, tenía la cantidad perfecta de escote, unos centímetros debajo de la clavícula, que le despertó el impulso primario de reclamarla. Recordó cómo saboreaba ese trozo de piel hasta enrojecerla. “Sofía, mi amor, te reconozco, te siento, eres tú, sé que eres tú, aunque me estés inventando esta historia de mierda”.

El mesero les pasó la carta y ellos ordenaron.

—¿Por qué la perfumería?

—Por mi madre, era perfumista.

—¿Era?

—Ella murió.

—Lo siento.

A Sofía, la mentira le pesaba como si tuviera piedras atadas al cuello, no le había pasado con nadie más, pero mirándolo a él, tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para que la mina enterrada de su verdad no les estallara en la cara en lo que duraba la cena.

—Hábleme de Colombia.

Álvaro se explayó en la charla, le habló de su familia, de La Milagrosa, de Bogotá, de Cartagena, mientras ella con evidente nerviosismo colocaba su cabello detrás de la oreja. Se había tomado dos copas de vino y no parecía más tranquila que cuando había llegado.

—Siempre he querido conocer Cartagena.

—Debería hacerlo, es más, la invito a Colombia, tómese unos días de vacaciones.

Le regaló un gesto melancólico y evitó su mirada, mirando a los diferentes comensales que charlaban y reían mientras los meseros pasaban con platos y bandejas. Sentía una enfermiza curiosidad por conocer su pasado, qué había sido de su vida sin ella, cuántas mujeres habrían pasado por su cama. ¿Se habría enamorado otra vez? ¿Cómo había reaccionado a la noticia de su muerte? Su familia... ¿su madre aún se dedicaría a las galerías? ¿Qué habría sido de Max, su adorado perro?

—No puedo, no por el momento.

El mesero interrumpió la charla para depositar los platos de comida en la mesa. De entrada les sirvieron una sopa de verduras con mariscos, de la que Sofía apenas degustó tres cucharadas, tenía un

nudo en la garganta y el estómago cerrado, había tomado agua en un intento por deshacer el dichoso nudo, pero fue en vano. Se reprendió enseguida, aparcó los recuerdos y se dispuso a portarse como una mujer adulta. Ambos habían pedido el típico pollo al vino, acompañado de guarnición de vegetales al vapor.

Mientras Álvaro le contaba del día a día en la hacienda cafetera, Sofia partió varios trozos de la carne, pero apenas pudo probar un bocado. Envidió la soltura y el apetito de él, parecía que su presencia no lo alteraba en lo más mínimo.

—Cuando la saludé, percibí un aroma, la misma que ayer, en el museo. ¿Qué perfume es? Me gustó mucho.

—Violetas, es una fragancia a la que no le he puesto nombre aún, la nota intermedia son las violetas.

Álvaro se limpió la boca con la servilleta, tomó un sorbo de agua y observó el plato de ella, casi intacto.

—¿No le gustó la comida?

—No es eso —contestó, enrojeciendo—. Es que hoy tengo poco apetito.

Sus ojos se pasearon por cada una de sus facciones y admiró el delicioso rubor que empañaba sus mejillas. Sí, estaba muy nerviosa. Y decidió darle una tregua.

—Debe alimentarse, se podría enfermar. ¿Desea la carta de postres?

—No, gracias.

Álvaro pidió dos cafés.

—Chantal, la noto incómoda —volvió a la carga—. ¿No está a gusto en mi compañía?

Estaba demasiado a gusto, de haber podido, se habría

levantado de su silla para ir a sentarse en sus rodillas y besarle la mandíbula hasta llegar a su boca, que devoraría sin pena. No le habría importado dar un espectáculo ante los otros comensales. Puso la servilleta en la mesa.

—Creo que esto no es buena idea, no crea que no me doy cuenta de la manera en la que usted me mira. Todavía piensa que puedo ser esa mujer de su pasado y no es muy halagüeño para mí. Si me invitó por eso, pierde su tiempo.

La intensidad de su mirada la desarmó.

—No es mi intención hacerla sentir mal. —Álvaro decidió llevarla un poco al borde—. Ya estoy convencido de que usted no es ella.

Ella levantó una ceja, sorprendida.

—¿Ah, sí?

Álvaro sonrió para sus adentros.

—Mi Sofía no era francesa, era italiana, pero se crio en Estados Unidos, sabía algo de perfumes y fragancias, pero su pasión era la pintura, hubiera sido una artista de talento reconocido si no hubiera muerto en un absurdo accidente.

—Lo siento.

La notó tensa.

—Era en apariencia calmada, pero cuando liberaba su mal temperamento, era un espectáculo digno de ver. Era amorosa con su abuelo y con su perro. Estábamos muy enamorados, por eso quiero que me disculpe si me quedo como un tonto mirándola, es que son muy parecidas. Aunque usted es la típica francesa, el típico temperamento galo —dijo, en tono sarcástico—. No la imagino liberando su genio como mi Sofía. Ella destilaba pasión por lo que hacía. No he conocido

mucho de usted para saber si su trabajo la apasiona o es solo trabajo. Si fuera mi Sofía, estaría pintando, de eso estoy seguro.

Sofía se puso pálida.

—¿Cómo se atreve? Usted no sabe lo que he tenido que pasar para poder dedicarme a este trabajo.

—Dígamelo, confíe en mí.

Una serie de sentimientos encontrados se paseaban por el pecho de Sofía. Tuvo que morderse la lengua para no replicar varios puntos. Ella era malgeniada y amaba la pintura, que él no lo supiera no la hacía menos Sofía. “Un momento”, se reprendió, “¿te volviste loca? ¿Estás celosa de la mujer que eras en tu pasado? ¿Piensas que si él te conoce ahora como Chantal no te amará de la misma forma?”.

—Si esa Sofía está muerta, ¿por qué creyó que yo era ella en la galería?

—No estaba en Nueva York cuando el dichoso accidente ocurrió y en cuanto la vi, pensé que tal vez la pena me paralizó hasta tal punto que no hice una buena labor investigando.

—¿Y qué cree que pudo pasar?

—Que tal vez vio algo que no debió haber visto y tuvo que desaparecer. Discúlpeme, no han sido días fáciles.

—No se preocupe, ya debo retirarme, he de madrugar mañana —dijo ella, descompuesta.

Álvaro pidió la cuenta, y ayudó a Sofía a ponerse el abrigo. Le rozó el nacimiento del cuello con el pulgar y la sintió erizarse.

—Recordé algo respecto a las violetas —le susurró al oído.

Ella percibió su aliento con sabor a vino y a café. Se dio la vuelta y se alejó unos pasos o lo hubiera abrazado; jamás pensó volverlo a sentir tan cerca.

La sensación era deliciosa. Tenía que dejar de verlo, su complicada vida no tenía solución. Pero era algo más, estar cerca de él era como entrar por una puerta a una habitación del pasado y una serie de sentimientos la abrazaran como una higuera.

—¿Sí?

—Josefina Bonaparte adoraba las violetas y solía utilizar perfume con ese aroma. Era una mujer de sensualidad plena y muy enigmática.

Ella le regaló una sonrisa.

—Es muy cierto, conozco la historia y mantuvo muy enamorado a Napoleón, que llevó en un relicario las violetas secas que sembró en su tumba hasta el día de su muerte.

—Sus cartas son muy curiosas —dijo Álvaro, con unas ganas inmensas de sumergirse en su cuello y que esa fragancia efímera, dulce y breve, se quedara con él para siempre.

—Las cartas son más que curiosas, son románticas, él era muy romántico.

—Puede ser. —Álvaro se acercó de nuevo, como olfateando—. La fragancia va y viene.

—Es una de sus características.

A la salida, quedaron frente a frente.

—Disfruté la cena.

—No creo —refutó Álvaro.

Ella blanqueó los ojos.

—Está bien, disfruté el rato compartido.

—Espero volverla a ver. El chofer la llevará a su casa.

A Sofía no le gustó despedirse, y no le gustó que no la acompañara a su casa, como si quisiera deshacerse de ella. A lo mejor

tenía una cita, un hombre como él debería tener alguna mujer o incluso varias mujeres alrededor. Las odió a todas.

—*Merci et à bientôt* [17].

Álvaro no tuvo el gesto de acompañarla porque sabía que la arrinconaría contra una pared, o en la silla del auto y la besaría hasta saciar el anhelo. Mientras transcurría la cena y él le contaba de su vida en Colombia, su mente no dejó de imaginarla desnuda y dispuesta para él, la imaginó en todas las posiciones posibles: en su cama, en el suelo, en una jodida pared, con él encima, debajo, o por detrás, como le encantaba, para verle el culo mientras la follaba. Hasta imaginó que la tocaba allí mismo, en el restaurante.

Necesitaba cambiar su estrategia, no quería dar pasos en falso, deseaba rescatar a la Sofía que sabía estaba encerrada en el interior de esa melancólica y misteriosa mujer. ¿Y si era tarde para ellos? No, no era tarde, por alguna jodida razón ella había vuelto a su vida, su intento de ocultarse de él era patético. ¿Aqué diablos jugaba?

—Hola preciosa —dijo Alexander con voz somnolienta al reconocer el número.

Tras un momento tenso, Chantal lo saludó.

—Hola. —Luego de otra pausa, continuó—: Tenemos que hablar.

Tenía que hacerlo, el hecho de no haberse acostado con Álvaro no quería decir que no le estuviera fallando. Hubiera preferido poder decírselo en persona, pero con el trabajo de Alexander lo podría tener a su puerta en quince días o en cuatro meses, y por su paz mental necesitaba romper con él de inmediato. Con Álvaro o sin él, la relación no había prosperado, los primeros meses fueron fabulosos,

por la novedad, la atracción y la esperanza de que podrían avanzar hacia algo bueno. Pensó en ellos dos juntos en año nuevo, habían estado unidos y habían tenido sexo, pero la conexión era solo física, se habían estancado y no era justo para ninguno de los dos. La aparición de Álvaro fue el detonante para darle fin a algo que ya venía rondando su cabeza hacía meses.

—Discúlpame, sé que he estado hasta el cuello de trabajo, pero en quince días tengo tres días libres, podríamos...

—Iván, no estoy hablando de eso —interrumpió ella—. Lo siento mucho, pensé que podría seguir de esta manera, pero no puedo.

—¿Hice algo que te molestara? Cariño, sé que he estado un poco distraído y no te he llamado como antes. Tengo planes, he pensado en dejar...

—No has hecho nada malo, siempre hemos sido honestos en cuanto a nuestros sentimientos.

Iván suspiró al teléfono, lo veía venir, una parte de él quería insistirle, discutir hasta que los dos cedieran y se dieran una nueva oportunidad. “¿Para qué hacerlo?”, se preguntó. Lo de ellos tenía fecha de caducidad. Él quería a Sofía, le había sido fiel, le gustaba hablar y estar con ella, pero eso no era suficiente.

—¿Quién es? —Se arrepintió al momento de preguntar, no quería portarse como un cretino, pero le dio rabia que lo dejara por otro, cuando él tenía otros planes.

—No lo conoces.

—Sabes que lo investigaré.

“No te gustará el resultado”.

—Haz lo que tengas que hacer. Lo siento, lo siento mucho —

fue lo único que salió de sus labios.

—Lo sé, preciosa, lo sé.

Estaba dolido, jodidamente dolido, no como si fuera el gran desengaño, pero se sentía mal. Lo acaban de dejar por otro tío. A veces Iván consideraba su amor por Ivanova como una maldición, como un maldito karma que no lo dejaba avanzar, había perdido a una buena mujer por culpa de su corazón anestesiado. Su relación con Sofía era la droga que necesitaba inyectarse contra el dolor de la pérdida. Era un bastardo egoísta, Sofía merecía otra cosa, sin embargo, la molestia por su abandono seguía allí. ¿Quién sería el bastardo? Tendría que averiguarlo.

Sofía dejó el teléfono en la mesa, después de la llamada se avergonzó al percatarse de la hora. Era de madrugada, no había podido dormir después de su encuentro con Álvaro. Suspiró, Alexander había sido siempre bueno con ella, había deseado amarlo. Fue un buen apoyo junto a Dan durante todo el tiempo que estuvo en poder del FBI. Los quería a ambos, pero era un cariño resentido, algo dentro de ella no los perdonaba por todo lo que había tenido que pasar, los recuerdos de la época más negra de su vida se levantaron como una advertencia, diciéndole: “No nos olvidéis”.

Aquel día fatídico, el más largo de toda su vida, Sofía no supo cómo llegó hasta una casa fuera de la ciudad. Cabeceó en el auto varias veces, mientras las luces de Nueva York eran reemplazadas por las pocas luces de la carretera. Antes de irse había pedido hablar con Álvaro, al darse cuenta de que le habían quitado el móvil. Dan evitó mirarla a los ojos, y le pidió que descansara, porque al día siguiente necesitaban su testimonio ante un fiscal.

Unos policías que no conocía la escoltaron hasta una casa de un piso a las afueras de Jersey. También le hablaron de sus nuevas condiciones de vida, algo a lo que ella no les prestó atención, abrumada por la pena y la culpa. Todo en lo que podía pensar era en que su abuelo ya no estaba con ella.

—Me llamo Burt Gleason, soy aguacil del U.S. Marshals. Mi colega Sandy Rodríguez y yo somos estaremos a cargo de tu seguridad. ¿Quieres algo de cenar?

Sofía negó con la cabeza y pidió retirarse a descansar. Sandy le mostró la habitación, con una cama sencilla y una cómoda. Encima de la cama había unos paquetes de Wal-Mart con ropa deportiva, que examinó distraídamente. Los agentes parecían haber adivinado bien su talla. ¿Por qué no podía ir a su casa? El cansancio no le dejó formular sus inquietudes, se acostó, pero el sueño le era esquivo.

No era tan tonta como para no saber que era la única testigo en un caso gordo. Lloró por su abuelo, Dan le había jurado que no habían alcanzado a lastimarlo, fue la fuerte impresión lo que lo condujo a la muerte. Ese maldito de Sergei merecía pudrirse en la cárcel, ayudaría a encerrarlo, así fuera lo último que hiciera, fue su último pensamiento antes de caer en una duermaveja, colmada de pesadillas: el rostro de Sergei se reía de ella y le apuñalaba la cara.

Se despertó en la madrugada. Se duchó y se cambió, necesitaba esos pequeños gestos para no perder la razón. Apareció en la cocina cuando empezó a clarear, el sonido de la televisión se escuchaba bajito, del lugar emanaba el aroma del café y de unos huevos rancheros. Sofía saludó y se sentó en un taburete que daba a un mesón.

—Buenos días, Sofía —saludó Burt, quien puso un plato

enseguida frente a ella. Sandy leía el periódico y con una sonrisa amable contestó el saludo.

A Sofía el estómago le rugió, de verdad tenía hambre.

—Agentes, ustedes son Marshals, y por lo que sé y lo que veo en las películas, son los encargados del programa de protección testigos. ¿Me equivoco?

—No te equivocas —contestó Sandy, una agradable morena algo pasada de peso.

—¿Qué va a pasar conmigo?

Ellos se miraron sin saber si revelar más o dejar en otras manos esa tarea. Sandy frunció los hombros.

—La verdad —dijo la agente, cerrando el periódico y dejando la taza de café en el lavaplatos—, no me gustaría que me tuvieran en Babia, después de que un desgraciado acabó con mi vida.

—Saben que estoy viva, me matarán si me encuentran.

¿Cierto?

—Sofía, nosotros estamos aquí para hacer que sigas con vida, te protegeremos —intervino el agente Burt.

—No contestó a mi pregunta, agente.

—No te encontrarán, nosotros no dejaremos que eso ocurra.

Sofía alejó el plato y un miedo siniestro con sabor a fatalidad la inundó de pronto. Se miró el anillo que apenas unos cuantos días atrás Álvaro había puesto en su dedo, con una promesa de amor.

—Soy una mujer comprometida.

—¿Y dónde está él?

—En Colombia, es colombiano y fue a visitar a su familia y a contarles lo nuestro.

El agente Burt la miró con algo de lástima y a Sofía ese gesto le

dijo sin ninguna duda que su historia de amor había terminado. Su alma se negaba aceptarlo.

A media mañana la llevaron a la oficina del FBI bajo fuertes medidas de seguridad. Tan pronto la vio, Dan se levantó de la silla, fue a su encuentro y la abrazó.

—Hola, pequeña. —Se notaba que había dormido poco.

—Tengo que organizar el entierro del nonno y necesito hablar con Álvaro —dijo con la voz quebrada y con los ojos aguados de nuevo.

—Sofía, no puedes asistir al entierro.

Dan se le partió el corazón al ver la expresión en el rostro de la joven.

—No me puedes pedir eso, Dan.

Cerró la puerta de su oficina y la hizo tomar asiento.

—Siento mucho todo esto que estás pasando, pequeña, de verdad lo siento, pero tu vida en este momento corre peligro.

—Ya me lo dijo el agente Burt, si me encuentran me matan.

—La Fiscalía necesita tu testimonio. —Dan se arregló la corbata en un gesto nervioso—. Si accedes a hacerlo te protegeremos, pero no podrás volver a tu vida tal como la conocías. Por primera vez en mucho tiempo tenemos un testigo en un caso muy importante, Sofía: tráfico de drogas, personas y terrorismo.

Sofía se levantó de un salto y con ojos oscurecidos de la rabia, apoyó ambas manos en el escritorio.

—Ya mi vida no es la misma, mi nonno murió, no puedo ir al entierro y ahora cada que pido una llamada a Álvaro, me cambian el tema. ¿Con la estúpida memoria no es suficiente?

—Lo viste matar a una mujer, eres testigo presencial...

—¡Maldita la hora en que fui a ese lugar!

—Siéntate, pequeña, y cálmate. El fiscal estará aquí en un rato y antes debo aclararte varias cosas. Sergei Novikov es una pequeña parte de la Bratvá, que es una especie de hermandad. El hombre no era muy querido en su medio, siempre se salía de los lindes de la mafia rusa, algunas personas quisieron expulsarlo, pero no pudieron, alguno que otro respirará más tranquilo, pero el problema es que aunque lo refundamos en una cárcel de por vida, nadie nos garantiza que no tome medidas contra ti. Por eso es imperativo, óyelo bien, imperativo, que entres al programa de protección de testigos. Tienes que olvidarte de tu vida y eso desafortunadamente incluye a Álvaro, no creo que seas tan egoísta de querer arrastrarlo a esto. Él tiene familia, un futuro prometedor, créeme, la agencia ya le investigó hasta la forma del ombligo.

Sofía escuchaba cada palabra salida de la boca de Dan, mientras su mente giraba a toda velocidad. Ante la enormidad de lo que el hombre, su amigo de toda la vida, le contaba, se puso blanca como un papel.

—Era cierto lo que dijo la agente Sandy, mi vida ha terminado.

A Sofía le vino a la mente la lectura del Tarot meses atrás. La mujer había acertado en sus predicciones, para ella sería una muerte en vida su existencia sin Álvaro. Dan tenía razón, no podría arrancarlo de su familia, de su vida y de su futuro. Quiso morir en ese instante y que las cuchilladas a Ivanova la hubieran atravesado a ella.

Empezó a temblar, cada partícula de su cuerpo parecía un flan. El dolor le comprimió la garganta, pero no quería llorar más. Estaba harta de llorar y sabía que aún derramaría muchas lágrimas más.

—¿Y si no acepto entrar al programa? Testificaré, pero ustedes

no pueden obligarme.

—Te mataran a ti y mataran a Álvaro, esa gente no se anda con chiquitas. Son crueles, brutales y les importa poco la vida. Es una bendición que tu novio no esté en el país, sería un gran incordio en este momento.

El teléfono interno sonó, era una secretaria para decir que el fiscal había llegado a tomar la declaración. Antes de salir, ella detuvo a su amigo y lo miró a los ojos.

—Arregla el funeral de mi abuelo, Dan, aunque sea de lejos quiero estar allí. Disfrázame, no sé, haz que suceda, por todo a lo que voy a renunciar, te lo ruego.

Él no le respondió nada. Fue conducida a una sala donde un hombre y una mujer, que se presentaron como representantes de la Fiscalía del estado, le tomaron declaración. Debió referir cada paso que había dado ese día, desde que abandonó su casa para ir a la cita. Era interrumpida una y otra vez, para corroborar datos de las declaraciones anteriores.

Dan y otro agente entraron a la sala, de pronto Sofía vio el cuarto tan abarrotado de gente que se le dificultó respirar, o era la rabia y la tristeza que le tenían apretujada el alma. La grabaron y además, tomaron notas. Volvieron y extendieron diferentes fotografías ante ella. Allí se enteró de parte de la historia de Ivanova y del historial de Sergei, personas, drogas, asesinato y terrorismo. Si querían asustarla para que se acogiera al Programa de Protección de Testigos, lo habían logrado.

Al terminar, Sofía insistió en que iría al entierro de su abuelo. La segunda noche fue igual a la anterior, se sentía víctima de una guerra, ahora entendía a la gente que debía abandonar todo —por guerras,

desastres o por estar en el momento equivocado a la hora equivocada en algún lugar—, dar la espalda a todo, a su amor incluso... Soltó el llanto de nuevo, mientras observaba el anillo y recordaba con lujo de detalles lo ocurrido la última noche compartida con Álvaro.

Decidieron enterrar a Gregorio en el cementerio de Hillside de New Jersey, lo más lejos posible de su entorno en Nueva York. Bajo estrictas medidas de seguridad, Sofía asistió al servicio católico y luego al entierro, era una tarde calurosa y húmeda. En ningún momento la dejaron sola, ahora entendía por qué los famosos tenían tantos problemas. Se sentía ahogada, diseccionada por la pena, como si alguien hubiera atravesado su alma, cercenándola en canal y dejándola expuesta al más espantoso sufrimiento. Se acercó al féretro con una rosa roja, su flor preferida, y le susurró:

—Abuelo, perdóname, todo esto es culpa mía, te ruego que me perdones y les digas a mis padres que lo que más deseo es reunirme con ellos, mi vida ya no será la misma. —Escuchó los pasos de Dan detrás de ella—. Lo perdí todo, abuelo, por culpa de mi imprudencia lo perdí todo.

Las lágrimas parecían no acabar. Se abrazó a Dan y vio cómo bajaban el féretro. Después volvieron al bunker del FBI y de allí a una nueva ubicación.

Capítulo 18

Viktor Kasansky desayunaba croissants con mermelada de naranja y café con leche en la cocina de un departamento de mala muerte ubicado en Saint Denis, un barrio conflictivo de inmigrantes en las afueras de París. Esperaba órdenes de un mando medio sobre la llegada de un lote de mujeres de Croacia.

Hacia nueve años había perdido todo lo arrebatado a Sergeï en menos de ocho meses: las rutas y el dinero de Novikov fueron absorbidos por la Bratvá, la misma que siempre lo había despreciado por su rebeldía. Viktor era considerado una rueda suelta dentro de la organización, trabajaba para el mejor postor en encargos de poca monta. Culpaba de su mala suerte a Alexander Petrov, la persona que más odiaba en el mundo. Sabía que le seguía los pasos como sabueso, pero él era más listo.

Agarró un periódico que había comprado en un puesto junto a la panadería, y mientras sorbía de la taza de café, devoró otro croissant. Los franceses no le gustaban y no entendía qué le veía todo el mundo a París, una ciudad repleta de callejuelas y olor a orín por todos lados, tan diferente a las ciudades de Estados Unidos, con vías amplias, soleadas, organización, trabajo duro. Lo único que disfrutaba de Francia era la comida.

Pasó las páginas del periódico buscando el sudoku, un pasatiempo del que era adicto. Pasaba hoja tras hoja, cuando una fotografía llamó su atención. Conocía al hombre, extendió el diario sobre la mesa y lo examinó. Era el novio de la pintora que lo había

jodido todo nueve años atrás en Nueva York. Lo acompañaba una mujer rubia, él caminaba a su lado con expresión de encoñado. La miró detenidamente, y se le hizo familiar. Se puso unas gafas de aumento, la mujer era parecida a... ¡No podía ser! Era la maldita que había enviado a Sergei a la cárcel y la culpable de que él no pudiera volver a los Estados Unidos y le tocara vivir en las sombras, de madriguera en madriguera.

Nunca supieron cómo logró escapar, literalmente se la había tragado la tierra. Aún recordaba la cara del viejo Nikitin cuando bajaron del apartamento después del asesinato y este inquirió por la pintora. La muy puta escapó para refugiarse con las autoridades. La habían buscado por cielo y tierra, y habría aparecido si el abuelo no estiraba la pata. Siempre pensó que estaría viviendo en algún pueblo de los Estados Unidos, dedicada quién sabe a qué, a lo mejor casada y con algún hijo. El maldito programa de testigos funcionaba, la muy zorra no había vuelto a aparecer. Hasta ahora...

Trató de leer algo, pero su gramática era pésima. Buscó la noticia en su móvil y copiándola, la puso en el traductor de Google. Así supo que Álvaro Trespalacios ostentaba un alto cargo como agregado económico en la Embajada de Colombia, y que la mujer se hacía llamar Chantal Duras. Tendría que investigarla, era muy parecida a la tal Sofía, y el cabello podría ser teñido. Tenía que ser ella. Su rostro se descompuso de rabia.

—¡Maldita hija de puta! Al fin sales de la guarida.

Soltó una carcajada de satisfacción. Vociferó una serie de groserías en ruso. Necesitaba ayuda de alguien para hacer el trabajo: Sasha Chejov.

Tecléo el número del móvil, el hombre contestó al segundo

timbre.

—Tenemos trabajo, necesito información sobre dos personas, un hombre y una mujer: Chantal Duras y Álvaro Trespalacios. En dos días termino un trabajo aquí y podremos dedicarnos a estos dos. No van a ir a ninguna parte.

Guardó de nuevo el aparato, sin poder creer lo que le había caído en las manos.

Parecía que el pasado había llegado para atormentarla. Desde su reencuentro con Álvaro, Sofia revivía los momentos más angustiosos del infierno que tuvo que pasar.

—¡Necesito hablar con Álvaro!—gritó furiosa a Dan y a Burt.

Pasaron unos largos y tensos segundos antes de que Dan contestara... Así como había obtenido el permiso para ir al entierro, obtendría una última charla con Álvaro, tendría que despedirse, así él no supiera que lo estaba haciendo. Lo necesitaba.

—No te puedes poner en riesgo —advirtió Dan—. Es hora de empezar a pensar en tu futuro, Sofia.

Hacía tres días que había ocurrido todo. Una psicóloga forense de la agencia estaba por llegar para ayudar a Sofia a superar el shock de todo lo ocurrido y a ayudarla a iniciar el proceso de insertarse en la nueva vida que la esperaba.

—Mi futuro me importa una mierda. ¡Quiero hablar con Álvaro!

Dan parecía frustrado. “Pues que se joda”, caviló Sofia, sin compasión. No tenía idea de cómo se sentía ella. Él caminó por la sala de la vivienda, a lo lejos se escuchaba el sonido de las noticias, mezclado con el que hacía uno de los agentes escarbando en el cajón de los cubiertos. El aroma a pasta a la boloñesa llegó hasta ella, y le

revolvió el estómago. Desde lo sucedido apenas lograba probar bocado.

—He hecho todo lo que han querido, he dado todas mis declaraciones, he sido buena chica y ya estoy harta. Álvaro llegará en pocos días, yo ni siquiera he testificado.

—No puedes ponerlo en riesgo. ¿Cómo más te lo digo?

Ella se acercó a él y le agarró las solapas de la chaqueta.

—Te lo suplico, por lo que más quieras, solo serán unas últimas palabras. Por favor. Nunca más te pediré algo. ¿Olvidaste cómo es? En serio, Dan, ¿lo olvidaste?

—No necesitas jugar sucio, Sofía. —Se alejó de ella, se llevó las manos al cabello y tiró de él en un gesto que denotaba frustración—. Yo sé por lo que estás pasando, pero no sabemos si tiene los teléfonos intervenidos y no quiero empezar a dejar rastros de tu paradero para cuando desaparezcas.

Ella sabía que la coraza de su amigo empezaba a cuartearse. Se acercó a él de nuevo.

—Te lo prometo. —Juntó sus manos en forma de ruego—. Te lo juro, solo quiero escuchar su voz una última vez, despedirme de él, por favor.

Dan soltó un suspiro de resignación.

—Si lo hago, no puedes decirle absolutamente nada.

—Él preguntará por qué no ha podido comunicarse esos días conmigo.

—Inventaremos algo, Sofía, por lo que más quieras, voy a poner mi trabajo en riesgo por esto, necesito tu promesa de que no te saldrás del libreto.

Fue el primer brillo de esperanza en sus ojos desde que había

empezado todo y Dan se sintió un cretino. Así estuviera furiosa, ella confiaba en ellos.

—Veré que puedo hacer, habla con la psicóloga, lo necesitas.

Solo necesitaba a Álvaro, pero si hablar con esa mujer le ayudaba a conseguirlo, lo haría.

La doctora Lidia Greene entró en la sala de la vivienda.

—Hola, Sofía.

Entraron a una habitación aledaña, gozarían de algo de intimidad a unos pasos de los custodios.

—Doctora.

Era una mujer alta y delgada, de rasgos delicados, un moño severo, vestido oscuro y mirada despierta. Se sentó frente a ella.

—¿Cómo te encuentras?

—¿Cómo cree?

—Cuéntame.

—Como si hubiera recibido un golpe en la cabeza y hubiera entrado a una dimensión desconocida, aún no creo lo que me pasó.

—Estás en shock, Sofía. Quiero que me hables de ti, de tu vida antes de que ocurriera todo esto.

Sofía, entre un llanto entrecortado, le habló de la pérdida de sus padres, de su pasión por la pintura, de su amor por Álvaro, de la falta que le hacía su abuelo, de su amor incondicional, del gesto tan magnánimo de instalarse en una tierra ajena a él solo para que ella no se sintiera lejos de sus padres. Le pareció atisbar un gesto de lástima en la mujer. No quería su compasión, deseaba creer que de alguna manera podría ayudarla a dejar de sentir ese dolor profundo en el pecho, ese pensar que su vida estaba al borde de un abismo y que solo faltaba que alguien la empujara, porque ella no se sentía con

fuerzas para saltar. Necesitaba saber que alguien se preocupaba por ella. Sin Dan todo hubiera sido mucho más difícil, pero él tenía que cumplir con su deber. Alexander también la había ayudado, pero al igual que ella, estaba anestesiado por la pena.

—Tengo pesadillas.

—¿Qué sueñas?

—Con el asesinato, pero que el hombre abre la puerta del armario y me encuentra, me clava el cuchillo de la misma forma que lo hizo con Ivanova.

Se tapó la cara con ambas manos y luego levantó la mirada.

—¿Algún día pasará?

—Es normal que te sientas así, frustrada y con tu futuro en vilo, pero todo se arreglará, no de la manera que deseabas para tu vida, pero haremos que el camino no sea tan escarpado. Por todo lo que me cuentas, eres una mujer fuerte, no creo que tengas problemas para superar esto.

—Yo no lo veo así.

—Estás en medio de la tormenta, todo lo ves oscuro, pero pasará y te sentirás orgullosa de la manera en que te manejaste en el punto más álgido del suceso. Estás con vida y eso es lo más importante, serás alguien diferente porque te tocó madurar de golpe, pero no puedes perder la fe.

Sofía lloró por millonésima vez desde el inicio de su tragedia, le parecía que su abuelo le hablaba a través de esta mujer, podía vislumbrar su mirada cálida y sus manos cariñosas, como si lo tuviera enfrente.

—Gracias —dijo Sofía—. Necesitaba de sus palabras.

Dan llegó al día siguiente con un teléfono celular a la casa de seguridad. Sofía lo llevó hasta la habitación. El agente Burt no se extrañó, ya sabía que eran muy amigos.

—No puedes durar más de tres minutos, Sofía —dijo nervioso el joven agente—. Tenemos que evitar que nos rastreen.

—¿No se extrañará de que lo llamemos al móvil? —preguntó Sofía—. Una llamada internacional es costosa y la vez que lo llamé lo hice a su casa.

—¿Hablaste en español a la persona que contestó?

—Sí, qué tan difícil es decir: “¿Buenos días, Álvaro, por favor?”.

—pronunció con un ligero acento.

Dan sonrió en medio de los nervios.

—Se te dan los idiomas.

—Iba a vivir con él en Colombia, el mismo día que Álvaro viajó empecé a tomar clases de español en el centro comunitario donde jugaba dominó el abuelo. Fueron pocas clases, pero los saludos son lo primero que te enseñan.

Dan emitió un silbido.

—Era serio lo de ustedes.

Sofía lo miró, esperanzada.

—Muy serio. —Levantó el dedo con el anillo que se negaba a quitarse—. Estoy comprometida. ¿Tú crees que es justo separarnos así? ¿Qué le van a decir a él cuando vuelva a Nueva York? ¿Qué me tragó la tierra?

—Tendremos que engañarlo. Si tú le terminaras ahora o tuvieras un disgusto con él, lo tendrías aquí en el término de la distancia. ¿Me equivoco?

—No te equivocas.

—Tiene que ser una charla normal, que él no sospeche que algo anda mal. Así ganamos tiempo. —Miró a Sofía, que sollozaba de nuevo, invadida por el dolor—. Lo siento mucho.

Ella levantó la vista y lo miró furiosa en medio de las lágrimas.

—Estoy cansada de escuchar las excusas de todo el mundo.

—Dame el número de la casa, por favor.

Sofía, asustada, recitó el número de memoria. ¿Qué podría decirle sin delatarse? Les pidió ayuda a sus padres y su abuelo.

—¿Estás segura? —preguntó Dan, al ver la expresión de pánico—. No tienes que pasar por esto.

Sofía ya no estaba segura de nada, solo de su amor por Álvaro.

—Haz la llamada, por favor.

Dan marcó el número y el teléfono sonó una, dos y tres veces hasta que alguien contestó.

—Buenos días, Álvaro, por favor.

La voz que contestó preguntó amablemente quién llamaba.

—Sofía —dijo ella con un leve temblor en la voz.

—Un momento, por favor.

El corazón de Sofía retumbaba en medio de las costillas, tendría que calmarse o le daría un infarto. Alo mejor esa era la solución a tanta pena e injusticia.

—¡Sofía, mi amor! —saludó Álvaro, entusiasmado.

El corazón le retumbó más fuerte, su voz fue como música celestial a sus oídos. Cada fibra de su ser se adaptó al ritmo de sus palabras. Las lágrimas le quemaron el rostro. Dan le hacía señas de que se calmara o interrumpiría la conversación y el tiempo corría. La angustia se mezclaba con la profunda alegría de escucharlo, de imaginar su sonrisa.

Lo notó preocupado al ver que ella no hablaba, por un momento tuvo el impulso de contarle todo, de pedirle que fuera a buscarla, pero el gesto de advertencia de Dan le quitó la idea. Lo saludó, rogando que no se diera cuenta de nada, tuvo que tranquilizarlo cuando inquirió por ella, preocupado. Se ahogaba con cada mentira que improvisaba. Se enterneció cuando la llamó “mi amor”, en ese español y tono de voz que ella amaba. Cerró los ojos con fuerza y se dio un golpe en la cabeza contra la pared.

Le dio la espalda a Dan. ¿Qué decirle para que no la olvidara? Algo que quedara para siempre con él, caviló presurosa, ya que se le acababa el tiempo. ¿Qué regalo darle al amor de su vida antes de dejar de escuchar su voz? Entonces le habló de las pinturas y terminó diciéndole aquellas palabras en italiano, lo que la hizo sentir más miserable aún.

Se despidió ante los gestos de Dan apresurándola porque se le acababa el tiempo. Nunca volvería a verlo, a escucharlo. Sollozó como animal herido tan pronto le devolvió el móvil a Dan. Se sentía como si un bisturí hubiera arrancado su corazón, reemplazándolo con un dolor inimaginable.

—Sofía, yo...

—¡Lárgate! Eres un hijo de puta y quiero que te largues.

Se arrodilló del dolor, no era capaz de separar los brazos de su pecho. Los agentes golpearon la puerta. Dan la abrió y con gesto preocupado, la pareja atisbó en el interior. Dan salió de la habitación, Sandy entró y cerró la puerta.

—¡Quiero estar sola!

La mujer examinó la habitación buscando algo que pudiera causarle daño. No vio nada.

—Descansa, Sofía, mañana será un día duro.

Sandy salió y ella se acostó en la cama en posición fetal. La noche giró rápidamente alrededor del centro vivo de su pena. Solo el dolor por la pérdida de sus padres se acercaba a esto que sentía. Había renunciado a su amor, moriría, estaba segura. “Tu vida se ha ido, Sofía, cortaste el último lazo que te unía a él”.

La agente entró minutos después con una taza de té que dejó en la mesa de noche. Le tocó la frente, ella permanecía con los ojos cerrados. Le apagó la luz, salió de la habitación y se sentó en una silla frente a la puerta. Sería una larga vigilia.

—No habrá juicio, Sergei será tratado como terrorista bajo las provisiones del Acta Patriota. Con tu testimonio grabado en videoconferencia y lo encontrado en la memoria, no volverá a estar en libertad en lo que le queda de vida —dijo Dan al día siguiente.

—No entiendo por qué no puedo volver a mi vida de antes.

Alexander la observaba en silencio, apoyado en una de las paredes de la sala de juntas.

—Porque Sam Pierce, uno de los socios en la entrada de uranio al país, está libre y aunque no sepa tu papel en esto, puede averiguarlo y tomar venganza contra ti. Además, algunos hombres de Sergei se han reagrupado y tomado sus rutas y dinero. Viktor Kasansky escapó, Alexander no ha podido darle caza, era uno de los hombres que sostenían a Ivanova cuando fue asesinada. Eres testigo.

—No han hecho muy bien su trabajo —sentenció Sofía, furiosa.

—Hemos hecho un gran trabajo. Ahora solo debemos pensar en reubicarte.

—No deseo quedarme en Estados Unidos. Quiero vivir en

Europa.

Sofía lo había pensado muy bien, si iba a empezar de nuevo, que fuera en otro país.

—Italia es muy evidente, ni lo sueñes.

—Quiero ir a París.

—¿Por qué irte de Estados Unidos? —preguntó Alexander.

Ella soltó una risa irónica.

—Perdí a mis padres, a mi abuelo, a Álvaro, vi asesinar a una mujer que fue lo más parecido a una amiga que he tenido en mucho tiempo. No he podido estudiar Arte. En este momento odio Estados Unidos.

Los hombres se quedaron mirándola en silencio.

—Me lo deben, hagan que suceda. Quiero irme ya.

Se levantó de la silla y les dio la espalda, mientras miraba por la ventana que daba a una pared de concreto.

—Tendrás que dar tu testículo derecho por obtener lo que ella quiere —dijo Alexander y chasqueó los dientes con un sonido que Sofía ya le reconocía.

—Lo daré con gusto si podemos dejar este maldito episodio atrás.

Un mes después de haberse sometido a una cirugía de nariz para modificar más su aspecto, la agente Sandy le pasó una serie de documentos.

—Sofía, aquí están los papeles con tu nueva identidad. Dónde naciste y qué has hecho de tu vida hasta ahora, el gobierno pagará tu educación en donde quieras. Tienes que apegarte a esta historia. Vivirás en Londres un año, perfeccionarás tu francés, y luego irás a

París.

Sofía se dijo que era irónico, cuando tenía el sueño de estudiar Bellas Artes en Francia, no se imaginó que terminaría allí y sin poderse acercarse a una escuela de pintura.

Examinó los documentos: partida de nacimiento, pasaporte, número de seguro social y por último la dirección donde viviría el primer año y el dinero con el que contaría de allí en adelante. El programa pagaría su manutención el tiempo que duraran sus estudios.

El entrenamiento para aprender su nueva identidad no había sido nada fácil. La terapia psicológica la había ayudado a ir aceptando la situación. Ahora tenía el cabello corto y teñido de rubio. Asesorada por expertos, aprendió a usar lentillas de color verde. Parecía un muchachito. Había adelgazado mucho y la expresión de su cara era la de una persona que está de vuelta de todo. La vida le había regalado experiencias nada placenteras que habían endurecido su corazón.

Todavía se dormía llorando cada noche, pero nada en su apariencia en ese momento la delataba. Soñaba con Álvaro, recordaba y atesoraba todos sus momentos juntos, pero no lo había vuelto a nombrar. Hablaba mucho con Dan de su abuelo, le agradecía que le hubiera entregado a Álvaro el perro y las pinturas. El agente había sido muy parco en sus comentarios respecto a la reacción del joven a su supuesta muerte. Intentó por todos los medios sacarle información, pero no pudo y dejó de insistir.

Ahora tenía ante ella el pasaporte para una nueva vida. No podría acercarse a un óleo por lo menos de manera pública, fue duro, otra pérdida para echar en el costal, pero al menos podría dedicarse a la perfumería sin problemas.

Después de meses de preparación, una nublada y fría tarde de

finales de noviembre se despidió de Dan en el aeropuerto que la llevaría a su nuevo destino. Se prometieron estar en contacto. Su amigo le pidió disculpas de nuevo por no haberla sabido proteger y le deseó suerte en su nueva vida. Le aseguró que la visitaría al año siguiente.

A medida que el avión despegaba y ascendía abruptamente, Sofía observó los rascacielos de Nueva York.

“Álvaro, *mio amore*, te quedaste con mi corazón, espero que te acompañe allá donde te encuentres, adiós, *tu sei l’amore della mia vita*”.

Poco a poco la catarata de recuerdos se aplacó, no se dejaría engullir por ellos de nuevo.

El pesar.

El pesar volvía.

El pesar se la tragaría.

El pesar la desaparecería.

Capítulo 19

Dan Porter vio las fotos en el periódico días después de la publicación. No había revisado la alerta de Internet hasta ese día.

—¡Te volviste loca, Chantal! —le dijo al teléfono esa mañana mientras ella caminaba al trabajo—. ¿Cómo pudiste exponerte de esa manera y con Álvaro Trespalcios? ¿Cómo pudo dar ese hombre contigo?

—Él no tiene la culpa, él no dio conmigo, nos encontramos por casualidad en una galería comercial antes de Navidad.

—Me parece mentira. ¿Has estado frecuentándolo?

—Él no sabe quién soy yo. —Mintió ella—. Me conoce como Chantal.

—Eso es mierda, eres la única ilusa que se traga ese cuento, estoy seguro de que a estas alturas ya sabe quién eres. Debiste avisarme enseguida, te habría sacado de París al instante.

—Por eso no lo hice. ¡No me voy a mover de París! —le gritó, con lágrimas en los ojos.

—Saliste fotografiada en los periódicos. ¿Qué sigue, Chantal? Dímelo para prepararme. ¿Programas de televisión? ¿Un *reallity show*?

—No me insultes, no necesitas hablarme así, puedo hacer con mi vida lo que se me dé la gana. Estoy cansada de ti y del estúpido programa.

—Antes de que apareciera Trespalcios no te quejabas.

—Pues ahora sí, y espero que no me envíes a Alexander como el policía bueno. Estoy harta y no estoy para juegos.

Siempre era así, Dan actuaba como el policía malo cuando le soltaba alguna restricción o le prohibía algo. Entonces enviaba a Alexander, que era el conciliador. Pues que se fueran a la mierda. Había pasado nueve años sin sentirse viva, sin experimentar esa sensación de tener el corazón a mil y las mariposas en el estómago, viviendo una vida de postín.

Porque su vida era una vida prestada, tal vez su esencia fuera la misma, pero pensar que hubiera podido ser española, alemana o portuguesa le molestaba, cada vida era única, nadie se levantaba en la mañana a pedir otra vida como si fuera una opción, aunque muchos lo quisieran. Ella se había visto inmersa en otra vida de golpe y porrazo, cuando más feliz se sentía, tenía derecho a rebelarse. Cuántas noches no se había dormido pensando que si no hubiera ido a ese departamento ese día, hoy estaría casada con Álvaro, dedicada a la pintura y con hijos. En cambio, vivía en París, con un trabajo que apreciaba pero que no la apasionaba, y acostándose con un hombre al que no amaba. Más sofisticada, pero menos feliz.

—¿Ya Alexander lo sabe?

—No, no lo sabe, y te agradecería que no le dijeras nada. —
Sofía cerró los ojos, suplicando.

—No puedo hacerlo, Sofía. —Lo notó más calmado—. Si alguien vio la fotografía, él tiene que saberlo. Llegaré a París mañana a media mañana.

Ella no se había dado cuenta cuando le tomaron la fotografía en la que caminaba al lado de Álvaro. Fue Edith, furiosa, la que blandió el periódico en sus narices hacía dos noches a la hora de la cena. Dan se había demorado en llamarla, él hablaría con Alexander y lo tendría sobre ella de hoy a mañana.

—Mademoiselle Duras —llamó Madam Maillot, una de las administradoras del negocio—. Hay un trabajo para usted.

—Claro, madam —contestó Chantal, siempre dispuesta a las órdenes de la mujer alta y nervuda con cabello recogido en un lazo tirante, ojos astutos y labios pintados de rojo sin importar que fueran las diez de la mañana. Vestía siempre de negro y bata de laboratorio blanca.

—Un cliente especial desea un *nez*.

—Faltan diez días para mi turno con los turistas.

La mujer se limitó a mirarla sin ningún tipo de expresión.

—Hubiera recomendado a Helene, pero el cliente la pidió a usted. Está lista, que en media hora la recogerá. Es un recorrido personalizado.

Sofía observó su reloj, eran las once de la mañana, ya había preparado las esencias para monsieur Leduc. Cuando le avisaron que el cliente había llegado, ella ya estaba lista. Ese día vestía unos pantalones azul oscuro de material grueso y elástico, muy ceñidos, y un suéter de lana con rayas azules. Se puso una bufanda azul y un abrigo negro. Calzaba botas también negras de caña alta y tacón grueso.

Atravesó la gruesa puerta de vidrio y se quedó pasmada cuanto vio a Álvaro, que la esperaba fuera del auto. Él se quitó los lentes y se quedaron mirándose en silencio. Chantal no pudo disimular una sonrisa, el corazón le brincó de alegría, luego recordó que no la había llamado en cuatro días... Resentida y celosa, mudó su gesto a una mirada indiferente.

—*Bonjour*, Chantal.

Sofía, todavía asombrada, le devolvió el saludo en un susurro.

Álvaro se acercó sin dejar de sonreírle hasta que invadió su

espacio corporal, le dio la mano, pero no la besó. A Sofía ese solo roce le calentó la sangre. Iba a ser una jornada agotadora.

Él sonrió, la sorpresa de Chantal era palpable, tenía las mejillas enrojecidas y lucía encantadora, como una jovencita.

En cuanto se subieron al auto con chofer, vio que ella se ponía apresurada los guantes.

—Me congeló —dijo.

Álvaro le dio la orden al hombre para que subiera unos grados la calefacción.

—Te invito a tomar algo caliente antes de empezar. ¿Te parece?

Ella negó con la cabeza.

—Mejor después, vamos a empezar el recorrido por el mercado de las flores de la Isla de la Cité.

Le dio la dirección al chofer, que miró enseguida a Álvaro, quien con un gesto dio su aprobación. Pero no la quería nerviosa y afanada, como si se quisiera deshacer de él pronto.

—No, primero un rato de charla. ¿Cómo has estado?

—Muy bien, fenomenal —remarcó ella, sarcástica y huyendo del poder de su mirada—. ¿Y usted?

—Llegué anoche de Londres, estaba en una reunión y luego asistí a un foro sobre inversiones productivas en países del Tercer Mundo.

Esa no era excusa para no haberla llamado, existían los móviles y los mensajes de texto.

—Estuvo muy ocupado, entonces —señaló ella.

—¿No me tuteas porque no te simpatizo?

Ella bajó la mirada y sonrió. Si supiera que no podía dejar de

pensar en él, que se contenía para no lanzarse a sus brazos cada vez que lo veía y cada vez que él se acercaba tenía que apretar los puños en la espalda u ocupar su manos con algo por culpa del intenso anhelo que la asaltaba por tocarlo hasta quedar unida a él como una lapa, que moría por hundir la nariz en su cuello y aspirar su aroma hasta intoxicarse...

—No, no es eso, está bien. ¿Cómo estuvo tu reunión?

—Muy bien, me alegra que me tutees.

—Ahora debes dejarme hacer mi trabajo.

Álvaro la dejaría hacer lo que quisiera, con tal de que no lo rehuyera.

—Crear una fragancia es como crear una obra de arte —dijo Sofía—. Si deseas un aroma personalizado, tengo que conocer qué aromas disfrutas y ya en el laboratorio miraremos si las notas del perfume van a gusto con la química de tu piel.

—¿Notas?

—Sí, el perfume es la melodía, y sus componentes son las notas.

Él el único perfume que deseaba era el aroma de ella en comunión con su piel, la única química que quería conocer era la de su sexo que lo narcotizaba, lo envolvía y lo había embrujado, porque lo recordaba aún, nueve años después.

Llegaron a la plaza Lépine, donde estaba uno de los más antiguos mercados de flores y plantas de la ciudad.

—¿Lo conocías?

—No.

—¿No le llevas flores a tu novia?

Él sonrió, ladino.

Ahí estaba la pregunta escondida.

—Para eso están las floristerías y el móvil.

Caminó para atrás delante de ella, ya que Sofía rehuía la mirada. Álvaro quería soltar la carcajada, abrazarla, darle vueltas por los aires y probar sus labios, que lo tenían loco de deseo. El gesto de Chantal al hacer la pregunta era el mismo de Sofía cuando lo celaba y eso era un bálsamo para su alma repleta de dudas. Hoy era el día, tenía ese pálpito.

—Debió molestarse mucho por la fotografía que salió ayer en el periódico. ¿Dónde está ahora? —preguntó ella, sin mirarlo.

Él sonrió de nuevo y dio un paso deliberado en su dirección.

—No tengo novia. —Bajó el tono de voz—. ¿Puedo preguntar lo mismo?

Estaba tan cerca que podía olerla, tan cerca que solo unos centímetros y podría reclamar sus labios.

—Terminé mi relación hace unos días.

Podría mentirle, pero para qué decirle que estaba en una relación. Ahora se pondría más insistente, estaba segura y lo anhelaba, que se fuera el mundo al carajo.

—Lo siento. Espero que no haya sido por la fotografía. No sabía que el fotógrafo nos seguía, ayer mismo puse una querrela, el hecho de que les haya abierto una puerta a conocerme, no les da derecho a tomar fotografías a escondidas.

Las fotografías le habían traído una clase de problemas muy diferentes a los que él se había imaginado. Decidió no decir más sobre ese tema.

—No lo sientas, no estaba enamorada.

Él se alejó unos pasos. “No lo amabas, pero te acostaste con

él", quiso reprocharle Álvaro, "dejaste que te tocara". La torta se le volteó, ahora el celoso era él, al recordar que hasta hacía poco tiempo había otro hombre en la vida de ella. Tuvo el impulso de besarla a la fuerza, de borrarle cualquier rastro de aquel hombre y ese pensamiento aumentó su erección.

—Ambos estamos libres de compromisos.

—Tú eres un cliente que desea una fragancia.

—Soy más que eso y lo sabes. Deseo más de ti, Chantal.

El aire caliente de su sonrojo contrastaba con el aire frío de la jornada.

Ella quedó callada ante su gesto de súbita seriedad, si hubiera sido cualquier otro hombre, le habría lanzado cuatro frescas, pero era él. Pronunciaba su nombre con algo de reticencia, como si le costara llamarla así, deseaba que la llamara "mi amor", en ese español con el que le regalaba palabras en medio de la pasión. Álvaro seguía con semblante serio, lo estudiaba de perfil, su nariz recta, la barbilla áspera que le secaba la boca nada más de imaginar su tacto, las pestañas largas y espesas, rizadas hacia arriba... Quiso alisarle el gesto con que arrugaba la frente, siempre lo tuvo, pero se le había acentuado con los años.

Entraron en el mercado que estaba compuesto por tres casetas alargadas, dispuestas en paralelo, fabricadas en hierro, madera verde y cristal. Eran como enormes invernaderos repletos de flores, de invierno e importadas.

—El uso de flores y demás elementos naturales para crear los aceites esenciales ha disminuido. Los hay, pero son muy onerosos y sus procesos largos y dispendiosos, ahora los perfumes están creados con esencias sintéticas, lo que hace las fragancias menos costosas.

—¿Son iguales las fragancias?

—En un buen porcentaje, sí.

—Me parece difícil que algún elemento sintético reemplace al natural.

—Las esencias sintéticas se acercan mucho a las naturales.

Cuando subió unos escalones, Álvaro la tomó del brazo, se preguntó si habría notado la conexión entre ellos. A medida que pasaban los minutos se le hacía más difícil no tocarla, no acercarse más.

—¿Cuál es tu aroma favorito?

Él se quedó mirándola con un brillo extraño en los ojos, dobló las comisuras hacia arriba en una sonrisa lenta y sinuosa.

—Si te lo dijera, me ganaría una buena reprimenda. ¿Qué clase de pregunta es esa?

Para su sorpresa, la mujer también sonrió y él se arriesgó a hacer lo que deseaba, cuando una ráfaga de viento llevó un mechón de cabello a los ojos, le metió el pelo detrás de la oreja, y de paso, le acarició el lóbulo.

Ella no lo rechazó.

—Entonces tu segundo aroma favorito —dijo, sonrojada.

—Verbena, y ahora, violetas.

Ella negó con la cabeza y levantó ambas manos.

—No se me ocurren otras —contestó él, haciéndose el inocente.

Ella seguía sintiéndose atraída por él, se hacía la indiferente, pero por el modo en que bajaba la mirada, por el hecho de que no sabía qué hacer con las manos, que iban del bolsillo del abrigo a arreglar un mechón de pelo o poner la bufanda en su lugar, podía

palpar su nerviosismo.

—Entonces vamos a descubrirlas, te traje a este mercado para que conozcas cuál es el momento ideal de la flor para hacer con ella un buen aceite esencial, por ejemplo la flor del jazmín debe estar bien abierta para poder utilizarla.

Ella lo guio en un recorrido por diferentes puestos, se llevaban a la nariz diferentes fragancias de flores, hierbas y frutas, lo llevó a un puesto de especias donde se sumergieron en el aroma picante y fragante de la canela, el dulce de la vainilla, el picante de la pimienta y el jengibre, que la transportó a una tarde en el mercado hindú de especias en Brooklyn. Sofía sonrió ante el recuerdo, mientras se llevaba astillas de canela a la nariz. Deambularon un rato, compraron esencias y Álvaro insistió en regalarle un ramo de rosas, que ella aceptó.

—Ahora sí te acepto el café, nos servirá para despejarnos de tantos olores y hablar de tu perfume.

—Me interesa más el tuyo —dijo, acercándose a ella y tratando captar su aroma—. Hoy no llevas violetas, pero el olor me gusta mucho.

—En el trabajo no suelo llevar perfume.

—No lo necesitas. Hueles delicioso.

El corazón de Sofía golpeaba a ritmo disparatado. Ansiaba tocarlo, su cercanía le provocaba ansiedad, la hacía muy consciente de lo perdido en el pasado.

En el mercado había un café, entraron en el local. “Respira, solo respira”. Una estufa a gas calentaba el ambiente, el calor tibio la envolvió, Álvaro la condujo a una de las mesas, ella se quitó el abrigo que dejó detrás de la silla y puso las flores en la mesa. Pidieron café y pastas, se obligó a calmar los latidos y las ansias, hablaron de libros,

espectáculos y viajes. El mesero se acercó con la orden a los pocos minutos.

—¿Vas seguido al museo? —preguntó él de pronto.

Esa pregunta la tomó desprevenida. Sorbió el líquido caliente antes de contestar.

—No tanto como quisiera. ¿Por qué? —preguntó, retadora. Nerviosa, agarró las flores y se las llevó a la nariz.

—Curiosidad.

El ambiente se había enrarecido y a Sofía la máscara se le empezaba a caer a pedazos, culpa de la añoranza. Se arriesgó a probar un bocado de torta, rogando que no le quedara atragantada en la garganta como la desazón que estaba sintiendo. Al ver la forma en que la miraba, supo que no podía dilatarlo más. ¿Cómo enfrentarlo? Dejó el pocillo en el plato y puso ambas manos sobre la mesa. Tuvo el impulso de salir corriendo. Los pensamientos de él debían ir por los mismos derroteros, porque de pronto su semblante se volvió grave.

Álvaro se quedó observando a Sofía detenidamente, había algo raro en su expresión que no acababa de descifrar. Tenía que confrontarla y acabar con esa farsa hoy. ¿Por qué le mentía? La notaba reacia a poner fin a la maldita situación, pero ya había fisuras y él estaba agarrado a ellas como a clavos ardiendo. Un clima de incertidumbre flotó alrededor de ellos. Se quedó mirándola y su gruesa voz rasgó en dos la tensa atmósfera.

—¿Hasta cuándo vas a seguir con esto?

Ya.

Álvaro pudo notar el momento en que ella estuvo a punto de decir algo, pero las palabras la abandonaron cuando algo incorpóreo le oprimió la garganta.

Ella se levantó de golpe.

Se puso el abrigo en segundos, aferró las flores al pecho y salió del local. Álvaro se tomó su tiempo, pagó la cuenta y salió detrás de ella. La alcanzó a la salida del mercado. La temperatura había descendido.

—Vamos a la perfumería, es hora de hacer tu perfume. Se hace tarde, tú tendrás cosas que hacer y yo tengo trabajo —le dijo, como si él no hubiera dicho nada.

—Me importa una mierda el maldito perfume, Sofia.

Ella palideció.

Se observaron como enemigos cautelosos antes de entrar en batalla. La diferencia radicaba en que Álvaro, a pesar de su mirada sombría, parecía en control. Ella había empezado a temblar.

—No voy a hablar aquí, vamos a mi casa. —Su tono de voz sonó a orden.

—No, mejor en la mía, está a diez minutos —refutó ella.

Él hizo un gesto afirmativo, la aferró del brazo y la guio al interior del coche. Le dio la dirección al chofer y le pidió que fuera rápido, en segundos avanzaban por el tráfico. No hablaron. Sofia le destinaba vistazos, él no la había mirado a los ojos ni una sola vez. Lo notaba tenso, a medida que pasaban los minutos, lo presintió furioso. Tenía el ceño de la frente arrugada. Subieron las escaleras del edificio con celeridad.

La mente de Álvaro corría a toda velocidad. La deseaba y con apremio, pero deseaba a la Sofia de nueve años atrás, que parecía tener poco que ver con la mujer que tenía enfrente. Le reconocía acentuado su aire melancólico. Le temía a sus propios sentimientos, a que en segundos la frágil esperanza que lo había sostenido hasta

ahora se desvaneciera con la confrontación y que solo se tratara de un necio capricho que se había diluido con los años. El dolor de la pérdida los había llevado a ser personas muy diferentes. ¿Qué diablos buscaba con esos encuentros? La verdad, se dijo de manera fiera, la jodida verdad.

En cuanto llegaron a la casa, ella soltó el bolso en el piso, cerró los ojos y lo abrazó. Él le devolvió el gesto con fuerza extrema en un choque de angustia por los años perdidos, de hambre de ella, de rabia, de pasión, de miedo a que fuera un sueño y no un jodido milagro el que la hubiera devuelto a su vida. Nueve años sin sentirla así, su cuerpo se ablandó ante él al emitir un fuerte sollozo y lo aferró por la espalda como si fuera a desaparecer en cualquier momento.

—Sofía —susurró en un lamento con los ojos cerrados.

Ella no quería hablar, se tragó como pudo las lágrimas que veía venir, solo quería sentir su piel, acariciarlo, olfatearlo, extraviarse en su olor, el mejor perfume del mundo. Lo inspiró como una maldita yonqui ante una línea de droga. Le acarició la quijada rugosa, le alisó el ceño. Lo besó con una desesperación que le fue devuelta, gimió desesperada por fundirse en él, por fin un beso de verdad, con el corazón, de esos que hacen detener el mundo. Las palabras no dichas fueron liberadas con furia en forma de roces, lastimando los labios, las mariposas en su estómago descendieron vertiginosamente y tuvo que apretar los muslos y las ganas para no llevárselo desesperada a la cama. Le introdujo la lengua en la boca y recorrió todo su interior como atizador al rojo vivo, mientras él le sujetaba la cintura con violencia.

De pronto, Álvaro tomó la iniciativa y de un tirón la aplastó contra la pared. Ambos gimieron, y ahora fue él quien le hurgó la boca con la lengua, a lo que ella accedió encantada y de pronto...

Él la soltó y puso distancia entre ellos. Respirar se le dificultaba, tenía el pecho tan tenso como si un ladrillo lo presionara. Caminó unos pasos con las manos detrás de la cabeza. La miró con resentimiento.

—No me mientas, quiero toda la jodida verdad —dijo, siseando.

—No te lo puedo contar —respondió ella con voz ahogada—.

No me preguntes.

Se acercó a ella con violencia y levantó un dedo frente a ella a modo de advertencia.

—¡Merezco la maldita verdad! Me la debes, por todo lo que tuve que pasar.

El tono angustiado de él le rompió el corazón a Sofía, y su llanto se desató. Se acercó de nuevo a él, no soportaba no poder tocarlo.

—Vi algo que no debí haber visto —dijo, con una tristeza infinita—. Debí hacerte caso.

—Me has tratado como un imbécil en nuestros encuentros. —Soltó una carcajada ajena al humor y la miró con rencor—. Lo que habrás gozado.

—¡Yo tampoco lo tuve fácil! ¿Cómo crees que me he sentido?

—¡No lo sé! ¡Maldita sea! ¡No lo sé! —gritó furioso—. Entre tú y el imbécil de Dan Porter me vieron la cara de pendejo. Amí, maldita sea, a mí.

Esto lo dijo en español, con toda su jerga caribeña, golpeándose el pecho con fuerza.

—No podía involucrarte, era peligroso —le contestó en español.

Álvaro cambió la expresión, su mirada la atravesó. Tenía un

rictus amargo en la boca.

—Has aprendido mucho en estos años —dijo con sorna—.

¿Qué más habrás aprendido?

Estaba furioso y celoso. ¿Por qué prefirió ponerse en manos de Dan? Como si él fuera un maldito pegote estampado en la pared.

Sofía quiso decirle que no pelearan, que lo importante era que estaban juntos otra vez, pero él no la dejó hablar y continuó recriminándole.

—Se supone que la relación de pareja está basada en la confianza y urdiste una cruel mentira. Conseguiste que me torturara por mucho tiempo ¿Cómo pudiste, Sofía?

Ella se sulfuró.

—¿Tú crees que yo lo urdí todo? ¡Ja! Ven, Dan, destrocemos la vida de Álvaro, ya que no tenemos nada más que hacer.

—¡Lo hiciste! ¡Lo hiciste! Quedé en un limbo, siempre con la duda. ¿Sabes? Quedé atrapado entre tu mentira y tu muerte.

Sofía sintió como si le hubiera dado una bofetada.

—¡No seas injusto! No tienes ni idea de todo lo que he tenido que vivir. ¿Por qué me seguiste? Hubieras dejado entonces las cosas como estaban.

—¡Necesitaba hacerlo! —gritó, desesperado, dándole la espalda.

—¡No debiste contactarme!

—¿Lo hubieras hecho tú?

Sí, quiso decirle ella, claro que sí; tal vez en otra vida, donde el peligro fuera ajeno a ellos; tal vez en otra vida, donde sus mayores problemas serían lidiar con el temperamento de los dos; tal vez en otra vida, donde pudieran ser solo una simple pareja y pasear cogidos de

la mano por Los Campos Elíseos o visitar la Torre Eiffel.

—¡No! —Su palabra sonó a mentira.

Álvaro se volteó con una risa llena de amargura. Luego se puso serio. Las palabras salieron de su pecho junto con el aire que respiraba.

—Voy a dejarlo aquí, te seguí porque necesitaba saberlo, te hice investigar y en cuanto el detective me dijo lo del museo, supe que eras tú.

Caminó hacia la puerta y salió del apartamento, con un golpe fuerte de la puerta.

Sofía se quitó el abrigo y se desvaneció en el sofá sin dejar de llorar. Debió haberse sostenido en la mentira y haberse largado, como Dan le dijo. Se sentía insensibilizada. Álvaro tenía derecho a estar enfadado. No podía refutárselo, si había sufrido una cuarta parte de lo que sufrió ella, entendía su furia, pero tampoco tenía derecho a poner su dolor por encima del suyo.

Se debían una buena conversación cuando las cosas se hubieran calmado. Tenía que haber una forma de arreglar la situación. No quería que sus problemas lo tocaran, no lo había involucrado nueve años atrás, y no lo iba a hacer ahora. Si no la hubiera buscado, si él se hubiera conformado con ese encuentro fortuito...

Se limpió las lágrimas con las manos. No se engañaba, ella hubiera dado con él de alguna forma, estar en la misma ciudad y no respirar a su lado le parecía imposible. Se levantó, resuelta a buscarlo, a rogarle, a arrastrarse como fuera con tal de volver a experimentar el imperio de sus ojos.

Escuchó el timbre de la puerta. Abrió, era Álvaro con las flores que le había comprado y ella había dejado en el auto. Tomó el ramo, lo

dejó a un lado y lo miró a los ojos, su rostro lucía tenso, su pecho subía y bajaba. Se miraron con incertidumbre, con un cántaro repleto de emociones, con temor de ser manifestadas. Sofía trató de hablar, pero él no la dejó.

—Shhh.

Con una sensación de irrealidad y temor, se acercó a ella en tres zancadas, la abrazó y le devoró la boca con gula, con rigor de saqueador de almas, ahogándola, enfebrecido, como si no fuera a tener suficiente de ella. El anhelo que ella sentía en medio de las piernas no había hecho sino aumentar. Sin dejar de abrazarla y besarla, la reclinó con algo de rudeza en el sofá. Sin paciencia para quitarle las botas, le bajó el pantalón y los interiores hasta las rodillas. Le levantó las piernas hasta apoyarlas en sus hombros, él se desbrochó los pantalones, liberó su larga erección e irrumpió en ella sin preliminares. Descontrolado y desesperado por poseerla, soltó un fuerte suspiro, como si hubiera recibido una bocanada de agua después de una larga sequía, en cuanto se sintió inmerso en su calor.

A Sofía le ardió su intrusión a pesar de estar húmeda y deseosa de sentirlo. Dobló las piernas sobre su pecho para darle más acceso, la sensación de tenerlo a él en su interior la estaba agobiando. Se sentía completamente llena, tan apretada a su alrededor y sin poder moverse. Él se quedó quieto unos segundos y ella susurró a Dios, agradecida. Se le dificultaba respirar, se sintió mareada de excitación, no podía creer que él estuviera tan dentro de ella que le rozaba el alma, la piel perlada de sudor y con su mirada posesiva, que parecía marcarla, clavada en sus ojos.

—*Mi sei mancato tanto* [\[18\]](#).

Y esa fue la frase clave para desatar el huracán de emociones

que Álvaro llevaba dentro al mirar su rostro. Era ella, su sueño imposible, su aterradora pesadilla, su felicidad más sublime, su pesar más profundo, su banquete y su hambre. Ella había sido sus aciertos y sus errores; en definitiva, era su vida y hoy encima de ella, dentro de ella, volvió a respirar. Le temblaban las manos mientras la embestía con movimientos feroces e incansables.

—No puedo parar... lo siento.

—No pares, por favor, no pares.

—No podría —jadeó, desesperado—. Has vuelto a mí...

El orgasmo lo atravesó de arriba abajo como si una ola lo hubiera suspendido, dándole vueltas hasta dejarlo en alguna playa desierta. Doloroso y liberador, su explosión parecía no acabar. Cuando volvió al mundo de los vivos, no había aflojado el ritmo de las embestidas, se hundía en ella una y otra vez, podía escuchar los húmedos sonidos que emitía cada vez que se hundía. La miró a los ojos. Todas sus dudas sobre sus sentimientos desaparecieron como por ensalmo.

—Tú no...

—No importa, no...

Se quedó quieto, y sin dejar de mirarla, le quitó las botas y le sacó el pantalón. Las piernas de Sofía, liberadas, lo apresaron al fin, rodeando su espalda y atrayéndolo hacia ella. Él se inclinó y le dio un largo beso.

—Discúlpame, me porté como un bruto...

Aun sin salir de ella la alzó, ella se colgó de su cuello y enroscó más sus piernas alrededor de su cintura. Lo guio hasta la habitación, la fricción mientras caminaba le envió señales de que su orgasmo estaba cerca.

—No quiero salir de ti —dijo, tumbándose con ella en la cama, con tono de voz rasposo y dominante.

—No salgas, ya estoy a punto.

Él le acarició el clítoris con el pulgar, se hundió en ella una vez más a un ritmo más suave, una sensación abrumadora la atravesó de una manera explosiva y soltó un lamento al tiempo que arqueó su espalda y se lanzó por el precipicio, reconociendo sensaciones largo tiempo sepultadas.

—¡Álvaro!

No iba a aguantar, el corazón le iba a estallar, iba a morir allí mismo, se decía, mientras se deslizaba por una vertiente de placer, hasta encontrarse con los ojos de Álvaro, intensos, triunfales, dominantes.

—Mía, eres mía, no lo olvides.

Capítulo 20

Esa noche solo hablaron sus cuerpos. Como si las palabras fueran detonantes que les estallarían en la cara a la menor frase dicha. No importó. Sus cuerpos se reconocieron. Sofía había leído en alguna parte que las vaginas tenían memoria, lo pudo comprobar esa noche. La intimidad vivida con Álvaro nueve años atrás había marcado al resto las de las relaciones sexuales que tuvo en esos años. Estuvo con hombres buenos y no tan buenos, la pasión y su cerebro pudieron engañarla muchas veces, pero su vagina siempre fue honesta, reflejó sus fantasías, sus sueños y su más profundo deseo de él, siempre de él.

Observándolo dormir, en toda su espléndida belleza, ella fue incapaz de quedarse dormida. Tenía miedo de despertar y que hubiera sido un sueño. Le tocó un mechón de cabello, quiso tocarle las arrugas de la frente, que se notaban aún con el ceño distendido —ya se habían hecho permanentes, como si estuviera serio mucho tiempo—, y su boca, su boca era absurdamente perfecta. No se cansaba de mirarlo, de constatar en lo se había convertido físicamente: un diez le hubiera dado Edith sin dudarlo, se notaba que practicaba deporte, y sí, ella había devorado el reportaje del periódico, y por él supo que Álvaro aún corría todos los días, que era asiduo practicante de krav magá —eso era nuevo—, que era hermético en sus relaciones y muy exitoso profesionalmente.

Por lo que ella acababa de comprobar, había ganado experiencia sexual, aunque después de la primera colisión, su talante

poco había cambiado, seguía siendo demandante, fiero y posesivo, toda la noche sintió como si la estuviera marcando de alguna manera primitiva. Descansaron alrededor de la medianoche y luego él la despertó con sus caricias atrevidas, sus palabras calientes y sus besos voraces. Había bajado el ritmo apenas una hora antes, tampoco habían comido nada. No habían usado protección, menos mal que ella tomaba la píldora. Cuando trató de decirle que tenía profilácticos en la mesa de noche, la miró con una sonrisa que no le llegó a los ojos, la penetró enseguida y le dijo:

—No hará ninguna diferencia después de las dos veces anteriores. —Luego murmuró algo parecido a una disculpa y suavizó el tono—. Esta noche no, por favor, después los usaremos. —La besó de nuevo—. Después.

Ella no tenía ningún problema con eso, pero tampoco iba a dejar el tema así. Ambos tenían un pasado, nunca se había acostado con un hombre sin que este usara un condón, era responsable, no sabía si Álvaro había hecho lo mismo.

Amanecía. Quiso levantarse, pero el brazo de Álvaro no la dejó.

—Ni lo sueñes. Nos moriremos en esta cama, no pienso levantarme más.

Sofía soltó la carcajada.

—Tenemos que hablar.

Él gruñó y se puso encima de ella.

—Más tarde.

Ella le acarició el rostro, le delineó la boca, los pómulos, la barbilla con asomo de barba.

—*Il mio amore*[\[19\]](#).

—¡Me pones tan caliente!

Sin ningún pudor, tomó la mano de Sofía y la encajó en su miembro, ella lo masajeó de arriba abajo.

Álvaro no podía apartar la mirada de su rostro, del color de sus ojos —en la madrugada, ella se había podido deshacer de los lentes de contacto—, era su Sofía. Sabía que debía dejarla descansar, esa noche había actuado con ella como si no hubiera tenido sexo en diez años y en parte era cierto, el intercambio con otras mujeres no tenía nada que ver con el cataclismo de placer que Sofía le provocaba. Era como una maldita adicción, siempre ahí, latente por años y ante el más mínimo roce, volvía con más fuerza.

Vio las marcas que le habían hecho sus dientes en el hombro. Con orgullo, le besó el moretón y recordó el momento caliente que lo había propiciado. Él también tenía las marcas de sus uñas en la espalda. Siguió el recorrido por sus pechos perfectos, donde sus pezones en alto ya esperaban su boca. Se deleitó con ellos unos momentos, observó la piel enrojecida por culpa de su roce, percibir sus gemidos y la manera en que le aferraba la cabeza era muy estimulante.

Escuchar otra vez sus palabras de amor en italiano era su fetiche y no iba a pelear contra eso. No se engañaba, aún estaba furioso y bastante, su amor y su deseo estaban en pugna con los celos, la angustia por volverla a perder y la desconfianza, pero no era sino tocarla, y su hambre de ella se ponía por encima de cualquier desengaño. Era una mujer hermosa, su cuerpo, sin ser perfecto, encarnaba todas sus fantasías masculinas, con la misma piel sedosa y una sensualidad que no existía en la Sofía de años atrás.

Los celos lo ahogaban al pensar en los otros hombres que gozaron de sus encantos, pero no sería justo recriminarle nada, él no

había sido ningún santo. El recordar sus pecados, le obligó a concentrarse en la mujer dispuesta debajo de él.

Se levantó en la cama y se puso de rodillas con los muslos cerrados, le acarició el sexo, la penetró con un dedo, estaba hinchada y lubricada, caliente y apretada. La jaló hasta que quedó frente a él, con sus piernas entre las de ella, la alzó, la situó entre su pecho y sus piernas y fue introduciéndose despacio, poco a poco la hizo descender sobre su miembro hasta que la penetró por completo. Ella siseó y exhaló una respiración. Él le aferró el rostro.

—¿Te hago daño?

— *Non ti fermare. ¡Oh mio Dio, per favore, amore mio!*[\[20\]](#)

Él emitió una exclamación.

Ella se aferró a él por la espalda y le besó los hombros y el cuello, el roce de sus senos contra el pecho de Álvaro la enloquecía de placer. El calor se adueñaba de su cuerpo con cada vaivén, él presionaba con sus rodillas hasta acercarla más y entrar más profundo en ella. Era una postura muy íntima, él le aferró el cabello para no perder ningún gesto de su rostro.

—¿Te gusta?

—Oh, sí —suspiró ella, al notar el roce.

Álvaro le besó los parpados en un gesto de ternura que no había tenido con ella la noche pasada. Le parecía una quimera estar en su interior, disfrutar de sus caricias, escuchar sus gemidos. Ella echó la cabeza hacia atrás y los pechos quedaron a la altura de la boca de Álvaro, que no perdió tiempo y se dedicó a besarlos y acariciarlos.

—*Tus tetas son una preciosura, tu sabor es delicioso* —dijo en español.

Ahora quería disfrutar, tomándose su tiempo, sin la urgencia de

la noche anterior, pero la fricción de sus sexos, su calor vaginal que lo endurecía más, lo apremiaba, lo avivaba, los jadeos, las respiraciones agitadas, hasta el roce de las sabanas y el sentirse devorado aumentaron el vaivén.

—Mírame —dijo él con un sonido estrangulado—. Soy yo, tu hombre.

—*¡Mio, amore, mio!*

Sofía estaba perdida en el placer, en el brillo de sus ojos, su fricción hizo que pusiera los ojos en blanco, las sensaciones punzantes se repetían una y otra vez, fluyendo por todo su cuerpo. Lo dejó hacer lo que quiso. La sacudía con el movimiento implacable de sus caderas, todas sus partes chocaban hasta que la suma de sentires se agolpó en su sexo y de allí se extendió por todo su cuerpo hasta llegarle al alma, podía jurar que vio una mezcla de colores nunca imaginada y susurró su nombre una y otra vez.

Con la respiración agitada y las embestidas a ritmo febril, Álvaro sintió un corrientazo que lo atravesó de arriba abajo y se vació en ella en medio de resuellos ruidosos y puntos brillantes tras de los ojos. Ofuscado, trataba de recuperar el aliento, abrazado a su cuerpo. Repitió su nombre una y otra vez.

Iván apenas había dormido, después de preparar todo un informe sobre la operación del traficante de armas sirio, que había tenido buenos resultados y pocas bajas. Se disponía a abordar el primer avión a París. Dan Porter lo había llamado el día anterior, Sofía se había vuelto loca y le habían destinado un hombre para que la siguiera, que empezaba su labor hoy, aunque en su opinión, lo mejor sería sacarla del país.

Su malgenio hervía a fuego lento. Así que había terminado su relación por ese mamarracho, caviló, mientras echaba un jean y un par de camisetas en una mochila. ¿En qué mierda de mundo te vuelves a encontrar por casualidad con alguien que no ves hace nueve años? En un mundo ajeno al de él, de eso estaba seguro.

El sonido del timbre del móvil lo distrajo de sus pensamientos. Era Michel Vial, su compañero de la agencia en París, eran buenos amigos.

—Enhorabuena por el último trabajo, mereces unas vacaciones.

Alexander se sentó en la cama y se rascó la frente mientras miraba el reloj. En veinte minutos saldría para el aeropuerto.

—Creo que me voy a tomar unas vacaciones permanentes, estoy cansado de tanta mierda.

—Si lo haces, avísame, aquí hay una empresa que necesita hombres como tú.

—Quisiera alejarme de todo esto, armas, sangre, muerte.

—Eres un guerrero, hermano, y los guerreros mueren en batalla.

Alexander le fastidió el comentario.

—Me imagino que no es por tu bondadosa preocupación por mi futuro que me llamas. ¿Qué pasó?

—El tipo ruso que llevas tiempo buscando está en París.

Un sudor frío le atravesó la espalda. La conmoción lo golpeó como con un bate.

—¿Viktor?

—Sí.

—¿Hace cuánto lo vieron?

—Hace dos días. Un agente de policía lo vio por una de las cámaras del metro, pero hasta anoche no me avisó.

El rostro de Viktor estaba en las alarmas de la policía. Desde los atentados terroristas, una serie de personajes estaban en la mira de las cámaras de las diferentes estaciones del metro, aeropuertos, calles y sitios turísticos de las principales ciudades del mundo. Habían atajado más de un ataque gracias a los avances de la tecnología. Aunque Viktor no era terrorista, sí era peligroso, y su inclusión en el cotejo de rostros de la policía permitía mantenerlo en la mira. Así lo habían tenido localizado a lo largo de los años, pero cuando intentaban atraparlo, se escurría como la rata de alcantarilla que era.

“El maldito ya vio la foto”, se dijo, mientras se echaba la mochila a la espalda y repasaba con la vista que no quedara nada de su presencia en el lugar. Maldijo, furioso.

—¿Tienes idea de donde está?

—Venía en un tren de una de las rutas de Saint Dennis.

—Trata de ubicarlo, pon un grupo de hombres en ello enseguida, estaré en un par horas en París.

—¿Sofía ya está siendo vigilada?

—Un hombre va para su casa ahora.

—Que se apresure.

Se despidió de él, no sin antes pedirle el favor de que reforzara la vigilancia en la casa de Sofía, le dio los datos. Un solo hombre no era suficiente.

Álvaro se ponía la chaqueta cuando entró una llamada a su móvil.

—Bonjour, Ginette —saludó en cuanto contestó el aparato.

Sofía se terminó de vestir en silencio. ¿Quién sería Ginette? Cuando empezó a hablar de trabajo y reuniones, dedujo que era su asistente. Le dio un par de instrucciones y le pidió que le enviara un correo con un informe para leer en el auto antes de llegar a la embajada. Sofía se aplicó el perfume de violetas.

—Me encanta ese perfume —dijo Álvaro, guardando el móvil.

Se acercó por detrás y le olfateó la nuca. Habían compartido una ducha, Álvaro se cambiaría en la embajada, tenía ropa de recambio en la oficina. El aroma de las flores estalló en su nariz para enseguida dejar un vacío, volvía y atacaba con la fragancia, y se iba otra vez. Un aroma de refinada seducción que encarnaba lo que había vivido con Sofía. Lo aspiró con deleite.

—Me vuelve loco.

Ella ya lo sabía, quería conquistarlo, deseaba volverlo loco, lo ocurrido la noche anterior le daba vuelo para querer algo más, tendría que buscar una solución, porque sin Álvaro Trespalcios ya no quería vivir. Hablaría con Dan, con Alexander, haría lo que fuera, hasta contratar seguridad privada si era el caso, con tal de estar en su vida.

Era consciente de la lucha interior que llevaba Álvaro. Sus gestos afectuosos estaban marcados por la desconfianza y algo más que no sabía dilucidar. Seguía resentido, pero él la necesitaba y se agarraría a ese sentimiento para superar lo ocurrido. Al ver que ella tomaba de la mesa de noche el estuche de los lentes, él la jaló y le acarició el rostro con la mano.

—Déjame ver tus ojos otra vez, antes de que los escondas.

Ella le sonrió.

—Te invito a desayunar en la panadería de la esquina, venden

el mejor café y los croissants más exquisitos de París.

Él sonrió al verla y sentirla tan feliz. Ella se puso los lentes con rapidez. Al salir de la habitación se percató de la pintura que colgaba en la pared, era él, años más joven, se acercó y la tocó con la yema de los dedos. Luego miró a Sofía, sorprendido, con un nudo en la garganta y el pecho encogido. Ella nunca lo olvidó.

—No sabes cómo soñaba con volverte a ver —susurró ella a su lado.

Él la envolvió en sus brazos, no quería salir de la habitación en la que por fin había recuperado su alma, pero el mundo real los acechaba detrás de la puerta y había que hacerle frente. La besó, luego se puso el abrigo y salieron de la habitación.

Edith los esperaba, sentada en una de las sillas que daban al mesón de la cocina.

—Vaya, vaya... —dijo, levantándose enseguida y caminando hacia él.

—Edith, te presento a Álvaro.

Ella soltó una carcajada nerviosa.

—¡Ahora entiendo muchas cosas!

—Edith es mi mejor amiga, vivimos juntas desde que somos estudiantes.

Sofía se acercó a ella y la abrazó.

—Puede ser un incordio la mayoría de las veces, pero a veces actúa con inteligencia.

Edith resopló.

—Me alegro —dijo Álvaro, y sonrió ante la mirada de interés que le lanzó la joven.

—Ya deja de mirarlo así —susurró Sofía cuando pasó por su

lado.

—¿Quieres un café? —preguntó Sofía a Álvaro.

Él negó con la cabeza mientras contestaba varias preguntas de Edith y observaba los cuadros en las paredes. El día anterior no había reparado en el apartamento, dirigió la mirada a las pinturas y se percató de que había estado en lo cierto. El arte de Sofía había madurado y conservado su estilo, sus pinturas eran altamente detalladas, pero ahora su obra, de colores neutros, oscuros y nebulosos, delataba una profunda melancolía, nada que ver con aquellos cuadros de fuertes colores de años atrás. Sin embargo, las sensaciones que transmitían eran igual de palpables para el observador, pequeños prodigios colgados de una pared, que lo enternecieron.

Ante las insistentes preguntas de Edith, Sofía lo sacó corriendo.

Aún estaba oscuro, eran apenas las ocho de la mañana, el día estaba helado. Sofía se puso los guantes tan pronto salieron. Álvaro le pasó el brazo por los hombros mientras llamaba al chofer para pedirle que lo recogiera, y le dio las señas de la cafetería.

Entraron al lugar, una bofetada de aire caliente con olor a pan y a café les invadió el rostro y las fosas nasales. Había apenas unas tres personas, seguro por la hora temprana: una anciana en una mesa, y en otra una pareja madura.

—Bonjour, Pierre —saludó jovial Sofía al hombre maduro que organizaba los croissants en una amplia bandeja. El olor la hizo salivar, no comía nada desde el día anterior en la merienda.

Se ubicaron en una de las mesas junto a la ventana, que tenía unas primorosas cortinas de cuadros rojos y blancos.

—Hoy quiero un chocolate bien caliente.

Pidieron croissants con mantequilla, un café para Álvaro y un chocolate para ella.

—Álvaro, *il mio amore*, tenemos que hablar.

Una expresión hermética vistió el semblante de él. Sofía comprendió que no iba a ser fácil.

—Necesito saber qué diablos pasó. No des más vueltas y suéltalo.

Álvaro desvió la mirada al par de hombres con pinta de problemas en mayúscula que entraron al local. Se puso en tensión enseguida.

Uno era alto, fornido, de cabello negro largo, barba espesa, abrigo oscuro y mirada helada de color plomo. El otro era un poco más bajo, rubio, de cara delgada, calvicie incipiente, y ojos grises como témpanos de hielo. Se adentraron en la cafetería uno detrás de otro, ignoraron el saludo del panadero, haciendo que sus pasos rechinaran en los tablones de madera, y luego se desplegaron, uno delante de ellos y el otro, cubriendo la salida de atrás.

Sofía palideció, aterrorizada al ver frente a ella, de repente, el rostro de uno de los cómplices del asesinato de Ivanova.

El primer impulso que tuvo Viktor Kasansky en cuanto vio a Sofía fue pegarle un tiro en plena cara, fue algo tan fuerte que tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no hacerlo. Las cosas habían cambiado, el millonetas que estaba con ella podría ser su pensión de retiro. Se le había ocurrido la idea al verlos pasear el día anterior. Aunque aún deseaba descerrarle la pistola en la cara, una buena suma de dinero podría moderar el impulso. La secuestraría y el imbécil que estaba sentado junto a ella pagaría lo que fuera, estaba seguro.

Álvaro se levantó despacio. Hubo un momento de absoluto

silencio, sus gestos emanaban ondas radioactivas de peligro que eran casi palpables.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó Pierre.

Ellos no contestaron, el hombre de barba se acercó para golpear a Álvaro. Primer error, se dijo él, preguntándose por qué no habían sacado las armas enseguida, seguro por las personas que observaban la escena. Le atajó el golpe al empujar su cuerpo contra el otro maloso, evitando que este se acercara a Sofía.

No se esperaban ese tipo de respuesta. Álvaro era consciente de que en segundos tendría que noquearlos antes de que sacaran algún arma. El de barba, sorprendido, se levantó, dispuesto a sacar la pistola, pero Álvaro extendió la pierna hacia adelante y la enredó con el pie del tipo, que cayó a pocos centímetros de él. La cabeza dio con el filo metálico de la superficie de la vitrina, y se desgonzó en el piso sin sentido en medio de una lluvia de vidrios, uno de ellos se alojó en la mano de Álvaro, que empezó a sangrar. Lo dejó allí, lo empujó con los dedos, más bien le serviría de arma.

La pareja empezó a gritar, la anciana observaba todo aterrorizada, cuando Álvaro reaccionó para atacar al segundo hombre, este ya había sacado el arma y tenía a Sofía en el punto de mira.

—Quietos todos y nadie saldrá lastimado.

Álvaro le creyó por el simple hecho de que en el momento inicial de la agresión, el hombre no tenía intención de disparar o lo hubiera hecho tan pronto irrumpieron en el local. Claro que eso no lo hacía menos peligroso.

El hombre se acercó a Sofía y la agarró del cuello. Álvaro quiso matarlo con sus propias manos al ver como empalidecía más a causa de la falta de respiración. Ella le miraba la mano y la sangre que

manaba de la herida. Él le dijo con los ojos que no se preocupara.

—Déjala respirar, hombre —dijo Álvaro, mientras meditaba su próximo movimiento.

El hombre no le hizo caso. Álvaro la miró con tristeza, angustiado.

—Si tienes algún arma, tirlala ahora.

Álvaro puso las manos en alto, podría atacarlo, pero el malnacido era el dueño del gatillo y nada le garantizaba que no lo fuera a utilizar a la mayor provocación. Sofía se revolvió, inquieta, tratando de darle patadas, rebelándose contra la muerte, no se iría sin luchar.

—Vamos a salir de aquí despacio. Nadie puede seguirnos o le meto un tiro al que se atreva.

—¿Cuánto quiere? Es suyo —soltó Álvaro como tiro de metralla. Viktor sonrió, un gesto que lo hacía más terrorífico.

—Se lo haré saber.

—No se la lleve —rogó, angustiado—. Le daré lo que quiera, ahora.

—No soy tan imbécil. Espere órdenes mías.

La gente del local los miraba aterrada, todos se habían juntado en una esquina. Nadie entraba, los mafiosos habían puesto el aviso de cerrado al llegar.

Álvaro se acercó unos pasos.

—Aléjese o disparo —bramó Viktor, mientras caminaba para atrás.

No, no y no, Álvaro no la dejaría marchar sin luchar por ella. El corazón le batía como tambor, apenas podía tragar y un sudor helado perlaba su cara. Tenía unos pocos segundos antes de perderla. Vio

que ella sacaba algo del bolso. Un arma no podía ser, no creía que fuera armada. Sacó un frasco de perfume, le quitó la tapa con cuidado y en el momento en que Viktor iba a abrir la puerta, le roció la fragancia en los ojos. El matón lanzó un grito y la soltó enseguida, el arma se disparó. Álvaro se acercó con un bramido, cortó la muñeca del hombre con el vidrio enterrado en su mano, lo desarmó y le fracturó los dedos. Con el arma en su poder, lo golpeó hasta dejarlo inconsciente.

—Este último golpe, gran hijo de puta, es por haberme separado de mi mujer tantos años. Quiero matarte, malparido —le dijo al cuerpo desgonzado.

Antes de ir con Sofía, gritó que alguien llamara a la policía.

—Álvaro —escuchó un susurro—. Debo ir a un hospital. Estoy herida.

Se levantó enseguida y se acercó a ella. La sangre abandonó su rostro y un ligero mareo lo acometió al ver que ella se tapaba una herida en el costado izquierdo de su abdomen.

—Mi amor —farfulló, asustado.

El miedo lo inmovilizó. No podía ser, no la perdería ahora que la había vuelto a encontrar.

—¡Llaman una ambulancia! ¡Necesito ayuda! —gritó, mientras apoyaba la cabeza de ella en su regazo.

—Mi amor, no, ya te llevo al hospital —dijo al ver que los segundos pasaban y nadie hacía nada por ayudarlos.

—¿Voy a morir? —dijo ella, angustiada.

—No —respondió él, apretando los dientes—. No va a sucederte nada, te lo juro. No lo permitiré.

La palidez de Sofía lo sumió en la desesperación. Le acariciaba el cabello y el rostro. Se levantó, la alzó con mucha

suavidad y la llevó hasta la puerta.

—Mi amor, aguanta, por favor, aguanta —susurraba en español.

En minutos el sitio estaba rodeado por la policía, al ver que no había una situación de rehenes, la autoridad irrumpió en el lugar.

Un hombre con pinta de agente se presentó ante Álvaro.

—Soy Leonard Hinault, estaba encargado de la custodia de mademoiselle Duras, hace media hora liberaron la orden.

—¡Al hospital más cercano, carajo! —gritó Álvaro al chofer que, pasmado, miraba la escena.

No prestó atención al agente, ni a las autoridades que trataron de detenerlo e impedirle que se llevara a Sofía, que iba dejando un rastro de sangre por el camino.

—Monsieur, no puede llevársela de la escena hasta que venga la ambulancia —dijo un agente de policía, impidiendo que Álvaro la subiera en el auto.

Álvaro lo empujó.

—No haga que lo detenga, monsieur.

—¡Me importa una mierda! ¿No ve que está herida?

La ambulancia llegó en ese momento, los paramédicos estabilizaron a Sofía, la bala había atravesado tejido y salido por la espalda. La llevaron al hospital Pompidou.

Álvaro, con la adrenalina a tope, a duras penas permitió que le cosieran la herida que se llevó ocho puntos. No había noticias todavía del estado de Sofía. Estaba con la cabeza agachada cuando Dan Porter entró en la sala de espera. Se levantó como un resorte.

—¡Hijo de la gran puta! —exclamó Álvaro.

Se levantó, se lanzó sobre él y le dio un puñetazo en el rostro

que tomó al hombre totalmente desprevenido. Dan trastrabilló hacia atrás, mientras se llevaba la mano a la nariz.

—Me viste la cara de pendejo, cabrón ¡Me juraste que estaba muerta!

—Lo hice por ella.

—¿Dónde estabas hoy? ¿Dónde estaba la protección que ella necesitaba?

—Usted no tiene ningún derecho a recriminarme nada, Trespalacios, llevo nueve años cuidándola y fue por su maldita culpa que ese malnacido dio con ella.

Álvaro sintió como si Dan le hubiera devuelto el golpe.

—Pues de malas, porque no voy a desaparecer como en el pasado y veremos si ella está de acuerdo con eso.

“¡Lo que faltaba!”, pensó Álvaro, al ver a Ivan Rabkun entrar en la sala.

Capítulo 21

Alexander miró con un gesto de burla a Dan, que con un pañuelo se limpiaba la sangre de la nariz, y luego con semblante serio observó a Álvaro, que entre la maraña de celos, pudo ver que estaba ante un personaje oscuro y de lineamientos fuertes. Era obvio que la profesión de fotógrafo solo le servía de fachada. El hombre era un guerrero. Lo odió al instante.

Alexander tampoco hizo nada para hacerse el simpático. Ni siquiera lo saludó cuando pasó por su lado, midiéndolo.

—¿Se sabe algo? —preguntó a Dan.

—Nada aún —contestó este—. Está en cirugía.

—¡Dios mío! —Iván se sentó con las manos friccionándose la cara—. ¿Se puede saber que mierdas te pasó para que no le pusieras seguridad, después de enterarte de la fotografía?

Eso último lo dijo con desprecio. Maldita la hora en que accedió a ese estúpido reportaje, se reprochó Álvaro. ¿Y por qué este tipo sabía lo ocurrido a Sofía? Era agente, no había otra explicación. Con una insana curiosidad, se dispuso a escuchar.

—No había disponibilidad sino hasta hoy.

Dan se sentó y se encogió en su asiento. Hablaban como si Álvaro no estuviera en el lugar.

—Era prioridad.

Álvaro los miró, desafiante.

—Contrataré vigilancia privada para ella día y noche.

Iván levantó los ojos. El tono en el que fueron pronunciadas las

palabras les dijo a los dos hombres que no podrían deshacerse de él muy fácilmente.

—Ella nos tiene a nosotros —replicó Alexander enseguida—. Lo mejor que puede hacer es marcharse, no creo que quiera verse envuelto en un escándalo. Su embajada...

—¡Ese no es su problema! No me voy a ir de su lado porque usted así lo quiera. Ni más faltaba. Nos arruinaron la vida hace nueve años, sería un imbécil si les hago caso en esto.

Su móvil sonó y salió de la sala a contestar. Era Ginette, preocupada porque llevaba una hora de retraso en la agenda. Álvaro canceló su actividad del día y le pidió que le consiguiera una cita con el embajador al día siguiente. En cuanto entró a la sala, Dan le dijo:

—Voy a sacar a Sofía del país y a reubicarla.

Álvaro apretó la mandíbula y algo inquietante y oscuro asomó a su expresión.

—Claro que saldrá del país.

Ambos hombres lo miraron, confusos.

—Sofía se irá conmigo para Colombia.

Vio a Iván levantarse y ponerse delante de él.

—Usted está loco, Sofía está bajo protección gubernamental.

¿Acaso no ha hablado con ella? —preguntó, mirándolo con desprecio.

Álvaro le regaló un gesto pretencioso.

—No nos hemos dedicado precisamente a hablar...

El hombre lo aferró de las solapas y le habló con rabia, casi escupiéndole en la cara.

—Escuche muy bien, maldito hijo de...

Álvaro se soltó y en segundos se voltearon las tornas, lo agarró de la chaqueta y con el ceño fruncido, le soltó.

—No se atreva a tocarme. Escúcheme usted a mí. No me va a amedrentar con sus poses de matón y Sofía vendrá conmigo para Colombia, tenga que mover los hilos que tenga que mover. Necesito saber qué está sucediendo, necesito saber a qué nos estamos enfrentando para poderla proteger —manifestó, resuelto.

—Ella es mi mujer —le dijo Iván, con todo el ánimo de provocar.

Álvaro tuvo que hacer un esfuerzo muy grande para no romperle la crisma. Soltó una risa sarcástica que no llegó a los ojos, que brillaban de rabia, y con acento irónico, le respondió.

—No lo creo y si lo era, hizo un muy mal trabajo.

Escucharon una exhalación de Dan.

—Esto no es asunto suyo, Trespalacios —concluyó Dan con fastidio.

—¡Es mi asunto! Desde que casi envió al otro patio a uno de esos hijos de putas, es mi asunto.

Iván lo aferró de nuevo por las solapas.

—Le dije que no me tocara —siseó Álvaro, iracundo, soltándose de mala manera.

Con gusto se hubiera enzarzado en una pelea con él, lo deseaba, pero una voz los separó de pronto. Edith, con los ojos hinchados de llorar y sus rizos indomables revueltos, hizo su aparición.

—¿Qué diablos les pasa? —preguntó, mirando de un lado a otro—. Este no es momento de marcar territorio como perros. ¿Qué han dicho los médicos?

—Nada hasta el momento —contestó Dan con voz cansada.

—¿Y esa es manera de esperar? —miró furiosa a Iván.

Alexander volvió a sentarse, Álvaro caminaba a zancadas por la sala con la adrenalina todavía a tope. Hacía frío, pero él no lo sentía,

era casi mediodía, las enfermeras y demás profesionales iban y venían. Un agente de la ley se presentó a tomarle declaración, se sentaron en una esquina y él contó todo lo que había ocurrido y las intenciones del hombre de secuestrar a Sofía.

—El hombre es buscado por el gobierno estadounidense y por varios países de la Unión Europea. Tengo entendido que la señorita Duras es testigo de unos de los asesinatos ocurridos en Estados Unidos.

—El agente Dan Porter está capacitado para darle más información.

Debió dejarla hablar, se dijo Álvaro, avergonzado, pero el resentimiento no lo dejó. Debió dejar que le contara todo lo ocurrido en vez de marcarla como animal toda la noche. Quería darse de bofetadas, a estas alturas no sabía nada y si la mafia estaba detrás de ella, tendría que tomar muchas decisiones, porque sin ella no iba a vivir. El agente se levantó y fue a hablar con el par de hombres. Esperaba que Sofía no tuviera que testificar en contra del matón, pero conociendo las leyes de los norteamericanos, ¿quién lo sabía? Esperaba que no fuera problema para llevársela para Colombia y encerrarse con ella en La Milagrosa.

El agente se despidió de ellos un rato más tarde, no sin pedirle a Álvaro que se acercara a la comisaría en cualquier momento del día. Prometió que mantendrían a la prensa lejos de todo el incidente por la calidad de testigo protegida de Sofía. No podía asegurar lo mismo por parte de Álvaro.

—Lo solucionaré de alguna forma —dijo en un tono llano. Iván resopló, furioso. Ese tipo ya lo tenía hasta el copete.

—No me toque más las pelotas.

—¡Ya quisiera...!

—¡Basta! —exclamó Edith, colérica y soltó un suspiro—.

Tenemos que calmarnos.

El médico irrumpió en la sala.

—¿Familiares de mademoiselle Duras?

Los cuatro se acercaron al profesional.

—La paciente está fuera de peligro, la bala no rozó ningún órgano, solo tejido. La herida cicatrizará en unas cuantas semanas. Aún está un poco sedada.

—¿Cuándo podrá viajar? —preguntó Álvaro.

—En tres o cuatro semanas, si sigue todas las instrucciones. Estará hospitalizada hasta que no haya riesgo de infección.

—¿Podemos verla? —terció Dan.

—En cuanto se recupere de la anestesia, la subiremos a una habitación.

Ya iba camino al pasillo, cuando se detuvo y se dio la vuelta.

—No quiero enfrentamientos, la paciente necesita descansar. Si vuelvo a saber de alguno, les prohibiré las visitas. Necesita estar tranquila para su recuperación.

Álvaro realizó unas cuantas llamadas, entre ellas a Armand, y le pidió que lo conectara con la mejor agencia privada de seguridad en Francia. Dan le había puesto vigilancia a la entrada del hospital y un hombre frente a la puerta del cuarto. Si eso era lo que tenían que ofrecer, Álvaro se dijo que ante un atentado estaría muy vulnerable. La tapizaría de escoltas si con eso preservaba su vida. Barajó una lista de cosas que se necesitarían de allí en adelante. Si tenía que ir resguardada como el presidente de los Estados Unidos, pues contrataría a los mejores. Su chofer entró con un paquete que contenía

una camisa limpia, que Álvaro se cambió enseguida en el aseo.

Entró con Edith a ver a Sofía tan pronto autorizaron las visitas. Dan e Iván que se olvidaran de que tomarían el más mínimo control de las cosas, sentenció en sus pensamientos.

Ella estaba con los ojos cerrados, conectada a los aparatos.

—Mi amor... —susurró Álvaro en español y le dio un beso en los labios.

Sofía quiso abrir los ojos, pero el sueño todavía la llamaba.

—Querida, abre los ojos —le dijo Edith.

Su querida Edith, su amiga, su hermana del alma... Volvió a la conciencia confundida, no recordaba por qué estaba en esa cama, abrió los ojos y vio aparatos conectados a sus venas. ¿Qué había pasado? Miró desorientada la habitación sencilla, miró la cara de angustia de Álvaro, el rostro hinchado de llorar de su amiga, y entonces lo recordó todo.

—Qué susto nos has dado —dijo Edith, acariciándole la cabeza —. Estaba muy preocupada, cuando Dan me llamó, el corazón se me detuvo, lo juro.

—Estoy bien. —Trató de levantar la cabeza sin lograrlo—. Quiero sentarme un momento.

—Preguntaré a la enfermera —dijo Álvaro, solícito, y enseguida salió por ayuda.

—Uf, el ejército afuera ha estado en batalla, pero tu Álvaro no se ha dejado amedrentar por Iván y mucho menos por Dan —dijo Edith, dando vueltas a su alrededor como una gallina clueca protegiendo a sus pollitos. Le enderezó la colcha y la almohada, miró que el líquido bajara normal, aunque le parecía algo lento.

Sofía soltó el llanto.

—¿Qué tienes? ¿Te duele algo?

Ella negó con la cabeza.

—Álvaro me salvó de ese salvaje, no recordaba a ese hombre tan terrorífico. —Ahogó un sollozo—. ¿Y si lo hubiera matado? Me hubiera enloquecido allí mismo.

Se sintió cansada y guardó silencio, un dolor al costado la hizo fruncir el ceño.

—¡Ya deja de llorar! Mira que te duele si lloras. —Edith le tomó la mano y se la besó, le limpió la cara con un paño de papel que sacó del bolso—. Es el último que me queda.

—Fue horrible, volví a revivir el día de la muerte de Ivanova al verle la cara a ese tipo.

Ella le acarició el cabello.

—Me imagino. Estás viva y gracias a los buenos oficios de Álvaro. Quién lo ve, tan compuestico. Pobre Iván, está más perdido que perro en desfile. Estaba acostumbrado a ser el soldado y le ganaron la mano.

Sofía no notó la mirada de intenso anhelo que pobló el semblante de Edith.

Álvaro entró con una enfermera que le dio la autorización para subir más la cabecera de la cama, revisó los signos vitales y con una sonrisa abandonó el cuarto.

Edith salió a la cafetería. Álvaro le tomó la mano a Sofía y le besó la palma y el dorso.

—Creo que no voy a olvidar nunca la visión de ese tipo apuntándote con un arma. —Le acarició la sien, donde tenía un leve enrojecimiento culpa del cañón de la pistola—. ¿Quién era?

—Uno de los culpables de que tuviera que entrar al programa

de protección de testigos. Tengo que contarte muchas cosas.

—Lo harás, pero ahora es más importante tu recuperación, tenemos toda la vida para ponernos al día.

Ella le tomó la mano herida y cubierta con el vendaje, le besó los dedos.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Estoy bien, no te preocupes por mí.

Sofía soltó su mano y cerró los ojos unos segundos.

—Álvaro...

Él la vio allí, tan bella y vulnerable, su sola presencia le devolvía la fe en la vida.

—Sofía, si algo te hubiese pasado yo... No sé si hubiera podido soportarlo.

Un nudo en la garganta le impidió seguir hablando. Con todo el cuidado del mundo la abrazó y le masajeó la espalda, apaciguando los sollozos que vibraban al contacto con su pecho. Fue calmándose y Álvaro le buscó la boca, húmeda y salada de lágrimas. Fue un beso exasperado que mudó a un gesto de ternura y suspiros cansados.

—Ahora entiendo por qué he soportado esta vida, porque mi alma tenía la certeza de que iba a volver a verte. Contemplar tu rostro, perderme en tu mirada de oro. Mi alma lo sabía.

Le tomó el rostro y la besó en la frente.

Dan e Iván entraron a la habitación. La puñalada de los celos atravesó a Álvaro al ver el gesto cariñoso con que ella los recibió.

—Hey, muñeca —la saludó Iván, que la besó en la mejilla, pero demorando más de lo necesario.

Les dio espacio para que charlaran, pero sin salir de la habitación. Se recostó en la pared aledaña a la puerta y mientras

revisaba sus mensajes en el móvil, escuchaba la conversación que lo excluía por completo. Decidió dejarlos solos.

—Dan, por favor, dime que con la detención de ese hombre se acaba mi pesadilla —dijo Sofía—. Dime que puedo recuperar mi vida.

—Aún es muy pronto para saberlo, no sabemos cómo tome La Bratvá este golpe —dijo Dan, de pie ante la cama.

Alexander soltó un resoplido.

—Ala Bratvá le sabrá a mierda, ese tipo era un incordio —sentenció y miró a Sofía con desaprobación—. Te expusiste tontamente. Si el tipo ese no hubiera tenido algún conocimiento de defensa, estarías muerta.

—El nombre de ese tipo, como lo llamas, es Álvaro Trespalacios —remarcó ella las palabras—, tiene más que conocimientos de defensa, es un hombre valiente y arriesgado. Lástima que hasta ahora se están percatando, muy diferente hubiera sido mi vida si lo hubieran tenido en cuenta cuando ocurrió aquello.

—Sofía —la calmó Dan—, no estoy aquí para hablar de Trespalacios, ni de tu romance frustrado años atrás, creí que estaba más que superado y por lo visto me equivoqué. Lo que me preocupa ahora es saber el curso a seguir. ¿Vivirás en París? ¿Te reubicarás en otra parte?

El gesto de Sofía mudó a un talante serio y con una mirada de intensa resolución, enfrentó a Dan.

—No voy a dejar a Álvaro y sé que él no querrá dejarme. Tengo que hablar primero con él. No lo voy a dejar fuera de esto. Cualquier decisión que haya que tomar, la tomaremos los dos.

Alexander sonrió con amargura.

—Ojalá sean los dos y no sea hacer solo lo que el tipo quiera.

—Está bien. —Dan levantó las manos en una andanada para calmarlos a los dos—. Ponlo al tanto de todo, por ahora, voy a aceptar su ofrecimiento de ponerte una custodia personal más nutrida, aquí solo dispongo de dos hombres. La policía necesita tomar tu declaración.

Ella tomó la mano de su amigo del alma, porque por más que hubiera sido un incordio con ella, siempre había actuado por su bien, como solo un hermano mayor podría hacerlo.

—Gracias.

Lo hizo acercarse y le dio un abrazo. A Dan el gesto le supo a despedida, como si de pronto ella fuera un pajarillo al que hubiera tenido metido en una jaula y hoy se hubiera ganado el derecho a la libertad. Se despidió un minuto más tarde, para arreglar con Álvaro el asunto de la custodia.

Alexander, con gesto resentido, se sentó en una silla al lado de la cama.

—Lo siento —dijo ella ante el mutismo que se extendía por la habitación, interrumpido solo por el sonido del aparato que llevaba el control de sus signos vitales.

—¿Qué sientes, Sofía? ¿No amarme? ¿Meterte en la cama con ese Álvaro a los pocos días de haber estado juntos? ¡Iba a renunciar a todo esto por ti!

—¿Tú me amas? ¿De la misma forma en que amaste a Ivanova?

—No la nombres —siseó, dolido.

Lo que más lo enfurecía de Álvaro era que había tenido la oportunidad de matar al maldito y no lo hizo. Si el hombre hubiera estado enterado de todo, otra hubiera sido la historia. Al tipo no le faltaban huevos, pero él estaba furioso, porque soñaba tomar con

Viktor la venganza que no pudo tomar nueve años atrás con Sergei. Ahora no podría matarlo, el desgraciado entraría al sistema de prisiones, seguro lo extraditarían a Estados Unidos y fin de la historia. No había podido vengar a su Ivanova como merecía.

—Ambos merecemos un amor como ese en nuestras vidas. —Le tomó de la mano—. Aún te duele, no toleras escuchar su nombre. Yo vi cómo eras con ella, la manera en que la mirabas, como si fuera única en el mundo, es la misma manera en que Álvaro me ve. Amí nunca me miraste así.

—Te quiero, Sofía.

—Yo sé que me quieres, de la misma manera en que te quiero yo. Como compañeros, como amigos, al principio tuvimos la esperanza de que fuera algo más, pero no avanzamos, nos estancamos en la comodidad de no tener que buscar más compañeros de cama.

—No digas eso, Sofía.

—Es cierto. ¿Se te hace un nudo de necesidad aquí cuando me ves? —Se señaló la garganta—. ¿Me tienes en tu mente todo el día? ¿Se te acelera el pulso en cuanto me acerco?

—Ya entendí —respondió él con profundo pesar—. De todas formas, no habría servido de nada. Tú sigues enamorada de él.

—Sí, lo estoy, y en medio de la angustia, agradezco a Dios el que haya ocurrido esto, haber ido a la galería comercial esa tarde en que Él —señaló hacia el cielo— me lo devolvió. Fuiste mi compañero de infortunio, y lo que más deseo es que la vida te devuelva lo que te quitó con una mujer muy especial que voltee tu mundo y te pare de cabeza.

Edith entró en ese momento a la habitación y rompió la atmósfera íntima que habían creado.

—Uno de los agentes de la policía desea hablar contigo.

Alexander fue a pedirle todo tipo de identificaciones antes de dejarlo entrar.

—¿Estuvo intenso? —preguntó Edith con aparente desenfado.

—Lo superará. Es un buen hombre.

Él entró con el agente. Aprovechó para despedirse, Edith salió detrás.

—Iván —lo llamó.

Él se volteó, fastidiado. Estaba molesto y deseaba irse a lamer sus heridas en soledad, con la única compañía de una botella de vodka.

—¿Sí?

—Hago la mejor *omelette* que te puedas imaginar, no he visto que hayas comido nada. Te invito a mi casa.

—No tengo hambre.

Ella le regaló un codazo, dispuesta a manipularlo.

—Vamos, todavía estoy impresionada por lo ocurrido hoy y tengo miedo de llegar al departamento.

Para Edith Barrau fue una conmoción el día que conoció a Iván Rabkun, con sus facciones típicas eslavas, ojos oscuros, barba oscurecida y labios con gesto de abierta sensualidad. No entendía por qué Sofía no había perdido la cabeza por él. Su olor la golpeó a la cara, su corazón latió más aprisa y estaba segura de que sus mejillas adquirieron, ante su mirada, el color de la remolacha. No se relacionaba con hombres así, prefería los rubios, pálidos y delgados yuppies que no le alteraban las pulsaciones, chicos seguros y manejables. En Iván no había nada manejable.

—¿En serio? No pareces muy impresionable.

De pronto se fijó en sus ojos verdes, claros y transparentes, en

las pecas que coronaban su nariz. Era pequeña y menuda, no le llegaba a los hombros. Le gustó su actitud, era pelirroja, y las pelirrojas tenían fama de malgeniadas, aunque también de apasionadas, le susurró la vida al oído. ¿De dónde mierdas venían esos pensamientos?

—Muy en serio, tengo miedo —sostuvo Edith, y casi tuvo que atragantarse la risa.

—Está bien, que no se diga que no ayudo a una mujer en apuros.

—Siempre has ayudado.

Se despidieron de Álvaro y de Dan. Una bocanada de frío los recibió en cuanto traspusieron las puertas del hospital. Se subieron al pequeño auto de Edith, Alexander se quejó de que casi no podía mover las piernas en cuanto se acomodó.

Edith encendió el auto y la radio, una melodía de Edith Piaf invadió el espacio. Él levantó una ceja, curioso, y se alejaron por la calle oscura en medio de la noche invernal.

Capítulo 22

Una enfermera entró a la habitación. Le cambió la bolsa de líquidos, le recriminó que no estuviera durmiendo y le tomó la temperatura. Sofía le pidió el favor de que le subiera la cabecera de la cama, necesitaba hablar con Álvaro sentada.

Él había pasado todo el día y pasaría la noche también en el hospital. Llegó con comida de un restaurante cercano, que ambos devoraron en silencio. Cuatro guardaespaldas contratados por Álvaro vigilaban en puntos estratégicos del piso.

—Quiero contarte todo, desde que fui al departamento de Ivanova, hasta que nos vimos en la galería comercial, no quiero que estés más en tinieblas.

En cuanto Sofía empezó a hablar y mientras le iba relatando los hechos, una maraña de sentimientos se paseaba por el pecho de Álvaro: dolor, ira, unas ganas inmensas de decirle: “te lo dije”, de recriminarla por haberse expuesto, de angustia por todo lo que tuvo que pasar, de pesar por la muerte del abuelo, tan injusta. A medida que avanzaba en el relato, quería desaparecer, alejarse para poder soltar el lamento que llevaba atravesado en el alma. Cuánto había sufrido. Cuánto habían sufrido, él viviendo un luto sin final y ella perdida en la otra parte del mundo.

Recordó esa necesidad insana que siempre tuvo de encontrar algo que se relacionara con ella. Según una leyenda griega, en la antigüedad había existido una raza superior de antecesores de los hombres, que eran seres fuertes y felices. Entonces Zeus se sintió

amenazado y decidió dividirlos por la mitad, y desde entonces ambas mitades se buscan, es lo que se conoce hoy como almas gemelas. Pues él había vivido ese infierno.

La consoló con palabras de ternura, con caricias cariñosas, se prometió agradecer a Edith por todo lo que había hecho por ella. La ira y los celos lo atravesaron al conocer la historia de Alexander. Esos dos estuvieron con ella todo el tiempo. Tuvo que sofrenar el llanto en más de una ocasión. Agachó la cabeza para que no le viera el rostro descompuesto.

—Álvaro, mi amor —murmuró, con voz afectada.

Él levantó la cabeza con celeridad. Se miraron con intensidad. En décimas de segundo estaba casi encima de ella, se quitó los zapatos y con delicadeza, para no lastimar la herida, se acomodó a su lado.

—Júrame que no nos separaremos más —susurró, con mirada atormentada—. Júramelo.

—Álvaro...

—Júramelo —insistió él.

—No puedo hacerlo hasta que entiendas la magnitud de lo que significa estar a mi lado. No soy una buena apuesta.

—Eres mi única apuesta.

—Alo mejor tendré que vivir con vigilancia toda la vida, yo sola me las he arreglado bien, pero contigo, las cosas serían diferentes. No soportaría que algo te llegara a pasar.

El tono de voz de Álvaro se endureció. Se levantó, molesto, se metió las manos al bolsillo y caminó hasta la ventana.

—¿Quieres alejarme? ¿Es eso? ¿Crees que ese Iván Rabcun, o Alexander, o cómo se llame, te podrá proteger mejor que yo? ¿Te

sientes mejor con él?

Se acercó de nuevo a ella.

—Por favor, Álvaro, que no sean tus celos los que hablen.

Meneó la cabeza, sintiéndose un imbécil.

—¿Cómo quieres que no hablen mis celos? Si le diste potestad a él sobre ti, sobre tu seguridad, sobre tu cuerpo.

—Dime que no te has acostado con ninguna mujer en el tiempo que llevamos separados y podrás hacerme los reclamos que quieras.

Se sintió avergonzado.

—No es lo mismo.

—¿Te estás escuchando? Eres el mismo prepotente hombre de las cavernas de hace nueve años.

Álvaro negó con la cabeza varias veces, era una discusión absurda que no los iba a llevar a ninguna parte.

—Si me hubieras hablado con la verdad, ambos hubiéramos entrado al dichoso programa y nada de esto estaría pasando.

—Hubiera sido demasiado egoísta ponerte en esa situación. ¿Qué hubiera pasado con tu familia? ¿Los habrías sometido a ese dolor?

Él la miró, iracundo.

—Tú no tienes idea de lo que habría hecho por ti, no me cuestiones eso. Y no tienes idea de lo que aún soy capaz de hacer por ti.

—Para mí era importante que te realizaras, tenías tus propios sueños. Te hubieras resentido conmigo al paso del tiempo —insistió ella.

Álvaro soltó una risa amarga.

—Nunca lo sabremos, no me diste opción y me interesa más el

futuro, no he hecho lo que he hecho para que me hagas de lado, a no ser que no quieras estar conmigo.

—Quiero descansar.

—Como quieras.

Salió de la habitación, furioso, y se sentó en una de las sillas de la sala de espera. Necesitaba controlar ese maldito afán de dominarla. Eran muchas sus necesidades emocionales agolpadas, anhelos que se desataban en cuanto estaba en su presencia.

Su relato quedó grabado en su mente sin piedad. Descansó las manos sobre el rostro, y todo lo vivido por ella lo sumió en un dolor profundo. Soltó el llanto sin poder evitarlo, lloró por la joven inocente y desprotegida que su Sofia había sido, lloró por la manera tan cruel que tuvo la vida de cercenar su historia de amor.

Se levantó y caminó por la sala, quería agarrar las paredes a puñetazos. Hizo suyo su dolor por la situación que tuvo que vivir a la par del duelo por la muerte del abuelo. No la dejaría marchar, se pegaría a su vida como una lapa. Ahora entendía por qué le había ocultado su verdadera identidad hasta que fue ridículo seguirse negando. Solo trataba de protegerlo ¿y él qué hacía? La recriminaba y la celaba como si ella no tuviera suficiente en qué pensar. De seguir así las cosas, saldría corriendo.

Decidió que la invitaría a Colombia, la envolvería, y ya en La Milagrosa, conectarían como antes.

Volvió a entrar a la habitación a la media hora, ya más calmado y arrepentido por su impetuosidad. Se acercó a la cama, su respiración lenta le dijo que estaba dormida. El silencio de la noche los envolvía.

“Te amo, Sofia Marinelli”, dijo con el pensamiento, mientras la observaba respirar tranquila, el único sonido era el de los aparatos.

“ Sé que soy un incordio, sé que soy injusto, pero soy tu hombre para bien o para mal y quiero pasar el resto de mi vida contigo”.

Ella era la única mujer que lo hacía ponerse de rodillas, y sentirse totalmente vulnerable.

Sofía abrió los ojos, todavía estaba oscuro, miró el reloj digital de la mesa auxiliar, eran las siete de la mañana. Álvaro dormía en el sillón cercano, la camisa y la chaqueta arrugada, lucía despeinado y la barbilla de color gris le daba un aspecto algo salvaje que casaba más con un luchador que con un hombre de negocios. Y la venda en la mano no lo hacía más vulnerable. Era un hombre hermoso.

Se revolvió en la silla y abrió los ojos. Ella le sonrió. Un grupo de enfermeras entró en ese momento y le destinaban uno que otro vistazo. Era el cambio de turno. La enfermera jefe le preguntó cómo se sentía, si había experimentado dolor. Sofía contestó animada que se sentía muy bien. En cuanto abandonaron el cuarto después de las revisiones pertinentes, Álvaro se levantó y la besó en la comisura de la boca. Hasta ella llegó el aroma tenue de la loción mezclada con la de su olor corporal, que respiró a través de él.

— *Ti adoro.*

Se le doblaron las rodillas. El gesto de Álvaro cobró una repentina seriedad, su mirada se volvió penetrante y oscura. La abrazó con delicadeza, se notaba que se contenía para no lastimarla y sus bocas se fundieron en una sola, el beso no fue delicado. Le echó la cabeza hacia atrás y le metió la lengua en la boca. Álvaro quiso barrerle las penas, el corazón, los pensamientos, besarle esa parte de su alma que aún necesitaba consuelo. El beso se desmadró en

segundos y Álvaro se separó, renuente. Quiso decirle muchas cosas, pero una presencia en su garganta le impedía hablar. Carraspeó unos segundos antes de hacer su demanda.

—Quiero que te vayas conmigo para Colombia.

Ella lo miró, sorprendida, y se enterneció por su gesto vulnerable.

—¿Qué dices? —insistió.

Ella se abalanzó a su cuello.

—Claro que sí, iré contigo hasta el fin del mundo. Quiero conocer tu casa, verte montar a caballo, quiero compartir tu día a día. Te quiero todo para mí.

Ardía en deseos de llevarla a sus dominios. Quería que dependiera de él, su índole egoísta y atormentada necesitaba recuperar el tiempo perdido. Anhelaba volverse a acostar con ella, disfrutarla, asegurarse de que nunca tuviera deseos de dejarlo, mostrarle lo que se había perdido por nueve años, por no elegirlo a él. “No vayas por ese camino, no seas cretino, era una jovencita desvalida enfrentada a un enorme problema”, se reprendió enseguida.

—*Mi amor*, debo ir a la oficina, Ginette reprogramó el trabajo de ayer junto al trabajo de hoy, cualquier cosa, por favor, me llamas al móvil.

Se despidieron segundos más tarde. Sofía jugó con el control remoto del televisor.

Álvaro habló con los custodios, cualquier movimiento que hicieran la policía o Dan Porter, debían avisarle enseguida. Se sentía inseguro y desconfiado, no iba a permitir quedar por fuera de sus planes otra vez.

Edith llegó un rato más tarde, antes de ir al trabajo.

—¡Vaya! —dijo, entrando con una maleta pequeña a la habitación, soltó el equipaje y se acercó a saludar a Sofia—. Pensé que me había equivocado de piso. Tienes un ejército afuera, pareces Madonna. Ya me veía como una superhéroe, dispuesta a ayudar a mi amiga en su apuro... ¿y qué me encuentro? No parece que hubieras recibido un tiro, te ves radiante.

Sofia sonrió y le dijo que una enfermera la había ayudado a asearse y la había maquillado. Había unas bolsas en la mesa de noche enviadas por Álvaro, un pijama y enseres personales de una marca de renombre. Le comentó que el personal eran los escoltas que había contratado Álvaro para protegerla.

—Por lo visto no necesitarás lo que te traje —dijo, examinando lo que había en las bolsas.

—Déjalo, nunca se sabe.

Edith organizó en silencio lo que había traído.

—Invité a cenar a Iván anoche al departamento.

Sofia observó el sonrojo de su amiga. Siempre había sospechado que le atraía Alexander, por la manera en que lo miraba cuando creía que ella no se daba cuenta o por lo nerviosa que se ponía las pocas veces que él iba a visitarla.

—¡Vaya, vaya! Mira las sorpresas que nos da la vida.

Edith enrojeció y se acercó a ella, presurosa. Tragó saliva, dubitativa, antes de contestar.

—Te juro que nunca habría intentado nada con él si tú te hubieras enamorado —confesó la pelirroja, cruzándose de brazos.

—No te pongas en guardia —la tranquilizó Sofia, sonriéndole con cariño.

De pronto se puso seria.

—Estás enamorada de él. —No era una pregunta, era una afirmación hecha por ella, a la que no se le escapaba nada.

—Estoy enamorada de él desde hace más de un año.

Sofía lo sintió por su amiga, no lo tendría fácil con Alexander. La mayoría de los hombres se encontraban indefensos ante Edith, ante uno de sus ataques bien dirigidos y atrevidos, ellos se mostraban confusos, prevenidos y halagados, pero con el ruso esas tácticas no funcionarían. Si de verdad quería tener éxito en esa empresa, ella le daría uno que otro consejo.

—Por eso hace tiempo que no sales con nadie.

—¿Para qué? Todos son pálidos reflejos del hombre que deseo —señaló ella, en un tono más de perplejidad que de desdén.

—Quiero a Alexander como amigo, ya lo sabes, pero tengo que advertirte. Es un hombre con el corazón roto.

—Yo sé que no puedo arreglarlo, pero quiero hacerlo feliz. Ayer sonrió.

Sofía estiró el brazo y le acarició los rizos rojizos y brillantes. La tomó de la mano.

—Es un buen hombre, leal, guerrero, íntegro.

—Y muy guapo.

Sofía sonrió.

—Sí, es guapo.

Edith blanqueó los ojos.

—Para ti no hay más hombre que Álvaro desde que volvió a aparecer en el panorama y está bien, está de muerte lenta, con esos ojos oscuros, con la esencia del *latin lover*, ese porte y ese cuerpo, entiendo que hayas perdido la cabeza por él, pero... ¿no te sientes rara después de tantos años?

—¿Cómo rara?

—Amí me daría repelús encontrarme con el novio del que estuve muy enamorada hace un montón de años y continuar donde lo dejamos como si no hubiera pasado el tiempo.

Sofía se quedó pensativa.

—Nunca volví a sentir por ningún hombre, ni siquiera por Alexander, lo que siento por Álvaro, estábamos muy enamorados y circunstancias externas nos alejaron. Te juro que fue volverlo a ver, y borré los años transcurridos. No me engaño, claro que los dos hemos cambiado y no va a ser fácil, pero hay mucho amor y es un buen comienzo.

—¿Y qué pasará contigo y el programa?

—No lo sé, no hemos llegado a eso.

Entró la enfermera, que invitó a Sofía a descansar. Edith se despidió en medio de aspavientos, ya que llegaba con retraso al trabajo.

Tenía que matarlos, Sofía no sería libre hasta que esos tipos estuvieran bajo tierra. Era la única solución y tendría que hacerse en Francia. Viktor Kasansky no pisaría el suelo de los Estados Unidos y Sasha Chejov no saldría del lugar.

Entró a un café en la calle Toullier, y se sentó en una mesa mientras esperaba su cita. Había hablado con el embajador a primera hora de la mañana, le había explicado a grandes rasgos la situación y puesto a disposición su trabajo. Pensaba radicarse en Colombia, aceptaría uno de los tantos trabajos que le ofrecían a diario, pero antes tenía que asistir a varias reuniones directivas en Múnich y Londres. No quería dejar sola a Sofía, pero eran reuniones ya

agendadas e importantes para algunas empresas del país. Del hospital la llevaría a su casa y la cuidaría hasta que pudieran volar a Colombia.

Según las últimas conversaciones con Dan y con Alexander, al que apenas toleraba, Viktor Kasansky era una rueda suelta dentro de la organización, el encargado de realizar los trabajos más sucios. La Bratvá no tenía nada en contra de Sofía. Sasha Chejov era un matón que ni siquiera tenía que ver con la familia. Según las declaraciones, este último ni siquiera tenía idea de quién era la mujer, pero Álvaro no se confiaba. Gracias a que estaban incomunicados, nadie había podido acceder a ellos. Si los quería muertos, era importante actuar con celeridad.

Armand Leblanc entró en la cafetería, saludó a Álvaro con un gesto de la cabeza y se acercó.

—Bonjour, monsieur.

—Armand, tome asiento.

El hombre se ubicó de manera que podía observar todo el perímetro del lugar. Sacó una memoria, que Álvaro insertó en una tableta y leyó por espacio de dos minutos toda la información. El mesero se acercó, y ordenaron dos cafés.

—Están resguardados en las celdas de seguridad de la comisaría del séptimo distrito. Mañana irán a la cárcel, mientras los trámites de la extradición de Viktor se cumplen.

—Sería un trabajo diferente a todo lo que ha realizado hasta ahora para mí.

Armand tomó un sorbo de café.

—He hecho todo tipo de trabajos por más de diez años, usted no se lo imagina. Pierda cuidado, la discreción lo es todo en este negocio.

—Lo sé.

Álvaro se quedó mirando el paisaje invernal, no era una decisión fácil, nunca había dispuesto de la vida de otro ser humano, pero deseaba devolverle la tranquilidad a Sofía. Dan y Alexander la habían mantenido viva, pero él deseaba una existencia plena para ella, sin escondrijos, sin segundos nombres.

—Estos tipos no son ningunos angelitos de la caridad, tienen un prontuario delictivo siniestro y diverso, han matado a más personas de las que podamos imaginar, han traficado con niños y jovencitas, con drogas... Créame, el mundo estará mucho mejor sin ellos.

—No lo hago por tomarme la justicia por mis propias manos, lo hago para proteger a alguien muy importante.

—Lo entiendo.

Álvaro le dijo que en la noche tendría su decisión. El detective se despidió y él se quedó absorto en sus pensamientos. De repente, la figura de Alexander se materializó frente a él.

—No lo haga, usted no es un matón.

—¿Qué diablos?... —soltó el pocillo de manera brusca sobre la mesa, lo que produjo que le cayeran gotas de café en la camisa y en la chaqueta—. ¿Me está siguiendo?

—Desde que participó en nuestra conversación de ayer, deduje que era cuestión de tiempo el que se quisiera tomar la justicia por su propia mano —contestó el ruso, lisa y llanamente.

AÁlvaro poco le importaba la opinión de Alexander.

—La quiero libre del influjo de ese matón. El hecho de que Sergei lleve casi una década incomunicado no me da tranquilidad respecto a lo que va a pasar con Viktor.

—Por Sergei no se preocupe, el tipo perdió los dientes y la

razón.

Álvaro se recostó en la silla y se quedó mirándolo, serio. Su voz sonó impersonal.

—Usted tampoco lo quiere vivo.

—No es su problema, Trespalacios, llame a su hombre y reverse esa orden, si alguien se va a encargar de ese malnacido, soy yo.

—Usted no me da órdenes.

Alexander era un hombre honesto y sin muchas vueltas, empezaba a impacientarse.

—¿Eso es lo que quiere para Sofía? ¿Ser un hombre con las manos manchadas de sangre?

AÁlvaro le molestó el tono en el que pronunció el nombre de Sofía, unos decibeles diferentes al resto de la frase, el tipo había sentido algo por ella.

—Me imagino que usted tiene más de un muerto en su conciencia y eso no le impidió estar con ella. Tiene una gran deuda con Sofía. —Palmeó la mesa, los comensales los miraron sorprendidos—. ¡No supo cuidarla! ¡No la alejó cuando debió haberlo hecho!

El hombre le obsequió una mirada de remordimiento.

—No hay un día que no me lamente por ello.

“Pero te metiste en la cama con ella a la menor oportunidad, bonita forma de lamentarlo”, le recriminó con el pensamiento.

—Bien, aquí estamos, yo necesito acabar con esos malnacidos, ya que ustedes no han podido.

Lo último lo dijo con evidente desprecio. Alexander soltó una risa sarcástica.

—Es mi trabajo acabar con los malos —admitió—. Alguien tiene

que hacerlo, no le gustaría estar en mi pellejo. Cuando se mata a un ser humano, se pierde parte de la conciencia para siempre.

—¡No me importa perder el alma con tal de que ella esté a salvo!

Alexander se levantó de la silla con expresión seria.

—Amí me importa ella, más de lo que usted cree, reverse la orden o me encargaré de su amigo, y no le gustará la manera.

Álvaro salió furioso de la cafetería, caminó hasta Los Jardines de Luxemburgo, el aire frío y la belleza del paisaje lo calmaron. Llamó a Armand y reversó la orden.

Capítulo 23

—Quindío —Sofía saboreó la palabra en su boca y Álvaro soltó la carcajada.

—A pesar de conocer el español, hay palabras que son difíciles de pronunciar.

—Es una palabra bella. Háblame más del Quindío.

Estaban sentados frente a la chimenea. Sofía opuso algo de resistencia a quedarse en su casa, pero Álvaro terminó saliéndose con la suya, estaría más segura y mejor atendida en el departamento de la Avenida Foch.

Soraya, la empleada de Álvaro, la acompañaba todo el tiempo y más en los días en que él tuvo que viajar. Sofía se tomaba los medicamentos a sus horas y se alimentaba sanamente. La herida evolucionaba muy bien, habían transcurrido tres semanas, y en una más viajarían a Colombia.

Había renunciado a su trabajo, por primera vez en nueve años se sentía en control de su vida, aunque no tenía una meta determinada, mejor dicho, sí tenía dos: una, hacer que su relación con Álvaro funcionara, así estuviera llena de dudas e incertidumbre; y dos, volver a pintar como antes.

Dan Porter había vuelto a los Estados Unidos. Los trámites de extradición del par de mafiosos demorarían todavía un tiempo. Estarían en aislamiento hasta la fecha de su partida. Los escoltas contratados por Álvaro custodiaban el lugar día y noche. Habían discutido durante varios días sobre el manejo de la seguridad de Sofía de ahí en

adelante, no tenían todavía la certeza de que estaba libre de peligro, así el par de matones estuviera en la cárcel.

—Viajas bajo tu absoluta responsabilidad, Sofía —fueron las últimas palabras de Dan al respecto antes de volver a Estados Unidos.

—Voy a estar bien —dijo ella. Álvaro le había asegurado que en cuanto llegaran a Colombia, duplicaría las medidas de seguridad.

Ahora estaba recostada contra él en el sofá. Álvaro le acariciaba el brazo de arriba abajo.

—“Quindío”, algunos dicen que significa “edén” y tienen razón, no he visto paisaje igual. Ya lo verás, es una tierra fértil y agradecida, con tonos de verde inimaginables, con palmeras que se extienden hasta el cielo, algunas tocan las nubes, verás el agua más cristalina, las flores más coloridas y la gente más amable. Está en medio de dos cordilleras, y sus montañas están repletas de cafetales.

—Me gusta la expresión de tu cara cuando hablas de tu tierra.

—No nací allí, soy de la costa Caribe, pero mi abuelo sí era del Quindío.

Álvaro sonrió, fascinado por el brillo en los ojos de Sofía cuando le contaba cosas de su país.

—Me siento muy rara.

—¿Por qué? Estás conmigo.

Sofía sonrió.

—Eso es lo raro. Todavía no puedo creer que estemos juntos.

—¿No? Si no tuvieras esa herida en el vientre, te agarraría a cosquillas y después haríamos otras cosas para que vieras lo real que es.

Sofía se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja y se puso seria de repente.

—Hemos cambiado, me da miedo que lo que tuvimos no se sostenga, que nuestras diferencias y todo lo que ha pasado pesen más que nuestro amor.

—Mujer de poca fe.

—No es falta de fe.

—No te dejaré marchar.

—Sé que sigues resentido conmigo.

—Sí, sigo resentido, es una herida que se curará con el tiempo.

Sofía, sufrí mucho con tu desaparición. Así que por más que te enfades o dejes de tolerarme... —Se quedó callado, estaba a la defensiva—.

Hace años, te dije cómo era mi verdadera naturaleza y me aceptaste.

He cambiado, tú también, es normal en nuestro proceso de madurez,

pero estoy seguro de que lo lograremos, no pienso salir corriendo y

espero que tú tampoco, porque por más que corras te alcanzaría.

Ella le tomó el rostro y lo besó.

—No voy a ninguna parte, soltero cotizado. Eso era lo que decía esa revista, ¿verdad?

—Hum, algo así.

Ella se levantó y se sentó a horcajadas sobre él.

—Cuidado, *mi amor* —señaló Álvaro, preocupado por la herida. Ya le habían retirado los puntos, pero todavía necesitaba de cuidados.

—Estoy bien. —Le acarició el cabello—. Ya no eres soltero cotizado, ya estás bien amarrado a esta celosa mujer. A la que se atreva a acercarse, le sacaré los ojos.

—¡Así me gusta! Celosa y guerrera. Sabes que soy tuyo.

—Lo sé, pero dime algo... ¿Qué va a pasar ahora con tu trabajo? —preguntó preocupada—. ¿Dónde te esperaré yo mientras tú

das vueltas por el mundo?

—No va a pasar nada, ni tendrás que esperarme en ningún lugar. Renuncié.

Sofía se levantó de un salto. Sintió una ligera incomodidad en la herida.

—¿Cómo que renunciaste? ¿Por mí? ¿Por volver a Colombia?

Él se levantó y la abrazó por detrás, con cuidado de no rozarle la herida.

—No soy un loco Sofía, si hubiera tenido necesidad de seguir en este trabajo lo habría hecho. Tengo inversiones en varias empresas, no soy millonario, pero he trabajado duro para tener lo que tengo. Esta clase de trabajos son temporales y me permiten analizar de manera personal donde puedo invertir. En cuanto llegue a Colombia tendré un abanico de opciones, soy lo que se llama un profesional de alto standing y mis servicios son bien valorados en el gremio empresarial de mi país.

Se perdió en la disertación de Álvaro, que siguió hablando de sus opciones. Siempre había sido un hombre seguro de sí mismo y del éxito que tendría. Sin embargo, Sofía notaba que le faltaba pasión por su trabajo, podría hablar de mil empresas y los logros que había llevado a su país y podía ver que era un hombre brillante, pero le faltaba la chispa. Era igual a como se sentía ella respecto a su carrera de perfumista.

Edith llegó un rato más tarde en compañía de un muy serio Alexander. Sofía no dejaba de echarle vistazos a su amiga, que parecía un pajarillo revoloteando alrededor de ellos. Alexander la miraba con abierta confusión cuando creía que nadie lo observaba. ¡Bingo! Ya había caído en sus redes.

Álvaro fue a contestar una llamada, y se encerró en el estudio.
Alexander fue al baño.

—¿Qué diablos has hecho? —le preguntó Sofía a Edith.

Su amiga le regaló una sonrisa inocente.

—Alimentarlo, es todo lo que he hecho.

—No me vengas con bobadas.

Edith sonrió.

—No ha tenido mucho de una mujer que lo cuide en cosas sencillas, me estoy aprovechando de eso.

Detrás de su comentario desenfadado, Sofía la vio vulnerable.

—En eso tienes razón, nunca le prepararé ni un café.

—¿Cuándo viajas?

—En una semana.

—Ya han transcurrido tres desde el incidente. ¿Estás segura de que estás bien?

—De la herida, sí, claro que sí, aunque Álvaro insiste en que esté recostada todo el día.

—Me alegra que te cuide. —Una sombra apareció en sus ojos y su tono de voz delataba pesar—. No voy a negar que me da una tristeza enorme que me abandones, aunque me digo: “Edith, deja de ser tan cretina”, no puedo evitarlo.

Sofía la acercó a ella y la abrazó.

—Eres mi hermana del alma, no sabes cuánto te quiero y eres la única familia que tengo. Existen los móviles y los aviones.

Edith soltó un sollozo.

—Has sido luz en mi vida y eres luz para todos los que te rodean. Te deseo toda la felicidad del mundo y si es al lado del ogro de Alexander, me alegraré muchísimo.

Edith soltó una carcajada en medio de las lágrimas.

—¿Por qué diablos estás llorando? —preguntó Alexander con gesto preocupado cuando volvió a la sala.

Edith barrió las lágrimas con las manos.

—Bobadas de amigas.

Él se adelantó y la separó del lado de una pasmada Sofía, sacó un pañuelo y le limpió el rostro con una suavidad exquisita, sin decirle nada.

—¿Estás bien? —insistió, sin importarle el gesto de Sofía.

Álvaro observaba risueño la escena, recostado en el marco de la puerta.

La primera impresión de Alexander sobre Edith era como la de un manchón al lado de Sofía, nunca había reparado en ella ni en su entorno. Esa percepción había ido cambiando en las tres semanas que llevaban frecuentándose. No entendía qué diablos había hecho esa pelirroja diminuta de expresivos ojos verdes para atraerlo, a él siempre le habían gustado las mujeres misteriosas, complicadas, con una vida interior poco expuesta y con tendencias al drama. Edith no era nada de eso, era directa, lo que sentía lo decía y él podía ver que no le era indiferente. Lo halagaba, y con sus atenciones había hecho mucho para sanar su orgullo de macho herido.

Nunca había tenido una amiga, sus relaciones eran solo de amantes, y este era un cambio refrescante, aunque se sentía atraído por ella, no podía negarlo, pero deseaba explorar más este nuevo sentimiento. Las conversaciones, sin tener que esgrimir sus dotes de cazador, le agradaban, el ambiente del departamento de Edith le gustaba, a pesar de que lo había compartido con Sofía, la esencia del lugar era de ella. El juego de luces y la decoración le daban un

ambiente intimista, además, siempre olía a algo delicioso en la cocina. Nunca había sentido la falta de un hogar como cuando entraba a ese departamento. Ese lugar se había convertido en un refugio especial para él, el sitio en el que deseaba estar cuando estaba contento o apagado o simplemente cuando tenía ganas de charlar.

—Estoy bien, tranquilo.

A insistencia de Sofía, se quedaron a cenar. Álvaro y Sofía prepararían una pasta con vegetales, pechugas gratinadas y de postre se comerían una torta de chocolate que estaba en la nevera.

Los cuatro charlaban, Edith y Alexander sentados ante el mesón de la cocina donde la pareja picaba y escurría vegetales. Alexander miraba a Sofía, abismado del cambio experimentado en ella en pocos días, era como una flor que había abierto sus pétalos a la salida del sol. Su orgullo lo mortificaba, nunca la había visto así en el tiempo de su relación. El brillo en sus ojos al mirar al cabrón, el cambio en la electricidad cuando él la tocaba con cualquier pretexto, y el gesto arrogante del maldito, que le decía con la expresión: “Mírame, gané, ahora soy yo el que la satisface, es a mí a quien recibe en su interior”.

No la amaba, pero sabía que el sentimiento de posesión tardaría un poco en diluirse. El gesto decaído de Edith, que no le quitaba la mirada, lo hizo reaccionar. ¿Se sentiría triste todavía por la partida de Sofía?

Pasaron a la mesa, la cena transcurrió entre charlas y anécdotas del par de mujeres cuando estudiaban perfumería. Un tema de Carlos Vives: “Las cosas de la vida”, se escuchaba por toda la casa.

—Bonita melodía —dijo Edith.

—¿Qué dice la canción? —preguntó Alexander.

—Habla de los conflictos de una pareja para superar el

pasado, de reencuentros, de segundas oportunidades. —Álvaro tomó la mano de Sofía y la llevó a sus labios.

Alexander quería vomitar, le parecía ridículo dar tantas muestras de afecto, a los pocos minutos se dijo que era envidia, él nunca tendría nada así, aunque la pelirroja a su lado lo mirara con ojos de ternero degollado, no era buen material para novio.

Álvaro lo invitó a tomarse un coñac en el estudio. Allí le entregó un sobre de manila.

—Creo que debe ver esto.

Alexander rasgó el sobre con celeridad y empezó a leer el informe que Armand, el detective, le había presentado a Álvaro, de lo que había descubierto cuando investigaba a Viktor y a Sasha.

—¿Dónde obtuvo esa información?

—Armand Leblanc, mi investigador.

—Esto no es legal.

—Por eso se lo entrego, mi detective no puede llegar más allá, espero que ustedes se hagan cargo.

El informe rezaba sobre una investigación que implicaba los dos últimos trabajos realizados por Viktor: trata de personas, de niños destinados a la explotación sexual y a la pornografía infantil. Rutas, fechas y la realización de la subasta de un cargamento que llegaría a Marsella a finales de mes.

—Me sorprende, Trespalacios, hablaré con su detective y tomaré cartas en el asunto.

—Bien.

—No puede estar haciendo esto cada dos por tres —le riñó Alexander.

—Por preservar la seguridad de mi mujer llegaré hasta donde

sea, no voy a desprotegerla nunca. Siempre tendrá un esquema de seguridad.

—Ha pensado en todo —sentenció el ruso, y tomó un trago de licor—. Pero sabe que no podrá bajar la guardia nunca. Si me lo preguntaran, es una soberana locura el viaje a Colombia y el que hayan reanudado su relación bajo unos cimientos tan endeblés como el precio de la cabeza de ella.

Álvaro desestimó el último comentario del hombre, haría lo que creía correcto para los dos, aunque no desecharía los conocimientos en seguridad de Alexander.

—Será Chantal para efectos legales y en cuanto nos casemos, asumirá su antiguo nombre y mi apellido.

—Usted se lanza a la yugular enseguida, es buen estratega, hubiera sido un buen agente.

—Lo pensé de niño —sonrió él—. Mire, Alexander, sé que no nos simpatizamos y créame, si no lo vuelvo a ver estaré más que satisfecho, pero mi mujer no piensa así. Ustedes han sido lo más parecido que Sofía ha tenido a una familia en estos largos años y mal que bien, hicieron lo que creyeron correcto para preservarle la vida. Entonces, eso implica que no perderá el contacto con ella y espero que Dan Porter tampoco lo haga. Sofía los aprecia y ella desea que siempre estén en su vida.

—Aunque a usted le reviente.

—Sí —sonrió, irónico, mientras le daba vueltas a la copa de coñac—. Aunque a mí me reviente.

Nunca podrían ser amigos, eso lo tenían claro los dos, para el temperamento de Álvaro era inconcebible trabar amistad con un hombre que hubiera sido pareja de Sofía. Así ella insistiera en que

nunca lo había amado, él no era tan civilizado y veía que Alexander tampoco.

Volvieron a la sala donde las dos mujeres charlaban sobre el próximo viaje. Se despidieron después de la medianoche.

—Estoy muy feliz por ti, amiga —le dijo Edith al oído.

—Y yo por ti, sé que domarás al león detrás de ti —dijo en un susurro.

Álvaro y Alexander no apartaban la vista del par de mujeres mientras se despedían con ademanes serios.

—Cuidala mucho —dijo Edith a Álvaro, mientras le daba un fuerte abrazo.

Quería hacer el amor con él, deseaba sentirlo otra vez, ya estaba totalmente recuperada y el médico en su último control le había dicho que podía reanudar su vida íntima, pero parecía que Álvaro no estaba en la misma onda. Cierto que había perdido peso y el último examen mostró una baja en la hemoglobina debido a la sangre que perdió, pero ella se sentía bien.

Sabía que para él los últimos días no habían sido nada fáciles. Demasiado trabajo, se acostaba después de medianoche y se levantaba de madrugada, viajaba cada dos días, debía entregar el puesto al nuevo profesional que lo reemplazaría.

Ante sus avances, él retrocedía diciendo que todavía no estaba lista, que esperaran unos días más, que no quería lastimarla. Decidió darle su espacio, pero la tensión sexual estaba allí, podía sentirla en el aire.

Investigó sobre la zona cafetera, hizo sus maletas con toda su ropa y empacó sus utensilios de arte. Álvaro le dijo que le tenía

preparadas varias sorpresas en la hacienda. Estaba a la expectativa por iniciar su nueva vida.

Sofía no sabía cuánto significaba para Álvaro el entusiasmo que esgrimía por el viaje. Lo consolaba no encontrar gestos de amargura en ella por todo lo ocurrido, que conservara su índole sin gota de cinismo, su amabilidad, su dulzura. Era una mujer con una carga de experiencias amargas en su espalda, se angustiaba al recordar lo que tuvo que pasar, ella había visto como alguien le quitaba la vida a otra persona y de una manera tan violenta, había visto desaparecer a su abuelo en manos de unos hampones y como si fuera poco, tuvo que iniciar una vida de golpe y porrazo en otro lado del mundo, lejos de él y de todo lo que hasta entonces había conocido.

Ambos tenían heridas por sanar. Llevaban viviendo juntos más de dos semanas, y a pesar de que Álvaro viajaba tanto y tenía mil cosas en la cabeza, siempre encontraba tiempo para ella. El hecho de haber estado separados tantos años hacía su relación algo intensa y demandante, Sofía necesitaba tocarlo todo el tiempo que estaban juntos y él con un miedo cerril a perderla, necesitaba saber qué hacía a cada momento.

Esperaba que el tiempo y una rutina tranquila le aliviaran las ansias y el temor, no se atrevía a tocarla todavía, le daba miedo lastimarla o que la herida se volviera a abrir, además, la veía pálida y no quería que fuera a sufrir una recaída. Pero el hecho de tenerla tan cerca y no poder reclamarla lo estaban volviendo loco. En cuanto se recobrara, recuperaría el tiempo perdido.

Sofía observaba por la ventana de la sala el paisaje invernal de la calle, la gente que pasaba frente al edificio caminaba con premura por las bajas temperaturas. Era finales de febrero, todavía

quedaban tres o cuatro semanas de frío en París. Ella volaría al día siguiente al Quindío, como llamaban en Colombia al edén. Sonrió sin querer.

Álvaro se acercó por detrás, vio el reflejo de la sonrisa de ella por el cristal.

—¿Por qué sonríes?

Ella se dio la vuelta en su abrazo. Su sonrisa le produjo saltos en el corazón.

—Cuando estábamos separados, soñaba mucho contigo. —
Álvaro levantó una ceja—. Sí señor, me pasabas factura hasta en sueños, pero también pensaba mucho en ti durante el día, imaginaba cosas y situaciones, aprendí a evadirme de la realidad, imaginando una vida juntos. Soñaba que nunca nos habíamos separado y que vivíamos en tu país o en Nueva York al lado de nonno, soñaba que era una artista reconocida y que te daba hijos con los que jugábamos en un prado muy verde.

Álvaro tenía un nudo en la garganta, no sabía que decir. La abrazó con vehemencia.

—¿Estaba muy jodida, verdad?

Él negó con la cabeza.

—¿Y por eso sonreías?

Su voz la envolvió con la misma vehemencia de su abrazo.

—Sonríó porque mi sueño se va a hacer realidad —sentenció con fervor—. Porque soy muy feliz, porque estoy impaciente por conocer La Milagrosa, porque no quiero que nos separemos más. Solo Dios sabe lo que he sentido estos días cada vez que salías de viaje, no quiero separarme de ti. ¿Estoy siendo muy intensa?

—No, *mi amor*, no estas siendo intensa, porque yo estoy peor

que tú. —Le acarició la espalda, no quería hablarle de todo lo que había hecho por tratar de olvidarla y la distrajo con el tema de la partida—. Ya tenemos la documentación lista, ya las maletas están en el hall. Tan pronto aterricemos en Bogotá, tomaremos otro vuelo para Armenia, en Bogotá habrá un grupo de escoltas que nos acompañará de allí en adelante.

—Has pensado en todo —dijo ella, acariciándole el rostro.

Esa tarde Álvaro había estado en la joyería Chaumet, ubicada en la famosa plaza Vendôme y conocida por haber sido la joyería oficial de Napoleón. Teniendo en mente la historia de Josefina Bonaparte y el perfume de violetas, entró en ella dispuesto a comprar un anillo de compromiso para Sofía. Un empleado de la firma lo condujo a una suntuosa oficina con muebles de color blanco y una columna decorada con joyas de yeso. Otro empleado llegó con un terciopelo oscuro envuelto, que al desplegarlo sobre el escritorio develó más de una veintena de anillos de compromiso.

Su mirada desfilaba de un modelo a otro, quería algo realmente especial. Entonces reparó en un anillo de platino, con un brillante de varios quilates, rodeado de diamantes que formaban una pequeña y delicada flor. ¡Era una violeta! El trabajo era suntuoso, nada que ver con el sencillo anillo que le regalara la primera vez.

No tuvo que pensarlo dos veces, la joya no hubiera sido más adecuada si la hubiera mandado a hacer expresamente. Era una medida más grande del grosor del dedo de Sofía, y lo mandó ajustar enseguida.

Ahora, mientras abrazaba a Sofía, el anillo lo quemaba en el bolsillo del pantalón, pero quería buscar el momento perfecto para pedirle que se casara con él. Lo haría pronto, estaba ansioso por

atarla a él con todas las leyes divinas y legales, necesitaba saber que habría un vínculo sagrado que les otorgaba a ambos derechos de por vida.

Capítulo 24

En cuanto el vuelo aterrizó en Armenia, Sofía y Álvaro brincaron de los asientos con ánimos renovados.

La espera en la oficina de inmigración en Bogotá había sido mínima gracias a las conexiones de Álvaro, y el vuelo interno duró apenas media hora. Eran las cuatro de la tarde cuando el avión planeó sobre el aeropuerto. Sofía, entusiasmada, miraba el paisaje. Acababa de llover y lo primero que observó al mirar el cielo fue el inmenso arcoíris que lo surcaba, reflejando sus colores en la vegetación.

Un chofer y el equipo de escoltas los guiaron hasta la camioneta de vidrios tintados que estaba a pocos metros de la salida. El hombre entrado en años que los esperaba saludó a Álvaro con afabilidad y miró a Sofía con curiosidad. La temperatura era más cálida que la de Bogotá, como si fuera primavera. Menos mal que se había cambiado los pantalones gruesos, el suéter y el abrigo con los que saliera de París. Ahora llevaba un pantalón color beige y una blusa de algodón azul claro, con sandalias de tiras color perla nacarada.

Álvaro la agarró por los hombros.

—Te presento a mi Sofía, amigo. —El hombre la miró, confundido—. Dios me hizo el milagro de traerla de vuelta a mí.

Manuel era de los pocos que conocía el desengaño y la pena de Álvaro. Había estado para él durante todo el duelo. En medio de las borracheras ante una botella de aguardiente y algunos músicos de la región, le había contado su romance con Sofía y compartido el dolor por su muerte.

La expresión de Manuel no tenía precio, una mezcla de confusión, alivio y mucha prevención.

—Mucho gusto, señorita.

—Sofía, llámeme Sofía.

Se dirigieron al auto con el grupo de escoltas a la saga. A medida que el auto se deslizaba por la carretera angosta y repleta de alamedas, Sofía observaba maravillada a lo lejos el paisaje, las montañas y colinas con diferentes matices de verde, las matas de café a lado y lado del camino. A lo lejos, las montañas se veían azules, pensó que sería por el reflejo del cielo.

Le gustaba la cadencia en la voz de Manuel, contándole a Álvaro los sucesos de la hacienda. Quería bajar el vidrio del auto y oler el ambiente, pero por medidas de seguridad, no podía hacerlo. Álvaro le tomó la mano y se la besó mientras la observaba. Estaba nerviosa, el conocer gente nueva siempre le ocasionaba un ligero malestar, no era buena asumiendo cambios, aunque su vida hubiera estado plagada de ellos.

—¿Te gusta? —preguntó Álvaro.

Manuel la miró por el espejo retrovisor.

—Es hermoso, no había visto tanto verde en mi vida, gracias por traerme.

A lo lejos observaba un árbol del color de la plata, pero al verlo de cerca el color variaba.

—¿Cómo se llama el árbol plateado?

Manuel sonrió.

—Se llama yarumo.

—Lo de plateado es solo una ilusión óptica —le aclaró Álvaro —, si lo ves de cerca, las hojas no tienen un pigmento blanco o

plateado. Son verdes como en la mayoría de las plantas, y el efecto es producido por la densa capa de pelos que cubre las hojas y refracta la luz.

—Son hermosos.

Minutos después atravesaron la entrada de La Milagrosa y el auto ascendió una pequeña loma por un camino de asfalto. Las llantas rechinaron al pisar las piedras del último tramo que los llevó frente a la casa. Álvaro descendió del vehículo y dio la vuelta para abrir la puerta de Sofía, que miraba a los empleados que se agolpaban a unos metros de ellos para recibirlos.

En cuanto bajó del auto, un perro golden retriever color chocolate hizo su aparición y corrió hacia Álvaro. Entre ladridos y gimoteos de felicidad, se alzó en dos patas, y apoyándose en su pecho, comenzó a lamerle el rostro mientras batía la cola con premura. Sofía se había quedado de piedra al reconocer a Max. Había envejecido muy bien, estaba más grueso, y su pelo era más oscuro.

Cuando al fin se separó de Álvaro, el perro se acercó a olfatearle los pies y las piernas a Sofía. Dio varias vueltas a su alrededor y empezó a gimotear en tono bajo, mientras ella lo miraba con los ojos aguados. De repente, empezó a batir la cola y se le lanzó encima, con tal fuerza, que la derribó en el piso.

—¡Max! ¡Querido Max!

Entre sollozos Sofía se abrazó al animal y ambos rodaron por el pasto, llorando la ausencia y el recuerdo de una época feliz. Max no la había olvidado, en medio del llanto, los gimoteos y los lambetazos, Sofía atravesó una puerta al pasado que la llevó a recordar su casa en Brooklyn, los domingos con su abuelo en el mercado de pulgas, cuando lo llevaba al parque o cuando jugaban a la pelota en el patio,

y las travesuras que el animal hacía. Hasta ella llegaron los olores de la casa de sus padres, cuando recordó cómo se tendía el perro a los pies de su abuelo, mientras este miraba la televisión. Muchos recuerdos que había sepultado para evitar sufrir más, emergieron en ese momento. Agradeció en el alma a Álvaro por conservar una parte importante de su pasado.

Cuando se levantó, la gente que la rodeaba la miraba con empatía.

—Bienvenida a su casa, señorita —saludó una mujer que se presentó como Zoila, era la esposa de Manuel.

Álvaro le presentó a Mateo y a una muchacha llamada Miriam que ayudaba a Zoila con los oficios de la casa. Sofía, algo tímida, correspondió el saludo.

—No hay tiempo que no se cumpla, ni plazo que no llegue —sentenció la mujer.

Entraron a la casa. Álvaro dio orden de que bajaran el equipaje y lo llevaran a las habitaciones. El perro no se desprendía del lado de Sofía, que no dejaba de tocarle la cabeza y las orejas. Caminó por el zaguán que la llevó a una sala amplia con muebles en tonos neutros y pesadas mesas de madera. El corazón se le encogió al ver dos cuadros suyos en las paredes. Uno era el encino que pintaba las tardes que Álvaro compartía con ella en el estudio y que creyó que había quedado en poder de Dan. En otra pared estaba el cuadro de la mujer en la playa que él había comprado la primera vez que se vieron. Inspiró fuerte, con ganas de llorar otra vez. Álvaro la abrazó por detrás.

—Esta es tu casa, siempre fue tu casa —le dijo al oído—. Eres su dueña de ahora en adelante, ya mis empleados lo saben.

Recorrieron el resto de las habitaciones, el comedor era amplio

y ventilado, con un ventanal que daba a un jardín lleno de flores multicolores. Ya en el segundo piso, Álvaro la llevaba a paso rápido, emocionado. Iban a entrar en la habitación que compartirían de allí en adelante, cuando él retrocedió.

—No, mejor no, esta de último, quiero llevarte a la habitación más especial de la casa.

Estaba en la esquina del pasillo. Abrió la puerta y una explosión de luz y colores la recibió cuando entró en la estancia. Quedó sin palabras. Los cuadros de sus padres colgaban de las paredes y el paisaje que se veía a través de la ventana abierta era el más bello que ella hubiera visto en su vida. Miraba a Álvaro, que sonreía, y luego volvía a mirarlo todo, un caballete de pintura, mesas, oleos, acuarelas, vinilos, cientos de pinceles, todo nuevo y esperando por ella. Había conservado todo lo que era importante para ella.

Se acercó a las pinturas de sus padres, las acarició con las yemas de los dedos. Hizo un gesto afirmativo y luego se lanzó a sus brazos y le besó el rostro y el cuello en medio de lágrimas. Se enroscó a su cintura y le dio un beso, apasionado, amoroso, agradecido. Así alzada salieron del estudio y llegaron a la habitación, que Sofía ni se molestó en mirar. El perro quiso colarse, pero ante una orden de Álvaro se tendió en un tapete frente a la puerta.

—Muy bonita —dijo en cuanto quedó de pie frente a él.

Le levantó la camiseta. Él sonrió.

—¿Estás bien? ¿Te sientes bien? No quiero lastimarte.

Ella se rascó la nariz enrojecida por el llanto.

—Perfectamente. Ahora quiero sentir a mi hombre dentro de mí, en este preciso momento.

Álvaro vio su mirada, sus ganas, y su deseo se multiplicó, asaltó

su boca con necesidad y anhelo, entre un desorden de labios, gemidos agitados y saliva. Le mordió el labio inferior, ella abrió la boca y le introdujo la lengua en un movimiento que emulaba otro que se realizaba en medio de las piernas. Sofía respondió perdida de ansiedad, le quitó la camiseta, se separaron solo unos instantes mientras le sacaba la prenda, ocasionándole un desorden en el cabello, luego él volvió a comerle los labios.

—Me alegra que ya estés mejor —farfulló sobre su aliento con tono de voz enronquecido y mirada de fuego.

—Has tenido la paciencia de un monje.

Le llevó la mano a su miembro, que ella sintió más duro y grueso que nunca.

—Esto no lo tendría un monje, *mi amor*. No dejo de pensar en tu sexo, húmedo, apretado, caliente... Me muero por estar dentro de él.

La tensión creció alrededor de ellos, llenando y calentando el aire de la habitación .

La llevó a la cama al tiempo que Sofía se quitaba la blusa y el sujetador. Álvaro le quitó el pantalón y las sandalias. Le bajó el interior por las esbeltas piernas. Como siempre, se le secó la boca al ver su piel desnuda y el contorno de su figura. Con el corazón agitado a ritmo de tambor, se inclinó y tomó en su boca los pezones. Ella se arqueaba, dándole potestad para apoderarse de su cuerpo.

—Abre las piernas, quiero mirarte —le ordenó de manera brusca.

Ella obedeció y separó los muslos. Álvaro no desprendía la mirada de su sexo. La jaló a la orilla de la cama y se arrodilló en el piso. Se puso entre sus rodillas, mirándola hechizado. Le acarició los labios de arriba abajo, introdujo un dedo dentro de ella y suspiró,

extasiado. Sin poder aguantar refregó su rostro en su sexo, la barbilla, la boca, los cachetes, aprendiéndosela con solo el roce de su piel. Sofía jadeaba con las manos aferradas a su cabeza.

Levantó la mirada con ojos lujuriosos.

—Este es mi aroma favorito, el olor de tu sexo, quisiera embotellarlo para llevarlo conmigo siempre. —Ella sonrió con los ojos cerrados, perdida en las sensaciones—. Te lo digo en serio.

La lamió y la succionó, queriendo devorarla entera. Los gemidos de Sofía danzaban por la habitación, hasta que la sintió tensarse ante el jugueteo de su lengua dentro de su sexo.

—Dios, cómo te deseo —dijo atormentado.

Gimió sobre ella, aspirando su aroma como adicto y sintiendo su calor que parecía querer derretirlo. Recibió su orgasmo en toda la cara y cuando los temblores cesaron, se abrió paso en su interior, en la dicha que lo esperaba en medio de las piernas. Quería poseerla con fuerza, con dureza. Estaba por fin en su hogar, era la sensación que primaba cuando estaba dentro de ella, como si con esa comunión de cuerpos, el ansia de buscar lo imposible llegara a su fin. Era ella, siempre sería ella, en medio del sexo, la lujuria y los empujes, se dijo que por fin su mujer, estaba donde debía estar, en su casa, debajo de él, con él entre las piernas, como debió ser siempre.

Se asustó por la vehemencia de sentimientos tan primitivos, pero ella le regaló una mirada de rendición, de sumisión que no le había visto en ningún otro momento del día y se sintió bendecido. Siguió empujando, embistiéndola, devorándole la boca y cuando no pudo soportar más las sensaciones, echó la cabeza hacia atrás, apartando la boca de sus labios, le sujetó las caderas, la mantuvo pegada a su cuerpo y comenzó a moverse con el ritmo riguroso y

controlado que necesitaba. Álvaro escuchó los gemidos de Sofía, pero no aflojó el ritmo. Inspeccionó la cicatriz y sus facciones con la mirada, no deseaba lastimarla, pero aquellos gemidos roncós y profundos eran producidos por el placer. Cerró los ojos y su cuerpo se cubrió de una pátina de sudor mientras sentía el cálido y apretado sexo de la mujer palpitando y comprimiéndose en torno a su miembro. Se hundió completamente en ella, incapaz de detenerse, amando cada segundo, ofreciéndole su corazón y su vida en cada penetración, ofrendándole cada onza de aquella inagotable pasión que se agitaba en su interior.

Sofía no sabía dónde poner las manos, iban de su pecho a los hombros para dejarlas aferradas al edredón. Aquellos duros movimientos que llenaban su cuerpo la estaban llevando al punto de no retorno.

Nunca antes había estado tan excitada. No necesitaba más estímulos. Aquel beso y las embestidas casi brutales con las que la estaba poseyendo la llenaban de un oscuro y seductor placer que mezclado con el fuerte sentimiento que le quería hacer estallar el corazón, la quemaba como si saetas ardientes le atravesaran el cuerpo.

—Chúpame los pezones, muérdeme, déjame una marca, me gusta cuando lo haces.

La complació en todo, necesitaba que gozara tanto como gozaba él. Una ansiedad nacida de la angustia por lo que tendría que confesarle le hacía querer amarrarla a él con sexo y orgasmos, para que no se le ocurriera dejarlo nunca.

—Júrame que no me dejarás.

Ella abrió los ojos en medio de la confusa bruma del placer, ya estaba a punto de alcanzar la liberación.

—Te lo juro —gimió, cuando él la volvió a embestir con dureza
—. Nunca te voy a dejar.

Álvaro se fundió con ella hasta que Sofía gritó su nombre. Gimiendo, suplicando, estallando en mil pedazos debajo de él cuando sintió que la liberación la alcanzaba en una brutal oleada de turbadoras sensaciones. Él apoyó los codos para no caer encima de ella, salió de su interior y rodó hasta quedar a su lado.

Le acarició el abdomen y de nuevo llevó la mano a su sexo.

—Siempre te has depilado esa zona.

—Sí, siempre —musitó ella tratando de normalizar la respiración.

—En la edad media, cuando un caballero iba a la guerra, llevaba un mechón de pelo del pubis de su dama en un estuche.

—¿En serio?

—Muy en serio.

—No querrás que me deje crecer pelo allí para poder tú a hacer lo mismo —dijo Sofía, en medio de carcajadas.

—No sería mala idea.

La levantó de la cama, risueño, y la llevó al baño. Era amplio, blanco y con piso de piedra amarilla, con una ducha donde cabían perfectamente más de dos personas y una tina al fondo.

—Es hermoso.

Le lavó con mimo el cabello y la enjabonó con suavidad.

—Tengo que moderar mis impulsos —dijo, muy serio, al ver algunos moretones.

Ella le aferró la mano.

—¡No! No necesitas hacerlo, lo necesito así, no quiero suavidades, nunca han ido contigo y no me molesta.

—¿En serio?

—Creo que tuvimos esta misma charla hace nueve años.

—Sí, lo recuerdo.

Esa noche cenaron en la habitación, el cambio de horarios les pasó factura.

Abrieron la ventana y se sentaron en el quicio, los olores de la noche y el canto de las chicharras se colaban en la habitación.

—Hay un olor que me gusta mucho.

—Es el olor de la tierra, de las flores, de las pepas de café que ya están a punto de ser cosechadas.

—Quiero conocerlo todo.

—Mañana lo haremos.

Cuando se despertó al día siguiente, era media mañana, Álvaro ya no estaba, lo sintió en la madrugada dándole un beso en la frente. Max estaba recostado al lado de su cama sobre un tapete. La saludó, feliz, cuando se sentó a la orilla de la cama.

—Mi querido, amigo. No sabes la alegría tan grande que me has dado.

Le besó la cabeza y le acarició el hocico.

Se bañó y se puso una bata camisera color amarillo pálido, con las mismas sandalias de día anterior, se aplicó brillo de labios y bajó al comedor, en compañía del perro. Se moría de hambre.

Encontró a Manuela limpiando los muebles del pasillo, le pidió que le indicara donde era la cocina.

Zoila trabajaba afanada ante los fogones. Max se quedó en la puerta, por lo visto tenía prohibida la entrada al lugar.

—Buenos días.

—Buenos días, señorita.

—Sofía, llámame Sofía.

—¿Quiere un café, Sofía?

—Sí, muchas gracias.

El lugar era amplio y ventilado, se sentó en un taburete que daba a un mesón en la mitad del lugar. La superficie estaba repleta de cestos de frutas y verduras.

—¿Desea desayunar?

—Sí, gracias, me muero de hambre, pero yo puedo hacerme el desayuno, usted está ocupada.

—Ni más faltaba que su primer día en la hacienda tenga que cocinar, déjeme eso a mí—. La mujer la miró, contrita—. Ano ser que desee hacer algún cambio.

Sofía sonrió.

—Esté tranquila, Zoila, no es mi interés cambiar algo que por lo visto ha funcionado bien por años. Eso sí, de vez en cuando me gusta meterme en la cocina, quiero aprender de la cocina colombiana, para hacer los platos que más le gustan a Álvaro, y consentirlo. Estar pendiente de sus cosas.

—Vaya —sonrió la mujer, satisfecha, y Sofía sintió que había pasado una especie de prueba—. Eso está muy bien, también quiero saber qué le gusta a usted, sé que en Europa comen diferente. Álvaro llega siempre delgado de allá. Aquí con buenos frijoles y peto le hago ganar peso. Habla muy bien el español.

—Gracias, tomé clases mucho tiempo.

Sofía no tenía idea de qué eran esos alimentos de los que le hablaba la mujer, pero lo averiguaría. Zoila le pasó unos panecillos que ella no conocía, fruta y una masa de forma circular.

—Esto se llama pandebono, son típicos de la región, y estas son las arepas también muy comunes, se sirven en cada comida, para que le sepan más rico, échelos mantequilla y póngales un pedazo de queso.

Le dio las gracias y se dispuso a probar la comida. Le gustaron ambos manjares y se prometió que aprendería a prepararlos. El queso, menos procesado que los quesos franceses, era un manjar de dioses.

Zoila le contó que Álvaro había salido al amanecer a ver los cultivos y hablar con los trabajadores. La cosecha mayor ya estaba a punto, pronto la hacienda se llenaría de gente de todo el país para recolectar el café.

Cuando terminó de desayunar, Sofia no quiso seguir distraendo a Zoila en sus quehaceres y salió a recorrer el lugar. Se percató de los hombres que la seguían a prudente distancia. Los jardines estaban muy bien cuidados, un petirrojo bebía de una flor roja, ella le preguntó el nombre a uno de los escoltas, que se presentó como Tomás.

—Es una heliconia, señorita.

Era una planta de tallo largo y grueso, y la flor en forma de puñal de color rojo vivo. Como llevaba el móvil en el bolsillo tomó varias fotografías, había varias orquídeas de diversos colores que crecían sobre troncos húmedos. Al manipular el teléfono, vio que tenía la casilla de mensajes llena. Le envió un mensaje a Edith, otro a Dan y a Alexander, tenía dos mensajes de Álvaro en la bandeja de entrada. En uno le deseaba los buenos días y la invitaba a conocer la casa, le pedía disculpas por haberla dejado sola, pero tenía muchas cosas por solucionar, se reuniría con ella a la hora del almuerzo.

Caminó por un sendero que la llevó a la parte de atrás de la

casa, al área de la piscina, que estaba rodeada de una cerca. Vio otro camino, pero Tomás le dijo que llevaba a las caballerizas. Volvió a la casa y arregló su ropa, en compañía de Miriam, que hablaba sin parar de un novio extranjero que había conocido por Internet.

En esas la encontró Álvaro. Al entrar él, la joven abandonó la habitación enseguida.

—Hola, mi amor.

La saludó con un beso en la boca.

—Hola.

—¿Cómo te has sentido?

—Bien, todo es tan hermoso, parece de mentira. La casa, los jardines, la vegetación.

—Me alegra que todo sea de tu agrado. Tendremos que viajar en dos semanas a Bogotá, mis padres llegarán de Barranquilla y están deseosos de conocerte.

Ella lo miró, preocupada.

—Quiero caerles bien, que me acepten.

—Ellos te adorarán. Mi madre conoce tu talento. Vas a ver que todo saldrá bien.

Él la abrazó y Sofía pudo captar una sombra de preocupación en su semblante.

—¿Qué pasa, Álvaro?

—Nada, *mi amor*, problemas con el trabajo. Gabriel y Melisa vendrán la semana que viene a pasar unos días con sus hijos, quieren conocerte.

Álvaro había revisado el esquema de seguridad que tendría la hacienda de allí en adelante. Con la llegada de la cosecha, sería inevitable el arribo de trabajadores de todas partes del país y habría

demasiada gente pululando por el lugar. Una opción era llevarse a Sofía para Bogotá mientras durara la recogida del grano. Era mucho espacio abierto, y a pesar de que los escoltas tenían asegurada la casa y orden de escoltar a Sofía cuando saliera a cualquier parte, un francotirador podría hacer el trabajo. Buscaría una solución de cualquier manera.

Capítulo 25

Max acompañaba a Sofia a todas partes.

—Eres un traidor, te alimenté y te cuidé durante nueve años — le decía Álvaro al animal mientras le acariciaba las orejas—, y me cambias en un dos por tres.

—Soy más guapa y más cariñosa que tú.

Ella, sin parar de reír, se sentó en sus piernas.

—No te lo discuto —señaló él, al tiempo que la besaba.

Álvaro y Sofia salían a cabalgar después del almuerzo. Ella nunca había montado, estaba aprendiendo con una yegua mansa. La llevó a los cafetales que estaban maduros para la cosecha, y le explicaba todo el proceso. Le hablaba de las rotaciones, de la productividad máxima de la planta, del estrés ambiental, de los cultivos de fruta, para hacer la hacienda más rentable.

La llevó al lugar en el que se iniciaba el proceso de secado de la pepa. El área estaba siendo acondicionada para recibir el producto de la próxima cosecha. Los empleados la miraban, curiosos, y más al ver a los escoltas armados que no la dejaban ni a sol y ni a sombra, algo que la incomodaba de sobremanera.

—Todo el proceso que va desde la recolección del fruto, hasta el almacenamiento del café seco, se llama beneficio húmedo, es un trabajo difícil y artesanal que está íntimamente ligado a la tradición cafetera de nuestro país. Ya hay tecnologías que lo realizan, y sé que tendré que implantarlas en unos años, pero por ahora lo prefiero así.

Sofia lo miraba y veía pasión en cada palabra, en cada gesto.

Álvaro amaba esa tierra.

—¿Por qué no te has dedicado del todo a esto?

—Es difícil, tengo otras obligaciones, aunque la hacienda es rentable ahora, pasó mucho tiempo endeudada, los precios del café no han sido los mejores. Además, no me educaron para esta vida.

El sonido de los pájaros alegraba la tarde. Alo lejos se escuchaba el sonido del agua. Llegaron al río La Vieja.

—Pero lo disfrutas. ¿Si pudieras dedicarte del todo lo harías?

—Me gusta la vida urbana también, prefiero tener los dos mundos. Si tuviera que escoger entre los dos, sin duda me quedaría con este, pero es lo que hay, estoy acostumbrado a ciertas cosas que solo están en la ciudad.

Una embarcación se acercaba, el río no era muy ancho ni caudaloso, pero la gente lo usaba para transportarse o para dar largos paseos.

—Te veo tan feliz aquí. Cuando me hablaste en París de tu trabajo, sentí que te faltaba la pasión que sí veo cuando me hablas de esto.

—Mi trabajo en la Unión Europea fue importante, pero tarde o temprano hubiera vuelto a Colombia. Tienes razón, fue una etapa, un gusto que quise darme, tenía un buen trabajo antes de irme.

—¿No vas a salir más del país?

La miró fijo a los ojos.

—No, Sofía, mi vida está en Colombia. Este es mi legado y estoy feliz de cuidarlo, pero mi verdadera felicidad es que estés cabalgando de manera pésima a mi lado.

Sofía soltó la carcajada.

—Estoy aprendiendo, deja que pasen unos días y verás. Seré

mejor jinete que tú.

—Espero verlo.

Y con el paso de los días, Sofía empezó a pintar, y a hacerlo con dicha, con pasión, no como en los años anteriores, que pintaba como un placer ligado a la culpa. Pintando una orquídea que había retratado el día anterior, se reconcilió con su arte. No había querido reconocerlo, pero estuvo resentida mucho tiempo con su arte, le echaba la culpa de todo lo ocurrido.

Era un amor rabioso, por eso Edith llamaba a su estudio en el departamento el cuarto del dolor. En esa tarde, en un país extraño, se dijo que había estado equivocada, fueron sus malas decisiones y su inmadurez las que condujeron a todo lo ocurrido. Fue un reencuentro con el pincel y la tela, con las imágenes y colores que atesoró por años. Tenía libertad para ser ella misma, por fin sabía quién era. Edith, Dan y Alexander siempre lo supieron, y Álvaro la conocía muy bien. Sonrió, dichosa por la nueva vida que construiría, porque sus cimientos serían más fuertes y duraderos.

Aunque a Álvaro, algo lo preocupaba, era como si a cada momento quisiera decirle algo y no se decidiera. Él la amaba, de eso estaba segura, ningún hombre hacía todo lo que había hecho él sin un fuerte sentimiento de por medio.

Se preguntó en qué medida influiría la seguridad de que Álvaro la amaba en esta nueva sensación de sublime libertad. ¿Y en qué medida influía el gran amor que ella le profesaba? ¡Basta! No se cuestionaría eso, era lo que era y punto.

Afianzó su amistad con Zoila y Miriam cuando se enteraron de que fabricaba jabones y perfumes. Encargó por Internet diferentes

esencias y adecuaron una habitación desocupada del primer piso con una mesa de madera y un armario.

Brindaron con una copa de aguardiente. Le gustó el sabor dulce y quemante de la bebida. Miriam era dicharachera y alegre, estaba enterada de todo lo que sucedía en la hacienda. Sofía deseaba preguntarle si Álvaro había traído a alguna mujer en los años pasados, pero su orgullo se lo impedía. Zoila era más prudente, calmada y muy medida en sus comentarios. Ambas eran incansables trabajadoras.

—Ya es una de las nuestras —le dijo Zoila, satisfecha, al verla vaciar la copa de un trago.

—¿Quieres una copa de vino? —preguntó esa noche Álvaro, frente al armario de las bebidas, mientras examinaba una botella de Cabernet.

—Prefiero una de aguardiente —dijo ella sin vergüenza.

Álvaro levantó la mirada y una sonrisa ladeada apareció en su semblante.

—A la tierra que fueres, haz lo que vieres. Parece que esa particular costumbre te ha conquistado.

Se acercó y la abrazó.

—Solo me falta hablar con ese acento cantado que me gusta tanto.

Álvaro soltó la carcajada.

—Hablé con tu querido Alexander esta tarde —comentó, poniéndose serio de repente.

—No es mi querido Alexander y lo sabes —se embaló Sofía.

—Más te vale.

—No puedo creer que todavía estés con esas bobadas. ¿Qué

quería?

—Preguntarme por ti.

—¿Por qué no me llamó a mí? —preguntó, nerviosa y extrañada.

—Deseaba que le diera un informe sobre tu esquema de seguridad. —Soltó un chasquido de inconformidad—. Le dije que ya no era su problema.

Sofía abrió los ojos.

—No con esas palabras, me imagino.

Él sonrió, burlón.

—Tranquila, no con esas palabras.

Sabía que no tenía por qué mortificarla con sus celos. Se comportaba como un patán, algo imperdonable, si se ponía a pensar que la vida les había dado otra oportunidad. Su adorada Sofía, su todo, pero algo dentro de él lo impulsaba a herirla, no solo por lo de Alexander, le costaba trabajo perdonarle que lo hubiera dejado tirado nueve años atrás. Si le hubiera hecho saber de alguna manera que estaba viva, él lo habría dejado todo por seguirla.

Luego se arrepentía, ella era una jovencita, asustada y vulnerable, y se plegó a la única figura familiar que quedaba en el cuadro. Se decía que el tiempo desaparecería esa herida, no era tan imbécil como para soslayar el pasado, pero tampoco sería su esclavo. Ella estaba junto a él, adaptándose a una vida que aún no sabía si le agradaba y lo hacía por él, ya dejaba sus huellas en la casa, su olor se extendía por las habitaciones, le gustaba ver sus cosas en comunión con las suyas, y sentir cómo con sus pasos por el hogar marcaba el reloj de su vida. Era amable con la gente, le complacía sus risas compartidas con Zoila y Miriam en la cocina cuando llegaba a la casa, y

era una mujer generosa en su amor, en su pasión.

Lo tenía loco, parecía no obtener suficiente de ella, no se cansaba de acariciarla, de besarla, producía en su cuerpo una sed insaciable. Era como una hechicera, a veces quería rebelarse a su conjuro, al yugo que sabía bien ajustado en torno a su cuello. Se preguntaba cómo había hecho para respirar cada día de los pasados nueve años.

Sofía se sentía en una nube, tanto sufrimiento quedaba olvidado al reflejarse en los ojos de Álvaro. Se le aceleraban las ganas cuando lo veía montar a caballo, dar órdenes a los peones, lo deseaba en su papel de señor de su hacienda y también cuando con una mirada o un gesto, la encendía como antorcha, cuando con sus manos dominantes y expertas la recorría entera, cuando con su voz le regalaba palabras calientes que manifestaban sus más oscuros deseos. Se sentía morir entre las piernas cuando le decía que la adoraba, que la necesitaba, que ninguna mujer le había dado el placer que a manos llenas ella le prodigaba, pero también estaba su índole rencorosa, cuando con algún pequeño comentario o actitud le manifestaba que no había olvidado su abandono. Era su cruz y su delirio, y entre ellos pasaba los días.

Una noche Sofía pudo observar a su equipo de seguridad en acción. Habían salido a cenar a un restaurante de Armenia que quedaba a hora y media de la hacienda. Al salir del lugar caminaban abrazados por la calle, a esa hora oscura y silenciosa. Los escoltas a unos metros les brindaban espacio sin descuidar la seguridad.

Un par de hombres encapuchados aparecieron al doblar la esquina, fuertemente armados. El primer impulso de Álvaro fue poner a

Sofía detrás de él, los escoltas aprovecharon el desconcierto de los hombres al verlos armados, para neutralizarlos. Sofía estaba asustada, el cuerpo se le cubrió de un sudor frío, por su mente pasó todo lo ocurrido en la panadería de París.

—¿Esos hombres venían por mí? —preguntó a Álvaro tan pronto este llamó a la policía.

—No, mi amor, eran delincuentes comunes que deseaban atacarnos.

Él la atajó por los hombros y le miró fijo el rostro.

—No te preocupes, tus escoltas son los mejores. Esos hombres no vieron venir el golpe.

Sofía no tenía queja de los custodios y cada tanto agradecía el cuidado que le brindaban, aunque a veces era incómodo, porque le gustaba estar sola, y percibir a esos hombres como una sombra era fatigoso. Pero sabía a lo que debía someterse para preservar la seguridad de los dos. Si tenía que estar circundada por escoltas, lo haría sin rechistar.

Llegaron a la hacienda después de medianoche, Álvaro tomó nota de que no debía olvidar el esquema. La caminata por varias cuadras era inofensiva, debió salir del restaurante y montarse en la camioneta enseguida.

Sofía percibía la tensión de Álvaro en cuanto se acostaron.

—Cuando vi a esos tipos armados, te juro que pasó toda mi vida por mi mente. Otra vez, Sofía, otra vez esa misma sensación que en París ¡Me hubiera volado la tapa de los sesos si esos tipos te hubieran matado!

Ella lo abrazó, él acomodó la cabeza en su pecho.

—Ya, amor mío, ya pasó. No hables de muerte cuando tenemos

tanto por qué estar agradecidos.

—Voy a refundir a esos malditos en la cárcel, así sea lo último que haga —bramó, furioso.

—¿No eran delincuentes de poca monta?

—Sus armas no lo eran —replicó él.

—Me apena que tengas que someterte a esto.

—Amí no, me aguanto lo que sea con tal de estar contigo, por mí no te preocupes nunca, te amo y ese es un precio muy pequeño por tu presencia en mi vida.

—Yo también te amo.

El día anterior de la llegada de los esposos Preciado, Álvaro y Sofía esperaban la hora para una video conferencia que solicitó Dan.

Se sentaron expectantes en el estudio mientras se establecía la conexión. En cuanto el agente apareció, se notaba que estaba en su casa. Era ya de noche, vestía una camiseta y se tomaba una copa, relajado. Después de los saludos de rigor, pasó al tema enseguida.

—Chicos, les tengo muy buenas noticias.

Álvaro aferró la mano de Sofía.

—Te escuchamos.

—Me tienes intrigada.

—Viktor y Sasha aparecieron muertos en sus respectivas celdas.

—¡Dios mío! —exclamó Sofía.

Álvaro se quedó callado, esperando que Dan dijera más.

—Nuestro gobierno no está muy satisfecho, faltaban ocho días para la extradición.

—¿Cómo murieron? —preguntó Álvaro.

—No puedo decirles nada al respecto. —Miró serio la pantalla —. Pueden relajarse. Sofia, ya no corres peligro, ya nadie te busca.

Sofia se levantó de la silla conmocionada. Caminó unos pasos.

—¿Estás seguro? —preguntó, emocionada y con la esperanza de tener el panorama despejado después de tantos años.

—Muy seguro, según los informantes de Alexander, la Bratvá no estaba interesada en Chantal Duras, ni en Sofía Marinelli.

—Podremos dejar el uso de la custodia —dijo ella.

—No, *mi amor*, no te aceleres, lo haremos con calma —replicó Álvaro.

Ella corrió a los brazos de su hombre y se sentó en las rodillas sin importar que Dan los observara.

—Esa noticia ameritaba un viaje —manifestó Sofia.

—Créeme, necesito vacaciones y ustedes serán mi primer destino cuando salga del país, pero el trabajo me lo impide en estos momentos.

Dan se dirigió a ella.

—¿Cómo te encuentras? ¿Eres feliz?

—Mucho, Dan, soy muy feliz.

—Me alegro mucho. Aunque hay un pequeño detalle.

Ella se puso seria y lo miró, preocupada.

Dan sonrió.

—No podrás usar el apellido de tus padres, porque para los registros figuras como fallecida.

Ella suspiró, aliviada. Luego se quedó pensativa y de repente, se levantó como un resorte.

—¡Podré volver al color natural de mi cabello!

—Veo que ya no usas las lentes.

—No quise usarlos más.

Cuando Dan se desconectó, se miraron, sonrientes. Por fin, después de tanto tiempo, podrían tener tranquilidad.

Al día siguiente de la videoconferencia llegaron los esposos Preciado bajo fuertes medidas de seguridad. Un equipo de escoltas había llegado a la hacienda el día anterior y andaban con armas escondidas y aparatos de comunicación en los oídos. La casa relucía, para orgullo de Sofía. No era que hubiera hecho mucho, solo andar detrás de las mujeres revisando que todo estuviera perfecto.

—¿Estás nerviosa?

—No —contestó ella—. Tengo curiosidad por todo lo que me has hablado de ellos.

—Melisa es muy especial. Tendrás una nueva amiga.

—Ya tengo a Zoila y a Miriam.

—Es diferente.

—Eres un snob, señor Trespalacios.

—No lo dije por eso.

—Pues sonó así exactamente.

—Mil disculpas.

Se había puesto un vestido veraniego de flores de colores suaves. Estaba ligeramente maquillada. Deshaciéndose de su momentánea incertidumbre, se situó junto a Álvaro y este le pasó el brazo por los hombros en cuanto una camioneta se situó frente a ellos. Dos vehículos más frenaron uno adelante y otro atrás, un grupo de hombres bajó antes de que la familia se apeara. Álvaro le había contado la historia de su amigo. Parpadeó en cuanto vio a al hombre bajar del vehículo: ¡era guapísimo!

Álvaro se le acercó con ella abrazada.

—Mi amor, te presento a mi amigo Gabriel Preciado.

Gabriel dio un paso al frente con una sonrisa enorme que se extendía a sus ojos verdes.

—Me alegro mucho de conocerte, Sofía. —Le dio un beso en la mejilla—. No sabes cuánto lo esperaba.

—Igualmente —contestó Sofía, al ver que una preciosa chiquilla igual a su padre se lanzaba a los brazos de Álvaro.

—Tío, tío, mi papá me dijo que podía montar en un caballo.

—Claro, bienvenida a mi casa, alteza.

Sofía observaba a la hermosa mujer, de enormes ojos azules, que se acercaba con un bebé en brazos.

—Es un placer conocerte, por fin.

—El placer es mío. He oído hablar mucho de ustedes. Son muy importantes para Álvaro. Me encanta conocerlos.

Se acercó a observar al bebé, que se había quedado dormido en el hombro de su madre.

—Es hermoso.

Melisa miró a su hijo con vivo orgullo.

—Lo es, mil gracias.

La mujer tenía una piel espectacular, y era de trato suave.

—Bienvenidos —dijo Sofía y subieron los escalones que los llevaban al zaguán.

—Me gusta mucho este lugar, me recuerda la hacienda de Miguel.

La niñera se acercó y trató de recibir el bebé de los brazos de Melisa, pero ella se negó.

—Ve a instalarte y organizar las cosas de los niños, yo me

encargo de Sebastián.

La joven se alejó con Miriam. Ellos se sentaron en las sillas mecedoras del zaguán.

—A propósito ¿cómo está Miguel? —preguntó Álvaro.

—Muy bien, ya llegó el bebé, es un niño, él y Olivia están muy contentos.

Sofía se moría de curiosidad por conocer a Melisa ahora que la tenía enfrente. Tenía que ser muy especial para lograr esa mirada con la que su marido la agasajaba.

—¡Papi! Mira un pajarito de color... —Se llevó el dedo a la boca tratando de recordar—. ¿Verde?

—Mi amor, es un petirrojo y su color es el rojo. Aquí aprenderás los colores. —señaló Melisa.

—Nunca había visto uno así.

—Solo viven en esta zona —contestó Gabriel.

—Yo quiero llevarme uno para la casa.

—No preciosa, ellos deben vivir en libertad.

La niñera se acercó y Melisa le pidió que llevara a la niña a lavarse las manos.

—¿Cómo te ha tratado Colombia? —preguntó Gabriel a Sofía.

—Muy bien, estoy enamorada de todo lo que he conocido.

—Eso tiene nuestro país —intervino Melisa—. Te roba el corazón, muchos extranjeros se radican aquí a pesar de la mala prensa y de nuestros problemas, ellos insisten en que somos muy alegres.

—Me he dado cuenta de que gozan de muy buen humor.

—Ese humor es algo con lo que Dios premió a mi doliente tierra.

Si lo decía Melisa, así era. No solo Sofía había pasado por cosas terribles, ellos habían vivido un secuestro que pudo acabar con la vida de ambos y allí estaban, realizados y felices. Álvaro le había relatado la historia. Estaban recién casados cuando ocurrió el hecho. Viéndolos felices y con sus preciosos hijos, nadie adivinaba todo lo que tuvieron que pasar.

—Álvaro dice que eres una artista de gran talento. —Gabriel la miraba con viva curiosidad.

Ella miró a Álvaro, le sonrió y lo tomó de la mano. Él le besó el dorso.

—Solo trata de ser amable.

—No lo creo, tuvo mucha educación al respecto y confío en su criterio —insistió Gabriel.

—Estoy en una nueva fase y creando mucho, veremos qué sale de ello.

—También nos dijo que eres perfumista —señaló Melisa, que se mecía en la silla y le besaba la coronilla al bebé.

—Sí, estudié en París, trabajé en una perfumería hasta hace poco.

—¿Es difícil hacer perfumes?

—No, para nada, si deseas te enseño, me llegaron unas esencias que encargué, voy a enseñarles a Zoila y a Miriam.

—Me encantaría.

Zoila llegó con jugos de lulo para todos, en cuanto volvió Valentina, Melisa le pasó el bebé a Gabriel, tomó de la mano a la niña y bajaron la escalera para enseñarle las flores e ir reforzando el aprendizaje de los colores. Hasta Sofía llegaban las voces de madre e hija mientras los hombres charlaban de conocidos de Bogotá.

Se sentaron a la mesa después de que Melisa alimentó a Sebastián, lo bañaron para refrescarlo y quedó haciendo siesta. Mientras tanto, Gabriel y Álvaro habían llevado a Valentina a dar un paseo a caballo.

Después del almuerzo salieron a dar una vuelta por los cafetales, luego las mujeres se reunieron en la habitación para aprender a hacer jabones perfumados, mientras Valentina jugaba con Álvaro y Gabriel cuidaba de Sebastián.

Había ramos de rosas, de lavanda y de eucalipto que se secaban al aire, colgados en un espacio de la habitación. Los utilizarían en unas semanas para hacer bolsas aromatizadas para los closets.

Miriam y Zoila estaban algo cohibidas por la presencia de Melisa, pero la amabilidad de la mujer las tranquilizó enseguida.

Sofía había comprado gran cantidad de materiales para hacer jabones, lociones y ambientadores. Iban a realizar ese día perfumes.

Sofía les contó algo de la historia de los perfumes y de lo que hacía en su trabajo en París.

—Quiero ser perfumista como usted —manifestó Miriam, mirando a Sofía con admiración, cuando esta habló de las notas del perfume.

—Yo te enseñaré todo lo que quieras aprender.

La joven se sonrojó.

—Gracias.

Les señaló determinados frascos.

—Las notas altas muestran un olor fuerte y que se evapora

fácilmente, como el limón, la naranja, el pomelo, la menta o la lavanda. Por otro lado, las notas medias las representan la manzanilla, la canela, el jazmín, el clavo de olor, el árbol de té, y corresponden a un olor suave, el principal del perfume, que comienza a apreciarse tras la evaporación de la nota alta. Luego está la nota de base o de fondo, que dota de profundidad al perfume, con aromas como el cedro, jengibre, vainilla, sándalo e incienso.

Las tres mujeres atendían cada palabra dicha por Sofía.

—Vamos a preparar un perfume sencillo, escojan sus fragancias, queridas damas.

Las mujeres abrieron cada una los diversos frascos.

—Me gusta el jazmín —señaló Melisa.

—Amí las rosas, me recuerdan a mi madre —manifestó Zoila.

Las manos de Miriam revoloteaban por diferentes frascos hasta que se decantó por uno de aceite de toronja.

—Siempre que se realiza un perfume a partir de aceites, iniciamos con el aceite base. En este caso vamos a utilizar el aceite de almendra. Aplicamos veinticinco gotas a estos frascos.

Pasó tres frascos de vidrio oscuro, uno para cada una de ellas. Las mujeres, concentradas, contaron las gotas.

Sofía encendió una grabadora que Miriam había llevado, puso el único CD que había, un tema de Pablo Alborán se deslizó por la habitación.

—Ahora vamos a agregar el corazón de la fragancia, o sea, la nota media. El aceite que perdurará cuando la nota inicial se haya ido, diez gotas de la fragancia que cada una escogió.

—Es genial, quiero dedicarme a esto —declaró Miriam.

Sofía sonrió. Le caía bien Miriam, aunque a veces se iba de la

lengua, era una buena joven.

—No es tan sencillo, a veces los resultados no son los esperados y toca volver a empezar.

—Esperemos a ver cómo resulta nuestro experimento —apuntó Melisa.

—Resultará bien, aquí vamos a la fija, claro que depende también de la calidad de los aceites. La última adición principal al perfume es la nota alta, la cual desaparecerá rápidamente; sin embargo, será el primer aroma que huelan cuando abran el perfume. Diez gotas de aceite de madera de cedro.

Sofía las observaba mientras, concentradas, contaban las gotas y se dio cuenta de algo: siempre se había valido de la perfumería para acercarse a las otras mujeres. Las fragancias eran el puente que utilizaba para crear lazos de amistad con las personas que llegaban a su vida. Estaba segura de que si Melisa le hubiera resultado antipática, ni se le habría ocurrido llevarla a la perfumería, como había bautizado Miriam la habitación.

Sofía no era una persona muy sociable, no necesitaba estar rodeada de gente, tampoco necesitaba la atención de otras personas para reafirmarse. Cuando deseaba conocer a alguien más profundamente, utilizaba las fragancias. En la universidad fue con Edith, crearon una relación de hermanas, en París lo había hecho con su vecina, Silvia Ferreira y su hija Paula, haciendo velas y ambientadores para donar los fondos a la lucha contra el cáncer de mama. También entendió que, por ser los perfumes un legado de su madre, aunque no eran su pasión como la pintura, si eran una parte importante de ella, como un brazo o una pierna. Sonrió. Deseaba crear lazos de amistad con estas tres mujeres.

—Y ahora, para hacer que el aroma perdure más tiempo, vamos a agregar alcohol puro. Algunas personas usan vodka.

—Podemos usar aguardiente —comentó Miriam, entusiasmada. Melisa soltó la carcajada.

—Haremos un ensayo con aguardiente otro día, pero por ahora vamos a utilizar este alcohol.

Sofía midió el alcohol en onzas y dispuso la cantidad en cada frasco.

—Ahora agitamos el frasco de forma suave. Lo dejamos reposar unos minutos, y se debe dejar de tres a cuatro semanas en reposo para que madure la mezcla.

—¿Podemos olerlo ahora? —inquirió Miriam.

—Déjenlo reposar un minuto.

Melisa fue la primera en abrirlo, se llevó el frasco a la nariz. Se aplicó un poco en la muñeca.

—Déjalo que se seque.

Cuando pasó el tiempo prudencial, las mujeres olieron las diferentes fragancias.

—El mío huele muy bien —señaló Melisa.

—Delicioso —dijo Zoila, tomando el frasco en su pecho—. Mil gracias.

—Podemos hacer un buen negocio, podemos venderlos en Salento y en Finlandia.

Eran poblaciones cercanas con buen auge de turistas y mercadillos de artículos típicos de la región.

—Ahora el mío.

Miriam abrió su perfume y aplicó unas gotas en su muñeca. Olió la fragancia, no manifestó nada, volvió a olerla y por último añadió:

—Este perfume huele igual al que usaba la esposa de don Álvaro.

Zoila la miró, aterrada. La chica, al comprender lo que había dicho, soltó el frasco, que cayó al suelo y se rompió en pedazos, impregnando el ambiente de un olor frutal para nada desagradable. Miriam miró a Melisa y a Zoila sin saber qué hacer.

—¡Vete para la cocina! —exclamó Zoila, furiosa.

La muchacha soltó un sollozo y salió corriendo.

Sofía se había puesto blanca como el papel, un sudor frío la invadió junto a una sensación de pérdida, como si algo se quebrara en su interior. Miraba a Zoila y a Melisa, que a su vez la miraban asustadas, una presencia en su garganta le impedía hablar. Se refregó las manos en el vestido sin saber qué hacer y a donde mirar. Luego, como si necesitara confirmación del contenido de la bomba que acababa de estallar, carraspeó varias veces y con ojos llorosos preguntó:

—¿Alguna de ustedes dos me puede explicar qué diablos acabó de decir Miriam? —Miró a las mujeres, desesperada.

Capítulo 26

Melisa y Zoila se habían quedado mudas.

—¡Por favor! —rogó Sofía, sin dejar de mirarlas. El desconcierto inicial daba paso a un dolor profundo.

—Tendrás que preguntarle a él —soltó Melisa.

—Eso haré.

El dolor fue reemplazado por una ira, caliente y viscosa, que amenazaba con desbordarla. Salió furiosa a enfrentar a Álvaro.

Zoila se persignó.

—Se va a armar la de San Quintín.

—Álvaro debió haberle dicho hace días.

Melisa negó con la cabeza varias veces y salió detrás de ella.

—Es hombre. —Con ese comentario, zanjó Zoila la cuestión.

Sofía caminó por el pasillo hasta llegar al estudio, alcanzó a escuchar las risas de Gabriel y los comentarios de Valentina. Álvaro tenía a Sebastián alzado, cuando vio que Sofía lo miraba desde la puerta con una palidez fantasmal. Detrás de ella apareció Melisa, Gabriel frunció el ceño al ver la cara de su esposa.

Álvaro se puso de pie y caminó hacia Sofía, interrogante, ella se volvió y echó a correr hacia el jardín. Él se volvió a Melisa, pasmado.

Esta tomó a Sebastián en brazos.

—Ve a buscarla, estás metido en un lío fenomenal.

Álvaro palideció. Lo sabía, alguien se le había adelantado.

—¿Le dijiste? —preguntó, sin creer que Melisa hubiera llegado a tanto.

—No fui yo, pero da igual, ya lo sabe.

Álvaro salió en pos de ella.

—¡Mami, mi papi dijo que puedo tener un perro! Quería un caballo, pero nuestra casa es muy pequeña, entonces me dijo que podía tener un perro. Valentina cabalgaba encima de Max, que estaba echado en la alfombra y no parecía importarle el peso de la niña.

—Tu papi tiene cada idea, hija, ya lo hablaremos y luego decidiremos.

Gabriel la miraba, contrito. La niñera se llevó a los niños para asearlos.

—¿Qué pasó?

—Sofía ya sabe que Álvaro estuvo casado. Va a tener que dar muchas explicaciones. ¿Por qué no le había dicho nada?

Gabriel se acercó y abrazó a su esposa, que veía por la ventana del estudio cómo Sofía se internaba entre el bosque, con Álvaro detrás de ella.

—Ya había hablado de eso con él, no hace ni media hora. Está preocupado y lo estaba dilatando.

—Sofía lo va a matar.

Gabriel sonrió sobre el cabello de su esposa.

—Esperemos que no llegue a tanto.

—Me preocupa Sofía.

—No podemos hacer nada, preciosa, ellos tendrán que solucionarlo. Por cierto, mientras se soluciona el drama tendremos un tiempo para los dos, esta noche me gustaría darme un chapuzón en la piscina.

Ella le acarició el pecho.

—¿Es una cita?

—Sí —le dijo sobre los labios antes de darle un beso.

—Señor Preciado ¿cuáles son sus intenciones?

Él le acarició el trasero.

—Mis intenciones no son nobles, pienso robarte esta noche, tengo planeado hacerte muchas cosas.

Ella sonrió, reblandecida como siempre ante el tono y la imponencia de su esposo, aunque hubieran pasado los años, aún la asaltaban las pulsaciones y el deseo como en la época en que se conocieron.

—¿Y si alguien nos ve haciendo travesuras?

Fruunció el ceño.

—No lo creo, ordenaré un poco de privacidad.

—Bien, tenemos una cita, pero no me ablandarás con lo del perro, están muy pequeños.

—Lo hablaremos en la noche —dijo él con sonrisa taimada. De alguna manera la convencería.

—¡Sofía, espera! —Álvaro la alcanzó y la tomó del brazo al llegar a un claro de guaduales.

—¡Suéltame! ¡No me toques! —le exigió, cuando Álvaro la aferró de los dos brazos para pedirle que se calmara. Sus pies patinaron en el suelo repleto de piedras, guijarros y hojas.

Se soltó de su agarre de manera agresiva, los ojos le brillaban de rabia.

—No me importa lo que tengas que decirme —Arremetió contra él y lo empujó hacia atrás—. *¡Sei un imbecille!*

Apenas lo hizo retroceder dos pasos.

—Sí, lo soy. —Claro que era el imbécil más grande, quería

darse cabezazos con el tronco del árbol más cercano—. Cálmate, *mi amor*, tenemos que hablar, quise decírtelo, pero le temía a esto.

—No me llames *mi amor*. Me lo tenías que haber dicho en París. No entiendo por qué no lo hiciste, no entiendo. Tuviste mil oportunidades. ¿Sigues casado?

Álvaro negó con la cabeza.

Ella soltó una carcajada carente de humor, quería llorar, arañarlo, hacerle daño de alguna forma, estaba herida, celosa de que otra mujer hubiera sido importante para él, de que hubiera dejado huella en *su casa*, que hubiera amanecido con Álvaro, que la hubiera llevado al río y a ver los cafetales.

—Estuve casado tres años con... Brenda.

¿Había oído bien? De todas las malditas mujeres en el planeta, se le ocurrió casarse con Brenda. Sintió que se ahogaba en medio de una rabia inmensa. Que se hubiera casado dolía como un demonio, pero con ella...

—¿Cómo pudiste... con ella?

—Por eso no quería decírtelo.

—¡Eres un maldito hijo de puta! Todo este tiempo celándome hasta la obsesión con Alexander y mira con lo que me sales tú. ¡Mentiroso!

Álvaro se acercó, conciliador.

—Vamos a calmarnos.

—¡Ningún calmarnos! —atacó ella como saeta—. ¡Eres un hipócrita!

—Me merezco todo lo que quieras decirme —dijo, con los ojos cerrados, mientras trataba de moderar el genio que en segundos iba a estallar también—. Quiero explicarte todo.

Álvaro estaba igual de pálido que ella.

—Tuviste todo el tiempo del mundo, ahora no me importa.

Sofía caminó unos pasos rumbo a la casa. Él se le adelantó y se puso frente a ella con las manos en forma de ruego.

—Escúchame, por favor, hace cuatro años estoy divorciado.

Sofía sacó cuentas, fue a los dos años de su desaparición. No esperó nada. A los dos años ella todavía estaba muerta en vida y él revolcándose con esa furcia.

—¿Te enamoraste de ella? —preguntó, vulnerable, y sin poder creer que estuviera escuchando aquello.

Álvaro negó con la cabeza.

—¿Le fuiste fiel?

—No.

—Puto, además.

—No te pases —bramó él, con miedo a acercarse, necesitaba tocarla de alguna forma, pero estaba seguro de que se ganaría un sopapo como mínimo—. Tú tampoco has sido una santa.

—¡Como te atreves a compararte conmigo! —vociferó ella—. Siempre te dije la verdad.

Él se acercó de nuevo. Ella lo empujó de nuevo con más ímpetu.

—Una cosa es ser mentiroso y otra omitir información.

—Para mí es lo mismo. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¡Miedo a perderte! Miedo a volver al infierno, por puro y físico terror a perderte otra vez —concluyó, en un susurro.

—¿Y eso debe hacerme sentir mejor?

Se sentía patética con el cúmulo de emociones no deseadas.

—¡No! Claro que no —exclamó con la respiración agitada—.

Lo oculté esperando el momento oportuno. No quería que me abandonaras, otra vez.

—Ah, no, a mí no me vas a voltear las tornas. ¿Ahora la culpable de que te casaras soy yo? ¡Ja!

—¡Sí! —soltó, colérico, la aferró por los brazos y la puso a su altura—. ¡Me abandonaste como a un perro! —La soltó—. No sabes cómo me sentí, fue como andar muerto en vida, lo único que podía hacer era trabajar y trabajar, las mujeres eran solo para desahogarme y ninguna podía superarte. Creí que con ella lo haría, pero me equivoqué.

—¡Para mí tampoco fue fácil! Y no corrí a casarme por eso.

—Pero te metiste en la cama de ese tipo de mierda, lo he imaginado contigo y no querrás saber todo lo que pasa por mi mente.

La arrinconó contra un árbol cercano, la inmovilizó con su cuerpo.

—Ella nunca me importó, ese fue el maldito problema.

—Muy bonito, engañar con votos y promesas a una, y después ocultarlo a la otra.

—Palo porque bogas, palo porque no bogas, de todas formas para ti soy culpable.

Ella cerró los ojos, Álvaro percibió la palidez de su semblante y las lágrimas que corrían por su rostro.

—Te lo advierto, retírate o lo lamentarás.

Álvaro levantó las manos y la dejó ir. Era ya noche cerrada, se escuchaba el ruido de las chicharras y de algún búho que andaba por allí.

—¡Mierda! —Golpeó el tronco del árbol.

Sofía se encerró en la habitación. Llamaron a la puerta varias

veces pero ella no le quiso abrir a nadie. Álvaro no se acercó en toda la noche. La casa estaba silenciosa, a lo lejos se escuchó el llanto de Sebastián, que fue calmado enseguida.

Sabía que estaba siendo irracional, si la creía muerta, él tenía derecho a rehacer su vida con quien quisiera. Ella había tratado de hacerlo, de una manera poco romántica, pero lo había intentado, tal vez de la misma manera que Álvaro, sin el matrimonio, claro. La rabia y el orgullo no la dejarían capitular de una manera fácil.

Lo que recordaba de Brenda era que era una mujer hermosa, con clase, pero una cretina de tomo y lomo. Si Álvaro buscaba consuelo para aliviar su pena, lo encontró en la persona menos adecuada, pero eso no le bajaba la rabia.

Quería estar sola, necesitaba pensar y con Álvaro encima de cada uno de sus movimientos era difícil, pero necesitaba poner las cosas en perspectiva, aliviar la rabia y meditar si el amor sería suficiente para lidiar con ese tipo de relación.

Se durmió en la madrugada y se levantó muy temprano. Zoila y Miriam ya estaban en la cocina cuando bajó por un café. Se asustaron al verla, la muchacha quiso salir corriendo, pero Sofía la calmó.

—No es culpa tuya, Miriam.

Se acercó a ella y la abrazó.

—Lo siento, soy una lengüilarga, mi mamá me lo dice todo el tiempo y Zoila también.

Zoila se acercó con un pocillo de café en la mano que le brindó a Sofía.

—No eres así —señaló Sofía—. Eres una joven encantadora, no pierdas tu sinceridad, es muy valiosa.

—Miriam, ve al corral por los huevos —mandó Zoila, mientras

amasaba la mezcla para las arepas del desayuno.

La joven tomó un canasto de mimbre y salió para el corral de las gallinas.

Sofía se sentó, quería preguntar muchas cosas, pero su orgullo no la dejaba, Zoila, conocedora del alma humana, se apiadó de ella.

—Cuando volvió a la hacienda, después de lo sucedido, parecía un fantasma, se veía tan solo, desconsolado y de mal genio... Se encerraba después de la jornada con una botella del trago que fuera, en el estudio de pinturas que había mandado adecuar para cuando usted viniera. Era triste verlo, se recuperó, pero nunca volvió a ser el mismo. Luego, a los dos años, se le vio un poco más animado y un fin de semana la trajo a la hacienda.

—Me imagino que vivieron aquí.

—Imagina mal, Sofía. Ella odió el lugar y más cuando vio los cuadros. Volvió en un par de ocasiones, pero nunca se sintió a gusto, era una mujer de ciudad, de fiestas y de esas cosas que hacen los ricos.

Eso no la hacía sentir mejor, pero fue un ligero consuelo.

Zoila prefirió no contarle del día que Brenda exigió que le abrieran el estudio que permanecía con llave. Al entrar al lugar, les pidió a las mujeres que la dejaran sola. Fue una suerte que los cuadros no estuvieran allí, Álvaro los guardaba en un mueble del estudio, desde la rabieta que tuvo cuando vio que aún después de casados las pinturas seguían colgadas en las paredes. La mujer destruyó toda la habitación, trozó los lienzos, partió los pinceles y tiró al piso las pinturas. Todo lo de vidrio quedó hecho añicos.

—Zoila, usted dijo que él había arreglado el cuarto de pinturas nueve años atrás, pero no son las mismas cosas que hay ahora.

Ella negó con la cabeza con gesto de tristeza.

—No me haga hablar de eso.

—¿Dónde habrá dormido?

—En el estudio, salió antes del amanecer, vinieron a buscarlo.

Hay un problema con una de las máquinas trilladoras. No sé cuánto tardará.

—Gracias, Zoila.

Una hora después se sentó a la mesa con Gabriel y Melisa. La mujer se veía tranquila y descansada, vestía una blusa campesina color blanco y una falda de drill color azul. Gabriel estaba guapísimo con una camisa de cuadros, un jean desteñido y unos converse color gris. Valentina comió un picado de frutas, un huevo duro y un vaso de leche con chocolate, no le gustaban las arepas. Los mayores comieron huevos revueltos de una fuente, arepa caliente y café con leche. Hablaron de Bogotá y de las galerías de arte de Mónica Trespalacios. Sofía se levantó cuando la niñera se acercó con Sebastián recién bañado.

—Déjame alzarlo.

El bebé estaba despierto, tenía el color de ojos de la madre y abundante cabello. Era un niño sano y rozagante como los de las revistas. Volteaba la cabeza cada vez que escuchaba hablar a su mamá, siguiendo el sonido de su voz.

Melisa se acercó, lo alzó, salió del comedor y se sentó en una silla del zaguán de la entrada dispuesta a alimentarlo. Sofía ya iba detrás cuando Gabriel le pidió hablar con ella. Se quedaron sentados, Zoila entró, retiró las fuentes y la loza, y les sirvió más café.

Valentina salió con Max y la niñera a jugar en el jardín.

—Yo llegué a Nueva York al día siguiente de que nos

comunicaran que habías muerto. —Gabriel recorrió con el dedo el orillo de la taza caliente—. Fue muy duro, verlo ilusionado días antes, me había hablado de ti, me dijo que estaba enamorado y que te traería a conocer a la familia, y verlo después confundido, dolido, sin creer que te hubiera ocurrido aquello... No lo estoy justificando, le advertí que esto podía pasar. Aninguno nos gustan las omisiones.

Sofía lo escuchaba, atenta. Sus ojos verdes rezumaban afecto, era un hombre de vuelta de muchas cosas y no todas agradables.

—Fui testigo presencial de su pena, ya que estuve allí todo el tiempo. Mónica volvió la semana siguiente a Colombia. Es duro ver a un amigo atravesar por el sufrimiento como le tocó a él. Fueron semanas en vigilia, me daba pánico dormirme, y perderlo de vista. Se quedaba horas frente a tus cuadros. Luego buscando pistas, algo le decía que Porter le mentía. Álvaro tiene instinto para las cosas, pocas veces se equivoca. Trató de investigar y se encontraba con muros a cada paso, en esa época creíamos que era por sus credenciales de estudiante extranjero que a la gente no le importaba. Llegaba frustrado después de caminar todo el día.

Sofía se limpió las lágrimas que empezaban a brotar sin control.

—Y no quiero imaginar lo que tuviste que pasar, debiste sufrir mucho. Yo entiendo que no le hayas dicho que estabas viva, te juro que lo entiendo y eso habla muy bien de ti. No me imagino a Mónica o a Oscar y a sus hermanos con la pena de perder un hijo y a un hermano. Si él hubiera visto tu cadáver, te hubiera velado, te hubiera enterrado, otra hubiera sido la historia, pero la manera tan abrupta en que se separaron y luego lo que pasó, fue algo insuperable para él. Cuando se casó con Brenda, yo sabía que cometía un terrible error, pero lo vi sonreír en esos días, lo que no había hecho los dos años anteriores y

me dije que de pronto eran imaginaciones mías y no podía ser tan malo. —Tomó un sorbo de café, hizo una mueca, Sofía no supo si por lo caliente o por lo fuerte—. Él está loco por ti, eso no lo dudes y no sabe qué hacer con ese amor recuperado de golpe, tiene miedo de que de pronto te desaparezcas. Pienso que el tiempo calmará las cosas, no tomes una decisión apresurada por un momento de ira, son las peores decisiones. —Se levantó y le dio un apretón en el hombro—. “¿Dices que es tierno el amor? Es duro, áspero, violento y desgarrador como el espinoso”. Shakespeare no se equivoca nunca —concluyó Gabriel y salió en busca de su mujer y sus hijos.

El turno fue de Melisa un rato después, en la piscina. La actitud de los esposos Preciado confundía a Sofía. O eran estrategias tratando de beneficiar a su amigo o unas personas conciliadoras que tenían una fe ciega en que todo problema tenía solución.

Álvaro no había dado señales de vida y a ella le había tocado asumir el papel de anfitriona en una casa que, después de la noticia, ya no sentía tan suya. El desánimo y la pena habían sustituido a la rabia. Valentina, con flotadores, nadaba al lado de Gabriel. Sebastián dormía bajo una palmera en su cochecito.

—Cuando tienes hijos, los primeros años son de ellos, te juro que a veces se me pasa el día en un santiamén.

—Lo gozas y Gabriel también.

—Ambos estamos felices, disfrutamos cada segundo pasado con ellos.

—¿No afecta su relación de pareja?

—No dejamos que ocurra. —Melisa se sonrojó—. Además, Gabriel se abre paso como puede y siempre está de primeras. Les dice a los chicos que soy prestada por unas horas. —Soltó la carcajada.

—¿Cómo haces para ser feliz?

Melisa se puso seria, salió de la piscina y caminó hasta una silla, su esposo la devoró con la mirada y cuando se cubrió con una toalla, él volvió su atención a Valentina. Sofia la siguió.

—No tengo una fórmula, al principio tuvimos más problemas que ustedes. No sé si sabrás...

—Bueno, Álvaro me contó muy por encima.

—Cuando secuestraron a Gabriel, recibí una impresión muy fuerte, una persona de la guerrilla me implicó en el secuestro y perdió la memoria de unos meses antes debido al shock. Así olvidó nuestra historia.

Sofia abrió los ojos, consternada. Melisa continuó.

—Cuando me enteré, por una prueba de supervivencia, de lo que había pasado, decidí que si Gabriel no recuperaba la memoria, que no le dijeran que yo existía. Lo nuestro ocurrió muy rápido, nos casamos a los pocos meses de conocernos. Le pedí a su familia que no dijera nada. Si él estaba mejor sin mí, pues que siguiera así.

—¿Qué pasó?

—Que a Gabriel lo liberaron, y seguía sin recuperar la memoria, yo estaba haciendo una maestría en Nueva York y créeme, era muy difícil verlo en las revistas del corazón con otras mujeres. Tenía amantes y salía de viaje con ellas.

—¡Dios mío!

—Cuando recuperó la memoria, él creía que yo estaba implicada en el secuestro y sin decirle nada a nadie, viajó a Nueva York y lo que ocurrió fue terrible. Me acusó de engañarlo.

La tristeza nubló la mirada azul de Melisa.

—Fueron días muy duros. Cuando supo la verdad, Gabriel no

sabía qué hacer, es un hombre orgulloso y me costó trabajo perdonarlo. Te digo esto porque quiero advertirte que ninguna relación es fácil, el camino de una pareja está sembrado de sangre, sudor y lágrimas. Tenemos que perdonar cosas a diario, unas más terribles que otras. Tendrán muchos problemas, pero también una cuota de felicidad muy grande si aceptas con humildad que todos cometemos errores.

—Estoy furiosa.

—Lo sé, estuve en el mismo lugar que tú con Gabriel y Álvaro fue uno de los que me dijo mis cuatro verdades, que al principio no me sentaron bien, pero que luego agradecí. Se deben una buena conversación. Ser sinceros con todo, así se rompan platos en la cabeza. No te conformes con un amor tranquilo, nunca. Estás al lado de Álvaro para crecer como persona y superar el pasado. Dejarlo atrás.

Ella sonrió a la sabia mujer que acababa de convertir en otra amiga del alma.

—Tienes razón.

—No se trata tampoco de que le pongas las cosas fáciles —le guiñó un ojo.

—Gracias.

—Buenos días a todos —tronó la voz de Álvaro.

Capítulo 27

Sofía se dio cuenta de que Álvaro experimentaba una sensación de alivio al verla. Se le notaba que no había dormido mucho la noche anterior. Ella estaba recostada en una de las sillas, apenas farfulló un saludo y escondió su rostro tras un vaso de jugo de mango.

—Mil disculpas. —Él se acercó a Melisa—. He sido un pésimo anfitrión, tuve problemas con una maquinaria y tengo que viajar urgente a Armenia.

—Te entendemos, no te preocupes. Hemos estado muy bien atendidos, Sofía ha asumido estupendamente el papel —dijo Melisa.

Álvaro la miró de reojo, ella se dedicó a ignorarlo.

—Me alegro mucho.

Se aproximó a ella, en silencio.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —contestó, sarcástica.

“Está aún furiosa”, dijo Álvaro para sí. Necesitaba hablar con ella, disculparse, explicarle todo. El camino a la casa lo había hecho preso de una angustia tremenda. ¿Y si se había ido? Claro que los escoltas le habrían informado, pero le preocupaba que los hubiera burlado de alguna forma, vaya uno a saber qué cosas aprendería para protegerse. Fue un alivio encontrarla en la piscina departiendo con sus amigos.

Sofía lo escuchaba hablar con Gabriel y Melisa y sentía como si alguien le hubiera apretado el corazón. Las palabras de la pareja le habían dado un sacudón, estaba mortificada y triste.

La hora del almuerzo no fue mejor, se ubicó al lado de Melisa, que no dejaba de mirarla con simpatía, dándole ánimo con la mirada. Las bandejas con comida y los platos con ensaladas primorosamente decoradas expedían un olor delicioso. Se sentía ajena al entorno, en ese momento extrañó su soledad, su vida simple de joven trabajadora sin grandes complicaciones. Gabriel miraba a uno y a otro, charlaba de conocidos y deportes. Álvaro, a la cabeza de la mesa, presidía la charla, y la miraba fijamente, ella apenas le destinó un par de vistazos. Comió poco, picoteó y esparció la comida por el plato.

Después del almuerzo, la familia Preciado se despidió. Álvaro apareció en el zaguán con una maleta pequeña y le dijo a Sofía que llegaría al día siguiente en la tarde.

—Tengo que explicarte muchas cosas, mañana hablaremos. Me quedaré en Armenia.

Sabía que podía volver tarde en la noche, pero quería darle un espacio, que le bajara la rabia que aún percibía en ella, rodeándola como un manto.

—Espero que tengas un buen viaje.

Él levantó la cabeza con rapidez del móvil, donde escribía un mensaje. Le dirigió una mirada intensa, sin pestañeos, que la hizo desviar la vista.

—Gracias.

Ella dio la vuelta y entró en la casa. Esa noche cenó con las mujeres en la cocina y se acomodó en una de las hamacas coloridas que había a lo largo del zaguán. Las chicharras y demás animales nocturnos le regalaban una serenata de sonidos que la adormecieron. Soñó con su nonno.

—¡Nonno! —Se acercó sonriendo a él.

El abuelo la observaba de lejos y negaba con la cabeza.

—¿Qué pasa abuelo? ¿Por qué estás preocupado?

—*Muchacha*. —Sofía se acercó a él, lucía igual que antes de su fallecimiento—. Has cometido un gran pecado.

Ella sonrió en sueños, entre lágrimas.

—He cometido muchos, abuelo.

—El más grave de todos es no haber sido feliz.

—Se me olvidó ser feliz. Han pasado muchas cosas.

—Lo sé, son pruebas. La felicidad que mereces está dentro de ti. Pelea por la vida que quieres, haz de cuenta que es una de tus pinturas, solo tú sabes que colores la harán lucir en todo su esplendor.

El ruido de una botella al caer la despertó de pronto. Max estaba a su lado y no había sido una botella, sino un vaso que ella tumbó por el vaivén de la hamaca. Se levantó y se fue a dormir con el perro a la zaga.

En la mañana ayudó a las mujeres en los oficios y dio varias sugerencias de algunos cambios que deseaba hacer. Era la señora de la casa y debía empezar a portarse como tal. Álvaro le había dado carta blanca en cuanto a lo que quisiera hacer en la casa. Viajó con los escoltas a un pueblo cercano y pasó por un salón de belleza donde le tiñeron el cabello con un color parecido a su tono natural. Se alegraba de ir recuperando su identidad, de no tener que esconderse más. Álvaro no se había comunicado con ella. Se vistió con una falda corta y una blusa que dejaba los hombros al descubierto, se cepilló el cabello hasta dejarlo brillante. Se aplicó su perfume de violetas. Cuando pasó la hora del almuerzo y él no llegó, se encerró a pintar.

Los temas de Beyoncé se deslizaban por el lugar y se mezclaban con sus pensamientos y sus trazos.

Álvaro entró al estudio cuando empezaron los acordes de “*Crazy in love*”. Se le había hecho eterno el tiempo en Armenia, afortunadamente habían encontrado los repuestos y la máquina fue arreglada ese mismo día. Hizo el viaje en medio de sentimientos encontrados: ganas locas de verla, temor por el daño que le había causado a su relación por culpa de su omisión, celos de sus propios sentimientos, que lo hacían vulnerable como un niño de pañal.

La vio pintando y se emocionó, estaba igual a como la veía en la época del amor recién descubierto y su cabello era del mismo color de la época en que la conoció. Quería dedicarse a verla trabajar, que nada ni nadie rompiera el conjuro que le producía su contemplación. Recordó las últimas palabras de su amigo Gabriel, que lo habían golpeado como un mazazo.

—Tienes que perdonarla —dijo su amigo.

Álvaro lo miró, confuso.

—¿Perdonarle qué? Yo soy el que tiene que pedir perdón.

—Tienes que perdonarle que no esté enterrada en esa tumba en Nueva York.

Intentó ocultar el desasosiego y la pena que las palabras de su amigo le habían causado. Simuló confusión.

—¿De qué diablos estás hablando?

Su amigo se limitó a abrazarlo y se subió a la camioneta.

Se acercó a ella, que dejó el pincel en un recipiente y se limpió las manos, tenía un manchón azul en le cachete y otros de color verde en la blusa, las manos estaban manchadas de colores.

—¿Aqué hora llegaste?

Los ojos de Álvaro se deslizaron pausados por el cuerpo de

ella, hasta volver la mirada a su rostro. Necesitaba dilucidar su talante.

—Acabo de hacerlo.

—No llamaste ni avisaste.

Se sintió mal por lo bien que le sentaban a su corazón los reclamos. Nervioso, se acercó y la envolvió en sus brazos. Ella no lo rechazó.

—Quise llamarte, pero también quería darte tiempo para que te calmaras.

—Todavía estoy molesta.

Álvaro se alejó, se apoyó en una de las paredes con las manos en los bolsillos y desnudó sus sentimientos sin dejar de mirarla.

—Fue una Navidad, hubo una reunión en Barranquilla y Brenda llegó con su familia. Hablamos, no se desprendió de mí en toda la noche y me hizo reír. Nos volvimos a ver en Bogotá y allí empezó todo, creí que ella sería la mujer que podría quitarme la pena por tu ausencia. Me emboqué en esa relación con afán y con la pretensión de olvidar, necesitaba seguir con mi vida y ella me brindó el escape, pero a los sentimientos no los engaña nadie. La herida que dejaste aquí —dijo, señalándose el pecho—, estaba cosida con hilos muy frágiles, sabía que volverían a romperse ante cualquier recuerdo o gesto. La única manera en que creía recomponerme era evadiéndome, tu recuerdo lo ataqué con ella, pero tú estabas aquí y aquí. —Se llevó la mano al miembro y luego a la cabeza—. Creí que iba a volverme loco. Todo lo que rodeó tu supuesta muerte fue tan extraño... Te quise bien muerta, Sofía, hubiera sido la única forma de superarlo.

Ella dio un respingo y levantó las cejas sin poder modular.

—Tal vez si hubiera visto tu cadáver no habría quedado en el jodido limbo. Los problemas con Brenda comenzaron a los pocos

meses de casados. El amor no se puede fingir y yo comencé a alejarme, ella me celaba, era obsesiva.

—Con motivo —atacó Sofía.

—No pude serle fiel, era como una traición a lo que tú y yo tuvimos, no sé si me entiendes.

—No, no te entiendo. Era tu esposa.

—Me porté como un canalla, lo reconozco, pero serle fiel a ella era como serle infiel a tu recuerdo. Ella lo intentó, pero yo no pude y le pedí el divorcio. Le sentó muy mal, luchó un año antes de concedérmelo. Ella se merecía un buen amor y no a un hombre vacío. En el proceso, me hizo la vida imposible. No significó nada.

—No digas eso, la denigra, además, algún significado tuvo que tener en su momento, la hiciste tu esposa.

—No debí haberlo hecho, hubiera sido lo más sano para los dos.

“Dios mío”. Sofía no quería seguir escuchando, su alma lloraba con cada frase dicha. Qué injusta había sido la vida con ellos dos. Se quedaron en silencio, absortos cada uno en sus cavilaciones, que involucraban un pasado que debían enterrar si querían construir algo duradero y saludable.

Álvaro no quería replicarle más. Él también tenía su cuota de reclamos, pero se juró que nunca más iba a atormentarla nombrándole el pasado. Que lo mortificaba, pues claro que lo mortificaba, cada vivencia suya donde él no estuvo presente, cada risa, cada lágrima derramada y cada jodido segundo que hubiera ido a la cama con otro hombre lo atormentaba, pero hasta ahí llegaba. Ella lo amaba, le había dado muchas muestras y en homenaje a ese amor, no le recriminaría nunca más por el tiempo que pasaron separados, se juró con

vehemencia.

—Ambos hicimos lo que creímos que fue mejor para poder paliar la soledad —sentenció Sofia. Se acercó a él y le acarició el mentón rugoso, él la miraba con un brillo extraño, le alisó el ceño de la frente—. Tenemos una responsabilidad muy grande con el amor que Dios nos devolvió.

Álvaro aferró su mano y la llevó a su boca, la besó con reverencia.

—Te ruego que me perdones, sé que te he ocasionado angustia con mi comportamiento. —Encerró el rostro, con manchas de pintura, en sus manos—. El tiempo que estuvimos separados lo tomaré como lo que realmente fue, un pequeño espacio de nuestra vida que me sirvió para valorar más nuestro amor.

—Exacto —dijo ella—. Vivimos lo que nos tocó vivir, ahora estamos juntos, es todo lo que importa.

—Sofía... —La abrazó y percibió su aroma a violetas.

Ella se ablandó cuando él utilizó ese tono de voz, que la llevaba a querer desnudarse en un momento y unirse a él, ser su forja para siempre.

Álvaro la aferró por la cintura y la besó, pero no con el hambre desmedida y voraz de siempre, que la sentía, sino con la ceremonia de quien recibe una ofrenda. Tocó con su boca los labios de Sofia, se abismó de su dulzura y suavidad, profundizó el beso, reconociendo su aliento, saboreando su respiración, la sintió estremecerse cuando le mordisqueó el labio inferior y su lengua irrumpió y saboreó la humedad de su boca. Le acarició la nuca, el cabello y por último le aferró la cintura. La llevó entre pasos a la mesa donde antes de recostarla la desnudó, había botes de vinilos de colores, se quitó la ropa con calma,

ante la mirada de evidente deseo de Sofía.

—Quiero pintarte así, desnudo —suspiró ella—. Eres perfecto.

Él le regaló una sonrisa ladeada.

—Y yo quiero atarte y pintar sobre tu piel.

Sofía se sorprendió, no la había atado en ninguno de los encuentros desde que habían vuelto a estar juntos. Era como si su confesión hubiera tumbado una última barrera.

Ella sonrió. Lo dejaría hacer lo que quisiera, ya escuchaba su respiración agitada, la prueba de su deseo entre las piernas y el fuego que ardía en lo profundo de sus ojos cafés.

—Hazlo.

Álvaro oteó la habitación y vio un lazo algo burdo que colgaba de un clavo de colgar hamacas, lo jaló y vio que la podría asegurar sin problema. Le extendió las muñecas por encima de la cabeza y la amarró. Sofía estaba mareada de pasión, calor, deseo...

Abrió los frascos de colores y cogió un pincel, trazó una línea azul, desde el corazón hasta el nacimiento del pubis, añadió púrpura y esmeralda a sus pechos y con el pincel mezcló los colores en los pezones, que se irguieron de gusto y ocasionaron un gemido en ella. Moteó el abdomen y los brazos con dorado y azul ártico.

Sofía percibía cada trazo como una caricia a su sexo, estaba húmeda, deseosa de recibirlo al verlo tan concentrado en ella, regalándole un mapa de colores a su piel.

Más pinturas, más matices, más trazos. El deseo de Álvaro aumentó, dejó los pinceles y empezó a diseñar con las manos, acarició sus pechos y bajó por su vientre hasta el contorno de las caderas, mezcló los colores, quería hacerlos carne y dejarlos grabados con su fuego en la piel. Con lágrimas en los ojos, creó un cuadro mágico entre

dilataciones y encogimientos, calores y fríos, pasados y presentes. Reverenció su sexo con formas agresivas de color morado y dorado.

Era una mezcla cromática exquisita, y Álvaro quiso perpetuar esa imagen, sacó su móvil del pantalón, no le importó mancharlo en el proceso y la fotografió, cuando ya no se contentó con mirarla y tocarla, reclamó su cuerpo para poder ser parte de la pintura, para verse reflejado en ella todos los días de su vida.

—Sofía, amor mío.

La penetró con una ferocidad ajena a su índole de segundos atrás, disfrutando de cada espacio ganado en su interior. Embistió largo rato en ella, el corazón quería estallarle, estaba seguro de que su miembro nunca había estado tan erecto, su calor lo envolvía. Los pigmentos se mezclaron y se diluyeron en su piel.

Sofía nunca lo sintió tan suyo como en ese momento, quiso soltarse y acariciarlo, levantó el torso y lo besó hasta que ambos quedaron sin aliento y fueron uno solo fuera de los límites del tiempo y el espacio.

La pintura los hacía resbalosos, Álvaro la sostuvo con más firmeza, sujetándola por el trasero. Ella escuchaba su respiración fuerte y agitada, sus gruñidos de satisfacción.

—Me vas a matar, Sofía —murmuró con tono de voz lujurioso y desesperado.

Sofía abrió los ojos, la sensación de gozo la completó la mezcla de pigmentos en el abdomen de Álvaro, que quedó grabada en sus retinas para siempre. Su hombre, su amor, su mundo. Se sintió amada, se sintió por fin en casa.

Él apoyó el rostro en su hombro, gimiendo, alterado, la potencia de su orgasmo lo aturdió. Sofía lo apretaba y él se vaciaba en

ella sin cesar y sin querer acabar. Su gruta sagrada, su mujer sagrada, lo fundía en su fuego, para renacer de las cenizas como un hombre diferente, pensaba mientras sus caderas chocaban y gritaba su nombre una vez más.

Minutos después, aún dentro de ella, le pidió:

—Te amo como nunca tendrás idea. Dame un hijo Sofía, por lo que más quieras, dame un hijo.

—Te lo daré, es lo que más deseo, yo también te amo.

Y ese momento fue el verdadero inicio de su nueva vida.

Álvaro apagó las farolas del auto, era una típica noche fría bogotana. Se apeó y abrió la puerta del lado de Sofía. Ambos estaban elegantes. Él vestía un traje azul oscuro, con camisa del mismo color y sin corbata. Sofía, debajo de su abrigo negro, vestía un traje también negro de Dior, sin mangas y a la rodilla. La casa, ubicada en uno de los cerros de la ciudad, se veía imponente rodeada de jardines y de pinos.

—¿Nerviosa? —preguntó cuando ella puso su mano en la de él.

—Sí.

Se ajustó su abrigo y abrazados entraron a la casa.

—¡Por fin! —declaró Oscar a modo de saludo.

Sofía le regaló una sonrisa brillante y el patriarca de la familia Trespalacios la abrazó.

—Bienvenida a la familia —le susurró en un tono de voz agradecido—. Es un placer conocerte al fin.

El hombre la soltó y le recibió el abrigo, que le pasó a una empleada. Mónica bajó la escalera. Lucía un vestido gris de dos piezas, y un collar de perlas a juego con los aretes.

La madre estaba intrigada. La pareja llevaba más de dos semanas en el país, y deseaba conocer a su nuera. Ansiaba verlos, sus llamadas a Zoila tratando de sonsacarle algo de Sofía fueron infructuosas. No consiguió apartar la vista de ella. Era una mujer muy hermosa, con un tono de piel inmaculado, y la expresión de sus ojos, expectante y curiosa, la alcanzó. Percibió la actitud protectora de su hijo, su rostro inclinado hacia ella, su mirada iluminada con devoción y amor. La prevención voló por los aires al ver la expresión con que Álvaro la agasajaba. Era ella... ¡por fin! El corazón de su hijo estaba completo otra vez.

Él se acercó y la abrazó.

—Mamá, estás muy hermosa.

Luego se puso del lado de Sofía.

—Te presento a mi Sofía.

En el rostro de Mónica se paseaban la alegría por ver la felicidad de su hijo y la curiosidad poder conocer por fin a “su Sofía”.

—Hija, ven acá. —La mujer le abrió los brazos. Ese “hija”, dicho con ternura y alivio, le hizo a Sofía un nudo en la garganta. Hacía mucho tiempo que nadie la llamaba así.

En la sala los esperaba Francisca, que la miraba con un poco de aprensión.

Se sentaron en cómodos sofás y mientras una empleada pasaba una bandeja con champaña, charlaron de diferentes temas, del frío en París, de la hacienda, del viaje de Armenia a Bogotá.

Sofía se perdió en la tarde que habían compartido cuando llegaron al apartamento de Álvaro situado al norte de la ciudad, no lejos de la casa de sus padres. Era un espacio amplio y luminoso, muy masculino, con obras de arte en las paredes y en la sala otros dos

cuadros suyos que no sabía que él tenía. Por lo visto, se había dedicado a coleccionar su obra. Sonrió, emocionada.

Mientras él contestaba unas llamadas de negocios en el móvil, Sofía curioseó por toda la estancia. Acarició los muebles de madera oscura, admiró las esculturas que había en algunas consolas, le gustó la sobriedad y sencillez de la decoración. Álvaro había silenciado la voz y la encerró en sus brazos.

—¿Te gusta? —Se apartó para observarla.

—¡Sí! Tu casa es hermosa.

—¡Nuestra casa! Es tan tuya como mía.

Ella sonrió.

—Veo algo de escepticismo en esa mirada, vamos a remediarlo enseguida.

La llevó a la habitación, una cama grande coronaba el medio y muebles de la misma línea de los del resto del lugar, persianas de color beige cubrían las ventanas y una alfombra abullonada el piso.

—Eres un manipulador, ahora dirás que tenemos que bautizar cada cuarto con mi trasero en todas las superficies y tú divirtiéndote en medio de mis piernas.

—Tú también te diviertes y no es mala idea, pero tenía algo un poco diferente en mente.

Él volvió a abrazarla. La besó en los labios, y la pasión y el deseo hicieron su aparición. “Eres mi otra mitad”, pensó él, mirándola sonreír.

—No me canso de agradecer el que estés de nuevo a mi lado, he sido incrédulo a veces sobre la presencia de un ser superior, pero ¿cómo puedo cuestionarme su existencia si me ha devuelto mi tesoro máspreciado? Te amo tanto, es un sentimiento tan fuerte que...

Un nudo en la garganta le impidió seguir hablando, incrédulo aún de tenerla con él, en su casa. Necesitaba atarla a su lado, consentirla, borrar el pasado plagado de angustias, darle un hogar, una familia. Anocheceres y amanecerés con él a su lado.

Carraspeó varias veces, estaba nervioso. Ella le pasó el dedo por los labios, por el contorno de la cara y el filo de la nariz.

—Mi amor por ti es más grande que todo, es eterno y único.

Sacó el estuche del bolsillo del pantalón y soltó la respiración.

—En honor a las segundas oportunidades, en honor a un amor que el tiempo no logró apagar y por el honor que será para mí, despertar cada día a tu lado... ¿Quieres casarte conmigo?

El anillo que había comprado semanas atrás en la joyería oficial de Napoleón hizo su aparición.

—¡Álvaro! Es... precioso.

Lo extrajo de la caja y se lo puso en el anular de la mano izquierda.

—Claro que quiero casarme contigo —dijo, emocionada—. No hay nada que desee más.

Por la mente de Sofía, pasó el recuerdo de su anterior anillo, que llevó puesto por varios años, hasta que un día lo guardó en su joyero, y lo sacaba cada tanto como un recordatorio de lo profundamente amada que había sido.

—Todo saldrá bien, el destino nos dio otra oportunidad, no vamos a desperdiciarla. Vamos a vivir por fin la vida que nos merecemos.

Sofía volvió a su presente cuando Mónica le preguntó cuándo podría ver su trabajo. Sofía se acarició el anillo, la mirada de Mónica acusó el gesto.

—Y veo que no es solo eso lo que tendrán que contarnos.

Álvaro tomó la mano de su mujer y se la llevó a los labios.

—Yo creo que en un par de meses podré enseñarte en lo que estoy trabajando. Me imagino que ya conoces mis pinturas anteriores.

Estaba enamorada, pudo ver Mónica, no tenía ojos sino para Álvaro, y cada vez que ella la miraba, se sonrojaba y acariciaba la joya en su dedo. Era un buen día para la familia. Si hubiera tenido la potestad de escoger a alguien para su hijo, sin duda hubiera sido esta chica. En medio de la charla, se conmovió cuando reparó en que ellos se miraron un momento fijamente a los ojos, agradecidos por estar en la vida del otro de nuevo, como si tuvieran el propósito de valorar cada día que tuvieran juntos.

—Sí, claro que conozco tu trabajo y espero ansiosa ver tu nueva obra —respondió Mónica.

—Mamá, papá, Francisca: Sofía y yo vamos a casarnos.

Después de los parabienes, el brindis y las felicitaciones, pasaron al comedor. Para Sofía era muy pronto hacerse una idea de su nueva familia política, pero creía que nada les impediría llevar una buena relación.

Mónica le pidió a Sofía que la acompañara a ver una pintura de un artista que haría una exposición en su galería el mes próximo. Era un paisaje marítimo, de colores vivos y atrevidos.

—De verdad espero poder contar con tu trabajo, querida — señaló.

—Gracias, espero que sea de tu agrado.

Mónica le dio la espalda a la pintura. Sofía tenía las manos aferradas adelante, la mujer puso una mano tibia sobre la de ella.

—Yo soy la que estoy agradecida contigo.

Sofía la miró, confusa.

—¿Por?

—Por no privarnos de nuestro hijo. Álvaro se hubiera ido contigo sin pensarlo un momento y te agradezco enormemente el gesto. Aunque ha sufrido todo este tiempo, para nosotros hubiera sido... insuperable el que nos hubieran vendido la idea de que lo habíamos perdido.

—No hubiera sido capaz, sé lo que es el dolor de la pérdida.

—Eres una persona carente de egoísmo, mi hijo te ama mucho, lo de ustedes es una historia de no creer. Serán felices.

—Gracias.

—Ganarás una familia, algo dispersa a ratos, pero será tu familia y la familia de tus hijos.

Sofía no supo qué decir, un nudo en la garganta le impidió pronunciar palabra. Simplemente abrazó a la mujer y luego volvieron a la sala.

Una noche templada de finales de mayo, Álvaro la había llevado a su sitio secreto, una piscina de aguas termales que quedaba en una colina cercana a la casa y de la que poca gente conocía su existencia.

Ya habían estado allí antes, la disfrutaban cada vez que iban de visita a la hacienda, pues se habían instalado en el apartamento de Bogotá, para pesar de Sofía, que se hubiera quedado feliz viviendo en La Milagrosa. Pero Álvaro estaba asesorando a varias empresas extranjeras que iban a invertir en el país. Sofía pintaba sin parar y el tiempo que le quedaba libre lo dedicaba a preparar la boda.

Había hablado con Edith en la tarde, la notó algo triste, pues

las cosas con Alexander no marchaban muy bien. Le daría una reprimenda a su amigo en cuanto hablara con él, pues no dejaba de estar en contacto con ella y la llamaba una vez al mes. Álvaro había aprendido a tolerar la situación; Dan, Edith y Alexander eran la única familia que Sofía tenía. Los tres estarían para el matrimonio.

Sofía descansaba en el regazo de Álvaro, que la encerraba con las piernas y los brazos. El cielo estaba cuajado de estrellas, el ruido de chicharras y otros animales cabalgaba por el aire. El vapor que expedía el agua los envolvía en una bruma.

—Esto es el paraíso —dijo Sofía.

—Claro que es el paraíso, tú y yo, en medio de donde sea, siempre será el paraíso, aunque suene cursi y trillado.

Ella lo salpicó.

—No es cursi ni trillado.

—¿Eres feliz? —preguntó Álvaro, sonriendo.

—No había sido tan feliz en toda mi vida. ¿Y tú?

Ella se rebulló. Él ya tenía una erección, de solo tocarla y era... alucinante, mágico. Dio gracias a Dios como todos los días, y la abrazó fuerte.

—Soy muy, muy feliz, soy un tipo con suerte. Te amo.

—Yo también te amo —replicó ella, ladeando la cara para recibir su beso.

Epílogo

Un año después.

“Conjuros de la memoria”, así se llamaba la exposición que esa noche se inauguraba en Mónica Trespalacios Galería. Fotografos de los diferentes medios de comunicación se mezclaban con un número considerable de invitados, había también varios críticos de arte. Mónica charlaba con un periodista, mientras Sofía, al lado de una de sus obras, hablaba con un posible comprador. Las quince pinturas estaban siendo admiradas por la gente que pululaba por el lugar con una copa de champán en la mano.

—Si no me equivoco, acabas de vender otra pintura —susurró Álvaro al oído de su esposa. Le dedicaba toda su atención, siempre cerca, pero a prudente distancia.

—No puedo creerlo, les ha gustado mucho mi trabajo.

—Yo ya lo sabía.

Mónica había hablado con Álvaro más temprano, estaban seguros del resultado, su madre llevaba demasiados años en el negocio como para llevarse alguna sorpresa. La exposición sería un éxito y Sofía se convertiría en la artista revelación del año en curso. Su obra mostraba gran madurez, era realista, sensible e impresionante.

Una de las pinturas era el perfil izquierdo de su abuelo, tallando una pieza de madera, tan real, que parecía que estuviera a punto de salir de la pintura a por un café. Fue la única obra que Sofía no puso en venta y por la que más dinero habían ofrecido. Más allá, se

podían ver cuadros de diferentes mujeres en la hacienda: Zoila concentrada en la cocina, tan perfecta, que casi se podían percibir el aroma de la comida; varias mujeres en el momento de la recolección de la cosecha del café, con cada elemento —los rasgos de cansancio en sus rostros, las nudosas y ásperas manos, los colores de las plantas—, pintados de manera magistral. Más allá un cuadro representaba una calle de París; otro, dos mujeres caminando por el Bosque de Boulogne, y así cada visitante se sumergía en un mundo diferente.

Sofía observaba el lugar y les dedicó una mirada de cariño a los padres de Álvaro, agradecía cada momento del día la hermosa familia que le había regalado la vida. Poco a poco y de la mano de su suegra, se estaba labrando un nombre en el mundo del arte.

Le apenaba que Dan no hubiera podido asistir, ya había pasado unos días con ellos en La Milagrosa y prometió que volvería para unas vacaciones más largas. Edith había estado de visita el mes anterior, pero fue muy cauta en sus comentarios sobre Alexander, y Sofía no quiso insistirle más. Su amiga se había enamorado de Colombia desde que estuvo por primera vez para su boda, y le prometió volver para la exposición, pero finalmente se excusó. Los esposos Preciado se habían ganado un enorme lugar en su corazón, los observó a los lejos mientras charlaban con su suegro.

Se acarició el abdomen, tenía siete meses de embarazo. El día anterior asistieron al control médico y de ecografía, y todo estaba bien: su hijo Daniel llegaría en dos meses para completar su cuadro de felicidad.

—¿Estás bien, mi amor? —preguntó Álvaro, que se acercó con un vaso de limonada para ella.

—Sí, muy bien, aunque algo cansada.

—En la tarde no hiciste siesta.

—La ansiedad no me dejaba y cada día me es más difícil acomodarme.

—Si quieres te doy un masaje en la espalda y en el abdomen cuando lleguemos a casa. La exposición ha sido un éxito, ya hemos posado con la familia y amigos para la prensa, y ya has hablado con todo el mundo, si deseas podemos irnos.

—¿Por qué creo que tus intenciones no son tan nobles? —
Sonrió ella, perdida en sus ojos—. Aunque a decir verdad me siento tentada, tienes manos mágicas —dijo, llevándose las manos a la cintura.

Álvaro apenas podía dejarla en paz, verla embarazada atizaba su deseo. No conseguía apartar la mirada de ella. Se embebía en la luz de sus ojos, en su sonrisa tentadora, se sintió humilde cuando la mirada de los ojos de su esposa le devolvió el reflejo de su alma. Le acarició el semblante.

—¿Eres feliz? —preguntó, llevando un mechón de su cabello detrás de la oreja.

—Como siempre soñé que sería.

Fin

Agradecimientos

Gracias a Dios por permitirme desarrollar mi creatividad, por la cantidad de historias que me regala y que espero poder plasmar en el papel. Amis queridas lectoras por sus opiniones y mensajes de cariño. Mil gracias a mi querida amiga Claudia Gonzales, por su valiosa amistad y por su interés en mi obra. Eres muy especial para mí.

Gracias a mi correctora Vivian Stusser, por la infinita paciencia que tuvo en la corrección de este trabajo.

Ami querida amiga Aryam Shields por su compañía y sus enseñanzas, no sabes cómo valoro esta incipiente amistad.

Un agradecimiento especial a mis lectoras beta, ellas saben quiénes son, las quiero mucho.

Una mención especial a mi familia, a mi esposo por todo su apoyo.

Sobre la Autora

Isabel Acuña C.

Nací en Bogotá, Colombia. Estudié Bacteriología, carrera que ejercí por más de quince años. Actualmente estoy radicada en la ciudad de Barranquilla, dedicada a mi escritura, mi familia y mis amigos.

Soy una apasionada de los libros desde los once años cuando recibí mi primera novela de regalo: María, de Jorge Isaacs.

Además de leer me encanta escribir. Fui participante del Taller Literario José Félix Fuenmayor de Barranquilla durante tres años.

Publiqué la novela DE VUELTAATU AMOR en la plataforma de Amazon el 27 de enero de 2013 ocupando casi enseguida los primeros puestos en la categoría de Best Sellers en Romántica Contemporánea y permaneciendo en el Top 100 general de dicha plataforma durante más de ciento cuarenta días.

Publiqué el epílogo DE VUELTAATU AMOR llamado LAUNIÓN a pedido de mis lectoras el 25 de septiembre del 2013.

Publiqué DE VUELTAATU AMOR/LAUNIÓN el 18 de febrero del 2014, bajo el sello Zafiro de editorial Planeta.

Unos meses después, publiqué la novela ENTRE EL VALLE Y LAS SOMBRAS en la plataforma de Amazon el 25 de mayo del 2014 ocupando enseguida los primeros lugares en la categoría de Best Sellers en Romántica Contemporánea y permaneciendo más de 90 días en el top 100 general.

La novela HERMOSALOCURA libro #1 de la serie Un amor para siempre, salió a la luz, el 25 de febrero del 2015, convirtiéndose en

Best Sellers desde ese día y permaneciendo en el top 100 de dicha plataforma por varios meses.

El segundo libro de la serie Un amor para siempre: PERDIDO EN TU PIEL, se publicó con Amazon, el 24 de agosto del 2015, convirtiéndose en Best Sellers a los pocos días.

El tercer libro de la serie Una amor para siempre: CERCADE TI, se publicó en Amazon el 26 de marzo del 2016, convirtiéndose en Best Sellers a los dos días y permaneciendo en el top 100 de dicha plataforma por varios meses.

Participo de forma activa en las redes sociales y tengo un blog en el que doy mi opinión sobre literatura romántica y otros temas.

<http://www.isabelacunaoficial.com/>

- [1] Dime que eres mío.
- [2] Más cuidado, por favor.
- [3] Está hermosa mi princesa
- [4] Te deseo tanto, tanto.
- [5] Querida mía.
- [6] Eres maravilloso y no sabes cuánto te deseo
- [7] Eres una idiota.
- [8] Eres un imbécil.
- [9] Eres el hombre de mi vida.
- [10] Sí, mi amor, voy a ser tu esposa.
- [11] Este hombre es mío.
- [12] Vuelve a mí, amor mío.
- [13] Buenas noches, señor
- [14] Regresa a mí, amor mío, eres el amor de mi vida.
- [15] Perfumerías.

[16] Buenas noches

[17] Gracias y hasta pronto.

[18] Te extrañé tanto.

[19] Mi amor

[20] No te detengas. ¡Oh Dios, por favor, amor mío!